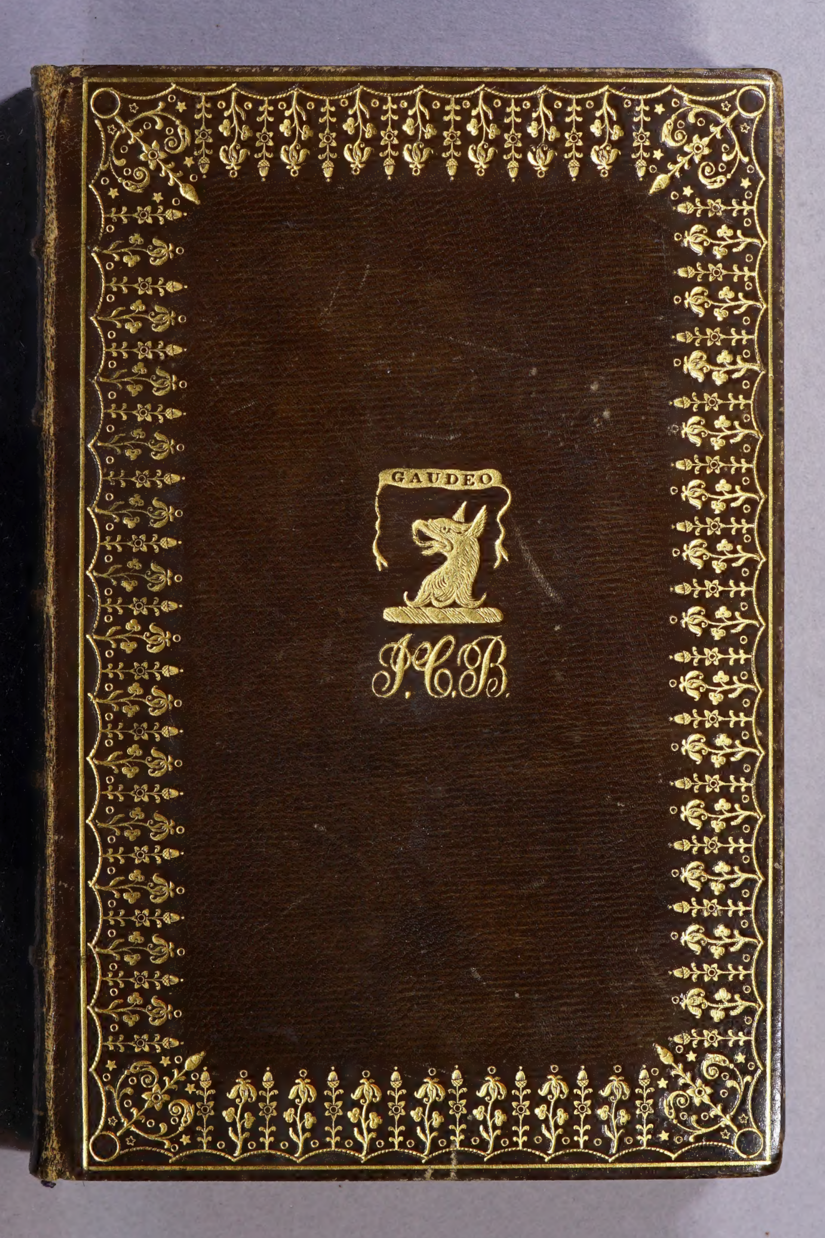
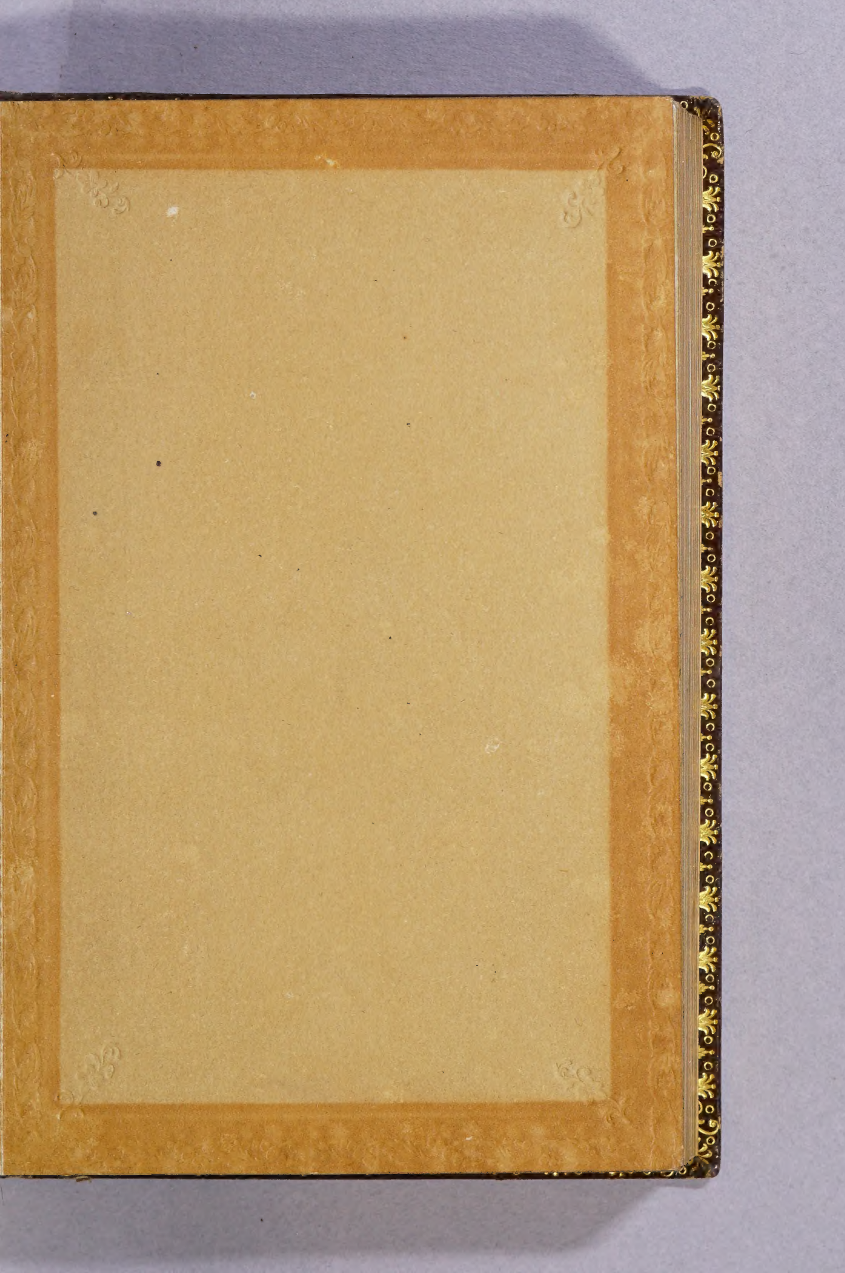

GAUDEO
J.C.B.


GAUDEO
John Carter Brown



Wagner No. 14.

Richard Heber.

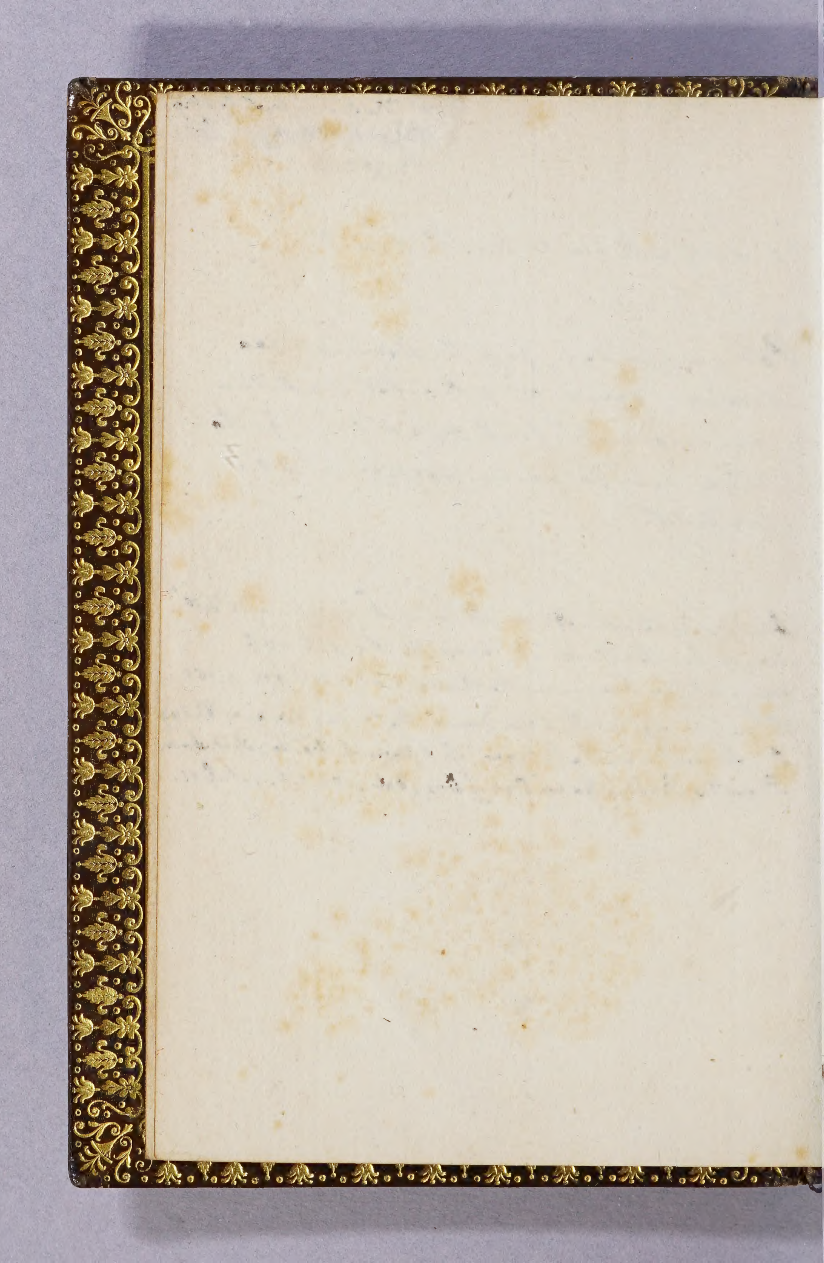
2d Dalrymples Sale 1809
£

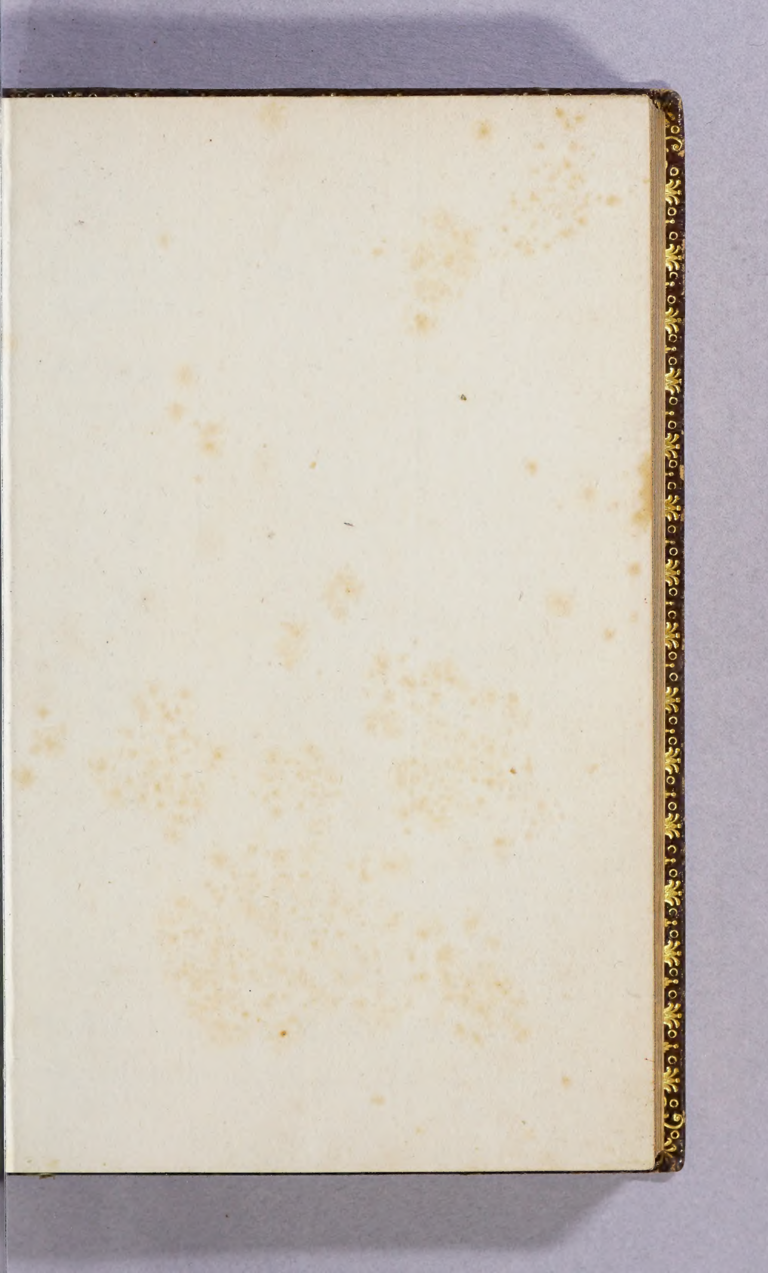
Heing 1812

1 c. & p p with the authors Portrait.

"Poema quidem, sed historicis idoneum, quia ejus auctor, peditum centurio, interfuit expeditioni, historice magis quam poetice a se tradita."

Antonii Bibl. Hisp. Nov. ad "Gaspar de Vill."
Meuselii Bibl. Hist. Tom. III. P. 1. fol. 336
Lenglet du Fresnoy Methode ed. 1772. T. XIV. p. 155.
Boucher de la Richarderie Bibl. des Voyages VI. 149
Dr Robertson's Catalogue of Spanish Books — Hist. Amer.
Pinelo, Bibliotheca Or. y Occ. (ed. 1737 fol.) col. 611.







HISTORIA DE LA NVEVA MEXICO, DEL CAPITAN GASPAR DE VILLAGRA

DIRIGIDA AL REY D. FILIPE nuestro señor Tercero deste nombre.



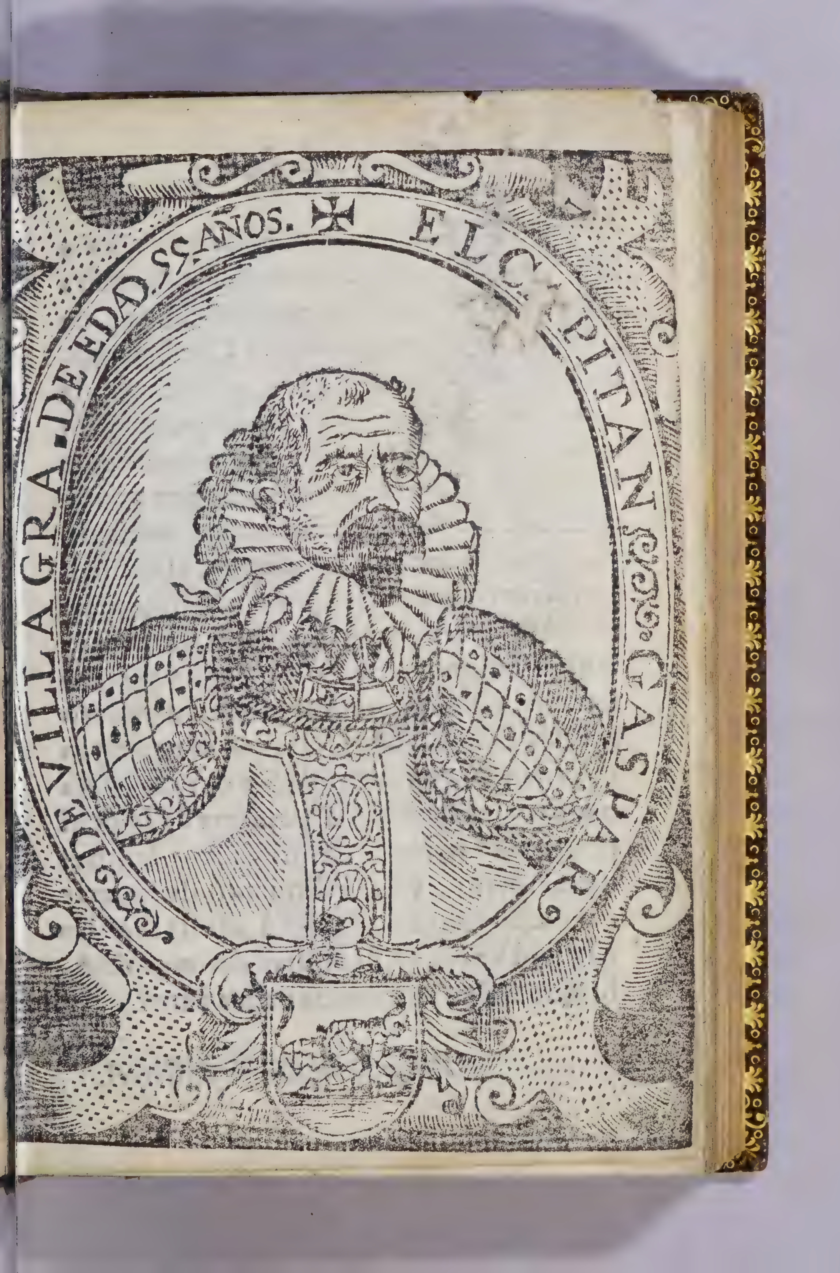
Año 1610.

CON PRIVILEGIO.

En Alcala, *por Luys Martinez Grande.*

A costa de Baptista Lopez mercader de libros




EL C PITAN GASPAR DE VILLAGRA. DE EDAD 55. AÑOS.

TASSA.



O Diego Gonçalez de Villaroel, Eſcriuano de Camara del Rey nueſtro ſeñor, de los que en el ſu Conſejo reſiden, doy fee, que auiendoſe viſto por los ſeñores del Conſejo, vn libro intitulado nueua Mexico, compueſto por el Capitan Gaſpar de Villagrà, que con licencia de los dichos ſeñores eſta mandado imprimir, taſſaron cada pliego del dicho libro, à tres marauedis y medio, el qual tiene treinta y ocho pliegos, que al dicho precio ſuman y montan, ciento y treinta y tres marauedis: y á eſte precio y no mas, mandarõ ſe vẽda el dicho libro, con que al principio de cada vno, ſe ponga eſta fee de taſſa, para que ſe ſepa el precio. Y para que dello conſte de mandamiento de los dichos ſeñores del Conſejo, y de pedimiento de la parte del dicho Capitan Villagrá, di eſta fee. En Madrid veynte y ſiete dias del mes de Abril, de mil y ſeyſcientos y diez años.

Diego Gonçalez de Villaroel.

ERRATAS.

FOlio.8.ver.4.tierea,di tierna, fol.15. ver.13. fomoso,di famoso,fol.19. ver. 23. Mendozino,di Mendocino,fol.22.ver. 20. viua, di vida,fol.35.ver.12.vandn,di vanda,fol.42.ver 24. cierto,di cierta,fol.24 .ver.3.decio,di dezia, fo. 43.ver.21.estos,di esto,fo 50.ver,5. quando, di quando luego,fo.56. mandamiento del Rey, di del Virrey,fo.73.ve.22.leguas,di yeguas, fo.80 ver.4.leuanta,di leuantados,fo.87.ver.1.que,di que fue , fol. 90.ver.7.derramadas, di derramados,fol.96.ver.14.veuimos,di venimos, fo. 110. vrora,di aurora,fo.118.ver.1. apartase,di aprestase,fo.138.ver.17.regundo,di segundo,fo.139 ver.16.estaua,di esta,fo.139.ver. y con sus , di y son supersticiosos.

Yo el Maestro Sebastian de Lirio Cathedratico de prima de Griego, en la Vniuersidad de Alcala,y Corrector de libros della:y ansimismo yo el Licenciado Francisco de Murçia de la Llana, criado de su Magestad , y su Corrector general de libros en sus Reynos,vimos este libro,intitulado historia de la nueua Mexico , del Capitan Gaspar de Villagrà,el qual con estas erratas correspóde có su original. Dada en la dicha Vniuersidad de Alcala,en.10.de Abril, de.1610.años.

El Maestro Sebastiá de Lirio.

El Licéciado Murcia de la Llana.

Cenſuras del libro.

LA hiſtoria de la nueua mexico, poema heroico del Capitan Gaſpar de Villagra, no tiene coſa contra la Fè y buenas coſtumbres, antes la engrandece y lebanta, ver tanto numero de almas reduzidas a la verdad Catholica, y a la corona de Eſpaña, con tan inmenſos trabajos de nueſtra gente Eſpañola: el verſo es numeroſo, y aunque deſnudo de inuenciones y flores poeticos, (por ſer hiſtoria ſeguida y verdadera) la variedad de tan extraordinarios y nueuos ſucceſſos, alentara y dara guſto, a todos generos de gente, a vnos para imitallos, y a otros para eſtimallos, y aſsi es bien que ande en las manos de todos. En Madrid nueue de Diziembre, de.1609.

El Maeſtro Eſpinel.

POr mandado y comiſsion de los ſeñores del Conſejo, è hecho ver la hiſtoria de la nueua Mexico, del Capitã Gaſpar de Villagra, que por ſer verdadera, agradable, y que engrandece nueſtra nacion Eſpañola, y que no contiene coſa contra la Fè, ni buenas coſtumbres: me parece que es juſto ſe le de licencia para imprimirla. Fecha en Madrid en diez de Diziẽbre, de.1609.

El Doctor Cetina.

CENSVRA DEL PADRE Preſentado fray Domingo de los Reyes, Predicador general de la orden del ſeñor ſanto Domingo.

POR mandado de vueſtra Alteza, è viſto la hiſtoria de la nueua Mexico, del Capitã Gaſpar de Villagra, y no é hallado en ella coſa contra la Fê ni buenas coſtumbres, antes vn apazible eſtilo en hiſtoria liſa y ſeguida, y que da luz de lo que los valeroſos Capitanes y ſoldados de vueſtra Alteza hazen, en eſſas partes tan remotas, y lo bien que ſiruen, aſsi á vueſtra Alteza, como à la Ygleſia, con que ſe animaran otros à hazer lo miſmo: eſto me parece. En eſte Coleſio de ſanto Thomas de Madrid, en veynte de Diziembre, de mil y ſeyſcientos y nueue.

Fray Domingo de los Reyes.

EL REY.



OR quanto por parte de vos el Capitan Gaſpar de Villagrà, nos fue fecha relacion, que teniades compueſto vn libro en verſo ſuelto, intitulado nueua Mexico, del Capitan Gaſpar de Villagrà, de que haziades preſentacion, el qual os auia coſtado mucho trabajo, y cuydado, aſsi por auer militado y ſeruidonos en el deſcubrimiento, pacificacion, y poblacion, de la dicha nueua Mexico, cuya hiſtoria era la que tratauades, como por auerla reducido à verdadera hiſtoria, como la teniades reducida, y nos pediſtes y ſuplicaſtes, os mandaſemos dar licencia, para que por tiempo de doze años, vos y no otra perſona, le pudieſſedes imprimir, o como la nueſtra merced fueſſe. Lo qual viſto por los del nueſtro Conſejo, y como por nueſtro mandado ſe hizieron las diligencias que manda la pregmatica por nos vltimamente fecha, ſobre la impreſiõ de los libros, fue acordado que deuiamos mandar dar eſt nueſtra cedula, para vos, en la dicha razon, y nos tuuimoslo por bien. Por la qual os damos licencia y facultad, para que por tiempo y eſpacio de diez años cumplidos, primeros ſiguiẽtes, que corran y ſe cuenten, deſde el dia de la fecha deſta nueſtra cedula, en adelante, vos, o la

perſo-

perſona que para elllo vueſtro poder tuuiere, y no otra alguna, podays imprimir y vender, el dicho libro, que de ſuſo ſe haze mencion. Y por la preſente damos licencia y facultad, a qualquier impreſſor deſtos nueſtros Reynos, que vos nõbraredes, para que durante el dicho tiempo, le pueda imprimir, por el original, que en el ſe vio que va rubricado cada plana, y firmado al fin de Franciſco Martinez, nueſtro eſcriuano de Camara, y vno de los que en el nueſtro Conſejo reſiden, con que antes que ſe venda le traygais ante ellos, juntamente con el dicho original, para que ſe vea ſi la dicha impreſion eſta conforme a el, y traygais fee en publica forma, como por el corretor por nos nombrado, ſe vio y corrigio, la dicha impreſsion, por el dicho original. Y mandamos al impreſſor que anſi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego, ni entregue mas de vn ſolo libro, con el original, al autor, o perſona à cuya coſta ſe imprimiere, para efecto de la dicha correcion y taſſa, haſta que antes y primero, el dicho libro eſtè corregido y taſſado, por los del nueſtro conſejo, y eſtando fecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el qual inmediatamente ſe ponga eſta nueſtra licencia, y priuilegio, y la aprouacion, taſſa, y erratas, y no lo podays vender, ni vendays, vos ni otra perſona

algu-

alguna, hasta q̃ este el dicho libro en la forma su sodicha: sopena de caer è incurrir en las penas cõ tenidas en la dicha pregmatica, y leyes destos Reynos, q̃ sobre ello disponẽ. Y mandamos q̃ durante el dicho tiẽpo, persona alguna sin vr̃a licẽcia, no le pueda imprimir ni vender, sopena q̃ el q̃ lo imprimiere, aya perdido, y pierda, qualesquier libros, moldes, y aparejos, q̃ del tuuiere, y mas incurra en pena de cincuenta mil marauedis por cada vez q̃ lo cõtrario hiziere: y de la dicha pena, sea la tercia parte para la nr̃a Camara, y la otra tercia parte para el Iuez q̃ lo sentenciare, y la otra para el q̃ lo denunciare. Y mãdamos a los del nuestro Consejo, Presidente y Oydores, de las nuestras Audiencias, Alcaldes, alguaciles de la nr̃a casa y Corte, y Chãcillerias, y a otras qualesquier justicias de todas las ciudades, villas y lugares de los nr̃os Reynos y señorios, a cada vno en su juridicion, assi a los q̃ aora son, como a los que seran de aqui adelante, q̃ os guarden y cumplan, esta nr̃a cedula y merced, q̃ ansi os hazemos, y cõtra ella no vos vayan ni passen, ni cõ siẽtã yr ni passar, en manera alguna, sopena de la nr̃a merced, y de diez mil mr̃s para la nr̃a Camara. Dada en Valladolid a siete dias del mes de Março, de mil y seyscientos y diez años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro señor.
Iorge de Touar.

Al Rey nueſtro ſeñor.

AVIENDO de hazer la direccion de los muchos trabajos de aq̃llos Eſpañoles, q̃ por ſolo ſeruir à V. M. de ſi miſmos ſe oluidaron, fuera muy grande atreuimiento mio, ſi para ſu defenſa otro fauor y amparo q̃ el que de V. M. apeteciera, principalmente ſabiendo q̃ a una voz confieſſa todo el orbe, q̃ à tan alto Principe y a ſu ampliſsima monarchia compete el titulo de conſeruador defenſor, y amplificador de la Igleſia Romana, y de todos aquellos que como verdaderos hijos ſuyos, procuran de enſanchar

char ſus ſacroſantos limites y terminos, ſiendo juntamente con eſto por muchas, y por muy ligitimas cauſas proprietario monarca, y ſeñor del viejo mundo, y del nueuo, porq̃ fuera de ſer todo ſuyo, no ſin admirable prouidencia del conſiſtorio diuino, deſpues de tãta ſuma de años, de la creaciõ del vniuerſo, quiſo reſeruar la conquiſta de nueſtra nueua Mexico, á ſolo el poderoſo braço de V. M. auiẽdola eſcondido â toda la grãdeza, y esfuerço de ſus biẽauẽturados progenitores, padres, abuelos, y viſabuelos, de recordaciõ loable, cuias catholicas armas, agenas de toda tirania, ſe fueron eſtendiendo de

ma-

manera q̃ por los años que ocupa
la vida de vn hombre, ſolo puedo
dezir por ellos, lo q̃ muy doctos va
rones afirman, diziendo q̃ vna de
las mayores coſas, deſpues de la
creaciõ del vniuerſo, encarnaciõ y
muerte de nueſtro Redentor Ieſu
Chriſto, á ſido el deſcubrimiẽto y
cõquiſta del nueuo Mundo, deſ-
de cuyos fines, y vltimos terminos,
ſin paſſar de aqui, ni dezir otra co
ſa en fauor del blanco que lleua-
mos, que es deſcubrir otro mundo
mas nueuo, poſtrados por el ſuelo,
y pueſtas las manos ſuplicando à
V.M. los pocos Eſpañoles q̃ aue-
mos permanecido en eſta nueua
tierra, y nueuo deſcubrimiento, de

la

la nueua Mexico, por solo euan gelizar en nuestra santa Fê catholica á sus baruaras gentes, y diuersidad de naciones idolatras, buelua sus piadosissimos ojos, de suerte que para siempre, con tal amparo y fauor, quedē auiertas por todas estas Regiones, las puertas del santo baptismo, mediante las quales, estos pobres baruaros puedan gozar, y alcançar los demas sacramētos, que Dios nuestro Señor, no mas por nosotros que por ellos, quiso ordenar y dexar, â cuya Magestad soberana, con la deuocion y veras possibles, quedamos rogando, quiera por su infinita clemencia, misericordia y bondad, acrecē

tar

tar la muy catholica vida de V. M. por muchos, y felicissimos años, para ensalçamiento de nuestra santa Fè catholica, y extirpacion de los graues errores, y vil idolatria, que el demonio nuestro capital enemigo, siembra y derrama, por estas y otras Regiones, cuyas almas el catholico amparo, y socorro de V. Magestad, inuocan y claman.

Gaspar de Villagra.

Prologo.



VNA de las mayores infelicidades que puede auer en los hechos humanos, es faltarles hiſtoriadores, que con ſus diligẽtes y catholicas plumas, den vida, conſeruen, y guarden todo quanto la continuacion de los ſiglos, y flaca memoria de los hombres, conſume y deshaze, y aſsi en fauor de aqueſta verdad, muchos notables varones confieren, diziendo: que recibio mayor daño el pueblo Romano, en perder lo mucho que de las hiſtorias de Titoliuio ſu coroniſta nos falta, que en la declinacion y ruyna de ſu Imperio, y monarchia, que fue la mayor del mundo, y con razon, porque la hiſtoria no ſolo haze à los auſentes preſentes, mas reſucita y haze viuos a los difuntos, y á los mortales, caſi inmortales, pues mediante ſu excelencia, y grandeza, ſe conſeruan ſus claros hechos y nombres, y aſsi ſolos aquellos varones fueron heroicos, cuyas prohezas mediante la pluma

pluma gozan del premio deuido, por cuya falta los muy famosos, que muchas hazañas obraron, podemos dezir, que no hizieron nada, pues dellos nada sabemos: y assi porque los muchos trabajos, y hechos de aquellos esforçados, que èn la nueua Mexico entraron, a la conuersion de tantas naciones, y gentes, no se pierdan, consuman, y acabē, como se han perdido los muchos que antes dellos en estas nueuas Regiones entraron, teniendo atencion a que no naci para mi solo, quise tomar aqueste trabajo, con entera satisfacion, de que por ser el primero que en esta causa toma la pluma, mas por obediencia, que por confiança del pequeño y corto caudal, que tuue en suerte, han de ser mis muchas faltas, del mas discreto, no solo sufridas, mas tambien perdonadas.

¶ EL

EL LICENCIADO IVAN de Valdes Cauallero de la orden de S. Eſteuan, a don Iuan de Oñate.

CANCION.



TV varon que al baruaro arrogãte
Rudo del Eſpañol valiente azero,
Truxiſte al yugo verdadero y ſanto,
Cuyo temido braço fulminante,
En ageno zenith terrible y fiero,
Obró ſoberuio lo que humilde canto,
Suſpende á Marte, en tanto
Que entre flechas y rojos eſtandartes,
Teſtigos de tu intento,
Ocupo el lebantado penſamiento,
Y mientras que oſtigado el Indio en partes
Remotas, cubre ſus indoctos marmoles,
De tu blaſon inſigne, eſcucha en ſuma,
Valiente Oñate la cortada pluma,
Del valeroſo Achiles,
Trompeta de tus años juueniles,
Que pudiera ſer Ceſar de ſus glorias,

A no

A no ser sugeto tus vitorias.

No de Alexandro la famosa espada,
Al jouen dueño diera eterna vida,
Si pluma ygual sus hechos no escriuiera,
Ni la tuya de baruaros bañada,
Hasta la cruz de su valor teñida,
En otros siglos sus hazañas viera,
La sangrienta Ribera,
Del caudaloso Norte (cuyas flores,
Miraron las corrientes,
En otros tiempos blancas transparentes,
Ya de la sangre rojas) á mayores
Intentos no aspirara, si en vnisones,
Beligeros acentos desta lira,
No viera que à sus aguas las inspira,
Con Religioso hipo,
El ceptro santo del tercer Philipo,
Cuyos diestros tonantes arcabuzes,
Enarbolaron de la Fê las cruzes.

Quantas vezes el sol insigne Oñate,
Que de ver al Antipoda venia,
En tropa vil con tu manada embuelto,

A ſus potros de fuego el azicate,
De Piropo y diamante mas batia,
En dar la buelta â tu eſquadron reſuelto,
Y mirandole buelto,
Y en noche obſcura las floridas faldas,
Del Pirene empinado,
Penſando que otra vez era rogado,
Del Capitan Hebreo, á ſus eſpaldas,
El impenſado caſo murmurauamos,
Haſta que alegre con la nueua aurora,
Vertiendo perlas y eſmeraldas flora,
Quando ardiente aſomaua,
De tus ſuceßos proſperos contaua,
El heroico valor que le diſculpa,
De ſu tardança echandote la culpa.

Las olas deſde entonces arrogantes,
Del raudo conchas, cuya blanca arena,
Solo vieron eſcamas de ſus peçes,
En traſparentes vrnas de diamantes,
Tu nombre eſcriuen que ſu curſo enfrena,
De ninguno ſulcado pocas vezes,
Y al puente que le ofreces,
Mas ingenioſo que el que puſo al Reno,

El

El que en noche importuna,
Repartio con Amiclas su fortuna,
De nueuas glorias, y esperanças lleno,
Entre cristales puros y diafanos,
Con dulzes ecos victorioso canta,
En rapido mormurio, y mas se espanta,
Que fuerças Españolas,
A pie sulcasen sus valientes olas,
Quando animando al andaluz ligero,
Te vio pisar sus conchas el primero.

Pasmose en su Region el fiero noto,
De ver sulcar el atreuido pino,
Escondidos retretes de Nereo,
Y gouernar al prouido piloto,
Las blancas alas del hinchado lino,
Añadiendo esperanças al desseo,
Y qual si el Giganteo,
Atreuido rumor amenazara,
Otra vez las esferas,
Viendo en partes remotas tus ligeras
Armadas naues, en su curso para,
El planeta mayor que del Zodiaco,
Vio espantadas à vn tiempo las estrellas,

Flamigeras brillantes luzes bellas,
Mas viendo los faroles,
De los veloces vassos Españoles,
Les dize que en la hazaña que restauras,
Filipo à de ocupar aquellas auras.

Tiembla el mancebo intonso que el tostado
Euano al arco pone en la batalla,
Del arte militar ageno y rudo,
Y con animo fiero y lebantado.
Apiñando su baruara canalla,
Resiste el tiempo que su fuerça pudo,
Mas cayendo el desnudo,
Robusto cuerpo al filo de tu azero,
El rancho desocupa,
Que con pagizas concauas ocupa,
Tomando alegre por feliz aguero,
Ser tu rendido, y que en la nueua Mexico,
Los santos Numas Castellanos Reyes,
Tiendan el ceptro y constituyan leyes,
Y al rubio vellocino,
Sugetandose el Indio peregrino,
Oy le da Villagrà eternas glorias,
Escriuiendo su fuerça y tus victorias.

Y tu

Y tu cancion humilde que has ſubido,
A tan heroico y ſingular ſugeto,
Baſta no deſuaneſcas el ſentido,
Remite tantas glorias y alabanças,
A plectro mas ſubido y mas perfecto,
Vos Capitan diſcreto,
Que ygualaſtes la eſpada con la pluma,
Hareis la copia, y en ſucinta ſuma,
Que llegue altiua al conquiſtado ocaſo,
Animareys vueſtro veloz Pegaſo.

AL ADELANTADO don Iuan de Oñate, y al Capitan Gaſpar de Villagrà, el Maeſtro Eſpinel.

SONETO.


BRIR caminos, donde no vuo ſenda,
Nueuos Reynos buſcar, nueua comarca,
Porq̃ el Imperio de tu gran Monarca,
En los eſtraños limites ſe eſtienda:
De Idolatras hazer al Cielo ofrenda,
Sellados ya con la cruzada marca,
Ser quanto el Cielo tiene y mar abarca,
A tu pecho y valor humilde prenda:
Efectos ſon don Iuan que al Cielo ſolo,
Tienen correſpõdencia, q̃ en el mundo,
Cauer no puede lo q̃ al mundo eſpanta:
Tu prudencia celebre el miſmo Apolo,
O Villagrà que ſiendo á ti ſegundo,
Las ſuyas calla y tus hazañas canta.

EL

EL LICENCIADO SANchez Collegial Trelingue Cathedratico de prima de Hebreo, a don Iuan de Oñate.

CANCION.


Exad aora del Caſtalio coro,
La verde ſelua y criſtalina fuente,
Entretenido penſamiento vſano,
Y no os admire ya el ſagrado Oriẽte
Donde el aurora peyna rizos de oro,
Sugeto al gran valor del Luſitano,
Pues teneys Caſtellano,
Que las cien lenguas de la fama ocupe,
En quanto el mar eſcupe,
Argentadas eſpumas por el orbe,
Que con furia ſe ſorbe,
En circulos azules de ſus hondas,
Moſtrando peçes en cauernas hondas.

Rompa la fama las eſtampas de oro,
Que en bronce eſculpe y en ſu libro imprime
De los que celebró en la edad paſſada,

Que vence a los que en marmoles opprime,
De sus frias cenizas el tesoro,
El limpio azero de esta illustre Espada,
Del que à la zona elada,
Rompio con los leones Españoles,
Que qual del mundo soles,
La luz llevaron á la tierra fria,
Que Belcebub tenia,
Con eternas tinieblas occupada,
Y al pasto de la muerte condenada.

Ya del magno Alexandro no eternizen,
Los desiertos de Libia el braço fuerte,
Ni los doze trabajos â su Alcides,
Pues á pesar de olbido acerua muerte,
Es justo tus hazañas solenizen,
Las naciones con quien tu espada mides.
Las machinas y ardides,
La sed intolerable y hambre acerua,
A quien la verde yerua,
El alma sustentó que se partia,
Do por alzergue auia,
Quando el Cielo de estrellas mas se borda,
Las frias piedras en la noche sorda.

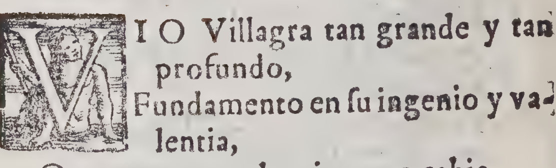
Seràs Aquiles de inmortales obras,
Que en Troyanos mejor manchò su azero,
Y a tu sepulcro embidiaran los nueue,
Pues tus hazañas celebrò vn Homero,
Si eterno nombre por sus versos cobras,
Tal Homero à vn Aquiles se le deue,
La embidia no se atreue,
A preferir á Homero, pues que viste,
Lo mismo que escreuiste,
Que el otro siendo ciego nunca pudo,
Embraçar el escudo,
Tu Homero con ojos y en la guerra,
Rayo del Cielo, espanto de la tierra.

Deten cancion el buelo,
Si al Antipoda passas presurosa,
Que tan dificultosa
Enpreßa, al que la vio y escriue solo,
Concede aliento Apolo,
A ser el Mantuano por la pluma,
Alcides en la guerra, en la paz Numa.

LVYS

LVYS TRIBALDOS de Toledo, al General don Iuã de Oñate, en el deſcubrimiento y conquiſta de la nueua Mexico.

SONETO.

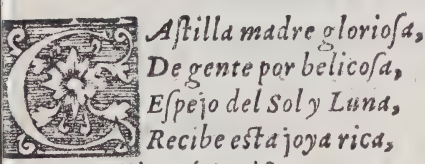


VIO Villagra tan grande y tan profundo,
Fundamento en ſu ingenio y valentia,
Que porque en el antiguo no cabia,
Le buſcò en que cupieſſe nueuo mundo:
Siguiendo al Norte otro Cortes ſegundo,
Por dar lumbre mayor al mayor dia,
De Bòreas conquiſtò la monarquia,
Que oy celebra en eſtilo alto y facũdo:
Lo que merecen obras tan eſtrañas,
De Oñate y Villagra, no ſe dezillo,
Mas en ſu parangõ ſiempre he dudado:
Qual por qual acabò tantas hazañas,
Si eſte porque ſiguio tan gran caudillo,
Si aquel porq̃ eſcogio tan gran ſoldado.

CAN-

CANCION PINDARICA, en loor del Capitan Gaſpar de Villagrâ, y don Iuan de Oñate, deſcubridor, y cóquiſtador de la nueua Mexico.

STROPHA. I.



Aſtilla madre glorioſa,
De gente por belicoſa,
Eſpejo del Sol y Luna,
Recibe eſta joya rica,
Que Villagrá ſacrifica,
Al altar de tu fortuna,
Pues en limpiando la eſpada,
De la ſangre derramada,
De mil Caciques ſangrientos,
Sin romper vn punto el hilo,
Celebra tus vencimientos,
Con dulze y copioſo eſtilo.

ANTISTROPHA,

Couarde y timida lança,
Nunca al rieſgo ſe abalança,

Que

Que el coraçon con temor,
Por viuir vn tiempo breue,
No se arroja, ni se atreue,
Al peligro, ni al valor,
Triste del pecho y consejo,
Fundado en llegar à viejo,
Venturosos los guerreros,
Que dexan el miedo atras,
Y se arriscan los primeros,
Para eternizarse mas.

EPODO.

Esto dize, y en batalla,
La victoria se promete,
Cubierto el cuerpo de malla,
Y la cabeça de almete:
Con la espada en vna mano,
Y en otra vn paues vfano,
Va al combate tan terrible,
Como el rayo cae del Cielo,
Por hazer poluo en el suelo,
De vna Roca inaccessible.

STROPHA. 2.

Lleua

Lleua delante por guia,
La flor de la valentia,
Y vn sujeto tan capaz,
Quan noble, don Iuan de Oñate,
Marte ayrado en el combate,
Y Iupiter en la paz:
Alexandro liberal,
Illustre y gran Generɤl,
(Por fuerte y por generoso)
De todo el Septentrion,
Lumbre y Norte milagroso,
De la Española nacion.

ANTISTROPHA.

De aquel gran Christoual prenda,
Que en belicosa contienda,
Ganò la Galizia nueua,
En el Mexicano imperio,
Luz del Arctico Hemispherio,
Y de sus grandezas prueua:
Arrimo de aquella Idea,
De nobleza que hermosea,
La virtud que mayor es,
Donde no alcança mi pluma,

Nieto

Nieta de Fernan Cortes,
Visnieta de Moteçuma.

EPODO.

Este primero auerigua,
Por su espada y por su renta,
Do fue la Mexico antigua,
Oy nueua por otra cuenta,
Conquistador celebrado,
De todo el circulo elado,
Nunca en batallas vencido,
Y en peligros animoso,
Como Cortes atreuido,
Como Colon venturoso.

STROPHA. 3.

Con la lumbre desta llama,
Descubrio la de su fama,
En Inuierno, y en Estio,
Villagrà ramo de Marte,
Vencedor en qualquier parte,
Del paralelo mas frio:
Pues al ensanchar la tierra,
De Mexico en paz y en guerra,

Exce-

Excediendo al valor de hombre,
Fue ſu virtud tal maeſtra,
Que no cabe allà ſu nombre,
Y ſe eſtiende por la nueſtra.

ANTISTROPHA.

Nunca la nieue y granizo,
Sus brios le elò y deshizo,
Nueuo Mar vio, y nueuas tierras,
Nueuos temples, nueuos climas,
Hondos valles, y altas cimas,
Theatros de nueuas guerras:
En ellos quedan grauados,
Como en bronce, y releuados,
De ſuerte ſus grandes hechos,
Que aunque mas mueſtren ſu furia,
Iamas los veran deshechos,
Ni los tiempos, ni ſu injuria.

EPODO.

Tan nueuos merecimientos,
Graue vna nueua memoria,
En todos los Elementos,
Que ſon Templos de ſu gloria:

¶¶ Que

Que obras de tal calidad,
Dispuso la Eternidad,
Que su autor las illustrasse,
Porque nadie jamas viesse,
Ni quien mejor las cantasse,
Ni quien mejor las hiziesse,

STROPHA. 4.

Ennio entre Trompas Romanas,
Cantò Rotas Africanas,
Puniendo la pluma sola,
Vos Villagrà Castellano,
Con la pluma y con la mano,
Fundais la gloria Española:
En todo soys peregrino,
De Apolo y Marte contino,
Nueua Phenis en ventura,
Que en las entrañas del fuego,
Se la bra la sepultura,
Para renouarse luego.

ANTISTROPHA.

Celebre à vuestra constancia,
Tambien nuestra vigilaucia,

Y no

Y no quede vueſtra eſpada,
Por nueſtra culpa en oluido,
Ni alla ſe entienda que ha ſido,
Mas temida que aqui amada:
Que aunque no pueda ygualar,
Sus filos en pelear,
Ni de vueſtra pluma el buelo,
En publico y en ſecreto,
Llega el merito del zelo,
Donde no puede el effecto.

EPODO.

Yo he jurado de eſtender,
Contra el rigor de los años,
Vueſtro renombre, y hazer,
Que os conozcan los eſtraños:
Pues oy de vos nueuo Erzilla,
Corre eſta voz por Caſtilla,
Que nunca el tiempo conſuma,
Que en Mexico la moderna,
Será vueſtra fama eterna,
Por la lança, y por la pluma.

L. Trib. de Toledo.

AL REY NVESTRO ſeñor, en nombre del General don Iuan de Oñate, y del Capitan Villagrà: el Licēciado Alonſo Sanchez Collegial Trilingue.

SONETO.

O Sol de Eſpaña, que en leon preſente,
Diſtinctos orizontes tu luz dora,
A quien los Reynos de la roſea aurora,
Ciñen de perlas la dichoſa frente:
Y dando el parabien al occidente,
Que en el naciſte, Sol, el alua adora,
Dueño de quāto eſmalta y borda Flora,
De primaueras dos la zona ardiente:
Oye de Oñate y Villagrà la hazaña,
Eſpada y pluma con que al Cielo ſubes,
Y á quien la fama labrará Mauſeolos:
Que fueron para ti aſpectos de Eſpaña,
Por quiē (deshechas ſus obſcuras nuues)
Reſplandeciſte en los oppueſtos polos.

DON

DON DIEGO ABARCA al Capitan Gaſpar de Villagrá.

Veſtra muſa heroica cãta,
Con tan diuinos acentos,
Que ſubiendo por momentos,
Haſta el Cielo ſe leuanta,
A quien Villagrâ no eſpanta,
Que al ciſne ſu voz hurteis,
Y con ella reſoneys,
Allá en la antartica parte,
Victorias que al fiero Marte,
De glorias enrriqueceys.

¶¶ 3 HER-

HERNANDO BER-mudez Caruajal, Gentilombre del Duque de Sesa, al Capitan Gaspar de Villagrá.

SI tal gloria Villgrà,
Alcançan vueſtros vencidos,
Inuidiados y temidos,
De todo el mundo ſeran,
Que mayor gloria les dan,
Vueſtros verſos numeroſos,
Que ſi con hechos glorioſos,
Victoria huuieran ganado,
Pues no huuieran alcançado,
La gloria de ſer famoſos,

DO-

DOÑA BERNARDA LIñan, al Capitan Gaspar de Villagrá.

SONETO.



Randes empresas, marauillas nueuas,
Cantays, y en Horizonte jamas visto,
Del Sol en torno, y su Zenith Calisto,
Publicays, Villagrá, seguras nueuas.
Por valor vuestro en belicosas prueuas,
Conquistador de Baruaros bien quisto,
Van tropas oy del esquadron de Christo,
Hollando de Aquilon lobregas cueuas.
Mas si rompeys, Vlixes peregrino,
Por Orbe estraño, dando en paz y en guerra,
Mayor grandeza al ceptro de Castilla,
Tambien á vuestro honor abris camino,
Pues ocupando el Globo de la Tierra,
Tendra sitio conforme tan gran Villa.

TABLA DE TODOS los cantos que en esta historia se contienen.

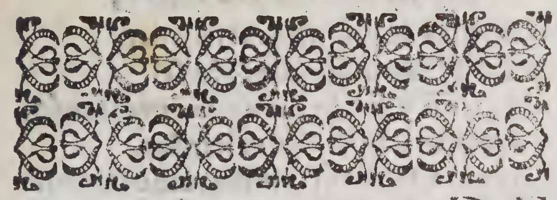
que

de

pañe-

el

FIN.



HISTORIA DE LA NVEVA MEXICO, del Capitan Gaspar de Villagra.

CANTO PRIMERO.

QVE DECLARA EL ARGVMENto de la historia, y sitio de la nueua Mexico, y noticia q̃ della se tuuo, en quanto la antigualla de los Indios, y de la salida y decendencia de los verdaderos Mexicanos.



LAS armas y el varon heroico canto,
El ser, valor, prudencia, y alto esfuerço,
De aquel cuya paciencia no rendida,

Por vn mar de disgustos arrojada,
A pesar de la inuidia ponçoñosa,
Los hechos y prohezas va encumbrando,
De aquellos Españoles valerosos,
Que en la Occidental India remontados,
Descubriendo del mundo lo que esconde,
Plus vltra con braueza van diziendo,
A fuerça de valor y braços fuertes,
En armas y quebrantos tan sufridos,
Quanto de tosca pluma celebrados:
Suplicoos Christianissimo Filipo,
Que pues de nueua Mexico soys fenix,
Nueuamente salido y producido,
De aquellas viuas llamas y cenizas,
De ardentissima fee, en cuyas brasas,
A vuestro sacro Padre y señor nuestro,
Todo deshecho y abrasado vimos,
Suspendais algun tanto de los hombres,
El grande y graue peso que os impide,
De aquese inmenso globo que en justicia,
Por solo vuestro braço se sustenta,
Y prestando gran Rey atento oido,
Vereis aqui la fuerça de trabajos,
Calumnias y afliciones con que planta,

El Euangelio santo y Fé de Christo,
Aquel Christiano Achiles que quisistes,
Que en obra tan heroica se ocupase,
Y si por qual que buena suerte alcanço,
A teneros Monarca por oiente,
Quien duda que con admirable espanto,
La redondez del mundo todo escuche,
Lo que a tan alto Rey atento tiene,
Pues siendo asi de vos fauorecido,
No siendo menos escreuir los hechos,
Dignos de que la pluma los leuante,
Que emprēder los q̄ no son menos dignos
De que la misma pluma los escriua,
Solo resta que aquellos valerosos,
Por quien este cuydado yo he tomado,
Alienten con su gran valor heroico,
El atreuido buelo de mi pluma,
Porque desta vez pienso que veremos,
Yguales las palabras con las obras,
Escuchadme gran Rey que soi testigo,
De todo quanto aqui señor os digo,

Debajo el polo Artico en altura,
De los treinta y tres grados que a la santa

Ierusalem sabemos que responden,
No sin grande misterio y marauilla,
Se esparcen, tienden, siembran, y derramã,
Vnas naciones barbaras remotas,
Del gremio de la Iglesia donde el dia
Mayor de todo el año abraça y tiene,
Catorze oras y media quando llega,
Al principio de Cancro el Sol furioso,
Por cuyo Zenith, passa de ordinario,
De Andromeda la imagen y Perseo,
Cuya constelacion influye siempre,
La calidad de Venus y Mercurio,
Y en longitud nos muestra su districto,
Segun que nos enseña y nos pratica,
El meridiano fixo mas moderno,
Dozientos y setenta grados justos,
En la templada zona, y quarto clima,
Dozientas leguas largas por la parte
Que el mar del Norte, y golfo Mexicano,
Acerca y auezina mas la costa,
Por el viento sueste, y por la parte,
Del brauo Californio y mar de perlas,
Casi otro tanto dista por el rumbo,
Que sopla el sudueste la marina,

Y de la Zona elada diſta y tiene,
Quinientas leguas largas bien tendidas,
Y en circulo redondo vemos ciñe,
Debajo el paralello ſi tomamos,
Los treinta y ſiete grados lebantados,
Cinco mil leguas buenas Eſpañolas,
Cuya grandeza es laſtima la ocupen,
Tanta ſuma de gentes ignorantes,
De la ſangre de Chriſto cuia alteça,
Cauſa dolor la ignoren tantas almas:
Deſtas nueuas Regiones es notorio,
Publica voz y fama que decienden,
Aquellos mas antiguos Mexicanos,
Que a la Ciudad de Mexico famoſa,
El nombre le puſieron porque fueſſe,
Eterna ſu memoria perdurable,
Imitando aquel Romulo prudente,
Que a los Romanos muros puſo taſſa,
Cuya verdad ſe ſaca y verifica,
Por aquella antiquiſsima pintura,
Y modo hieroglìphico que tienen,
Por el qual tratan, hablan, y ſe entienden,
Aunque no con la perfeccion inſigne,
Del gracioſo coloquio que ſe ofrece.

Quando al amigo ausente conuersamos,
Mediante la grandeza y excelencia,
Del escreuir illustre que tenemos,
Y fuerça y corrobora esta antigualla,
Aquel prodigio inmenso que hallamos,
Quando el camino incierto no sabido,
De aquella nueua Mexico tomamos,
Y fue que en las postreras poblaciones,
De todo lo que llaman nueua España,
Y a los fines del Reyno de Vizcaia,
Estando todo el campo leuantado,
Para romper marchando la derrota,
Bronca, aspera, dificil, y encubierta,
Supimos vna cosa por muy cierta,
Y de inmortal memoria platicada,
Y que de mano en mano auia venido,
Qual por nosotros la venida a España,
De aquellos valerosos que primero,
vinieron a poblarla y conquistarla,
Dixeron pues aquellos naturales,
Vnanimes conformes y de vn voto,
Que de la tierra adentro señalando,
Aquella parte donde el norte esconde,
Del presuroso Boreas esforçado,

La

La concaua cauerna desabrida,
Salieron dos briosissimos hermanos,
De altos y nobles Reyes decendientes,
Hijos de Rey, y Rey de suma alteza,
Ganosos de estimarse y leuantarse,
Descubriendo del mundo la excelencia,
Y a sus illustres Reyes y señores,
Con triumpho noble, y celebre trofeo,
Por viua fuerça de armas, o sin ellas,
Quales corderos simples al aprisco,
Reduzir los sugetos y obedientes,
Al duro iugo de su inmenso imperio,
Soberbio señorio y brauo estado,
Y que llegando alli con grande fuerça,
De mucha soldadesca bien armada,
En dos grandiosos campos diuididos,
De gruessos esquadrones bien formados,
El maior de los dos venia cerrando,
Con gran suma de esquadras la bãguardia,
Y de otras tantas brabas reforçaua,
La retaguarda en orden bien compuesta,
El menor con grandissima destreza,
Y por el medio cuerpo de batalla,
Gran suma de bagage y aparato,

Tiendas y pauellones bien luzidos,
Con que ſus Reales fuertes aſſentauan,
Y como ſueltos tiernos ceruatillos,
Infinidad de niños y muchachos,
Por vna y otra parte retoçando,
Embueltos en juguetes muy donoſos,
De ſimples infanticos inocentes,
Sin genero de traça ni concierto:
Y tambien por aquel ſoberuio campo,
Entre las fieras armas ſe moſtrauan,
Aſsi como entre eſpinas bellas flores,
Vizarras damas, dueñas y donzellas,
Tan compueſtas diſcretas y gallardas,
Quanto nobles hermoſas y auiſadas:
Y en freſca flor de jubentud mancebos,
Gentiles hombres, todos biẽ compueſtos,
Compitiendo los vnos con los otros,
Tanta ſuma de galas y libreas,
Quanto en la mas pintada y alta Corte,
En grandes fieſtas ſuelen ſeñalarſe,
Los que ſon mas curioſos corteſanos:
Y aſsimiſmo los grueſos eſquadrones,
Moſtrauan entre tanta vizarria,
Vn numero terrible y eſpantoſo,

De

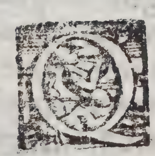
De notables transformaciones fieras,
Qual piel de vedegoso Leon cubria,
Con que el feroz semblante y la figura,
Del soberuio animal representaua,
Qual la manchada fiera tigre hircana,
Presta onza, astuto gimio, y suelto pardo,
Qual al hambriento lobo carnicero,
Raposo, liebre, y timido conejo,
Los grandes pezes, y aguilas caudales,
Con todo el resto de animales brutos,
Que el ayre, y tierra, y ancho mar ocupan:
Alli muy naturales parecian,
Inuencion propria antigua, y que es vsada,
Entre todas las gentes y naciones,
Que vemos descubiertas de las Indias,
Auia de armas fuertes belicosas,
Vna luzida bella y grande copia,
Turquescos arcos, corbos, bien fornidos,
Anchos carcages, gruessos y espaciosos,
De muy liuianas flechas atestados,
Ligeras picas, y pesadas maças,
Fuertes rodelas con sus fuertes petos,
De apretado nudillo bien obrados,
Rebueltas hondas, prestas por el ayre,

Grueſſos baſtones con peſados cantos,
En ſus fuertes bejucos engaſtados,
Y ſembradas de agudos pedernales,
Fortiſsimas macanas bien labradas,
Y tendidas al aire tremolauan,
Con vizarro donaire y gallardia,
Cantidad de vanderas y eſtandartes,
De colores diuerſos matizados,
Y las dieſtras hileras de ſoldados,
Cada qual empuñando bien ſus armas,
Con gran deſcuydo y con vizarros paſſos,
Por el tendido campo yuan marchando,
Y de las muchas plantas açotado,
El duro ſuelo en alto leuantauan,
Vna tiniebla denſa tan cerrada,
Que reſoluerſe el mundo parecia,
En cegajoſo poluo arrebatado,
De vn ligero y preſto terremoto,
Que por el ancho concauo del aire,
En altos remolinos va eſparciendo,
Pues yendo aſsi marchando con deſcuido,
Delante ſe les puſo con cuydado,
En figura de vieja deſembuelta,
Vn valiente demonio reſabido,

Cuyo feroz ſemblante no me atreuo,
Si con algun cuydado he de pintarlo,
Sin otro nueuo aliento a retratarlo.

CANTO
SEGVNDO.

COMO SE APARECIO EL DEmonio a todo el Campo, en figura de vieja, y de la traça que tuuo en diuidir los dos hermanos, y del gran mojon de hierro que aſſentò, para q̃ cada qual conocieſſe ſus eſtados.



VANDO la Mageſtad de Dios aparta,
Del catholico vando algun rebaño,
Señal es euidente y nadie ignora,
Que aquello lo permite ſu juſticia,
Por ſer aquel camino el menos malo,
Que pudieron lleuar ſus almas triſtes,
Y aſsi como a perdidos miſerables,

Y de

Y de la ſanta Igleſia diuididos,
Marchando aſsi eſtos pobres reprouados,
Delante ſe les puſo aquel maldito,
En figura de vieja reboçado,
Cuya eſpantoſa y grañ deſemboltura,
Daua pauor y miedo imaginarla,
Truxo el cabello cano mal compueſto,
Y qual horrenda y fiera notomia,
El roſtro deſcarnado macilento,
De fiera y eſpantoſa catadura,
Deſmeſurados pechos, largas tetas,
Hambrientas, flacas, ſecas, y fruncidas,
Nerbudos pechos, anchos y eſpacioſos,
Con terribles eſpaldas bien trabadas,
Sumidos ojos de color de fuego,
Disforme boca deſde oreja a oreja,
Por cuyos labrios ſecos deſmedidos,
Quatro ſolos colmillos hazia fuera,
De vn largo palmo corbos ſe moſtrauan,
Los braços temerarios, pies, y piernas,
Por cuyas eſpantoſas coiunturas,
Vna oſſamenta grueſſa rechinaua,
De poderoſos nerbios bien aſsida,
Y aſsi como nos pintan y nos mueſtran,

Del brauo Atlante la feroz perſona,
Sobre cuyas robuſtas y altas fuerças,
El graue incomparable aſsiento y peſo,
De los mas lebantados cielos cargan,
Por lo mucho que dellos alcançaua,
En la curioſa y docta Aſtrologia,
Aſsi eſta feroz vieja judiciaria,
Afirman por certiſsimo que truxo,
Encima de la fuerte y gran cabeça,
Vn graue inorme paſſo caſi en forma,
De concha de tortuga lebantada,
Que ochocientos quintales excedia,
De hierro bien mazizo y amaſado,
Y luego que llegò al foraſtero
Campo, y le tuuo atento, y bien ſuſpenſo,
Con lebantada voz deſenfadada,
Herguida la ceruiz aſsi les dixo:
No me peſa esforçados Mexicanos,
Que como brauo fuego no domado,
Que para ſu alta cumbre ſe lebanta,
No menos ſeays mouidos y llamados,
De aquella braua alteza y gallardia,
De vueſtra inſigne illuſtre y noble ſangre,
A cuya heroica Real naturaleza,

Le es proprio y natural el gran desseo,
Con que alargando os vais del patrio nido:
Para solo buscar remotas tierras,
Nueuos mundos tambien nueuas estrellas,
Donde pueda mostrarse la grandeza,
De vuestros fuertes braços belicosos,
Ensanchando por vna y otra parte,
Asi como el soberbio mar ensancha,
Las hondas poderosas y las tiende,
Por sus tendidas Plaias y Riberas,
Que asi se esparza tienda y se publique,
Por todo lo criado y descubierto,
La justa adoracion que se le deue,
Al principe supremo y poderoso,
Del tenebroso aluergue que buscamos,
Y para que tomeis mejor el punto,
Qual presurosa jara que se arranca,
Para el opuesto blanco que se opone,
Notad la voluntad que es bien se cumpla,
De aqueste gran señor que aca me embia,
Ya veis que la molesta edad cansada,
De vuestro noble padre caro amado,
Tiene su Real persona tan opresa,
Desgraciada, cuitada, y afligida,

Que

Que mas no puede ſer en eſte ſiglo,
Y que ya ſu vegez enferma y cana,
A la debil decrepita a venido,
Boluiendoſe a la tierna edad ptimera, Tierna
Y para que los mas de ſus eſtados,
Qual vn veloz cometa que traſpone,
No queden por ſu fin y triſte muerte,
Sin natural ſeñor que los ampare,
Es forçoſo que luego el vno buelua,
Y el otro ſiga de ſu eſtrella noble,
El proſpero diſtino y haga aſsiento,
No donde vieron fuera de los hombros,
Los antiguos Romanos deſtroncada,
La cabeça de quel varon difunto,
Ni donde la gran piel del buei hermoſo,
Tan gran tierra ocupò que fue baſtante,
A encerrar dentro de ſus largas tiras,
Los leuantados muros de Cartago,
Mas donde en duro y ſolido peñaſco,
De chriſtalinas aguas bien cercado,
Vieredeis vna Tuna eſtar plantada,
Y ſobre cuias grueſſas y anchas hojas,
Vn Aguila caudal bella disforme,
Con braueça cebando ſe eſtuuiere,

En vna gran culebra que a ſus garras,
Vereys que eſta rebuelta y bien aſsida,
Que alli quiere ſe funde y ſe lebante,
La metropoli alta y generoſa,
Del poderoſo eſtado ſeñalado,
Al qual expreſamente manda,
Que Mexico Thenuchtitlan ſe ponga,
Y con aqueſta inſignia memorable,
Leuantareis deſpues de nueuas armas,
Y de nueuos blaſones los eſcudos,
Y porque la cobdicia torpe vicio,
Del miſero adquirir ſuele ſer cauſa,
De grandes diſenſiones y renzillas,
Por quitaros de pleytos y debates,
Serà bien ſeñalaros los linderos,
Terminos y mojones de las tierras,
Que cada qual por ſolo ſu gouierno,
A de reconocer ſin que pretenda,
Ninguno otro dominio mas ni menos,
De lo que aqui quedare ſeñalado,
Y lebantando en alto los talones,
Sobre las fuertes puntas afirmada,
Alçò los flacos braços poderoſos,
Y dando a la monſtruoſa carga buelo,

Assi como si fuera fiero rayo,
Que con grande pauor y pasmo assombra,
A muchos, y los dexa sin sentido,
Siendo pocos aquellos que lastima;
Assi con subito rumor y estruendo,
La portentosa carga solto en vago,
Y apenas ocupò la dura tierra,
Quando temblando y toda estremecida,
Quedò por todas partes quebrantada,
Y assi como acabò qual diestra Cirçe,
Alli desuanecio sin que la viesen,
Señalando del vno al otro polo,
Las dos altas coronas lebantadas,
Y como aquellos Griegos y Romanos,
Quando el famoso Imperio diuidieron,
Cuio hecho grandioso y admirable,
El Aguila imperial de dos cabeças,
La diuision inmensa representa,
De aquesta misma suerte traza y modo,
La poderosa tierra diuidieron,
Y assi como pelota que con fuerça,
Del poderoso braço y ancha pala,
Resurte para atras y en vn instante,
Tan presto como viene vemos buelue,

Afsi con fuerte bote el campo herido,
Con lo que afsi la vieja les propuſo,
La retaguardia toda dio la buelta,
Para la dulze patria que dexauan,
Por la parte del Norte riguroſo,
Y para el Sur fue luego proſiguiendo,
La banguardia contenta le da vfana,
Auiendoſe los vnos y los otros,
Tiernamente abraçado y deſpedido,
Y como aquella aguja memorable,
Que por grande grandeza y marauilla,
O y permanece pueſta y aſſentada,
En la bella Ciudad ſanta de Roma,
A la viſta de quantos verla quieren,
No de otra ſuerte aſsiſte y permanece,
El gran mojon que alli quedò plantado,
En altura de veinte y ſiete grados,
Con otro medio, y no vbo ningũ hombre,
De todo vueſtro campo que atajado,
Paſmado y ſin ſentido no paraſe,
Conſiderando aqueſta miſma hiſtoria,
Y por ſus miſmos proprios ojos viendo,
La grandeza del monſtruo que alli eſtaua,
Al qual no ſe acercauan los cauallos,

Por mas que los hijares les rompian,
Porque vnos se empinauan y arbolauan,
Con notables bufidos y ronquidos,
Y otros mas espantados resurtian,
Por vno y otro lado rezelosos,
De aquel inorme peso nunca visto,
Hasta que cierto Religioso vn dia,
Celebró el gran misterio sacrosanto,
De aquella Redencion del vniuerso,
Tomando por Altar al mismo hierro,
Y dende entonces vemos que se llegan,
Sin ningun pauor, miedo, ni rezelo,
A su estalage aquestos animales,
Como a lugar que libertado ha sido,
De qual que infernal furia desatada,
Y como quien de vista es buen testigo,
Digo que es vn metal tan puro y liso,
Y tan limpio de orin como si fuera,
Vna refina plata de Copella:
Y lo que mas admira nuestro caso,
Es que no vemos genero de veta,
Horrumbre, quemazon, o alguna piedra,
Con cuia fuerça muestre y nos paresca,
Auerse el gran mojon alli criado,

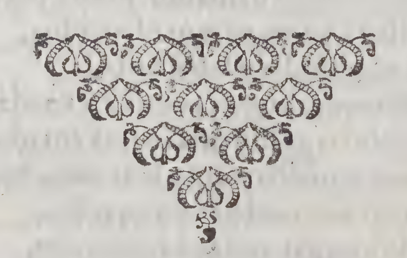
Porque no muestra mas ſeñal de aqueſto,
Que el raſtro que las preſtas Aues dejan,
Rompiendo por el aire ſus caminos,
O por el ancho mar los ſueltos pezes,
Quando las aguas claras van cruzando,
Y aqueſta miſma hiſtoria que he contado,
Sabemos gran ſeñor que ſe pratica,
En lo que nueua Mexico llamamos,
Donde aſsi miſmo fuimos informados,
Ser todos foraſteros y apuntando,
De aqueſtos dos hermanos la ſalida,
Al paſſar dan indicio ſe quedaron,
Sus padres y mayores y ſeñalan,
Al rebançado norte donde dizen,
Y afirman ſer de alla ſu decendencia,
Y dizen que contienen ſus mojones,
Gran ſuma de naciones diferentes,
En lenguas, leies, ritos, y coſtumbres,
Los vnos muy diſtintos de los otros,
Entre los quales cuentan Mexicanos,
Y Taraſcos con gente de Guinea,
Y no parando aqui tambien afirman,
Auer como en Caſtilla gente blanca,
Que todas ſon grandezas que nos fuerçã

A derribar por tierra las columnas,
Del non Plus Vltra infame que lebantan,
Gentes, mas para rueça y el estrado,
Para tocas, vainicas, y labores,
Que para gouernar la gruessa pica,
Generoso baston, y honrrada espada,
Y auer salido destas nueuas tierras,
Los finos Mexicanos nos lo muestra,
Aquella gran Ciudad desbaratada,
Que en la nueua Galicia todos vemos,
De gruessos edificios derribados,
Donde los naturales de la tierra,
Dizen que la plantaron y fundaron,
Los nueuos Mexicanos que salieron,
De aquesta nueua tierra que buscamos,
Desde Cuios assientos y altos muros,
Con todo lo que boja nueua España,
Hasta dar en las mismas poblaciones,
De lo que nueua Mexico dezimos,
Quales van los solicitos rastreros,
Que por no mas que el viento van sacãdo,
La remontada caça que se esconde,
Assi la cuidadosa soldadesca,
A mas andar sacaba y descubria,

Desde los anchos limites que digo,
Patentes rastros, huellas, y señales,
Desta verdad que vamos inquiriendo,
A causa de que en todo el despoblado,
Siempre fuimos hallãdo sin buscarla,
Mucha suma de loça, mala y buena,
A vezes en montones recogida,
Y otras toda esparcida y derramada,
Que esto tuuieron siempre por grandeza
Los Reyes Mexicanos que dezimos,
Porque la mas vagilla que tuuieron,
Fue de barro cozido, y luego al punto,
Que del primer seruicio se quitaua,
Todo lo destroçauan y quebrauan,
Y dentro de las mismas poblaciones,
Todos los mas de vuestro campo vimos,
Algunos edificios y pinturas,
De antiguos Mexicanos bien sacadas,
Y assi como por brujula descubre,
El buen tahur la carta desseada,
Assegurando el resto que ha metido,
Assi con estas pintas y señales,
Seguros assentamos todo el campo,
En el gustoso aluergue descubierto,
Tomã-

Tomando algun descanso que pudiesse,
Esforçar y alentar alguna cosa,
Los fatigados cuerpos quebrantados,
Del peso de las armas trabajosas,
Por manera señor que aqui sacamos,
Que esta es la noble tierra que pisaron,
Aquellos brabos viejos que salieron,
De la gran nueua Mexico famosa,
Por quien el peregrino Indiano dize,
Que muy pocos la quieren ver ganada,
Y con mucha razon nos desengaña,
De verdad tan patente y conocida,
Porque para ensanchar los altos muros,
De nuestra santa Iglesia y lebantarlos,
Son muchos los llamados, y muy pocos,
Aquellos a quien vemos escogidos,
Para cosa tan alta y lebantada,
Mas dexemos aquesta causa en vanda,
Que pide larga historia lo que encubre,
Cerrando nuestro canto mal cantado,
Con auer entonado todo aquello,
Que de los mas antiguos naturales,
A podido alcançarse y descubrirse,
A cerca de la antigua decendencia,

Venida, y poblacion de Mexicanos,
Que para mi yo tengo que salieron,
De la gran China, todos los que habitan,
Lo que llamamos Indias, mas no importa,
Que aquesto por agora aqui dexemos,
Y porque vuestra gente Castellana,
A quien parece corta la grandeza,
De todo el vniuerso que gozamos,
Para pisarla toda, y descubrirla,
Por si misma alcanço vna grande parte,
De aqueste nueuo Mundo que inquirimos,
Adelante diremos quales fueron,
Y quienes pretendieron la jornada,
Sin verla en punto puesta y acabada,



CAN-

CANTO TERCERO.

COMO POR SI SOLOS, LOS ESPAñoles tuuieron principio, para descubrir la nueua Mexico: y como entraron, y quienes fueron los que primero pretendieron, y pusieron por obra la jornada.



LASON gallardo, y alto, es el trabajo,
De aquella illustre fama memorable,
Que en la triunfante Corte soberana,
Y militante aluergue que viuimos,
Sabemos que se anida, y se atesora,
Mediante aquellos heroes valerosos,
Que su inmortal vandera professaron,
Cuia alta zima, y cumbre poderosa,
Podeis notar señor incomparable,
Que por escudo heroico, y sublimado,

Quiso aquel poderoso Dios eterno,
Que por alteza grãde y triunfo el hombre
Que en Trinidad y essencia representa,
Su beldad propria y alta semejança,
Sacada de su mismo ser al viuo,
Le guardase, y del mucho se estimase,
Si todas las mas cosas desta vida,
Seguras en buen puerto ver quisiesse,
Y assi no se vera ningun trabajo,
Si con heroico pecho es recebido,
Que en el el mismo Dios no resplandezca,
Mostrandonos patente la belleza,
De sus notables hechos y prohezas,
Y esto quales resplandecientes soles,
Alla en el quarto cielo lebantados,
Con no pequeño assombro nos mostrarõ,
Despues que en la Florida se perdieron,
Por aquel largo tiempo prolongado,
El grande negro Esteuan valeroso,
Y Cabeça de Vaca memorable,
Castillo, Maldonado, sin segundo,
Y Andres Dorantes mas auentajado,
Todos singularissimos varones,
Pues en la tempestad mas fiera y braua,

De todas ſus miſerias y trabajos,
Por ellos quiſo obrar la ſuma alteza,
Vna ſuma grandioſa de milagros,
Y como ſu Deidad con ſolo aliento,
Infundio eſpiritu de vida al hombre,
Y a otros ſano venditos de ſu mano,
Aſsi paſſando aqueſtos valeroſos,
Por entre aqueſtas barbaras naciones,
No ſolo a ſus enfermos los ſanauan,
Liſiados, paraliticos, y ciegos,
Mas dauan tambien vida a ſus difuntos,
Con ſolo vendicion y aliento ſanto,
Que por ſus ſantas bocas reſpirauan,
Pitima viua, atriaca y medicina,
Que ſolo en la botica milagroſa,
Del poderoſo Dios pudo hallarſe,
Por cuya virtud alta y ſoberana,
Suſpenſos los Alarabes incultos,
Aſsi como ſi fueran dioſes todos,
Vna vez por tributo y vaſſallage,
Les conſagraron, dieron, y ofrecieron,
Paſſados de ſeyſcientos coraçones,
De muchos animales que mataron,
Que no es pequeño paſmo y marauilla,
Que

Que gente bruta, barbara, grossera,
De todo punto viesse y alcançase,
Que con razon no mas que coraçones,
Deuen sacrificarse y ofrecerse,
A los que semejantes obras hazen,
Porque no obstãte que es porciõ pequeña,
Para satisfacer la debil hambre,
De vn milano flaco acobardado,
Nadie ignora el gran ser de su nobleza,
Pues siendo en si tan corto y encogido,
Sabemos que no cabe en todo el mundo,
Y en el abreuiado que es el hombre,
El es la primer vasa y fundamento,
Que da calor de vida al artificio,
De todo el edificio milagroso,
Y es en si tan heroica su grandeza,
Que como es fuerça passe y se registre,
Por vna de las salas del juzgado,
En cuio puesto assisten los sentidos,
Lo que a la suma alteza y excelencia,
Del bello entendimiento se propone,
Assi no puede ser que llegue cosa,
Que le hiera y de muerte le lastime,
Sin que primero acabe y se destruia,

El

El mundo breue, y toda ſu grandeza,
Porque el es el poſtrero que fenece,
Y el que poſtrero pierde el mouimiento,
Y aſsi en el, como en hermoſo templo,
La mageſtad del alma ſe apoſenta,
De donde al poderoſo Dios embia,
Sus ſantas y deuotas oraciones,
Sus obras, penſamientos, y alegria,
Su verdadero amor, y ſu triſteza,
Sus lagrimas, ſuſpiros, y gemidos,
Y aſsi como abundante fuente viua,
De donde manan coſas tan grandioſas,
A ſolo Dios el coraçon ſe deue,
Sacrificar en todas ocaſiones,
Y a todos los demas varones fuertes,
Que ſus venditos paſſos van ſiguiendo,
Notando el ſacrificio ineſtimable,
Deſtos ruſticos baruaros ſalbages,
Que tantos coraçones ofrecieron,
A eſtos quatro famoſos que en ſus tierras,
Por tiempo de nueue años trabajados,
Vn millon de miſerias padecieron,
Al cabo de los quales aportaron,
A la Prouincia calida famoſa,

De Culiacan que en otros tiempos nobles,
Muy nobles caualleros la poblaron,
En cuyo puesto y siglo de oro illustre,
Aquel humilde Prouincial celoso,
De la orden del serafico Francisco,
Que fray Marcos de Niça se llamaua,
Auiendose bien dellos informado,
Por auer descubierto cierta parte,
Destas nueuas Regiones escondidas,
Y como ya alcançaua de los Indios,
La razon que atras queda referida,
Que salieron de aqui los Mexicanos,
Qual famoso Colon, que nueuo Mundo,
Dio a vuestra Real corona de Castilla,
Assi determinó luego de entrarse,
Por cosa de dozientas leguas largas,
Con solo vn compañero confiado,
En aquel sumo bien que nos gouierna,
Y por enfermedad que a el compañero
Sobrebino, fue fuerça se quedase,
Y el se entro con diuino y alto esfuerço,
Con cantidad de barbaros amigos,
La tierra adentro, y como aquel que halla,
Vn rico y preciosissimo tesoro,

Cuya

Cuya abundancia fuerça y le combida,
Que buelua con presteza por socorro,
Assi el gran Capitan de pobre gente,
Con grande priessa reboluio diziendo,
Notables excelencias de la tierra,
Que auia visto, notado, y descubierto,
Y como no ay en todo el vniuerso,
Cosa que mas parezca y represente,
La magestad de Dios, como es el hombre,
Como si fuera Dios emprende cosas,
Que a solo Dios parece se reseruan:
Y assi podeis notar Rey poderoso,
Que teniendo de aquesta nueua tierra,
Copiosa relacion de aqueste santo,
Y heroico Religioso de Franciscos,
Aquel grande Cortes, Marques del Valle,
Despues de auer sulcado la brabeza,
Del ancho brauo mar, y echado a fondo,
Las poderosas naues de su flota,
Hecho de tanto esfuerço y ossadia,
Tal qual nunca abraçò varon famoso,
Lleuado del valor illustre y alto,
De sola su persona no domada,
Que ya por todo el Orbe no cabia,

No porque no esta bien desengañado,
Que solo siete pies de tierra sobran,
Mas descubrir por cada pie pretende,
Vn nueuo Mundo, y ciento si pudiesse,
Para mejor subir el edificio,
De nuestra santa Iglesia, y lebantarle,
Por estas tierras barbaras perdidas,
Pues poniendo la proa de su intento,
Para largar al viento todo el trapo,
Siguiendo desta impressa la demanda,
Como amar, y Reynar jamas permiten,
Ninguna competencia que les hagan,
Sucedio lo que al muy famoso Cesar,
Con el brabo Pompeio, sobre el mando,
Que cada qual por fuerça apetecia,
Porque le contradijo don Antonio,
Primero Visorrey de nueua España,
Diziendole que a el solo la jornada,
Como a tal Visorrey le competia,
Cortando el apretado y ciego ñudo,
Que de amistad antigua y verdadera,
El vno con el otro professauan.
Mas Dios nos libre quãdo quiebra y rõpe,
Interes, y que puede atrabesarse,
Porque

Porque al punto que quiere embrauecerse,
No ay Rey, razon, ni ley, ni fuerça tanta,
Que a su furor diabolico resista,
Y asi dize muy bien el Mantuano,
O sacra hambre, de riquezas vanas,
Que desbenturas ay a que no fuerçes,
Los tristes coraçones de mortales,
Y ponele este nombre sacrosanto,
Grandioso, soberano, y lebantado,
Porque ningun mortal jamas se atreua,
Emprenderla jamas contra justicia,
Mas como nos aduierte la Escritura,
Quien serà aqueste, y alabarle hemos,
Por auer hecho en vida marauillas,
Pues porfiando los dos sobre esta causa,
Como si fueran dioses poderosos,
Cada qual pretendia y procuraua,
Rendir a todo el mundo si pudiese,
Y vista aquesta causa malparada,
Al punto procuro el Marques heroico,
Por ser del mar del Sur Adelantado,
Que por este derecho pretendia,
Y alegaua ser suya la jornada,
Y asi por no perderla, ni dexarla,
C Vino

Vino a tomar de España la derrota,
Para tratar con la imperial persona,
De vuestro bien auenturado Abuelo,
Carlos Quinto de toda aquesta causa,
Cuio alto y prudentissimo gouierno,
Tuuo de los imperios mas notables,
Reynos y señorios desta vida,
Lu soprema y mas alta primacia,
Siendo amado, acatado, y estimado,
De todo lo que ciñe el vniuerso,
Pues luego que dio fin a su carrera,
Y recogio las velas destroçadas,
De aquel largo viage trabajoso,
Qual naue poderosa que da fondo,
En desseado puerto, y al instante,
La vemos yr a pique y sin remedio,
Assi llegò la cruda y feroz muerte,
Diziendo en altas vozes lebantadas,
A ninguno perdonò y puso pazes,
Quitandole de vista la jornada,
Y con horrible imperio poderoso,
Al punto le mando se derrotase,
Tomando sin escusa, y sin remedio,
Aquel mortal y funebre camino,

Tan trillado y ſeguido de los muertos,
Quanto jamas han dado de los viuos,
Y mas de aquellos triſtes miſerables,
Que vida prolongada ſe prometen,
Y como muchas vezes acontece,
Que con deſcuido ſuele deslizarſe,
Vn regalado vaſo de las manos,
Dexandonos muy triſtes y ſuſpenſos,
Y caſi ſin aliento boqui abiertos,
De verle por el ſuelo deſtroçado,
Aſsi causó grandiſsima triſteza,
Aſſombro, paſmo, miedo, y ſobreſalto,
El ver aquel varon tendido en tierra,
Reſuelto todo en poluo y vil ceniza,
Siendo el que auentajo tãto ſu eſpada,
Que ſugeto con ella el nueuo mundo,
Mas quien ſerà ſeñor aquel tan fuerte,
Que a la furioſa fuerça de la parca,
Pueda ſu gran braueza reſiſtirla,
Si à Reyes, Papas, y altos potentados,
Por funebres deſpojos y trofeos,
Debajo de ſus pies eſtan poſtrados,
Mas que mucho ſi al hijo de Dios viuo,
Sabemos todos le quitó la vida,

Por cuya causa cada qual se apreste,
Pues sin remedio es fuerça que se rinda,
Y sin vital espiritu se postre,
Debajo de su pala y fuerte azada,
Con esto don Antonio de Mendoza,
Tomò y quedò por suyo todo el campo,
Qual aquel que a su gran contrario dexa,
En estendido palido y el alma,
Del miserable cuerpo desassida,
Y para descubrir mejor el blanco,
Valiose del tercero don diuino,
Que es quiē mas biē nos lleua y encamina,
Qual refulgente luz que nos alumbra,
Con cuia claridad tomo consejo,
Con aquel gran varon noble famoso,
Que Christoual de Oñate se dezia,
Persona de buen seso y gran gouierno,
Y vno de los demas valor y prendas,
Que de capa y espada en nueua España,
Y Reynos del Piru auemos visto,
Al qual pidio su parecer y voto,
Acerca del soldado mas gallardo,
Sufrido, astuto, fuerte, y mas discreto,
Que le fuesse possible que escogiesse,

Para ſolo ocuparle y encargarle,
Que por explorador de aqueſta entrada,
Con treinta buenos hombres ſe apreſtaſe,
Antes que todo el campo ſe partieſe,
Y como el buen fin tanto ſe adelanta,
Quanto el principio es mas bien acertado,
Qual vn agudo lince que traciende,
O Aguila Real que ſin empacho,
El mas brauo rigor del Sol penetra,
Aſsi con gran preſteza luego dixo,
Poniendole delante la perſona,
De aquel Iuan de Zaldibar ſu ſobrino,
Soldado de verguença, y tan ſufrido,
Quanto para vna afrenta bien prouado,
Al qual ſin mas acuerdo le encargaron,
Vna gallarda eſquadra de Eſpañoles,
Que treinta brabas lanças gouernauan,
Con eſtos ſe metio la tierra adentro,
Por donde les corrio muy gran fortuna,
Y tempeſtad deshecha de trabajos,
Tan esforçados viuos y alentados,
Que ſolo ſu valor pudo ſufrirlos,
Y en el inter el dieſtro Mendoeino,
Preuino como aſtuto gran ſocorro,

Formando vn gruesso campo reforçado,
De bella soldadesca tan vizarra,
Quanto mas no pudieron esmerarse,
Aquellos que llegaron y pusieron,
El belico primor en su fineza,
Pues viendo esta belleza lebantada,
Con ellos se boluio el santo Niça,
Prouincial de pobrissimos Franciscos,
Por solo que tuuiesse franca entrada,
La voz de la Euangelica doctrina,
Entre estos pobres barbaros perdidos,
Y porque el cuerpo humano destroncado,
Y puesto sin cabeça es impossible,
Que pueda bien mandarse y gouernarse,
Nombraron por gouierno deste campo,
A vn grande cauallero que Francisco
Vazquez de Coronado se dezia,
Persona de valor y grande esfuerço,
Para cosas de punto y graue peso,
Y porque reberencia le tuuiessen,
Con titulo de General illustre,
Quisieron illustrar á su persona,
Y honrrandole el Virrey en quanto pudo,
Para mas alentar aquesta entrada,

En perſona ſalio haziendo eſcolta,
Haſta poner el campo en Compoſtela,
De la Ciudad de Mexico apartada,
Largas dozientas millas bien tendidas,
Donde vino á ſalirles al encuentro,
El Capitan Zaldibar quebrantado,
Del aſpero camino trabajoſo,
Que vino de explorarle y deſcubrirle,
A fuerça de armas, hambre, y ſed notabl.
Y otros muchos trabajos que no cuento,
Que por inormes paramos ſufrieron,
Y diziendo al Virrey que aquella tierra,
Que auia viſto, notado, y deſcubierto,
No le parecia nada auentajada,
Reſpecto de ſer pobre y miſerable,
Y de ruſticos barbaros poblada,
Mas que no fueſſe parte todo aqueſto,
Para que vn ſolo paſſo atras boluieſſe,
Porque donde ſe pierde la eſperança,
Alli los mas ſolicitos monteros,
Suelen con mucho guſto y paſſatiempo,
Lebantar ſin penſar muy grande caza,
Y como para el bien jamas le falta,
Quien lo impugne, reſiſta, y contradiga.

No faltò quien dixeſe y atizaſe,
Ser pobriſsima tierra, y que por ſerlo,
Era terrible caſo que aquel campo,
En coſa tan perdida ſe ocupaſe,
Al alma le llegò al Virrey la nueua,
Mas como muy prudente y recatado,
Conſiderando que de vn grande hierro,
Suele ſalir vn grande acertamiento,
Deſimuloſe todo lo que pudo,
Y aſsi como en el ſubito peligro,
Se deue aconſejar con gran preſteza,
Aquel que viue del mas deſcuidado,
Sin dilacion mandò que ſe puſieſe,
Grandiſsimo ſilencio y ſe callaſe,
Todo lo referido, ſin que coſa,
Quedaſe para nadie deſcubierta,
Pues con eſto era fuerça que el peligro,
De deshazerſe el campo ſe vencieſe,
Cuia preuencion hizo, porque el gaſto,
Eſtaua ya perdido y conſumido,
Con cincuenta mil peſos de buen oro,
Que Chriſtoual de Oñate quiſo darle,
Preſtandolos con pecho generoſo,
Por ſolo que eſta entrada ſe hizieſſe,

Y que ſeria poſsible ſi ſe entraſe,
Segunda vez que fueſſe de prouecho,
Y como ſiempre ſuele auentajarſe,
Al canſado montero la porfia,
Porfiando mandò que luego al punto,
El nueuo General dieſſe principio,
A lebantar el campo, y que marchaſe,
Y auiendoſe de todos deſpedido,
Tomó el Virrey de Mexico la buelta,
Y el Real fue tomando ſu derrota,
Con grande furia y fuerça de trabajos,
Los quales los lleuaron y aportaron,
A los pueblos de Cibola llegados,
A otros circunuezinos comarcanos,
Donde el gran padre Niça y los Floridos,
Y el capitan Zaldibar con ſu eſquadra,
Llegaron y boluieron con la nueua,
En cuio pueſto el general guſtoſo,
De ver aquella tierra, mandó luego,
Que grandes fieſtas todos ordenaſen,
Y haziendoſe aſsi, ſalio en perſona,
En vn brabo cauallo poderoſo,
Y en vna eſcaramuça que tuuieron,
Batiendo el duro ſuelo deſembuelto,

Desocupò la silla de manera,
Que del terrible golpe atormentado,
Quedò de todo punto sin juizio,
Y assi como los miembros adolecen,
Luego que en la cabeça sienten falta,
Y cada qual dispara y no gouierna,
Assi la soldadesca viendo estaua,
La fuerça del gouierno zozobrada,
Destroncada y enferma luego quiso,
Teniendo tanta tierra en que estenderse,
Parar con el trabajo y cercenarle,
Y assi juntos a vna, y en vn cuerpo,
Qual aquel que de hecho desespera,
Assi dieron de mano a la esperança,
Verdadero remedio de los fines,
Que con grandes cuidados pretendemos,
Y sin ver que mejor le vbiera sido,
A todo aqueste campo disgustoso,
No auer dado principio aquella impressa,
Que boluer las espaldas vergonçosas,
Auiendose vna vez metido dentro,
De la dificil prueua y estacada,
Con toda aquesta lastima furioso,
Reboluio con grandissima presteza,

Las

Las preſuroſas plantas deſembueltas,
Y aunque muchos quiſieron como buenos
Reſiſtirlos á todos con razones,
Y fuerça de palabras eficaces,
Del ſanto Prouincial faborecidas,
Y amparadas tambien por don Franciſco,
De Peralta grandiſsimo guerrero,
Y del gallardo pecho del Zaldibar,
Y de aquel cauallero inſigne y raro,
Don Pedro de Tobar Padre de aquella,
Illuſtre, bella, y generoſa dama,
Tan cortes, como grande corteſana,
Doña Yſabel en cuio ſer ſe encierra,
Vna virtud profunda lebantada,
Al ſoberano amor en que ſe enciende,
Valiendoſe del martir abraſado,
En cuio templo vemos que ſe abraſa,
Y como viua braſa ſe conſume,
En amoroſo fuego del eſpoſo,
Que es vida de ſu vida y alma vella,
Todas illuſtres prendas heredadas,
De ſu esforçado padre valeroſo,
El qual con otros muchos caualleros,
Inſtauan porque el campo no boluieſe.

Y co-

Y como ſiempre el bulgo, y chuſma torpe,
No admiten lo que es fuera de ſu guſto,
Sin hazer de ninguno cuenta alguna,
Fue tanta ſu dureza y pertinacia,
Que con muy grande perdida notable,
Boluieron las eſpaldas al trabajo,
Porque como no entraron tropezando,
Con muchas barras de oro, y fina plata,
Y como vieron que las claras fuentes,
Arroyos y lagunas no vertian,
Doradas ſopas, tortas, y rellenos,
Dieron todos en maldezir la tierra,
Y a quien en ſemejantes ocaſsiones,
Quiſo que ſe metieſen y enrredaſen,
Y aſsi todos cuitados y lloroſos,
Como ſi fueran hembras ſe afligian,
Cuia vageza digna de deshonrra,
Con que eſtos ſus perſonas infamaron,
Lebantando las manos del trabajo,
Que es fuerça que en la guerra ſe padezca,
Será bien ſe ſuſpenda a nueuo canto,
Si auemos de eſcreuir ſu triſte llanto,

CAN-

CANTO QVARTO.

DE LA INFAMIA Y BAGEZA que cometen los Generales, oficiales, y soldados que salen a nuevos descubrimientos; y se bueluen sin persobear, y ver el fin de sus impresas.



VIEN muy bastãtes prendas no sintiere,
De los quilates y valor que alcança,
Para seguir con valeroso esfuerço,
Del iracundo Marte el duro oficio,
Sino quiere viuir vida afrentosa,
Infame, miserable, y abatida,
Huiga de todo punto y no se empache,
En el subido son de sus clarines,
Roncas cajas y pifanos templados,
Que presta que en la quieta paz se arrastrẽ,
Con muy vizarros passos gruessas picas,

Y que con eſmeriles y moſquetes,
Arrojen por el aire preſtas valas.
De que ſirue el benablo mas tendido,
Las plumas lebantadas y las galas,
Gineta honrroſa y gran baſton fornido,
Los pomposos entonos y palabras,
Promeſas y brabeza que nos mueſtran,
Los que al furor indomito ſe ofrecen,
Si en llegando que llegan a las veras,
Su animo ſe rinde y acobarda,
Qual aquel que de ver los filos tiernos,
De vna debil lançeta desfallece,
No ay viſoño ſoldado que no ſepa,
Ni corto corteſano que no alcançe,
Que no ay palabras viles mas infames,
Ni execucion de manos mas perdida,
Que pretender por la nobleza de armas,
Honor aquel que no es para alcançarle:
Y aſsi no puede ſer deſemboltura,
Ni ſoberuia que pueda compararſe,
Al que ocupa en el belico exercicio,
Qualquiera de ſus plaças lebantadas,
No me da mas la que es de pobre infante,
Que la del miſmo General famoſo,

O qualquiera otro pratico guerrero,
Si puesto en la ocasion à campo abierto,
Rebueluen las espaldas sin empacho,
De aquellos que de afuera los señalan,
Y por sus mismos nombres los conocen,
Cuio graue descuido descuidado,
Es mucho mas dañoso y afrentoso,
Que si en publica plaça las boluiese,
Al braço de vn verdugo despojadas,
Con voz de pregonero lebantada,
Y publica trompeta conocida:
Quiẽ vio a los q̃ hemos dicho yr marchã-
La buelta desta impresa señalada, (do,
De la Audiencia y Virrey acompañados,
Con tanto parabien de caualleros,
Y aplauso de las damas mas gallardas,
De todas las que ciñe nueua España,
Y qual otro Nembrot que pretendia,
Subir y conquistar el alto Cielo,
Assi nos dio á entender todo este campo,
Ser poco todo el mundo y su grandeza,
Para solo cebar su fiera diestra,
En cosas de importancia que ygualasen,
Al subido valor de sus personas,

Y quien los ve boluer a rienda suelta,
Con lenguas tan discordes y diuersas,
Las vnas con las otras encontradas,
Assi como sabemos se encontraron,
Aquellos palabreros que oluidados,
De sus vanos intentos se boluieron,
Confusos del trabajo començado,
En la gran Babilonia celebrada,
De las diuinas letras consagradas,
Assi los afligidos coronados,
Viendo a su General de todo punto,
Priuado de memoria y de sentido,
Confusos se boluieron de la tierra,
Vnos doliendose de auer dejado,
Sus fuerças a la orilla zozobradas,
Otros que sus trabajos fueron vanos,
Pues en vano llegaron y boluieron,
Sin ver de aquel estado la grandeza,
Negando con gran fuerça de razones,
Ser para solo hertazo alli criada,
Pues la diuina mano poderosa,
Siendo en pequeñas cosas admirable.
En las que eran tan grandes y espaciosas,
Era caso forçoso auentajarse,

Otros

Otros por el contrario se afligian,
Llorando hambre, desnudez, cansancio,
Terribles yelos, nieues, y ventiscos,
Pesados soles, aguas, y granizo,
Gran pobreza y trabajos de la tierra,
Miserias del camino trabajoso,
Postas y centinelas peligrosas,
El peso de las armas desabridas,
Inclemencia del Cielo riguroso,
Y riesgos de la vida no pensados,
Enfermedades, y otros disparates,
Como si el duro oficio de la guerra,
Boluiendo atras su natural vertiente,
Y el poderoso impetu furioso,
Con que su brabo curso va vertiendo,
A caso les vbiese prometido,
No lo que el muy sangriento Marte ofrece
Sino aquello mas puro y regalado,
Que de fertil razimo beneficia,
El gran nieto de Cadmo y de Saturno,
O lo que aquel Profeta prodigioso,
Que en la casa de Meca reberencia,
La gente Sarracena porque aguarda,
Gran fuerça y opulencia de manjares,

En el futuro ſiglo que pretende,
Sin aduertir los pobres miſerables,
Que tocar vn clarin alto gallardo,
Y ronca caja y pifano templado,
Y arbolar á ſu tiempo vn eſtandarte,
Y tremolar en campo vna vandera,
Que no es para guſtoſos paſſatiempos,
Contentos ni regalos delicados,
Floreſtas ni vanquetes muy ſolenes,
Mas para profeſſar con brabo esfuerço,
Aquel blaſon Romano belicoſo,
Que dize en altas bozes lebantadas,
Nos por viuir en paz queremos guerra,
O miſerables triſtes abatidos,
Triſtes, que ſin valor quereis poneros,
Aſsi como Faeton ponerſe quiſo,
A gouernar el carro poderoſo,
Allá en la quarta Esfera lebantado,
Tomando tanta altura, porque fueſſe,
Su ambicioſa ſoberuia mas ſabida,
De todos los mortales que notaron,
Su miſera deſgracia triſte infame,
Y para no venir en tanta afrenta,
Aduierta aquel que quiere ſometerſe,

Al belico furor y professarle,
Que como firme harpon, o gallardete,
Que en altissima cumbre està assentado,
De poderosos vientos combatido,
Que mientras mas le afligen y combaten,
Mas firme muestra el rostro a la braueza,
De aquel q̃ mas se esfuerça en contrastarle,
Que assi firme esforçado y valeroso,
A de poner el rostro à los trabajos,
Miserias, y fatigas que vinieren,
Y fuera de perder el alma entienda,
Que no puede auer cosa que no aguarde,
Y espere en todo trance el buen guerrero,
Si ya no es que las leyes militares,
Otra cosa dispensen y permitan,
Porque esto significan los escudos,
Con que muy alto Rey quereis honrrarlos
De fresca y roja sangre matizados,
Con tantas barras, fuegos, y leones,
Castillos, lobos, tigres, y serpientes,
Con otros muchos fieros animales,
Insignias y diuisas que nos muestran,
La torpeza de aquellos que pretenden,
Entre tantos disgustos tener gusto,

Y a estos tales mejor les estuuiera,
Serbir à los que tienen gruessas tiendas,
De aquel licor sabroso que adormece,
O â los que son mas praticos y diestros,
En saber sazonar dulzes manjares,
Que no serbir con tanto sobresalto,
Peligro, riesgo, y costa de la vida,
A vuestra Magestad, pues que no puede,
Abilitar con otra à quien le falta,
Y si por mas valer, y ser pretenden,
Yr contra la corriente y agua arriba,
Sigan aquellos hechos hazañosos,
De aquel grande varon alto famoso,
Del Imperio Romano gran monarca,
Y sobre cuios hombros descargauan,
Negocios de grandissima importancia,
Que por mas lebantar su brabo imperio,
Todo lo mas del tiempo se ocupaua,
En solo matar moscas sin cuidado,
Del poderoso ceptro que tenia,
Bajeza cierto de varon indigno,
De tal imperio, y digno de soldados,
Tales quales aqui se van mostrando,
Mal professaran estos las vanderas,

De aquel muy esforçado Maçedonio,
Pues para no dormirſe en la milicia,
Eſtaua de contino tan alerta,
Qual nos pintan aquella centinela,
En vn pie pueſta y toda lebantada,
Con cuidado la piedra bien aſsida,
No de otra ſuerte ſiempre le puſieron,
A eſte varon notable vna gran bola,
De fina plata grueſſa bien fornida,
Sobre la dieſtra mano porque fueſſe,
Parte para que luego deſpertaſe,
Dando ſobre otra gueca que tenia,
Debajo de la mano poderoſa,
Y ſi haziendo aqueſto es fuerça viertan,
Aqueſtos pobres lagrimas amargas,
Moleſtados de tantas deſuenturas,
Viertan aquellas lagrimas famoſas,
Deſte miſmo varon a quien abraça,
Por vno de los nueue la gran fama,
Cuia grandeza es cierto que lloraua,
Porque otros nueuos mundos le dixeron,
Tenia la mageſtad de Dios criados,
Y que era fuerça tiempo le faltaſe,
Para poder moſtrar ſu brabo esfuerço,

En la grande conquiſta que penſaua,
Hazer de todos ellos, ſi la vida,
Se dilatara tanto, y ſe alargara,
Quanto ſu brabo pecho ſe eſtendia,
Y ſi algun gentilombre que me eſcucha,
Vbiere retirado ſu perſona,
Deſamparando el pueſto que pudiera,
Ocupar otro mas auentajado,
En propagar la ſangre derramada,
Por aquel ſoberano Dios que quiſo,
Que todos los del mundo ſe ſaluaſen,
Haga muy grande cargo de conciencia,
En auer deſpreciado el ſanto riego,
Que pudo derramarſe por aquellos,
A quien deſamparó ſin ver que eſtauan,
A pique de perderſe y condenarſe,
Y para confuſion de aqueſtos triſtes,
Quiero traer ſeñor á la memoria,
Vn caſo digno de que no le cubran,
Las poderoſas aguas del oluido,
Y es, que cierto Virrey de nueua Eſpaña,
Eſcriuio á vueſtro gran ſeñor y Padre,
A cerca de las rentas Filipinas,
Diziendo, que por cierta y buena cuenta,
Saca

Sacada con grandiſsimo cuidado,
Auia notado viſto, y deſcubierto,
Ser muchos mas los gaſtos q̃ el prouecho,
Que de todas las Islas reſultaua,
Por cuia ſuficiente y juſta cauſa,
Era de parecer ſe deſpoblaſen.
Y qual vemos aquel á quien laſtiman,
Con qual que fiera llaga penetrante,
Aſsi muy mal herido y laſtimado,
Del conſejo que ſin penſar le vino,
Al punto reſpondio ſin detenerſe,
El ſanto Rey Catholico diziendo:
En lo que me aduertis que con cuidado,
Aueis hechado cuenta de las rentas,
Que Dios quiſo ſerbirſe de encargarnos,
Y darnos en las Islas del Poniente,
Que ſois de parecer que ſe deſpueblen,
Por que ſon mas los gaſtos q̃ el prouecho,
Digo que ſi es poſsible ſuſtentarſe,
Vna muy pobre hermita lebantada,
En toda aquella tierra y ſus contornos,
Mediante la qual venga à preſumirſe,
Que ſe puede ſaluar vn alma ſola,
Que ſi para eſte fin ſin otro alguno,

Las rentas y teſoros que tenemos,
En todos eſſos Reynos no baſtaren,
Que luego me auiſeis, porque con tiempo,
Con las que aca alcançamos os ſocorra,
Que en eſſo quiere Dios que ſe conſuman,
Diſpenſen, gaſten, pierdan, y derramen,
O gentes que tomais tan alto buelo,
Quales ormigas triſtes, cuyas alas,
Tan por ſu mal ſabemos que les nacen,
Frenad el paſſo, y aduertid que os notan,
Que de la quieta paz quereis ſaliros,
Sin ſuficientes fuerças que os ſuſtenten,
Las cortas prendas de los flacos braços,
Que ſin diſcrecion vemos que ſe arrojan,
Tras del ſangriento Marte belicoſo,
Para ſolo bolberos con las manos,
En las cabeças triſtes y lloroſos,
Infames, abatidos, y afrentados,
Llenos de deſonor y de verguença,
Dexad, dexad, aqueſta noble impreſſa,
Para aquellos heroicos que aſsiſtiendo,
Enmienden vueſtras faltas miſerables,
Y con illuſtre esfuerço las fenezcan,
Y buelua cada qual a ſus madejas,

Y den-

Y dentro en ſu rincon paſſe ſu vida,
Notando el gran teſoro que ſe ofrece,
Por vna alma de aquellas que dexaſtes,
Pobre, deſamparada, y ſin remedio,
Y ponderad con eſto que los vienes,
De todo el vniuerſo que gozamos,
No es precio ſufficiente ni baſtante,
Para reſcate de vna ſola gota,
De la ſangre vertida y derramada,
Por el gran Dios que quiſo redimirla,
Y que ſi toda fuera neceſſaria,
Para faborecerla y reſcatarla,
Sin duda que la vieramos vertida,
Qual por todos la vemos derramada,
Con cuio inmenſo precio ſoberano,
Podeis ſacar el gran valor y eſtima,
De lo que por tal precio ſe reſcata:
Pues ſiendo eſto verdad como dezimos,
Quando no lebanteis en nueuas tierras,
Templo, ni pobre hermita, donde pueda,
La mageſtad de Dios reberenciarſe,
Y ſolo conſumais vueſtros trabajos,
En baptizar limpiando de la culpa,
A vn ſolo parbulito quando parte,

Desta penosa vida donde estuuo,
Priuado y condenado para siempre,
A perpetuo destierro desterrado,
De la diuina essencia soberana,
Dezid donde pondremos el esfuerço,
De vn hecho tan heroico y lebantado,
Y es cosa muy donosa Rey sublime,
Que para mas cubrir su gran vageza,
Quieren hazerse grandes mayordomos,
De vuestras Reales rentas, por que dizen,
Fueron en estas cosas mal gastadas,
Sin mirar que si fueran despenseros,
Y ellos las manijaran y trataran,
Que por menos del numero de treinta,
Porque aquel triste quiso suspenderse,
A ellos tambien los vieramos colgados,
Sabe Dios que he notado muchas vezes,
Que no á ciẽ años que el horrible infierno
Tuuo todos los años de tributo,
De mas de cien mil almas para arriba,
Que en solos sacrificios bomitaua,
La gran Ciudad de Mexico perdida,
Y qual del erizado inuierno escapan,
Todas las mieses, arboles, y plantas,

Y en

Y en primauera vemos que se visten,
De infinidad de flores con que oluidan,
El riguroso tiempo ya passado,
Asi oluidada tanta desuentura,
Tanta efusion de sangre derramada,
Y tanto sacrificio desdichado,
Podemos dezir cierto en nuestros tiempos
Que està todo lo bueno de la Iglesia,
Dentro desta metropoli famosa,
Que fue en tan corto tiempo tan perdida,
Porque no se que tenga parte el mundo,
Donde el culto diuino mas se estime,
Ni mas se reuerencie, ni se acate,
Ni donde sus ministros mas se teman,
Honrren, amen, respeten, y lebanten,
Y asi parece que permite el Cielo,
En pago de respectos tan gloriosos,
Que pinten y florescan marauillas,
De Martires, y Confessores santos,
Que han sido luz de toda aquesta tierra,
Donde por la bondad de Dios inmenso,
Ay tanta suma de famosos templos,
Hermitas, monasterios, y hospitales,
Colegios y combentos muy poblados,
De

De las grandes primicias que dexaron,
Nueſtros primeros Padres que vinieron,
A reduzir en bien tan triſtes males,
Y todos a vna mano de admirables,
Bellos y feliciſsimos ingenios,
En todas ciencias y artes liberales,
Y lo que mas ſe mueſtra y ſe ſeñala,
Es la caridad ſanta generoſa,
Que como Sol enmedio de ſu curſo,
Aſsi con bello reſplandor deſcubre,
Muchos grandes varones y mugeres,
Que á manos llenas vierten y derraman,
Limoſnas tan grandioſas y admirables,
Que ſolos Reyes pueden competirlas,
Con cuia alteza vemos lebantados,
Gran ſuma de hoſpitales generoſos,
Nobles templos, de bellos edificios,
Gallardos monaſterios ſumptuoſos,
Peregrinos conuentos memorables,
Y vna muy gran belleza de donzellas,
Sin otro grande numero de pobres,
Por ſus limoſnas ſantas ſocorridos,
Y todo aqueſto por el alto esfuerço,
De aquel varon famoſo que ſe puſo,

A deſ

A descubrir aqueste nueuo mundo,
Cuios illustres hechos hazañosos,
Despues de auer passado algunos años,
No hã de ser menos grandes y admirables,
Que los de aquel gran Cesar y Pompeio,
Artus, y Carlo Magno, y otros brabos,
A quien el tiempo tiene lebantados,
Con su larga memoria prolongada;
Cuia antigualla es cierto que ennoblece,
Los illustres sucessos ya passados,
Y si los deste campo no boluieran,
Las espaldas tan presto como vimos,
Fuera possible auerse descubierto,
Otro mundo tan grande y poderoso,
Qual este que tenemos y gozamos,
Sola vna terrible falta hallo,
Christianissimo Rey en vuestras Indias,
Y es, que estan muy pobladas, y ocupadas,
De gente vil, manchada, y sospechosa,
Y no siendo en España permitido,
Que passen estos tales à estas partes,
No se que causa pueda auer bastante,
Para que no los hechen de la tierra,
Que les es por justicia prohibida,

Pues la oueja roñosa es cosa llana,
Que suele inficionar todo vn rebaño,
Quanto mas gran señor que no sabemos,
Lo que puede venir por vuestra España,
Y si abreis menester aquestas tierras,
Para faboreceros y ampararos,
De alguna miserable desuentura,
De las que Dios permite que sucedan,
Por poderosos Reynos lebantados,
Por cuia justa causa es bien se arranque,
Aquesta mala hierua, y se trasponga,
Sin que se dexe cosa que no sea,
De buen sabor, color, olor, y gusto,
En jardin que es tan nueuo, tierno, y bello,
Principalmente con tan buena ayuda,
Qual la del tribunal santo famoso,
Que gouiernan aquellos eminentes,
Insignes, y doctissimos varones,
Don Alonso, gran gloria, lustre y triunfo,
De la muy noble casa de Peralta,
Y Gutierre Bernardo que lebanta,
La mas autigua de Quiros nombrada,
Y aquel prudente Martos, q̃ à Bohorques,
Con singular valor subio de punto,

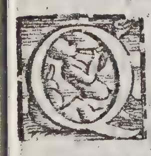
Todos vigilantiſsimos guerreros,
Contra la peſte y cancer contagioſo,
Que por algunos miembros de la Igleſia,
Los del vil campo heretico de Raman,
En cuia ſiembra vemos que deſcubren,
Peſtilenciales nidos y veneros,
De perberſos errores contagioſos,
Como mas largamente lo refiere,
Aquel Ribera illuſtre que compuſo,
De vueſtro ſanto Padre las obſequias,
En cuia docta y funeral hiſtoria,
Me acuerdo que refiere vn caſo eſtraño,
De vn Ioſepho lumbroſo relaxado,
Que dixo en altas vozes que le oyeron,
Con vna no penſada desberguença,
Mal aya el tribunal del ſanto Oficio,
Que ſi el no vbiera eſtado de por medio,
Por eſtos ſolos dedos yo contara,
Los Chriſtianos de toda aqueſta tierra,
Cuia gran desberguença temeraria,
Por ſolo auerſe dicho en nueua tierra,
Y que es de nueſtra Fé tan nueua planta,
Parece que inſta fuerça y os combida,
A que pongais el hombro de manera,

Que todas vueſtras Indias ſe deſpojen,
Deſta beſtial canalla, y que ſe pueblen,
De ſolos Hijoſdalgo, y Caualleros,
Y de Chriſtianos Viejos muy ranciosos,
Que con eſtos, y no con otra gente,
Podeis bien deſcubrir el vniuerſo,
Y conquiſtarlo todo y reduzirlo,
Al ſuabe jugo de la Igleſia ſanta,
Y eſto ſin la tormenta de gemidos,
Anſias, ſollozos, y lamentos triſtes,
Que aqueſtos miſerables derramaron:
Y porque derrotado del camino,
Eſtoi muy largo trecho remontado,
Boluiendo por el rumbo que llebaua,
Dandoos razon de las demas noticias,
Y de aquellos gallardos pretenſores,
Y altos deſcubridores deſta tierra,
Deſtroçado de gente tan canſada,
Tan deſdichada, vil, y poco firme,
Quiero al ſiguiente canto remitirme,

CAN-

CANTO QVINTO.

DE OTRAS NOTICIAS QVE VVBO de la nueua Mexico, y de otros que assimismo pretendieron la jornada.


VANDO con pertinacia el hombre sigue,
A solo su apetito, y del se ceua,
Cosa dificil es que tal dolencia,
Pueda ser de ninguno socorrida,
Auiendo pues señor los coronados,
Visto en aquesta tierra que dezimos,
Vnos bellos y grandes alcatrazes,
De fina plata y oro lebantados,
En las agudas proas, y altas popas,
De ciertas gruessas naues que toparon,
A caso, y sin pensar, por la marina,
Sin procurar saber que vasos fuessen,

De donde, y para adonde nauegauan,
De su mismo apetito ya vencidos,
Segun que tengo dicho luego al punto,
Boluieron todos juntos sin empacho,
De aquellos caualleros esforçados,
Que vageza tan grande abominaron,
Viendo pues tan gran daño sin remedio,
El santo Prouincial de san Francisco,
Qual suelen los que à Dios se sacrifican,
Que todo lo posponen, y lo dexan,
Dexandolos á todos quiso solo,
Quedarse á merecer en aquel puesto,
La palma illustre, y alta, del martirio,
Que alli los brauos baruaros le dieron,
Viendo pues don Francisco de Peralta,
En militar oficio tanta mengua,
Y que vuestro Virrey sintio en el alma,
Con toda nueua España tal vageza,
Ocupado de empacho y corrimiento,
La buelta para Italia tomò luego,
Y siguiendo la corte dentro en Roma,
Vio por vista de ojos que tenia,
El Duque de Saxonia retratada,
Aquesta nueua tierra en sus tapizes,

Y en muchos reposteros muy curiosos,
Y estando embeuecido asi mirando,
La peregrina tierra tan al viuo,
Ayudado de cierto cauallero,
Por vista de ojos vio tambien que el Duq̃,
Tenia vna gran piel bella disforme,
De aquellas vacas sueltas que se crian,
En los llanos de Cibola tendidos,
De donde resultó que supo cierto,
Que no de sola gente Castellana,
A sido aquesta tierra pretendida,
Mas tambien de remotos estrangeros,
Demas de todo aquesto es ya notorio,
Que saliendo de Francia vna gran naue,
Fue con tormenta braua derrotada,
A dar en estas tierras peregrinas,
Y andando alguna gente en el esquife,
Por solo ver la tierra y demarcarla,
Vieron vna ensenada de dos puntas,
Y en cada vna dellas lebantada,
Vna grande Ciudad de gruessos muros,
De donde les salieron al encuentro,
Vn numero grandioso de vezinos,
En prolongados varcos, o canoas,

Las popas y las proas aforradas,
Al parecer en planchas de oro bajo,
Y ſiendo dellos preſos los lleuaron,
Al palacio de vn Rey de noble eſtado,
Cuia frente ceñia y rodeaua,
De aquel miſmo metal vna corona,
Con ſingular deſtreza bien ſacada,
Eſte gran Rey mandó que con cuidado,
A todos los lleuaſen y les dieſen,
Su caſa de apoſento y regalaſen,
Y cumpliendo el mandato con preſteza,
Fueron de frutas, carnes, y peſcado,
Con muy grandes caricias bien ſerbidos:
Eſtando pues aſsi todos contentos,
Como la carne en todos tiempos mueſtra,
Su miſera flaqueza y desbentura,
Parece que vno dellos oluidado,
Del buen comedimiento que deuia,
Al beneficio noble recebido,
Llegoſe à pellizcar con mal reſpecto,
A vna hermoſa barbara que eſtaua,
Mirandolos à todos deſcuidada,
De aqueſto el Rey tomò tan grãde enfado.
Que ſi la miſma barbara ofendida,

Por ellos con gran fuerça no intercede,
Murieran sin remedio por el caso,
Y asi mandò que luego los hechasen,
De toda aquella tierra, y que les diesen,
Su mismo esquife bien abastecido,
Y asi salieron estos desterrados,
Y cobrando la naue dieron buelta,
A los Reynos de Francia, y desta historia,
Teneis excelso Rey incomparable,
Informacion muy cierta y verdadera,
En vuestro Real Consejo de las Indias:
Con estas relaciones, y otras muchas,
(Que estas son las que suben y lebantan,
Los nobles coraçones de mortales,)
Es cierto que en el año que contamos,
Mil y quinientos sobre ochenta y vno,
Por orden del gran Conde de Coruña,
Fray Agustin, fray Iuan, y fray Francisco,
Vnos deuotos Padres Religiosos,
De aquel que representa al mismo Christo,
En pies, costado, y manos lastimadas,
Con valeroso esfuerço se metieron,
Por todas estas tierras, y con ellos,
Aquel Francisco Sanchez Chamuscado,

Con quien entrò Felipe de Eſcalante,
Pedro Sanchez de Chaues, y Gallegos,
Herrera, y Fuenſalida, con Barrado,
Tambien etrò Iuan Sanchez por ſer todos
Valientes, y boniſsimos guerreros,
Eſtos corrieron parte deſta tierra,
Y dexandoſe allà los Religioſos,
Salieron todos juntos y contentos,
De auerla andado, viſto, y deſcubierto,
Y aſsi luego por orden de Ontiberos,
Que vueſtra autoridad ſeñor tenia,
Entrò Anton de Eſpejo por el año,
De los ochenta y dos, dexando en vanda,
A los mil y quinientos que contamos,
Y no vbo bien llegado quando ſupo,
Que con vn gran martirio que les dieron,
A los venditos Padres que quedaron,
Aqueſtos miſmos baruaros perdidos,
Las vidas todos juntos les quitaron,
Y deſpues de auer viſto aquella tierra,
Salio tambien diziendo marauillas,
Loandola de muchas poblaciones,
Y minas caudaloſas de metales,
Y gente buena toda, y que tenia,

Bezotes, braçaletes, y oregeras,
De aquel rubio metal, dulze goloso,
Tras que todos andamos desbalidos,
De aquesto todo, luego se hizieron,
Grandes informaciones que lleuaron,
A vuestra insigne Corte lebantada,
Por las quales constaua auerle dado,
Casi quarenta mil mantas bien hechas,
A este Capitan noble esforçado,
Los Indios naturales de presente,
De mas de todo aquesto bien sabemos,
De aquel fray Diego Marquez perseguido
De gente luterana en mar y tierra,
Que por la Reyna Inglesa se hizieron,
Sobre esta nueua tierra que tratamos,
Muy grandes diligencias y pesquisas,
Por cuia causa dentro de su Corte,
Estando este varon alli cautibo,
Por ser de Iesu Christo gran soldado,
Mandaron que jorase y declarase,
Pues que era natural de nueua España,
Que tierra fuesse aquesta, y que sentia,
De las cosas que alli le preguntaron,
Y luego que vbo en todo respondido,

Y fue de cautiberio libertado,
Acudiendo á el oficio que deuia,
Porque de luteranos nunca fueſſe,
Aqueſta noble tierra deſcubierta,
Dando larga razon de todo aqueſto,
A vueſtro inſigne Padre luego al punto,
Mandò que la jornada ſe aſſentaſe,
Eſta ſin detenerſe emprendio luego,
Iuan Bautiſta de Lomas hombre rico,
Antiguo en eſta tierra acreditado,
Eſte aſſentò ſu cauſa y no vbo efecto,
Por el año de ochenta y nueue al juſto,
Y por el de nouenta entró Caſtaño,
Por ſer allá teniente mas antiguo,
Del Reyno de Leon á quien ſiguieron,
Muchos nobles ſoldados valeroſos,
Cuio Maeſe de campo ſe llamaua,
Chriſtoual de heredia bien prouado,
En coſas de la guerra y de buen tino,
Para correr muy grandes deſpoblados,
A los quales mandó el Virrey prendieſe,
El Capitan Morlete, y ſin tardarſe,
Socorrido de mucha ſoldadeſca,
Braba, diſpueſta, y bien exercitada,

A todos los prendio, y boluio del puesto,
Despues de todo aquesto que he contado,
Siguiendo el Capitan Leiua Bonilla,
Por orden de don Diego de Velasco,
Gouernador del Reyno de Vizcaia,
Los Indios salteadores rebelados,
Precipitado de soberuia altiua,
Determinò de entrarse en esta tierra,
Con todos los soldados que tenia,
No obstante que don Pedro de Cazorla,
Vn noble Capitan salio â intimarle,
De parte del don Diego vn mandamiento,
Que pena de traidor no se atrebiese,
A entrar la tierra adentro, y sin embargo,
Perdiendo la verguença y el respecto,
A vuestra Real persona, dio en entrarse,
Y como la traicion tanto es mas graue,
Quanto es la calidad del ofendido,
Como rayos del sol que se diuiden,
De la tiniebla triste amodorrida,
Assi se diuidieron y apartaron,
Del Capitan Bonilla, Iuan de Salas,
Iuan Perez, y Cabrera, y Simon Pasqua,
Y Diego de Esquibel, y tambien Soto,

Diziendo á vozes altas con enojo,
Las lanças empuñando, y las adargas,
Que mas querian morir como leales,
Que cobrar como viles alebosos,
Aquel infame nombre de traidores,
Con que todos entrauan ya manchados,
Y boluiendo las riendas los dexaron,
Y ellos como milanos que à la parua,
De miseros polluelos se abalançan,
Afsi desatinados y perdidos,
Pensando que los baruaros cubiertos,
Estauan de oro fino y perlas gruessas,
Tomaron sin respecto ni verguença,
Para la nueua Mexico el camino,
Y apenas el Virrey la nueua supo,
Quando sin detenerse ni tardarse,
Aquesta entrada quiso la hiziesse,
Aquel gran Capitan noble afamado,
Y que oy gouierna el Reyno de Galicia,
Francisco de Vrdinola à quien se deue,
La paz vniuersal, y gran sossiego,
Que aquesta nueua España toda alcança,
De aquellos brauos baruaros gallardos,
Que por tan largos años sustentaron,
Con-

Contra vueſtro valor y braço fuerte,
Las poderoſas armas no vencidas,
Haſta que ya canſados y afligidos,
Corridos, deſtrozados, y oprimidos,
Deſte varon prudente ſe rindieron,
Y á ſu peſar las treguas aſſentaron,
Pues como muchas gentes entendieſſen,
Que á tan brauo ſoldado ſe le daua,
Aqueſta grande impreſſa alborotados,
De gozo y alegria no cabian,
Contentos de que coſa tan illuſtre,
A ſola ſu perſona ſe encargaſe,
Y como la inuidia miſerable,
Es mortifero cancer que en el alma,
Arraiga ſu dolencia y la conſume,
Aqueſta ſola beſtia fue baſtante,
Para desbaratar, y echar por tierra,
Coſa tan importante y deſſeada,
De toda nueua Eſpaña y ſus contornos,
O beneno mortal, o inuidia triſte,
Gota coral, furioſo derramado,
Por lo intimo del alma deſdichada,
De aquel que ſemejante mal padece,
Dios nos libre ſeñor de ſu beneno,

Y por

Y por ſu paſsion ſanta no permita,
Que ſemejante hidra ponçoñoſa,
A ninguno perſiga qual veremos,
Por toda aqueſta hiſtoria que eſcreuimos,
Mas es caſo impoſsible que ninguno,
Pueda della euadirſe y eſcaparſe,
Que eſſo tienen los hombres valeroſos,
Que es fuerça que los ladre y les perſiga,
Muerda, y los laſtime con gran rabia,
Aqueſta braua perra venenoſa,
Bien fuera meneſter vn gran volumen,
Para dezir las coſas que ſufrieron,
Por no mas que ſerbiros y agradaros,
Todos eſtos varones que hemos dicho,
Mas porque me es ya fuerça que de ſalto,
Venga al punto y perſona de aqu el brauo,
Que ſin penſar fue electo y eſcogido,
Para poner encima de ſus hombros,
Coſa de tanto peſo y tanta eſtima,
Con vueſtra Real licencia tomo esfuer ço,
Para cortar la pluma diſguſtoſa,
Y en coſas de importancia trabajoſa.

CAN-

CANTO SEXTO.

COMO SE ELIGIO PARA ESTA jornada la persona de don Iuan de Oñate, y del fabor que para ello dio don Luys de Velasco, y de los estorbos que despues tuuo, para impedir sus buenos pensamientos: los quales tuuieron despues cõsuelo, por ser faborecidos del Conde de Monte Rey, Virrey de nueua España.



LEGADO auemos gran señor al punto,
Y engolfados en alta mar estamos;
La tierra se ha perdido, y solo resta,
El buen gouierno y cuenta de la naue,
Y porque nada quede en el viaje,
Que no se mida bien, ajuste y pese,
Poned en lo mas alto bien tendida,

La cuidadosa vista atenta y pare,
En aquella pureza, y gran grandeza,
De la diuina essencia soberana,
Y alli echareis de ver patentemente,
Las sendas descubiertas y caminos,
Por donde su deidad alta encumbrada,
Nos haze manifiestas y visibles,
Las poderosas obras de sus manos,
Y mas quando su grande alteza quiere,
Que alguna dellas suba y se lebante,
Con que facilidad alli notamos,
Que los medios que pone simbolizan,
Con los mismos principios y los fines,
Que quiere que sus santas obras tengan,
De aquesto gran señor bien claro exemplo
Tenemos entre manos, porque auiendo,
Su grande Magestad por tantos siglos,
Tenido aquestas tierras tan ocultas,
Que à ninguno à querido permitirle,
Que sus secretos senos le descubra,
Auiendose de abrir, notad el como,
Y quienes son aquellos valerosos,
Por cuyos medios viene à desatarse,
Aqueste ñudo ciego que tenemos,

Y eſtando bien atento y con cuidado,
Aqui echareis de ver con euidencia,
Que fuerça de los Reyes ya paſſados,
Y de aquellos varones que hemos dicho,
Que aqueſtas nueuas tierras deſcubrieron,
Son los que agora bueluen al trabajo,
Cuia verdad nos mueſtra ſu grandeza,
Por los antiguos Reyes Mexicanos,
Deſtos nueuos eſtados decendientes,
En cuia hija de vnas tres Infantas,
Que el poſtrero de todos ellos tuuo,
Tuuo otra aquel Marques noble del Valle,
Deſta cauſa primero pretendiente,
Y ſolo domador del nueuo mundo,
Cuios beneros ricos poderoſos,
De poderoſa plata deſcubiertos,
Fueron por aquel Iuanes de Toloſa,
A quien eſte Marques quiſo por hierno,
Dandole por eſpoſa regalada,
A ſu querida hija y cara prenda,
Eſtando en aquel Reyno de Galicia,
Que conquiſtò con ſingular esfuerço,
Y gouerno aſsimiſmo con prudencia,
Aquel gran General noble famoſo,

Que

Que Christoual de Oñate auemos dicho,
Que fue su claro nombre, y tambien Tio,
De Iuan, y de Vicente de Zaldibar,
El vno General de Chichimecas,
Y el otro Explorador de aquesta entrada,
Y Padre de don Iuan que fue casado,
Con viznieta del Rey, hija que he dicho,
Del buen Marques, de cuio tronco nace,
Don Christoual de Oñate decendiente,
De todos estos Reyes, y no Reyes,
Cuia persona sin tener cabales,
Diez años bien cumplidos va saliendo,
Asi como Anibal varon heroico,
A serbiros señor en la conquista,
De aq̄stos nueuos Reynos q̄ escriuimos,
En quien vereis al viuo aqui cifrados,
Todos los nobles Reyes que salieron,
Destas nueuas Regiones, y plantaron,
La gran Ciudad de Mexico, y con ellos,
Vereis tambien aquellos valerosos,
Que á fuerça de valor y de trabajos,
Estas remotas tierras pretendieron,
Por cuia justa causa sin tardança,
Asi como las aguas christalinas,

Suelen ſin detenerſe ni tardarſe,
Yrſe todas vertiendo y derramando,
Llamadas de ſu curſo poderoſo,
Aſsi don Iuan ſin aguardar mas plazo,
Llamado de la fuerça y voz de Marte,
Y de la illuſtre ſangre generoſa,
De todos ſus maiores y paſſados,
Y deſtos grandes Reyes que dezimos,
Como el prudente Griego que las armas,
Del valeroſo Aquiles pretendia,
Por deuida juſticia que alegaua,
Aſsi dio en pretender aqueſta impreſa,
Por el derecho grande que tenia,
A ſerbiros en ella ſin que alguno,
Otro mejor derecho le moſtraſe,
Y aſsi eſcribio el Virrey que ſe ſiruieſe,
Que pues aqueſta impreſſa no ſe daua,
Al Capitan Franciſco de Vrdinola,
Que à ſola ſu perſona ſe fiaſe,
Pues que della ſabia y conozia,
Tener aquellas prendas que baſtauan,
Para coſa tan graue, y tan peſada,
Como alli le pedia y ſuplicaua,
Y como el buen ſeñor no ſatisfaze,

Al buen comedimiento que le ofrece,
Aquel que à bien serbirle se adelanta,
Sino es (à falta de obras) con palabras,
Razones, y caricias, muy corteses,
Assi el Virrey que bien le conocia,
Luego le respondio como quisiera,
Hazer lo que pedia y suplicaua,
Mas que estauan las cosas de manera,
Que no le era possible se entablasen,
De suerte que pudiesse bien mostrarle,
La fuerça del buen pecho con que estaua,
De darle en todo gusto, y buen despacho,
Mas que el ternia siempre gran memoria,
De aquella que à sus Padres se deuia,
Y de la que á sus deudos y persona,
Era tambien razon que se tuuiesse,
Para todo lo qual ayudaria,
El crecido desseo con que estaua,
De mostrar con las obras la limpieza,
Llaneza y voluntad de sus palabras,
Pues auiendo don Iuan agradecido,
Tan singular merced por muchas cartas,
Como la gratitud continuo engendra,
Mas voluntad y amor en los illustres,

Altos y nobles pechos generosos,
De quien largas mercedes esperamos,
Fue el tiempo, y rebocable discurriendo,
Y qual veloz correo fue llegando,
A las cerradas puertas descuydadas,
Y batiendo á gran priessa fue rompiendo,
El secreto silencio y trujo luego,
Oportuna sazon y coiuntura,
En que el Virrey resuelto sin estoruo,
Touo por bien de darle y encargarle,
Aquesta impressa en veinte y quatro dias,
Del mes de Agosto, y año que contamos,
Mil y quinientos y nouenta y cinco,
Y porque aquesta entrada se hiziesse,
Con la decencia y orden que pedia,
Cosa tan importante, y tan pesada,
Determinò escriuirle y animarle,
En el intento y causa començada,
Y porque en cosas graues es muy justo,
Si la ocasion lo pide, y lo requiere,
Hazer vuestros Virreyes mas de aquello,
Que vuestra larga mano les permite,
Auisole asimismo con cuidado,
Que aunque era cosa cierta no tenia.

Mano para gaſtar vueſtro teſoro,
Ni para diſpenſar en coſa alguna,
Mas de lo que la cedula dezia,
En razon de aquellos que apetecen,
A deſcubrir la tierra y conquiſtarla,
Que eſtuuieſſe certiſsimo haria,
En todas ocaſiones tanto efecto,
Por ſolo darle guſto y agradarle,
Quanto ſi de ſu hijo don Fraucifco,
Todas fueſſen y mucho le importaſen,
Y eſto porque ſabia y alcançaua,
Lo auian de merecer ſus buenas obras,
A las quales tambien aplicaria,
Todas aquellas armas y pertrechos,
De aquellos que ſe entraron contra vando,
Para cuyo ſocorro le daria,
La poluora y el plomo neceſſario,
Y mas quatro mil peſos con que luego,
Pudieſſe ſocorrer à los ſoldados,
Pidiendole con eſto dieſſe cuenta,
De todo lo que aſsi quiſo eſcreuirle,
A Rodrigo del Rio cauallero,
Del habito del gran patron de Eſpaña,
Y que junto con el lo confirieſe,

Con don Diego Fernandez de Velaſco,
Gouernador del Reyno de Vizcaia,
A los quales mandò que dieſſe parte,
Por las illuſtres prendas que alcançauan,
Aſsi en coſas de paz como de guerra,
Para que con prudencia le adoirtieſen,
Coſas que por ventura no alcançaſe,
Y porque tanto pierde y ſe deſdora,
La que es buena y cortes correſpondencia,
Quanto vemos que tiene de tardança,
Don Iuan ſin detenerſe ni tardarſe,
Obedecio la carta, y eſto hizo,
Ante eſcriuano publico rindiendo,
Su vida, ſu perſona, y ſu hazienda,
A vueſtro Real ſeruicio ſin que coſa,
Quedaſe reſeruada que no fueſſe,
En ſola aqueſta cauſa diſpenſada,
Y luego embio poder á don Fernando,
A don Chriſtoual, y á Luys Nuñez Perez,
Tambien â don Alonſo ſus hermanos,
Todos varones ricos, y con eſtos,
Gallardos corteſanos, y muy dieſtros,
Para eſtas y otras coſas ſeñaladas,
Eſtos capitularon la jornada,

Faborecidos ſiempre y amparados,
De aquellos dos doctiſsimos varones,
Santiago del Riego, y Maldonado,
Columnas del Audiencia, y del derecho,
Cibil, muy grandes y altos obſeruantes,
Tambien los fuertes hombros arrimaron,
Con todas ſus haziendas y perſonas,
Chriſtoual de Zaldibar, y Franciſco,
De Zaldibar, Lequetio, y don Antonio,
De Figueroa, à quien tambien ſiguieron,
Vicente de Zaldibar y Bañuelos,
Ruidiaz de Mendoza, y con eſte,
Don Iuan Cortes, del grã Cortes viznieto,
Y don Iuan de Gueuara, á quien ſeguia,
Tambien Iuan de Zaldibar hijo illuſtre,
De aquel varon famoſo que primero,
Entró por eſtas tierras que buſcamos,
Al fin prenda los mas de aqueſtos Heroes,
De Iuanes de Toloſa cuios braços,
Fundaron con esfuerço, y lebantaron,
La famoſa Ciudad de Zacatecas,
Y aquel inſigne Salas memorable,
Primero Alcalde deſta Ciudad rica,
Rica digo ſeñor, pues cien millones,

Sabe-

Sabemos ya por cuenta se han quintado,
Dentro de sus goteras no cansadas,
De abrir sus ricas venas por seruiros,
Y qual feroz Leon que la braueza,
Rinde al que ve rendido sin soberuia,
Assi don Iuan pidio que solo vn punto,
Pidiesen de su parte, y no otra cosa,
Y fue que se le diese mano abierta,
Para poder hazer castigo entero,
O para perdonar si conuiniese,
Aquellos que se fueron contra vando,
Porque seria possible auer tenido,
Tan noble proceder que fuesse justo,
Que á todos con las vidas los dexassen,
Pues como sus agentes con acuerdo,
Vbiessen esta entrada ya assentado,
Sin perder tiempo el General prudente,
Cuyo titulo graue acompañaua,
El de Gouernador, y adelantado,
Hizo Maese de Campo sin tardança,
A don Iuan de Zaldibar, y à Iuan Guerra,
Nombrò por su teniente, y luego puso.
Sobre sus brauos hombros el gran peso,
Gouierno y magestad de todo el campo,

Y porque en todo vbiesse buen despacho,
Tambien quiso nombrar por su teniente,
A don Christoual para todo aquello,
Que fuesse necessario se hiziesse,
En la illustre Corte Mexicana,
Y al Capitan Vicente de Zaldibar,
Por Sargento mayor nombrò, y por cabo,
Y qual suelen las Aguilas Reales,
Que à los tiernos polluelos de su nido,
Largo trecho los sacan y remontan,
Para que con esfuerço cobren fuerças,
En el libiano buelo, y del se balgan,
En prouechosa y diestra alteneria,
Assi determinò don Iuan saliese,
Su hijo don Christoual, niño tierno,
Para que con el fuesse y se adestrase,
Sirbiendoos gran señor en el oficio,
De la importante guerra trabajosa,
Siendo testigo fiel de sus palabras,
Para que con las obras que alli viese,
Le tuuiesse despues en bien serbiros,
Por vnico dechado, y claro exemplo,
Imitando en aquesto al diestro Vlixes,
Quando del regalado y blando trato,
Que

Que tuuo entre las damas y donzellas,
En el Real palacio el brauo Achiles,
Que del quiso sacarle porque supo,
Lo mucho que importaua á toda Grecia,
Assi quiso que del regalo dulze,
De su querida patria, y deudos caros,
Saliese para impressa en si tan alta,
Y como en grandes justas y torneos,
Todo se enciende, alegra, y alborota,
Triunfa, gasta, derrama, y se dispende,
Assi muchos gustosos y contentos,
Con toda priesa juntos se aprestaron,
Y no con mas presteza las auejas,
Al sol en sus labores suelen verse,
En la sazon que saçan sus enjambres,
Por los floridos campos quando empieça,
El nueuo Abril su fuerça, o quando hinchẽ,
De aquel licor sabroso y regalado,
Los biẽ compuestos vassos que ordenados,
Estan para el efecto, y assi juntas,
Las vnas á las otras se socorren,
Qual vimos los soldados soccorrerse,
Los vnos á los otros, y aprestarse,
Y heruorosos todos y alentados,

Gastando sus haziendas se assentaron,
A professar el vso y exercicio,
Del gallardo estandarte que arbolaron,
Echaron luego vandos y contentos,
Por las calles mas publicas y plaças,
Pregonaron aquellas libertades,
Que concedeis señor á los que os siruen,
En el oficio duro de las armas,
Tocaronse clarines lebantados,
Los pifanos y cajas con vizarro,
Estrepitu y ruido de soldados,
Brauos, dispuestos, nobles, y animosos,
Y en prueuas de la guerra bien cursados,
Pues estando ya todos preuenidos,
Y con maduro acuerdo pertrechados,
Rabiando por salir y despacharse,
Como á los gustos siempre se les sigue,
Vn millon de disgustos y tormentos,
Llegó señor la flota, y como en ella,
Mandò vuestro grã Padre y señor nuestro,
Que don Luys de Velasco se partiese,
Y que al Piru se fuesse, y que quedase,
Gouernando el señor de Vlloa y Biesma,
Conde de Monte Rey á nueua España,

Como

Como la torpe inuidia ſiempre buſca,
Veredas y ocaſiones donde pueda,
Bomitar ſu mortifera ponçoña,
Con ſola eſta mudança fue rompiendo,
Y al nueuo Viſorrey ſe fue acercando,
Y qual el tentador que con cubierta,
De grande ſantidad ſolo atendia,
A ſalir con ſu cauſa, y con ſu hecho,
Aſsi ſe fue llegando aqueſta beſtia,
Haziendo relacion de nueſtra entrada,
Y como toda eſtaua encomendada,
Siendo de tanta alteza y excelencia,
A quien era impoſsible la hizieſſe,
Y ſupole intimar tambien el caſo,
Que le dexò ſuſpenſo, y con cuydado,
Y como el pecho noble tanto es facil,
Quanto es mas reboçado el trato doble,
Deſſeoſo el Virrey de bien ſeruiros,
A don Luys de Velaſco eſcriuio luego,
Vna carta Cortes, ſobre eſte caſo,
Pidiendo que con pies de plomo fueſſe,
Y que eſta nueua entrada dilataſe,
En el inter que á Mexico vinieſſe,
Y con eſto eſcriuio tambien á Eſpaña,

Con

Con notable secreto y gran recato,
A vuestro Real Consejo que si fuessen,
De parte de don Iuan á que aprouasen,
Aqueste asiento y causa ya tratada,
Se suspendiese todo y dilatase,
Hasta que el de otra cosa diesse auiso,
Porque por no tener tomado el pulso,
Ni tentado los vados desta tierra,
De presente juzgaua conuenia,
Que aquello se hiziesse, y no otra cosa,
Y como no nos basta tener limpia,
El alma, y la conciencia, si con esto,
Con toda diligencia no se quitan,
Indicios y sospechas que lebantan,
Escandalos y culpas en aquellos.
Que libres desde afuera nos imputan,
Assi qual Iulio Cesar que no quiso,
Sufrir, tuuiesse culpa su consorte,
Mas libre de sospecha quiso fuesse,
Assi el Virrey discreto tracendiendo,
Como prudente, sabio, y recatado,
Alguna gran calunnia por la carta,
Que recibio del Conde, luego hizo,
Qual pratico piloto recatado,

Que las tendidas velas aſſegura,
Antes que los aſſalte gran borraſca,
Vna fuerte prouança tan baſtante,
Acerca de los Padres y los deudos,
Perſona, diſcrecion, prendas, y partes,
Del don Iuan, q̃ ninguno en nueua Eſpaña,
Pudo con mas juſticia competirle,
Aqueſta noble impreſſa que le dieron,
Pues en el inter que los dos Virreyes,
Pudieron ventilar aqueſte hecho,
Qual freſca flor que luego ſe marchita,
Sin el deuido riego que la enciende,
Aſsi ſe fue ſecando y marchitando,
Todo el luzido campo lebantado,
Caiendo del buen nombre que tenia,
Y como el vulgo es ſiempre tan amigo,
De nouedad confuſſa y alboroto,
Alborotados juntos en corrillos,
Dezian y afirmauan ſin verguença,
Aquello que la inuidia vil infame,
A todos publicaua y les dezia,
Dios nos libre ſeñor de aqueſta ſierpe,
Cuia fiera braueza es coſa cierta,
No tiene rayo el Cielo que aſsi rompa,

Deſtru-

Deſtruia, desbarate, ni deſtroçe,
La fuerça de virtud qual es ſu lengua,
Eſta causò la muerte al que primero,
Partio de aqueſta vida trabajoſa,
Eſta hizo que el hombre no tuuieſſe,
Segura ſu conciencia, y ſe ſaluaſe,
Eſta poblò el infierno, y fue primera,
En deſpoblar el Cielo, y tuuo aliento,
Para atreuerſe à Dios, mirad que tiro,
Y á quantos derribò que ya los vimos,
Sobre el impireo Cielo colocados,
Viendo pues los ſoldados que arraſtrauan,
Tan altos penſamientos por el ſuelo,
Por ſolo deshazer aqueſta entrada,
Y que eſtauan ya todos tan gaſtados,
Deshechas ſus haziendas y negocios,
En que eſtauan de aſsiento entretenidos,
Afligidos los vnos y los otros,
Qual vemos à los flacos nauichuelos,
De gran fuerça de vientos combatidos,
Cortar aprieſa rizas, y rendirſe,
A la inclemencia braua poderoſa,
Aſsi todos perdidos zozobrados,
Eſtauan ſin conſuelo ya rendidos,

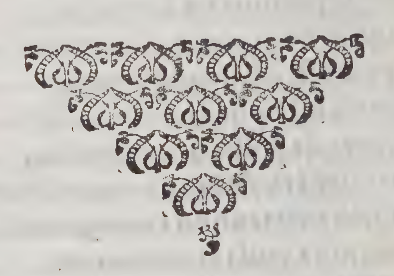
Mas el Gouernador y ſu teniente,
Como esforçados viendo la tormenta,
Y deshecha borraſca que cargaua,
Con tantos deſatinos y juicios,
Como la gente toda concebia,
Diziendo que no auiendo de hazerſe,
Aquella entrada, que porque reſpecto,
A todos los auian engañado,
Otros a grandes bozes publicauan,
Que aſſolados a todos los tenian,
Sin poder lebantar jamas cabeça,
Y como aqueſto mucho laſtimaua,
Quales dieſtros bridones deſembueltos,
Que a fuerça de la eſpuela y duro freno,
En manijos ligeros la braueça,
Del cauallo animoſo deſembueluen,
Aſsi el Gouernador y ſu teniente,
Cuias ſuabes lenguas parecian,
Que las miſmas auejas endulzauan,
Segun que con Platon, y el ſabio Omero,
Es publico y notorio lo hizieron,
Aſsi con mucha fuerça de razones,
Dulzes palabras, y ſentencias viuas,
Los fueron gouernando y ſoſſegando,

Haſta

Hasta que vino nueua que se auian,
Visto los dos Virreyes en Oculma,
En cuyo puesto fue informando luego,
Don Luys de Velasco con auiso,
De la buena eleccion que auia hecho,
Y viendo manifiesto el desengaño,
Qual suelen apagarse y deshazerse,
Los lebantados Astros que bañados,
Se ven del sol heridos quando viene,
Rasgando la mañana alegre y clara,
Assi el de Monte Rey quedò suspenso,
Del todo satisfecho y agradado,
Al qual don Iuan auia con prudencia,
Escritole vna carta cortesana,
Dandole el para bien de su venida,
Y como la gran priesa que tenia,
En el despacho desta nueua entrada,
Cerraba los caminos que era justo,
Estuuiessen auiertos y trillados,
Para solo ofrecerse en su seruicio,
Partiendo sin tardança y luego fuera,
Sino dexara sin remedio aquello,
Que con tan viua fuerça le pedia,
Suplicole assimismo que si fuesse,

Su perſona de efecto para el caſo,
Que le tenian dado y encargado,
Que ſin ſu bendicion no permitieſe,
Que coſa ſe hizieſſe, ni acabaſe,
Con eſto, y con la fuerça que puſieron,
Aquellos dos Iuezes que hemos dicho,
Y todas, los agentes cuidadoſos,
Con notable contento luego el Conde,
A don Iuan reſpondio con vn correo,
Moſtrandoſele grato y obligado,
Al parabien que dio de ſu venida,
Y voluntad ſenzilla que moſtraua,
Tener a ſu perſona y a ſus coſas,
Y que en lo que tocaua a ſus deſpachos,
Auia ya moſtrado ſentimiento,
De que no los tuuieſſe deſpachados,
Don Luys de Velaſco pues podia,
Como miniſtro de tan gran prudencia,
Y tambien acertado en coſas graues,
Por cuia juſta cauſa le era fuerça,
A prouar todo aquello que eſtuuieſſe,
Tratado, y aſſentado, ſin que coſa,
En ninguna manera ſe alteraſe,
Y aſsi determinaua, y le ordenaua,

Que con la vendicion de Dios y ſuia,
Saliesse ſin eſtorbo, y ſe partieſſe,
Ofreciendo con veras de aſsiſtirle,
Sin faltarle jamas en todo aquello,
Que para proſeguir tan juſto intento,
La experiencia y el tiempo le enſeñaſen,
Y porque pueda yo dezir las coſas,
Que a tan buenos principios ſucedieron,
Quiero con atencion buſcar vereda,
Por do mi toſca pluma por atajo,
Pueda ſalir a luz de tal trabajo.



CAN-

CANTO SEPTIMO.

DE ALGVNOS SVCESSOS BVEnos, y malos, de la jornada, y de vna cedula Real, y mandamiento del Virrey, que se intimo a don Iuan, para que hiziesse alto, y no prosiguiesse la jornada.



QVESTA vida triste miserable,
Solo vemos señor que se sustenta,
De mezquinas y vanas esperanças,
Cuia corta substancia apenas llega,
A entrar por nuestras puertas quando *luego*,
De subito se hunde y desuanece,
Tan sin rastro de auer alli llegado,
Qual si nunca jamas vbiera sido,
Cuia verdad visible bien nos muestra,
Aquesta pobre historia que escreuimos,

Donde vereys grã Rey q̃ estando el cãpo,
Alegre con la carta regalada,
Que el Conde despachò con tanto gusto,
Y sin esto animado y alentado,
Con la mucha presteza y diligencia,
Con que los estandartes despachaua,
Al brauo Californio descuidado,
Del Cantabro gallardo que nombraron,
Por General del campo poderoso,
Que para aquella entrada fue criando,
De balla soldadesca y oficiales,
En armas y quebrantos bien curtidos,
Para lleuar trabajos tan pesados,
Quanto jamas ningunos padecieron,
Sulcando el brauo mar con gran tormenta,
Y la tendida tierra con deshechas,
Fortunas y miserias nunca vistas,
Y assi por no poder ya ser sufridos,
Entrando por sus tierras estos brauos,
Viendo el heroico esfuerço que mostrauã,
Poderoso señor en bien seruiros,
Bomitados del mar, y de la tierra,
Al fin boluieron estos esforçados,
A vuestra nueua España donde muchos,
Famo-

Famoſos Eſpañoles que quiſieron,
Armar aqueſta entrada, y lebantarla,
Quedaron aſſolados y perdidos,
Mas no canſados Rey de las fatigas,
Miſerias y trabajos ya paſſados,
Cuia grandeza es laſtima deshecha,
Se quede para ſiempre ſepultada,
En materia tan llena y tan honrroſa,
De hechos hazañoſos rebocando,
En campo tan vizarro y tan tendido,
Quanto no fue poſsible mas tenderſe,
Pues dexando ſeñor aqueſto en vanda,
Que pide muy gran pluma lo que encubre,
Como el deſpacho bueno de vna coſa,
Promete á la que viene buen ſuceſſo,
Y mas quando conuienen en los fines,
Para que ſon las dos faborecidas,
Viendo quan bien el Conde deſpachaua,
Aqueſta braua entrada que hemos dicho,
Todos mas alentados y esforçados,
Vn proſpero ſuceſſo conozido,
De todas nueſtras cauſas eſperamos,
Y aſsi el Gouernador ſolo aguardaua,
No mas que à ſus deſpachos confirmados,

Y como aquel primero Padre á ſolas,
No pudo ſer Igleſia lebantada,
Mas que principio della conocido,
Porque ninguna coſa le faltaſe,
Pidio le dieſſen Religioſos graues,
De buena vida y fama, pues con ellos,
Mas que con fuerça de armas pretendia,
Seruiros gran ſeñor en eſta entrada,
Y alibiaros la carga de los hombros,
Que es fuerça ſuſtenteis miẽtras el mundo,
Nueſtra ley ſacroſanta no guardare,
Eſtando todo vnido y congregado,
Debajo de vn Paſtor, y de vn rebaño,
Por cuia juſta cauſa fue nombrado,
Por Comiſario, y Delegado illoſtre,
Con plena poteſtad de aquel monarca,
Iuez vniuerſal de todo el mundo,
Fray Rodrigo Duran, varon prudente,
Y en coſas de gouierno gran ſupueſto,
Y por el tribunal del ſanto Oficio,
Entró con ſanto esfuerço trabajando,
El buen fray Diego Marquez perſeguido,
De aquellos luteranos por quien vino,
A ſer primero mouedor, y el todo,
De

De todo aqueſte campo lebantado,
Vino fray Baltaſar, y fray Chriſtoual,
De Salazar, en letras eminente,
Y con ellos vinieron otros Padres,
De ſingular virtud y claro exemplo,
Y como a penas llega el bien que viene,
Quando cien mil diſguſtos nos fatigan,
Reſuelto ya el Virrey en deſpacharnos,
Vbo de reformar algunas coſas,
Por parecerle juſto ſe alteraſen,
Que eſtauan ya tratadas y aſſentadas,
En razon de franquezas, y eſſenciones,
A nueuos pobladores concedidas,
Y como la eſtrecheza y eſcaſeca,
De libre libertad y nobles fueros,
Es la que mas afiige, y mas laſtima,
A los hidalgos pechos que ſe meten,
Por medio de las picas enemigas,
De vueſtra Real corona, y alli rinden,
Las vidas, y las almas, por ſeruiros,
Lleuaron con grandiſsimo diſguſto,
Todos los mas del campo trabajado,
Eſta reformacion que el Conde hizo,
Diziendo en los corrillos, y en la plaça.

Que lo vna vez tratado y aſſentado,
No era ley ni juſticia ſe alteraſe,
principalmente auiendo ſido el pacto,
Con ligitima parte celebrado,
Por cuia cauſa todos ſus haziendas,
Auian ya deshecho y conſumido,
Por cumplir ſus aſsientos ya aſſentados,
Con ſu Rey natural, cuia palabra,
Era fuerça ſin quiebra ſe cumpliese,
Y que imbiolablemente ſe guardaſe,
Pues que en bajo lugar conſtituido,
El hombre, o en el mas alto lebantado,
Tener de Rey palabra y mantenerla,
Era lo que illuſtraua y lebantaua,
El claro reſplandor de ſu perſona,
Y aſsi todos rebueltos y alterados,
Maldiciendo la entrada ſe quejauan,
Diziendo los auian engañado,
Y echadolos por puertas ya perdidos,
Y como por ley juſta en la milicia,
Las armas ſe ſuſpenden quando tocan,
A retirar, aſsi fue retirando,
Don Iuan y ſu teniente à los ſoldados,
Frenando ſus diſguſtos de manera,

Que todos sossegados concedieron,
Con lo que el Conde hizo por dezirles,
El pobre cauallero lastimado,
Que con acuerdo santo y con justicia,
Fue todo aquello hecho y ordenado,
Y como en el inchado mar soberuio,
Sobre vna gran resaca otra rebienta,
Y en la tendida plaia se deshaze,
En blanca espuma toda combertida,
No de otra suerte vino rebentando,
Con deshecha tormenta y terremoto,
Vna gran sierra de agua lebantada,
Imputando â don Iuan á grandes vozes,
No menos que de aleue á la corona,
Con que ceñis señor las altas sienes,
Mas á penas llegó quando la vimos,
Toda deshecha, llana, y quebrantada,
En la inocente roca donde quiso,
Quedar en blanca espuma combertida,
Color de la inocencia que tenia,
Aquel que pretendio manchar sin culpa,
Y como siempre arrima algun consuelo,
La magestad inmensa al afligido,
Y mas si con esfuerço sufre y passa,

El peſo del trabajo que deſcarga,
Aſsi vimos que vino gran conſuelo,
Por todo vueſtro campo ya rendido,
Con vn turbion de coſas que la inuidia,
Y fuerça de mentira à boca llena,
Sin genero de rienda publicauan,
Por ſolo deshazerlo y deſtruyrlo,
Mas poco les valio, porque tras deſto,
Quiſo vueſtro Virrey hazer deſpacho,
Mandando que don Lope ſe partieſe,
Y como ſu teniente deſpachaſe,
A todo aqueſte campo, y que hizieſſe,
Viſita general de gente y armas,
Y que tambien hizieſſe calay cata,
De todos los pertrechos ofrecidos,
De parte de don Iuan, y ſus agentes,
Y que ſi lleno todo lo hallaſſe,
Que libremente luego permitieſſe,
Hizieſſe ſu jornada y la açabaſſe,
Y que Antonio Negrete ſecretario,
Hizieſſe aquel deſpacho por la pluma,
Para todo lo qual mandò vinieſſe,
Franciſco de Eſquibel por comiſario,
Con cuios oficiales quiſo el Conde,

Para mas animar aquesta entrada,
Escreuir á don Iuan con gran regalo,
Iuzgandole por pratico en las cosas,
De aquella grande impressa que lleuaua,
Suplicando con esto á Dios le diesse,
Tan prospero sucesso, y buen viage,
Qual siempre desseaua que viniessen,
Por las illustres prendas y las partes,
Que su persona y deudos merecian,
Y qual aquel que con señales claras,
La fuerça de su intento nos descubre,
Asi vuestro Virrey quiso aduertirle,
Que mas por cumplimiento del oficio,
Que por sospecha alguna que tuuiesse,
Del pleno cumplimiento de su asiento,
Mandaua que don Lope le tomase,
Visita general, y que esperaua,
Que todo lo ternia tan cumplido,
Que asi para el don Iuan la diligencia,
Vendria tan colmada, y tan honrrosa,
Como para el descargo del oficio,
Que de vuestro Virrey exercitaua,
Y con esto tambien le fue diziendo,
Otras muchas caricias regaladas,

Con

Con que contentos todos estimaron,
Su prospera fortuna y buena andança,
Cuio sabor gallardo bien mostraron,
Solenizando fiestas y torneos,
Quinientos buenos hombres esforçados,
Que para aquesta entrada se juntaron,
Todos soldados viejos conocidos,
Y entre baruaras armas señalados,
Mas como siempre el tiempo faborable,
Desaparece y queda surto en calma,
Aquel que permanece siempre estable,
Despues de todo aquesto q̃ hemos dicho,
Auiendo mucho tiempo ya passado,
Llegò luego vn correo con gran priessa,
Pidiendo albricias por el buen despacho,
De las nueuas alegres que traia,
De vuestro Visorrey, en que mandaua,
Que luego todo el campo se aprestase,
Y que la noble entrada prosiguiesse,
Y como està mas cerca del engaño,
Aquel que està mas fuera de sospecha,
Assi fue, que el correo assegurado,
Con gran contento entrò y dio su pliego,
El qual se abrio en secreto, y con recato.

Que ninguno ſupieſſe ni entendieſſe,
Lo que el cerrado pliego alli traia,
Y como no ay ſecreto tan oculto,
Que al fin no ſe reuele y ſe nos mueſtre,
El que en aqueſte pliego ſe encerraua,
Contra las buenas nueuas que el correo,
Con inociencia à todos quiſo darnos,
Sin quitar vna letra ni añidirla,
Quiero con atencion aqui eſcriuirla.

El Rey.

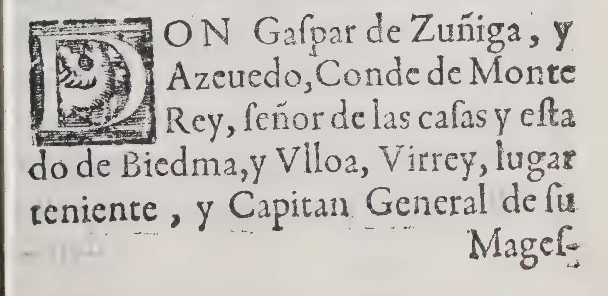
CONDE de Monte Rey, pariente, mi Virrey Gouernador, y Capitan General, de la nueua Eſpaña, o a la perſona, o perſonas, a cuyo cargo fuere, el gouierno della: auiendo viſto la carta que me eſcriuiſtes, en veynte de Diziembre, del año paſſado, en que tratays del aſsiento que el Virrey dõ Luys

Luys de Velaſco, vueſtro anteceſſor, auia tomado con don Iuan de Oñate, ſobre el deſcubrimiento del nueuo Mexico, y las cauſas porque dezis os deteniades, en la reſolucion, aduirtiendo, que conuenia no aprouar el cóciertо, ſi aca ſe acudieſſe a pedirlo, por parte del dicho don Iuan de Oñate, haſta que me boluieſſedes a eſcreuir, y conſultadoſeme por los de mi Real Conſejo de las Indias, có ocaſió de auerſe ofrecido don Pedro Ponçe de Leon, ſeñor q̃ diſque es, de la villa de Bailen, á hazer el dicho deſcubrimiento, è determinado q̃ ſe ſuſpenda la execucion de lo capitulado, con el dicho don Iuan de Oñate. Y aſsi os mando no permitais q̃ haga la entrada, ni la proſiga, ſi la obiere començado, ſino q̃ ſe entretenga, haſta que yo

prouea, y mande lo q̃ me pareciere cõuenir, de q̃ ſe os auiſara cõ breuedad. Fecha en Azeca, a ocho de Mayo, de mil y quiniẽtos y nouẽta y ſeys años. Yo el Rey, por mãdado del Rey nueſtro ſeñor, Iuan de Yuarra.

Tras cuia cedula, para mas fuerça embio el mandamiento que ſe ſigue.

Mandamiento del Vir-Rey.



DON Gaſpar de Zuñiga, y Azeuedo, Conde de Monte Rey, ſeñor de las caſas y eſtado de Biedma, y Vlloa, Virrey, lugarteniente, y Capitan General de ſu Mageſ-

Mageſtad, en eſta nueua Eſpaña, y Preſidente de la Real Audiencia, y Chãcilleria, que en ella reſide. A vos don Lope de Vlloa, Capitan de mi guarda, a quien cometi la viſta tocante a la mueſtra y aueriguacion del cũplimiento del aſsiento que con don Iuan de Oñate eſta tomado, acerca la jornada del deſcubrimiento, pacificacion, y conuerſion, de las Prouincias del nueuo Mexico, con nombramiento de mi lugar teniẽte, para preuenir, ouiar, y caſtigar las deſordenes, y exceſos, que los ſoldados, y gente de la dicha jornada hiziere, en el tranſito è camino deſte viage. Sabed q̃ por cedula del Rey nueſtro ſeñor, a mi dirigida, dada en Azeca, a ocho de Mayo, deſte año de mil y quinientos è nouenta y ſeys, ſe me manda, y ordena,

dena, no permita, que el dicho don Iuan de Oñate, haga la entrada del dicho nueuo Mexico, ni la prosiga, si la vbiere començado, sino que se entretenga, hasta que su Magestad prouea y mande, lo que le pareciere conuenir: y que desto me embiará auiso cõ breuedad, porque entre tanto su Magestad á determinado se suspenda, la execucion de lo capitulado, con el dicho don Iuan de Oñate: segun todo consta de la dicha Real cedula original, q̃ con este mi mandamiento vos embio. Y porque conuiene q̃ conste al dicho don Iuan de Oñate, lo q̃ su Magestad manda, para q̃ lo guarde y cumpla, os mandamos notifiqueis, y hagais notificar, al dicho don Iuã de Oñate, la dicha Real cedula original, y ansi mismo esta mi orden, y manda

miẽto, para que lo guarde y cumpla, como en el ſe contiene. Para lo qual, en nombre de ſu Mageſtad, y mio, cõ mo Virrey, lugar teniente ſuyo, y Capitan general, ſupremo, deſta nueua Eſpaña, y de las Prouincias y jornada, del nueuo Mexico: mando al dicho don Iuan de Oñate, que guardandola, y cumpliendola, luego que eſte mi mandamiento por vos le ſea notificado, y hecho notificar, haga alto, y no paſſe de la parte y lugar, donde ſe le notificare, ni conſienta paſſar la gente que tiene lebantada, ni los baſtimẽtos, municiones, y bagajes, ni otra coſa alguna, ni proſiga la dicha jornada, antes la ſobreſea y entretenga, haſta ver nueua orden de ſu Mageſtad, y mia, en ſu Real nombre: y en defecto de no lo cumplir, en caſo que paſſe

adelãte cõtra lo proueido en la dicha Real cedula, y por mi mandado, en este mi mandamiento, ſino fuere algunas pocas leguas, y cõ expreſo permiſo vueſtro, por eſcrito, para mejor entretener la dicha gẽte, deſde luego en el dicho Real nõbre, reboco y anulo, los titulos, patẽtes, y cõdutas, prouiſiõnes, comiſsiones, y otros recaudos, q̃ en nõbre de ſu Mageſtad ſe hã dado, al dicho don Iuan de Oñate, y a los Capitanes, y oficiales, que el nõbrô, para la dicha jornada, y para el efeto della, para que en manera alguna no vſen, ni puedan vſar dellos, con apercibimiento, que lo contrario haziendo, no ſe le cumplira coſa, que en ſu fabor eſte otorgada, en el dicho aſsiẽto y capitulaciones, y ſe procedera cõtra ſus perſonas y vienes, como cõtra

transſgreſſores,de las ordenes,é mandatos de ſu Rey,è ſeñor natural,y como contra vaſſallos rebeldes,y desleales , vſurpadores del derecho de los deſcubrimientos,entradas,y conquiſtas de Prouincias, a ſu Mageſtad pertenecientes, que para los proceſſos q̃ en razon deſta inobidiẽcia , rebeldia, y delito tan graue,ſe ouierẽ de hazer, deſde luego los llamo, cito, y emplaço,para que dentro de ſeſenta dias,de la notificacion deſte mandamiento, pareſcan perſonalmente en eſta Ciudad de Mexico,en las caſas Reales de ella,dõde es mi morada, ante mi perſona,y las de los Iuezes que para el conocimiento de las dichas cauſas , yo nombrare,donde pareciẽdo ſeran oydos,y ſe les hara juſticia:y no pareciẽdo,en auſencia ſuya,y por ſu rebeldia

ſe procedera, y ſe les notificarã los autos en eſtrados, y les pararã tanto per juizio, como ſi en ſus propias perſonas, ſe les notificaſen, Lo qual mãdo como dicho es, no ſolo al dicho don Iuan, ſino a los Capitanes, ſoldados, oficiãles, y gente que va a la dicha jornada, en qualquier manera, y a cada vno dellos, con los dichos apercibimientos y penas, citaciones, y ſeñalamiento de eſtrados: y que eſte mi mã damiento ſi os pareciere, ſe notifique a los Capitanes, y oficiales del dicho campo, que eſtã preſtos para la dicha jornada: y luego que os pareſca, para que vẽga a noticia dellos, y de los demas ſoldados, y gente dicha, y hagais echar vando publico, para que ſe publique, declarando a todos los dichos oficiales, ſoldados, y gente q̃ en qual-

quier manera van a la jornada, que ſo
pena de la vida, y perdimiento de vie
nes, y de ſer como dicho es, auidos
por vaſſallos rebeldes, y desleales a ſu
Mageſtad, no paſſen adelante ſu via-
ge, y en razon dello, no ſigan, ni oue-
deſcan al dicho don Iuan. Y aſsi lo
proueiô, è mandò, que eſte mi man-
damiento vaya refrendado, de Iuan
Martinez de Guilleſtigui, mi Secre-
tario, y haga tanta fee, como ſi por
gouernacion fueſſe deſpachado: por
quanto en virtud de la Real cedula
particular, que yo tengo, para deſpa-
char, en los caſos que me pareciere,
con Secretarios mios: mando, por
juſtos reſpectos, que el dicho mi Se-
cretario lo refrende. Fecho en Mexi-
co, a doze de Agoſto, de mil y qui-
nientos è nouenta è ſeys años. El
Con-

Conde de Monte Rey. Por mandado de ſu ſeñoria, Iuan Martinez de Guilleſtigui.

Con eſtas notificaciones, el Gouernador quedò ſuſpenſo: y porque yo lo eſtoy, quiero al ſiguiente canto remitirme.



CANTO OCTAVO.

DE LA REPVESTA QVE DIO don Iuan de Oñate, a la notificacion que ſe le hizo, y de la prudencia y diſcrecion, cō que habló a todo el campo, y fieſtas que ſe hizieron de contento, y del generoſo ofrecimiento de Iuan Guerra ſu teniente, y de otros trabajos que a eſtas fingidas alegrias ſucedieron.



VIEN vio jamas ſeñor en eſte mundo,
Caduco, fragil, debil, mouedizo,
Sin notable diſcordia, paz alegre,
Guſtoſo rato, ſin triſteza amarga,
Manſo ſoſsiego, ſin pauor terrible,
Y en ſin noble bonança, y tiempo bueno,
Sin aſpera tormenta, y gran borraſca,

O triſte

O triſte condicion de mundo breue,
Y corto entendimiento de mortales,
Si ciegos no conocen ſus mudanças,
Sus Lunas, ſus enrredos, ſus traiciones,
Sus traças, ſus palabras, ſus reboços,
Tanto mas encubiertos quanto ſienten,
Los pechos de los nobles mas cenzillos,
Auiendo pues la inuidia con ſus redes,
Perſuadido al Virrey, porque alcançaſe,
La cedula Real que auemos dicho,
El pobre cauallero laſtimado,
De aquel nueuo accidente, y ofendido,
Qual ſuele con fortuna ſerle fuerça,
Sufrir al que nauega golfos brauos,
Aſsi con grande esfuerço y con paciencia,
Vn ancho y venenoſo mar beuiendo,
De mil amargas hieles enojoſas,
Temeroſo que todo ſe eſparcieſe,
Con nouedad tan grande, y ſe acabaſe,
Por atajar el paſmo que coſtaua,
Mas de quinientos mil ducados largos,
Con toda diligencia quiſo luego,
Acabar con don Lope le intimaſe,
Con el mayor ſecreto que pudieſſe,

La voluntad Real, y el mandamiento,
Que por vueſtro Virrey le fue embiado,
Pues haziendoſe aſsi, ſin mas acuerdo,
Qual ſuele reſponder con grato fruto,
La fertil ſimentera bien labrada,
Aquellos dos eſcritos fue tomando,
Y con grande reſpecto qual ſi fueran,
Coronas principales de dos Reynos,
Fueron en ſu cabeça lebantados,
Y buelto en vn gran monte de paciencia,
Tocandoles los labios fue diziendo,
Que aunque por juſtas cauſas y razones,
Pudiera ſuplicar de aquel mandato,
Por los daños y grande inconueniente,
Que de perderſe el campo ſe ſeguia,
Con todos ſus pertrechos y bagajes,
Que tanta hazienda y ſangre le coſtauan,
Que no queria hazerlo ni penſarlo,
Mas antes como leal vaſſallo vueſtro,
Con ſuma reuerencia obedecia,
La cedula Real y mandamiento,
Segun que en ella, y el ſe contenian,
Y que inuiolablemente guardaria,
Todo quanto alli ſe le ordenaua,

Sin que vna sola letra quebrantase,
Y como todas estas diligencias,
Con gran silencio fuessen acabadas,
Estaua todo el campo tan suspenso,
Quanto ansi ossò por ver què contenia,
El buen despacho, y pliego, que el correo,
Con tan grande alegria auia traido,
Y para quitar dudas y sospechas,
Qual suelen las castissimas auejas,
Que en sabroso licor vemos conuierten,
Aquello que es amargo y desabrido,
Assi salio don Iuan la boca dulze,
Diziendo à grandes vozes con contento,
Señores compañeros que hazemos,
Entremos, y à la entrada no durmamos,
Que â pesar de fortuna estamos todos,
Con notables ventajas despachados,
Oyendo los soldados esta nueua,
Qual suelen con aplauso dar gran grita,
Los verdes años todos reboçando,
Aquel sumo contento que nos muestran,
Al pretender de cathedras honrrosas,
Assi la soldadesca toda junta,
Vn alarido fuerte fue subiendo,

Y à fuer de caualleros hijos dalgo,
Vizarros, y galanes, ſe juntaron,
En gallardos cauallos animoſos,
Y deſpues de vna gran carrera alegre,
Vna viſtoſa eſcaramuça hizieron,
Los mas famoſos hombres de acauallo,
Por el Maeſe de campo, y gran ſargento,
Los dos valientes cuernos gouernados,
Entre los quales no con poco orgullo,
Vizarro el General aquella fieſta,
En vn brauo cauallo celebraua,
Y luego que canſados ſuſpendieron,
El regozijo y guſto con deſcuido,
Qual aquel diſcretiſsimo Zineas,
Que por ſu gran prudencia valio tanto,
Como el valiente Pirro por la eſpada,
Aſsi don Iuan con roſtro reportado,
Alegre, preuenido, y recatado,
Para mejor cubrir aquella herida,
Que tanto le afligia y laſtimaua,
El cauallo enjaezado, y enfrenado,
Luego que ſe apeo le dio en albricias,
Pagandole al correo el buen deſpacho,
Y preſta diligencia con que vino,

Por cuio hecho, y otros me parece,
Los Fauios, Cipiones, y Metellos,
Pompeio, Cilla, Mario, ni Locullos,
Y entre ellos Iulio Cesar, no mostraron,
En su tanto mas pecho a los trabajos,
Ni en ellos mas discretos anduuieron,
Que aqueste illustre y alto cauallero,
O discrecion sagaz que bien pareces,
Quando con buen auiso asi deslumbras,
La vista mas aguda, y tracendida,
Cerrando los caminos a las lenguas,
En cosas de importancia mal sufridas,
No de otra suerte aquellos brauos Griegos
A los diestros Troianos engañaron,
Quando el vello cauallo dentro en Troia,
Fue dellos todos juntos recebido,
Sabida pues la detencion del campo,
Por Iuan Guerra de Ressa su teniente,
A quien con diligencia y gran secreto,
El mismo General quiso auisarle,
Por ser su deudo, y asimismo dueño,
De toda aquesta causa lebantada,
Y vno de los vassallos importantes,
Que ciñen noble espada en vuestras Indias
Cuios

Cuios agudos filos á ſu coſta,
Muchas fronteras grandes han guardado,
Que gran ſuma de plata os han valido,
Sin el colmo excesſiuo que os ofrecen,
De quintos ſus haziendas cada vn año,
Pues como en bien gaſtar exercitado,
Eſtaua ya, y curtido en bien ſerbiros,
Aqueſte franco y brauo cauallero,
Qual illuſtre Iacob por la belleza,
De la linda Rachel de nueuo quiſo,
Aſſentar con Laban, y darle guſto,
Sin mirar los ſerbicios ya paſſados,
Aſsi eſcriuio á don Iuan con nueuos brios,
Que cien mil peſos largos le ofrecian,
De fruto cada vn año ſus haziendas,
Ganados y adqueridos por ſu lança,
Que todos los gaſtaſe y conſumieſſe,
Moſtrandoſe qual ambar oloroſo,
Que quanto mas le afligen, y deshazen,
Mas es ſu viua fuerça y gran flagrancia,
Y que en manera alguna no moſtraſe,
La fuerça de ſu pecho vil flaqueza,
Porque el eſtaua alli que proueheria,
A todos los del campo, de las coſas,
Para

Para poder valerſe neceſſarias,
Y como el gran Ioſeph quando preuino,
La gran fuerça de hambre que eſperaua,
Preuinole con tiempo que guardaſe,
Todos los vaſtimentos que tuuieſſe,
Y que en manera alguna los gaſtaſen,
Por cuia juſta cauſa agradezido,
Don Iuan le replicò con gran contento,
Haziendo mucha eſtima de ſu carta,
Reſpecto de ſer hombre cuias obras,
Hizieron gran ventaja à ſus palabras,
En coſas de importancia y de verguença,
Y aſsi luego por orden de don Lope,
Hizo alto con el campo en vnas minas,
De baſtimentos faltas, montes y aguas,
Que llaman las del Caſco, donde el Conde
Deſpues de auer gran tiempo ya paſſado,
Mandò ſegunda vez que le intimaſen,
La cedula Real, y mandamiento,
Para que con mas fuerça ſe abſtuuieſſe,
Y aquella noble entrada no intentaſe,
De que podia eſtar bien deſcuidado,
Por el grande reſpecto y reuerencia,
Con que don Iuan guardaua y acataua,

Las cosas de justicia, y sus ministros,
Y como suelen darse a los enfermos,
Algunas medizinas con que alibian,
La fuerça del dolor que los lastima,
Assi siempre el Virrey quiso escriuirle,
Que no lleuase mal lo que ordenaua,
Porque aunque estaua cierto no haria,
Cosa con que manchase su persona,
Que sin mirar aquesto que entendiesse,
Que por sola obseruancia de justicia,
Mas que por otra cosa se mandaua,
Que aquellas diligencias se hiziessen,
Y que estuuiesse cierto se dolia,
De todos sus trabajos y disgustos,
Y assi qual los arroyos que de passo,
Refrescan sus Riberas, y lebantan,
Graciosas arboledas, y las visten,
De tembladoras hojas, y entretejen,
Diuersidad de flores olorosas,
Amenos prados, frescos deleitosos,
Y sombras apazibles agradables,
No de otra suerte el Conde de contino,
A nuestro General le entretenia,
Y qual si vn diamante fino fuera,

Cuia braua dureza empedernida,
No ay riguroso golpe desmandado,
Que sin violencia alguna no resista,
Assi fue resistiendo, y contrastando,
Las poderosas hondas lebantadas,
Contra cuia braueza siempre vimos,
Que regaladas cartas le embiaua,
Pidiendole con veras se animase,
En esforçar la gente ya cansada,
Y del mucho esperar desesperada,
Si queria gozar del buen sucesso,
Y dichoso remate de las cosas,
Que tan grandes trabajos le costauan,
Y que aunque no podia dar seguro,
Ni esperanças calientes de remedio,
Que el esperaua en Dios con gran firmeza.
Que vuestra Magestad seria serbido,
Detener en memoria sus trabajos,
Y que seria possible endereçarse,
La mal torzida suerte desgraciada,
Y con razon señor dixo torzida,
Porque como al principio con cuidado,
Con zelo de seruiros fue estoruando,
Quando quiso despues faborecernos,

Fue fuerça obedecer vueſtro mandato,
Y aſsi viendo don Iuan que le era fuerça,
Auer de padecer aquel trabajo,
Qual ternißimo Padre laſtimado,
Que à fuerça de dolor y de quebranto,
Paſſa la furia del trabajo amargo,
Que con violencia y fuerça le laſtima,
De ver ſus caros hijos afligidos,
Por vna y otra parte deſtrozados,
No de otra ſuerte el noble cauallero,
Miraua todo el campo deſtruido,
Tambien á ſu Perlado ya canſado,
Los pobres Religioſos mal parados,
La flaca ſoldadeſca entretenida,
Con vno y otro engaño dilatado,
Y fuerça de palabras mal cumplidas,
La gente de ſeruicio y oficiales,
Los niños inocentes, y à ſus madres,
Sugetos á viuir á campo auierto,
Como ſi fueran veſtias ſin abrigo,
Por los tendidos prados deſpoblados,
Miraua á ſu teniente, cuio pecho,
Deſpues de todo aqueſto q̃ hemos dicho,
Auiendo con valor y grande esfuerço,

Por tiempo de año y medio sustentado,
A todo aqueste campo por disiertos,
Y Paramos, que anduuo entretenido,
Como la grosedad de sus haziendas,
Estaua por mil partes derramada,
Viendo que se gastaua á manos llenas,
Por todo aqueste tiẽpo que hemos dicho,
Aqueste excesso vino à tanto extremo,
Que no se vio soldado conozido,
Que en viendo hazienda suya, no dixesse;
Esta hazienda es mia, y quando mucho,
Dezia nuestra, si eran dos aquellos,
Que dispensar querian de sus vienes,
Y como el tiempo todo lo deshaze,
Consume, desbarata, y lo destruye,
Assi todos se fueron deshaziendo,
Por vna y otra parte derramando,
Viendo pues doña Eufemia, vna señora,
De singular valor, y grande esfuerço,
Muger del Real Alferez Peñalosa,
Hermosa por extremo, y por extremo,
De bello, lindo, y claro entendimiento,
Que todos los del campo ya cansados,
Con tanta dilacion se despedian,

Y que otros asimismo se ausentauan,
Por no poder sufrir tan gran trabajo,
Qual aquella gallarda y noble dama,
Que en medio de la cuesta memorable,
De aquel soberuio Arauco no domado,
El poco esfuerço, y triste cobardia,
De toda vna Ciudad auergonçaua,
Assi esta gran matrona á grandes vozes,
Dentro la plaça de armas fue diziendo,
Nobleza de soldados descuidados,
Dezidme en que estimais el noble punto,
De aquellos coraçones que mostrastes,
Quando à tan dura guerra os ofrecistes,
Dandonos à entender ser todo poco,
Para harta la fuerça y excelencia,
De vuestros brauos animos gallardos,
Si agora sin empacho y sin verguença,
Qual si fueradeis hembras vais boluiendo,
A cosa tan honrrosa las espaldas,
Que cuenta es la que dais siendo varones,
Desto que à vuestro cargo aueis tomado,
Si todo lo dexais en estas rocas,
Que de ver tal vageza, y tal afrenta,
Afrentadas las siento ya caidas,

Llenas de deshonor y corrimiento,
De ver en Españoles tal intento,
Quando todo se pierda, y todo falte,
A de faltarnos tierra bien tendida,
Y vn apazible Rio caudaloso,
Donde vna gran Ciudad edifiquemos,
A imitacion y exemplo de otros muchos,
Que asi su fama y nombre eternizaron,
Donde podemos yr que mas valgamos,
Frenad el passo, no querais mancharos,
Con mancha tan infame qual es fuerça,
Que sobre todos vuestros hijos venga,
Algo importò aquesto que les dixo,
Aquesta noble dama generosa,
Mas como pocas vezes el esfuerço,
En flacos coraçones se detiene,
Qual flaco gusanillo que royendo,
Vn poderoso, gruesso, y alto pino,
Que al suelo le derriba, y hecho astillas,
En mil pedazos roto alli le dexa,
Asi faltos de fuerças ya rendidos,
Todos el noble campo despoblaron,
Mas qual aquella naue poderosa,
Que fue del gran diluuio combatida,

Que tanto mas fue siempre lebantada,
Quanto mas viuas aguas ia embistieron,
Al fin como primera que en el mundo,
Se vido nauegar por aguas brauas,
Asi el Gouernador mostraua siempre,
A todos sus quebrantos tanto pecho,
Quanto mas los trabajos se esforçaron,
Estando pues el campo ya deshecho,
Fue fuerça que don Lope le tomase,
Visita general, en cuio tiempo,
El General se supo dar tal maña,
Y Iuan Guerra de Ressa su teniente,
Que hechando de sus fuerças todo el resto,
Sobraron diez mil pesos de buen oro,
De solos los pertrechos ofrecidos,
Con mas siete soldados de los hombres,
Que por concierto y pacto estaua puesto,
Que auia de poner en campo armados,
Cuia grandeza y sobra puso espanto.
A toda nueua España, porque auiendo,
Detenidose el campo tanto tiempo,
Era cosa dificil tal excesso,
Y asi Luys Nuñez Perez ayudado,
De don Fernando, y don Christoual luego,

Suplicaron al Conde despachase,
Aquesta entrada, pues don Iuan auia,
Con colmo tan grandioso, y lebantado,
La fuerça de su assiento ya cumplido,
Y como con cuidado el Conde estaua,
Aguardando el orden que de España,
Mandauan que tuuiesse en esta entrada,
No pudo ser possible que hiziesse,
Cosa que alli nos fuesse de importancia,
Y assi se fue segunda vez perdiendo,
El puesto deste campo reformado,
Por cuia causa el Conde siempre quiso,
Animarle con cartas, y esforçarle,
Pidiendo siempre no desfalleciesse,
Porque seria possible que las cosas,
Se fuessen entablando de manera,
Que fin dichoso en todo se alcançase,
Y porque los cansados Religiosos,
De nueuo nueuas cosas nos ofrecen,
Sera bien nueua pluma aqui cortemos,
Y en nueuo canto todo lo cantemos,

CANTO NVEVE.

COMO SE BOLVIO CON ALGVnos Religiosos, Fray Rodrigo Duran, Comissario Apostolico de la jornada: y de otros trabajos que fueron sucediendo: y como el Virrey mãdo a don Iuan se sugetasse a segunda visita, o que mandaria derramar la gente: y venida del visitador al despacho de la jornada, y contento que con el se tuuo: y del orden que tuuo en hazer su visita, y cosas q̃ en ella sucedieron.



I CON fuerça de braços, y del tiempo,
Han de quedar perfectos y acabados,
Los memorables hechos q̃ emprendemos,
La cosa mas gallarda y lebantada,
Que en ellos luze siempre y resplandeze,
Despues que estan en puesto bien obrados,

Es la importante ayuda de aſsiſtencia,
Sin cuia grande alteza la eſperança,
Queda en ſi toda muerta y zozobrada,
Eſtà con dilacion tan triſte y larga;
Vino á desfallezer y deſtroncarſe,
En el canſado hijo de Franciſco,
Fray Rodrigo Duran cuia grandeza,
De animo notable ya rendida,
Vino á dexar la plaça ſin embargo,
De vn gran requerimiento que le hizo,
Pidiendole don Iuan que pues eſtaua,
Sobre ſus graues hombros ſuſtentado,
Como en coluna fuerte todo el campo,
Que en ninguna manera permitieſſe,
Pues era coſa llana que en boluieſſen.
La fuerça de la Igleſia la cabeça,
Que todo ſe aſſolaſe y deſtruieſſe.
Mas como ya la ſuerte echada eſtaua,
Reſpecto de dar cuenta á ſu Perlado,
De algunas coſas graues y ſecretos,
Sin replica ſalio por cuia cauſa,
Fray Baltaſar, y algunos otros Padres,
De notable importancia, nos dexaron,
Siguiendo ſus piſadas diſguſtoſos,

Y como a Rio buelto siempre vemos,
Sobre las turbias aguas muchas cosas,
Que nueua nouedad a todos causan,
Tras desto luego vimos que quisieron,
Ciertos soldados algo lebantados,
Hazer aquesta entrada y proseguirla,
Amotinando el campo cuio cancer,
Fue con suma presteza y diligencia,
Del hastuto sargento remediado,
Cortando la cabeça al que queria,
Serlo de aquesta causa perseguida,
En este medio tiempo proueieron,
A don Lope de Vlloa que era amparo,
De todas nuestras causas mal paradas,
Por General de China, y luego en esto,
Dexandonos a todos vino nueua,
Como en España estaua proueido,
Don Pedro Ponçe, vn grande cauallero,
De singular prudencia, y alto esfuerço,
Por General de toda aquesta entrada,
Y temiendo el Virrey se deshiziesse,
Toda la soldadesca alborotada,
Con aquesta mudança, y nueuo acuerdo,
Mando hechar luego vando que la gente,

ſus vanderas toda ſe juntaſe,
aqueſta entrada luego proſiguieſſe,
ras cuio vando, ſin tardança alguna,
don Iuan auiſò como tenia,
el Preſidente Pablo de Laguna,
rden en que auiſaua, y ordenaua,
ue ſi entendieſſe que el don Iuan tenia,
odo lo neceſſario preuenido,
ara hazer la entrada y proſeguirla,
ue luego libremente permitieſſe,
ue el ſolo la hizieſſe, y acabaſe,
ſi cumplido todo no eſtuuieſſe,
ue ſin tardança alguna dieſſe auiſo,
orque eſta cauſa luego remediaſe,
or cuias ocaſiones le ordenaua,
ue luego reſpondieſſe ſi tenia,
xpueſto todo aquello que importaua,
orque ſin mas acuerdo proueheria,
erſona tal qual fueſſe conueniente,
general viſita le tomaſe,
la qual era fuerça ſugetarſe,
que ſino que luego mandaria,
eſpedir à la gente, y derramarla,
que le parecia ſi no auia,

De cumplir por entero que hizieſſe,
Gentileza y ſeruicio illuſtre y alto,
A vueſtra Mageſtad en deſiſtirſe,
De aqueſta noble impreſſa començada,
Sin gaſtar mas hazienda, ni mas vida,
Que la que auia gaſtado y conſumido,
Aduirtiendo con eſto que ſi eſtaua,
De guſto y parecer que le tomaſen,
Segunda vez viſita, que ſeria,
El Comiſario dentro de dos meſes,
De toda aquella Corte deſpachado,
A cuia carta el General contento,
Al Conde replicò que aunque el auia,
Cumplido enteramente ſus aſsientos,
Que ſin embargo deſto, que el guſtaua,
Rendirſe ſin tardança, y ſugetarſe,
A ſegunda viſita, y à otras muchas,
Si fueſſe neceſſario ſe hizieſſen,
Y como en los dos Polos permanecen,
Los dos exes, tan fijos, y clauados,
Que eſperança ninguna no tenemos,
De verlos de ſus pueſtos apartados,
Aſsi ſin mouimiento eſtables firmes,
Don Iuan, y ſu teniente ſe moſtraron,
Reſ

eſpondiendo que aquella gentileza,
ra la que era fuerça ſe hizieſſe,
n vueſtro Real ſeruicio, y ſe acabaſe,
ues como expueſto todo lo touieſſen,
ara el tiempo aplazado que les dieron,
egun que lo demas paſſoſe en flores,
orque no fue poſsible deſpacharſe,
tiempo el Comiſario de la Corte,
Que pudieſſe venir ſin detenerſe,
Por cuia cauſa todos ſe quejauan,
Bien apretadamente, y con enojo,
Trayendo á la memoria las palabras,
Los plazos, y los tiempos mal cumplidos,
Que ſiempre el General les daua á todos,
Afirmando y jurando que eran trazas,
Engaños, y cautelas, que tenia,
Para ſolo aſſolarlos y abraſarlos,
Y que no era poſsible que las cartas,
Fueſſen ciertas del Conde, ſi no embuſtes,
Para el fin que dezian y afirmauan,
Y aſsi ſe fueron muchos, y dexaron,
Aqueſta illuſtre entrada diſguſtoſos,
Mas el Sol de juſticia condolido,
Sus manſos ojos, luego fue boluiendo,
A ſu

A ſu afligido pueblo laſtimado,
Haziendole muy cierto que venia,
Nueuo viſitador, para que luego,
La jornada de hecho deſpachaſe,
A quien ſe hizo vn gran recebimiento,
De mucha gente de armas bien luzida,
Con ſu Maeſe de campo, y Real Alferez,
Su Sargento mayor, y Capitanes,
Y el General famoſo, y oficiales,
Que en orden todos fueron, y en llegando
Vna gran ſalua alegre de arcabuzes,
Con deſtreza gallarda fue rompiendo,
El ſecreto ſilencio, y fue turando,
Haſta que juntos ſaludarſe vimos,
Los dos nobles varones; y abraçarſe,
Y luego en orden todos bien compueſtos,
A ſu poſada juntos le lleuamos,
Donde ſegunda ſalua les hizieron,
Con notable contento y alegria,
Porque entendieron del, que grãde Padre,
Auia de moſtrarſe en nueſtras cauſas,
Y aſsi como tal Padre, y tal amparo,
Pidio al Gouernador que no le fueſſe,
Contrario en coſa alguna ſi queria,

Ver de todas ſus cauſas buen deſpacho,
Con cuias buenas mueſtras y ſeñales,
Como pauones todos en ſus ruedas,
Vfanos y gallardos ſe moſtrauan,
Pues como aſsi eſtuuieſſen ya contentos,
Mandò el viſitador ſe echaſe vando,
Para que todo el campo luego fueſſe,
Siguiendo ſu derrota, y que marchaſe,
Y viendo el General que aquel mandato,
Era ruina total de nueſtra entrada,
Porque eran neceſſarios muchos dias,
Para apretar los carros y carretas,
En cuio tiempo toda la viſita,
Haziendo de vna via dos mandados,
Podia fenezerſe y acabarſe,
Y que ſi aqueſto aſsi no ſe hizieſſe,
Era perderſe todo à cuia cauſa,
Pidio con grande inſtancia que miraſe,
Que fuera deſte grande inconueniente,
Perdia otra gran ſuerte y coiuntura,
En apreſtar la gente y el bagaje,
De vn tan largo tiempo entretenida,
De mas de que era fuerça que ſacando,
De ſus querencias todos los ganados,
Que

Que todos se perdiessen y ahuientasen,
Y que para escusar tan grandes daños,
Hiziesse su visita en aquel puesto,
Y del saliessen todos de arrancada,
Sin detenerse en parte que pudiessen,
Perderse aquellas cosas que lleuauan,
Y viendo los soldados lastimados,
El tiempo que perdian con enojo,
A vozes, y sin rienda desembueltos,
Dezian que eran trazas porque el campo,
Gastase el bastimento que tenia,
Y assi se deshiziesse y acabase,
Y fuera assi sin duda si el gran colmo,
No fuera tal, qual vimos bien colmado,
Y viendo el General que no podia,
Hazer que le tomasen la visita,
Con perdida del tiempo irrebocable,
Salio con todo el campo sin consuelo,
A fuerça de sudor y de trabajos,
Que en aprestarlo todo padecieron,
Y ą penas fue marchando cinco leguas,
Quãdo en vn puesto pobre đ agua y mõte
Mandò hiziessen alto y descargasen,
Alli boluieron todos al trabajo,
Hazien-

Haziendo ſus aſsientos temeroſos,
De que era fuerça que agua les faltaſe,
Mas Dios que á todos ſiempre nos ſocorre
Hizo que vnos charquillos bien pequeños,
Que cerca de noſotros ſe moſtrauan,
Aguas en abundancia derramaſen,
Y que á viſta de todos las vertieſſen,
Teniendolas de antes repreſadas,
Y en ſus ſecretas venas eſcondidas,
Aqui el Viſitador mandò echar vando,
Que pena de la vida nadie oſſaſe,
Salir del quartel de armas ſin embargo,
Que del miſmo don Iuan mandato fueſſe,
Con cuio vando luego los ſoldados,
Deſamparando todos los ganados,
Se fueron â gran prieſſa recogiendo,
Dexandolos perdidos ſin ſus guardas,
Y aqueſta deſuentura fue tan grande,
Que andauan à millares los corderos,
Balando, por ſus madres que perdidas,
Balauan aſsimiſmo por hallarlos,
Y atonitas las yeguas diſcurriendo,
Cruzauan por los campos ſin ſentido,
En buſca de ſus crias relinchando,

Y afsimifmo las vacas y terneras,
Hundian con bramidos las campañas,
Los tiernos rezentales affombrados,
Con el ganado prieto yuan rebueltos,
Por verfe de las cabras diuididos,
Los bueies, los cauallos, los jumentos,
El ganado vacuno y la mulada,
Con todo lo demas que el campo pafta,
Efparramados todos y perdidos,
A fu aluedrio y fin orden alguna,
Andauan fin fus guardas defcarriados,
Y fin mirar aquefta defuentura,
Y perdida fin traza defdichada,
Vueftro vifitador mandó tras defto,
Que todos los foldados y oficiales,
O gente de feruicio que quifieffe,
Dexar de profeguir aquefta entrada,
Que todos libremente fe quedafen,
Aunque aliftados todos eftuuieffen,
Hizo demas de aquefto en fu vifita,
Vna cofa tambien que fue notable,
Andauan como digo los ganados,
Sin guardas por el campo diuididos,
Y de parte de noche nos mandaua,

Que demañana, yeguas, o cauallos,
Ouejas, o las cabras, o las vacas,
O el genero que mas apetecia,
A registrar traxesemos, y en esto,
Por ser el tiempo corto, y tan tassado,
Saliamos perdidos á buscarle;
Y si como perdida se traia,
Alguna cantidad pequeña, o grande,
Aquella registraua, y si tras della,
Venia otra qualquiera, no passaua,
Diziendo no podia recebirla,
Porque cerrado ya el registro estaua,
Con esto el general qual fuerte yunque,
Viendo que lo demas assi corria,
Sufriendo aquellos golpes con paciencia;
Al Cielo suplicaua socorriesse,
Que aquesto es lo que vale quando lejos,
Estais inmenso Rey de lo que passa,
Hizo notificar à los vezinos,
Que en manera ninguna no vendiessen,
Ganados á don Iuan, que fue vna cosa,
Que à todos causò espanto imaginarla,
Mandò tambien con pena de la vida,
Que aquel que en esta entrada se alistase,

Que si fuesse mestizo lo dixesse,
Y mulato tambien si se alistase,
En cuia lista fueron despedidos,
Vnos por no querer que se assentasen,
Diziendo no auian de yr á la jornada,
Y por de poca hedad dexaron otros,
Que se que estan señor allá sirbiendo,
Con hartas mas ventajas que no aquellos,
Que se tambien gran Rey que se boluierõ,
Sin verguença del peine que en la barua,
Pudo quedar asido, y lebantado,
Que con estos quisiera que tuuiera,
Vuestro visitador aquellos brios,
Que con vn buen soldado vimos tuuo,
Y fue, que porque acaso, y con descuido,
Sin quitarle la gorra fue passando,
Determinò, y mandò, por solo aquesto,
Que seys tratos de cuerda alli le diessen,
Pues como el General por el rogase,
Y con esto tambien reprehendiesse,
El descuido que tuuo aquel soldado,
Diziendole lo mal que auia hecho,
Respondio al General, que mas justicia,
Y mas puesto en razon era que honrrase,
Vues-

Vueſtro viſitador, y otro qualquiera,
A los que en guerra os ſirben con ſu ſangre
Con vida, con hazienda, y con ſu honrra,
Que no que aqueſtos tales con infamia,
Vinieſſen por tan altos penſamientos,
A ſer infamemente condenados,
Por vn ſolo deſcuido que tuuieron,
En adorar á quien en paz guſtoſa,
Le ſembrauan de plata los caminos,
Si en vueſtro Real ſeruicio ſu perſona,
Mandauan ſe ocupaſe, y que os ſiruieſſe,
Y q̃ otro hombre q̃ el fue Carlos quinto,
Vueſtro Aguelo caro y esforçado,
Y mucho mas ſoldado, y mas guerrero,
Y que ſabia cierto perdonaua,
A aquellos que en las guerras le ſeruian,
Y viendo el General ſu mucha furia,
Y que era fuerça à todos regalarlos,
Con palabras de Padre graue afable,
Riñiendole mandò que mas no hablaſe,
Y el qual rebuelta piedra de molino,
Que quitandole el agua es fuerça pare,
Aſsi parò, y tambien parò ſu cauſa,
De mas de todo aqueſto que hemos dicho,

Otros que aquesta historia á cargo tienen,
Diran en sus escritos otras cosas,
Que á cerça destas causas sucedieron,
En las quales jamas tuuieron mano,
El buen Iaime Fernandez secretario,
Y el Capitan Guerrero, á quien el Conde,
Mandò por Comissario aqui viniesse,
El vno por la illustre y clara pluma,
Y el otro por la fuerça de la lança,
Hombres de buena estima, y noble punto,
Y por venir al hecho desta causa,
Al fin hizo visita, cala, y cata,
Esta vino á tomar de tal manera,
Que no se yo si ay testigo alguno,
Que pueda con verdad dezir que vido,
Las cosas que assentaron y escriuieron,
Solo sabre dezir, que con instancia,
Pidio el Gouernador que se le diesse,
De toda su visita vn testimonio,
Para saber las sobras, o las faltas,
Y Componer la quiebra si la vbiesse,
De manera que cosa no faltase,
Esto le denegò con tanta fuerça,
Que no solo no quiso darle gusto,

Siendo justicia que al deudor que paga,
Le den carta de pago por escrito,
Mas hizo confessase que no auia,
Cumplido con su asiento, y esto á escuras,
Sin darle lumbre alguna de lo escrito,
Pidiole demas desto, que Iuan Guerra,
Y su muger doña Ana se obligasen,
En quanto à los soldados que faltauan,
Por publica escritura en esta forma,
Que auian de poner en campo armados,
Para cumplir su asiento ochenta hombres,
A su mision y costa, y que pagasen,
Todos los daños que estos cometiessen,
Y que tambien pagasen los salarios,
A los ministros que el Virrey quisiesse,
Viniessen al despacho desta entrada,
Y que á su voluntad tambien pudiesse,
Quitar, o reformar aquellas cosas,
Que en su fabor se vbiessen concedido,
Y que por el permiso que le daua,
Para poder hazer aquesta entrada,
No fuesse visto adquirir dominio,
Ni derecho al gouierno de la tierra,
En propriedad, ni possesion alguna,

Y qual si fuera monte, o bronce duro,
Con todo concedio los ojos bueltos,
Al soberano Dios en cuyas manos,
Pidiendole justicia con paciencia,
Gustoso le dexò todas sus causas,
Y porque su teniente ausente estaua,
Porque acordò con el que se quedase,
Para el socorro y cosas de importancia,
De aquesta nueua tierra, y nueuos Reynos,
Mandó que me aprestase, y luego fuesse,
Para tratar con el que se obligase,
Con su muger doña Ana de Mendoza,
Y á penas vido el pliego quando luego,
Como aquellos dos Dezios memorables,
Que alegremente juntos se ofrecieron,
Por sola la salud de todo el campo,
En braços de la muerte rigurosa,
Assi los dos contentos se obligaron,
Y juntos las dos vidas ofrecieron,
A vuestro Real serbicio, sin que cosa,
Quedase para nadie reseruada,
Passadas estas cosas, y otras muchas,
Despues que vbo bien visto los poderes,
Hecha ya su visita, y acabada,

Mandò marchar el campo deſtrozado,
Segun vereys ſeñor aqui pintado,

CANTO DIEZ.

COMO SALIO EL CAMPO MARchando, para el Rio de Conchas, y del modo que tuuieron en vadearle y puẽte que en el ſe hizo: y de como ſe deſpidio el Viſitador, dando ſolo permiſo para que el campo entraſe.


SSI como en la alteza, y excelencia,
De la hermoſa, bella, y blanca Luna,
Vnas vezes ſu noble antorcha vemos,
De todo punto ciega y eclipſada,
Y otras con corta luz, y tras menguante,
Con bellos rayos, dulces, y apazibles,
Salir la vemos llena de creciente,

No de otra ſuerte y traza fue ſaliendo,
La fuerça deſte campo deſtrozado,
Tendiendo con diſguſto los pertrechos,
Que á fuerça de trabajos los ſoldados,
Fueron por muchas partes recogiendo,
Los quales fueron luego lebantando,
Mas de ochenta carretas bien cargadas,
Que con ſus carros, y carrozas yuan,
Quales van en ſu eſquadra biẽ compueſtas,
Las hormigas el trigo acarreando,
Aſsi marchando todas prolongadas,
Con vn ronco chirrido, y ſordo aplauſo,
Vn camino tendido bien auierto,
Dexauan con ſus ruedas ſeñalado,
Y aſsi como del arca contraſtada,
La fuerça de animales fue ſaliendo,
Por generos diſtintos, y apartados,
Aſsi diſtintos todos los ganados,
Fueron el nueuo raſtro proſiguiendo,
Por ſus quarteles todos bien ſembrados,
Cuia hermoſa viſta nos moſtraua,
Aqui vna gran boiada bien tendida,
Alli las cabras que yuan diſcurriendo,
Tras del ganado prieto que ſeguia,

Las ſimples ouejuelas adeſtradas,
De los manſos cencerros conozidos,
Alli los potros tras las yeguas manſas,
Retozauan ligeros y lozanos,
Aqui tras las cerreras relinchauan,
Gran fuerça de cauallos animoſos,
Tras cuia obſcura y alta poluareda,
Otra mas tenebroſa y encumbrada,
El ganado bacuno, y el requaje,
Por vna y otra parte lebantauan,
Que por lo que eſta machina ocupaua,
Se podra bien ſacar lo que ſeria,
Pues tres tendidas millas por lo largo,
Y otras tantas por ancho bien cumplidas,
Tomaua todo el campo lebantado,
Cuia grueſſa grandeza fue marchando,
Haſta llegar con bien à las Riberas,
Del Rio de las Conchas, cuio nombre,
Tomó por la belleza que ſe crian,
Quales viſtoſos nacares gracioſos,
A bueltas de gran ſuma de peſcado,
Cuia vertiente vemos que derrama,
Por donde el claro ſol ſu luz eſconde,
Y à la remota parte de Lebante,

Por torzidos caminos y veredas,
Va al poderoſo mar reſtituyendo,
En cuio aſsiento y pueſto recogidos,
Luego la gran faena començaron,
Para auer de buſcar ſeguro vado,
Por donde todo el campo ſin peligro,
La fuerça de las aguas contraſtaſe,
Porque hondable todo ſe moſtraua,
Por cuia cauſa, luego con la ſonda,
Aſſegurar quiſieron el partido,
De donde reſultò tentar vn vado,
Algo dificultoſo y mal ſeguro,
Por cuia cauſa muchos temeroſos,
Aſſegurar paſſage no quiſieron,
Por no ſer de ſus aguas caudaloſas,
Sorbidos, y tragados, ſin remedio,
Y aſsi el Gouernador, qual Caio Ceſar,
Que ſin freno, ni rienda gouernaua,
La fuerça de cauallos mas ſoberuios,
Aſsi ſaltò en vn cauallo brauo,
De terrible corage deſembuelto,
Notando con auiſo, y con deſtreza,
Que nunca es eloquente en ſus razones,
Aquel que las propone, ſi admirados,

Con proprias obras, y valor de braços,
No dexa los oyentes y rendidos,
A ſolo el apetito, blanco, y fuerça,
Que aſpira la corriente de ſu guſto,
Y con vn gran baſton en la derecha,
Ea nobles ſoldados esforçados,
Caualleros de Chriſto fue diziendo,
Eſte es noble principio conozido,
Para que cada qual aqui nos mueſtre,
Si el credito y valor del importuno,
Y peſado trabajo que ſeguimos,
En ſi tiene valor, y ſi merecen,
Aquellos que le ſiguen gran corona,
Y con eſtas razones fue boluiendo,
Las riendas al cauallo poderoſo,
Y aſsi ſe abalançó al brauo Rio,
Y rompiendo las aguas fue bufando,
El animal gallardo deſembuelto,
Y pueſto en la otra vanda hijadeando,
Boluio á cortar las aguas, y en la orilla,
Por los hijares bajo, y anchos pechos,
Reſollando vertia y derramaua,
Sobre la enjuta arena guijarroſa,
Del humido licor vna gran copia,

El General prudente que aſsi puſo,
Seguro vado à todos por delante,
El miſmo començó à picar los bueies,
Animando al exercito ſuſpenſo,
Con vno y otro grito de manera,
Que aſsi como la chuſma ſoſta y carga,
Siguiendo al bogabante con deſtreza,
O de boga arrancada, o ſea picada,
O quiera ſea larga, o ſea chapada,
A todo pone el hombro, y con esfuerço,
Los poderoſos tercios va cargando,
Y aprieſſa la faena va haziendo,
Aſsi deſta manera, traza, y modo,
La ſoldadeſca toda auergonçada,
Como gente de chuſma los mas dellos,
Fueron echando, y deſpojando aprieſſa,
Quedandoſe en pañetes ropa fuera,
Para amparar aquello que en el agua,
Corrieſſe algun peligro de perderſe,
Otros las aguijadas empuñauan,
Y a los anchos coſtados eſpacioſos,
De los vnzidos bueies ſe ponian,
Y aſsi como del pueſto abandonauan,
En el olimpo campo aquellos carros,

De los aurigas dieſtros impelidos,
Que con hiruiente prieſſa a rienda ſuelta,
La fuerça de cauallos aguijauan,
Con piernas, cuerpo, y braços lebantados,
Mouiendo el crudo latigo con prieſſa,
Aſsi los nueſtros todos deſembueltos,
Para paſſar la fuerça de los carros,
Como dieſtros aurigas el azore,
Zimbrauan en los pertigos ſubidos,
Y como grueſſas naues, cuias proas,
Sulcando el brauo mar eſpuma grande,
Rebueluen y lebantan ſalpicando,
Las poderoſas cintas que deſcubren,
Aſsi en blanco jabon rebuelto el Rio,
Las lebantadas cumbres ſalpicauan,
De los cargados carros poderoſos,
Cuias herradas ruedas grandes cercos,
Y grueſſos remolinos reboluian,
A fuerça de las maças y los rayos,
Que en ſu brauo raudal yuan torziendo,
Y en las ligeras yeguas tambien otros,
Los ganados maiores auentauan,
Y otros a pie corriendo por la orilla,
Deſnudos y deſcalços rebentando,

La fuerça de los braços descubrian,
Y cada qual alli se acomodaua,
Segun que la ocasion se le ofrecia,
O discrecion sagaz, o claro exemplo,
Y como nos lebanta vn buen dechado,
Si en vn varon illustre resplandeze,
Con que facilidad los imitamos,
Quando con proprias obras nos adiestran,
Y que flacas hallamos sus razones,
Que muertas, que sin pulsos, quando vienẽ
Sin la grandeza de obras adornadas,
Todo aquesto causò el noble exemplo,
Auiso y discrecion de aquel prudente,
Cuias gallardas fuerças sustentauan,
Sus dos brauos sobrinos con vizarra
Destreza, y gallardia desembuelta,
Y no hizieron mucho en señalarse,
Porque siempre en aquestas ocasiones,
Bellos trabajadores se mostrauan,
Y assi los Españoles presurosos,
Para solo aguijar los tardos bueies,
Hiriendo á puros gritos las estrellas,
Los duros aguijones les arriman,
Y à la fuerça del Rio los impelen,

Y qual confussa flota combatida,
De poderosos vientos lebantados,
Cuios pilotos diestros heruorosos,
A puras vozes hazen sus faenas,
En confussas zalomas entonados,
Assi por vna y otra parte apriessa,
Con vozes chiflos, y altos alaridos,
Esforçauan los bueyes fatigados,
Y assi sugetos todos, mal heridos,
Qual ouediente al duro yugo atado,
hincando el fuerte morro, arranca, y tira,
La mas pesada carga disgustoso,
Qual ya de todo punto fatigado,
Al aguijon rendido, boqui abierto,
Suelta la larga lengua berreaua,
Por cuia causa alli la soldadesca,
Nadando por el agua los aguijan,
Y otros en sus cauallos los animan,
A fuerça del azote, palo, y grito,
Tambien á los ganados que passauan,
Qual entre las ouejas dando vozes,
Los tiernos corderitos aiudaua,
Qual al ganado prieto, y al bacuno,
A la cabra, al cabrito, y al cauallo,

Al potro á la potranca, y à la yegua,
Y al gruesso y gran requaje que venia,
Y como con el peso de la lana,
Muchas de las ouejas zozobrauan,
Por no poder nadar con tanta carga,
Por solo remediar tan graue daño,
Dio luego el General en vna cosa,
Al parecer de todos increible,
Y fue, que al brauo Rio caudaloso,
Vna segura puente se le hiziesse,
Para cuio principio dos dozenas,
De ruedas de carretas bien fornidas,
Quiso que se quitasen y truxessen,
Y estas mandò poner de trecho á trecho,
Por la grande corriente, con amarras,
Como si todas gruessas naues fueran,
Luego de los mas altos y crecidos,
Hizo cortar los arboles que estauan,
Riberas deste Rio caudaloso,
De cuios Ramos todos despojados,
Sobre las lebantadas, y altas Ruedas,
Mandò que se pusiessen y assentasen,
Y luego con fagina, y con cascajo,
Y tierra bien pisada quedò hecho,

El poderoſo puente, y fue paſſando,
El reſto del bagaje que faltaua,
Y luego al punto todo ſe deshizo,
Y el General por ver ſe auia moſtrado,
Bernabe de las caſas trabajando,
Hombre de noble aſsiento, y de verguẽça,
Con titulo de Alferez quiſo luego,
Honrrar á ſu perſona y eſtimarla,
Aqui con noble esfuerço ſe moſtraron,
El Capitan Marçelo de Eſpinoſa,
Cezar Ortiz Cadimo, y Iuan de Salas,
Don Iuan Eſcarramal, y Alonſo Lucas,
Bartolome Gonçalez, y Mallea,
Monçon, Martin Ramirez, y Iuan Perez,
Y tambien Pedro Sanchez Damiero,
Simon de Paz, Medina con Caſtillo,
Iuan de Vitoria Vido, y los Varelas,
Alonſo Nuñez, Reyes, y Herrera,
Y aquel Antonio Conte, y dõ Luys Gaſco,
Y el Alferez Geronimo de Heredia,
El Capitau Ruyz, los Bocanegras,
Robledos, y otros muchos valeroſos,
Que valeroſamente bien moſtraron,
Ser hombres de gran ſuerte en el trabajo,

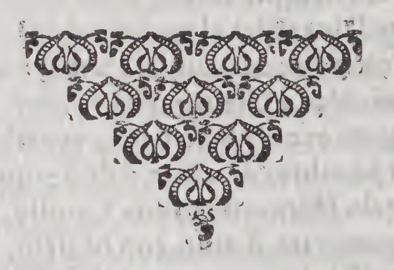
Que es verdadero premio de los fines,
Que todos pretendemos, y bufcamos,
Pues como todo el campo ya eftuuieffe,
Puefto de effotra vanda, luego vino,
La fuerça de la noche foffegando,
Los quebrantados miembros fatigados,
Del pefo del trabajo padecido,
Y á penas por las cumbres, y collados,
La nueua y clara luz entro tendiendo,
Sus bellos rayos de oro, quando eftaua,
La gente toda junta en gran filencio,
Efperando por vltima partida,
Ser del vifitador alli honrrados,
Con algunas palabras, y razones,
A femejantes campos bien deuidas,
Cuio Gouernador tambien eftaua,
Aguardando feñor á las mercedes,
Cedulas, y defpachos que le daua,
Para feguir fu entrada con confuelo,
Y como el mifmo Dios es el principio,
De todas nueftras cofas, aunque vengan,
A fer los fines otros, que efperamos,
Oyeron todos Miffa, y acabada,
Alli el Vifitador con gran tibieza,

Al General le dixo prosiguiesse,
Aquesta larga entrada, y que marchase,
Y asi se despidio sin mas palabras,
Y sin darle papel, ni cosa alguna,
Que fuesse de importancia, ni prouecho,
Cuio fin pobre, y dexo desabrido,
Causò suma tristeza, y desconsuelo,
En los pechos cansados y afligidos,
De los pobres soldados lastimados,
Viendo la poca ayuda que les daua,
Vuestro Visitador, porque si quiera,
Vna buena palabra no les dixo,
Mas como està, y assiste dentro el grano,
Por notable potencia el dulze fruto,
Assi en la fuerça grande de afliciones,
Por el illustre esfuerço de paciencia,
Triunfa, y està la gloria lebantada,
Por la nobleza firme de esperança,
Mediante cuia alteza todos juntos,
Bajando las cabeças prosiguieron,
Sirbiendoos gran señor en esta entrada,
Y assi el Visitador sin mas respecto,
Las crudas riendas luego fue boluiendo,
Dexandonos á todos bien suspensos,

De ver quan ſin amor alli hablaua,
A todo vn campo que à ſeruiros yua,
Con vida, con hazienda, y con el alma,
Pues como don Iuan vieſſe que de hecho,
Yua el Viſitador marchando á prieſſa,
Por no faltar en coſa ſalio luego,
Con treinta buenos hombres de acauallo,
Y todos de arrancada, los coſtados,
Largandoles las riendas con deſtreza,
Con pies ligeros, juntos les batieron,
Haſta que juntos todos le alcançaron,
Y alli el Gouernador con gran reſpecto,
Le quiſo acompañar algunas leguas,
Pidiendole con veras ſe ſiruieſſe,
De alguna eſcolta buena de ſoldados,
A cuio noble y buen comedimiento,
Con las menos razones que ſer pudo,
Alli le deſpidio ſin que quiſieſſe,
Que á ſu perſona vn paſſo acompañaſe,
Con eſto ſe boluio, y llegando al campo,
Eſtando todos juntos, fue diziendo,
Señores Capitanes, y ſoldados,
Nueſtra fuerça mayor es el esfuerço,
A cuio valor alto, y lebantado,

Iamas le desayuda la fortuna,
Y asi no ay para que desmaie nadie,
Corra el rigor del tiempo trabajoso,
Aunque ya no podamos mas sufrirle,
Ni á contrastar su gran furor bastemos,
Que fin han de tener tantas zozobras,
Tantas calamidades y miserias,
Como siempre nos siguen, y quebrantan,
Que Dios tẽdra el cuidado q̃ es buẽ padre,
Serenando con prospera bonança,
El añublado Cielo que nos cubre,
Que no es cosa muy nueua ver trabajos,
Por hombres de valor, y de verguença,
Digalo Hermodoro con Camilo,
Hermocrate, Rutilo, con Metelo,
Temistocles, con otros valerosos,
Que fueron por ser buenos perseguidos,
Y bien auenturadas las injurias,
Que por causa de aquel q̃ està en el Cielo,
Se sufren y padezen en la tierra,
Quanto mas, que si bien se considera,
Este es camino cierto y verdadero,
De la impressa gallarda que lleuamos,
Y con esto cesò, y luego quiso,

Eſcreuir al Virrey, y darle cuenta,
De todos ſus trabajos y aflicciones,
Por cuia cauſa es bien que aqui paremos,
Y al canto que ſe ſigue diferamos,
Sus laſtimoſas quejas tan ſufridas,
Quanto para eſcreuirlas deſabridas.



CAN-

CANTO HONZE.

COMO ESCRIVIO DON IVAN AL Virrey, y como hizieron boluer al Padre Fray Diego Marquez: y como fue marchando el cãpo al Rio de ſan Pedro: y eſcolta que ſe embio, para que los Religioſos le alcançaſen: y ſalida que hizo el Sargento mayor, á explorar el Rio del Norte, y trabajos que padecio, ſiguiendo ſu demanda.



OMO quiera que el alma laſtimada,
Es cierto que deſcanſa quando cuenta,
La fuerça del dolor, que la fatiga,
Por ſolo deſcanſar de ſus trabajos,
Cercado de dolor y deſconſuelo,
Aqueſte moleſtado cauallero,
Tomó papel y tinta, y vna carta,

Deſpachó luego al Conde en que dezia,
Las grandes aflicciones y congojas,
Las perdidas, los gaſtos, y trabajos,
Perſecuciones, cargas, y diſguſtos,
Que eſta larga jornada auia tenido,
Y aquel ardiente zelo y buen deſſeo,
Que de ſeruir á Dios, y à vueſtro padre,
En el eſtuuo ſiempre, y aquel anſia,
De ver la conuerſion de tantas gentes,
Al gremio de la Igleſia reduzidas,
Y aquella gran paciencia y obediencia,
Que á vn millō de diſguſtos y de agrauios,
Tambien auia tenido y ſuſtentato,
Y la eſperança firme que tenia,
En las promeſas, cartas, y palabras,
Que tantas vezes quiſo prometerle,
Y aquella voluntad illuſtre y ſanta,
De vueſtro inmēſo Padre en las mercedes,
Que ſiempre fue ſeruido de moſtrarle,
En todos los deſpachos que hazia,
Mediante cuia fuerça fue aſſentada,
Con el aqueſta entrada con empeño,
Que de ſu fee y palabra le fue dada,
De guardarle y cumplirle todo aquello,

Que con el se pusiesse, y se assentase,
Guia inuiolable prenda no sufria,
Por ningun caso, quiebra, ni tardança,
Y viendo como via tan mal logro,
De todos sus seruicios y trabajos,
De dos años y medio ya passados,
Pensando que adelante muchos passos,
Estaua ya, y muy cerca de la palma,
Corona, gloria, y triunfo que esperaua,
Quien tambien merecia ser premiado,
Se via tan atras, que colegia,
Dos cosas por muy ciertas, é infalibles,
La vna, que esta entrada trabajosa,
Que era cierta de Dios, pues que lleuaua,
El camino derecho de sus obras,
Pues à fuerça de Cruz, y de quebrantos,
Auia sido siempre sustentada,
Y en quanto á la segunda no sabia,
Porque razon, camino, o porque causa,
O por qual de las muchas obras buenas,
Que por esta jornada auia sufrido,
Era tan perseguido y maltratado,
Si por lleuar la Iglesia y ensancharla,
Por entre aquellos baruaros perdidos,
Ciegos

Ciegos de lumbre, Fê, y de la sangre,
Que fue por todo el mundo derramada,
O si poner à riesgo por seruiros,
Su vida, su persona, y su hazienda,
Si el ser tratado siempre como esclauo,
Si el sufrir tan gran tiempo los trabajos,
De dilacion tan larga, y tan costosa,
Pidiendole perdon si se quejaua,
Porque estaua herido y lastimado,
Y jamas de ninguno socorrido,
Mas antes calumniado y probocado,
Con otras muchas cosas lastimosas,
Que assi quiso escreuirle y auisarle,
Cerrada pues la carta y despachada,
Luego tras desto vino vn grande golpe,
Que á todos nos causò vn gran disgusto,
Y fue, que ciertos tristes desalmados,
Por inuencion diabolica secreta,
Trazaron de manera que no fuesse,
El buen fray Diego Marquez la jornada,
Vnico confessor, amparo y fuerça,
De todo aqueste campo perseguido,
Que mucho por su ausencia se dolia,
Por auer sido la primera vassa,

Sobre que fue fundado y lebantado,
Y viendo el General ſu gran deſgracia,
Y que era ya forçoſa ſu quedada,
En prendas del amor que le tenia,
Con mil abraços tiernos y apretados,
Vna deuota Imagen, y vn Roſario,
Y de doña Maria de Galarça,
Que era ſu muy amada y cara hermana,
Vn bello niño Ieſus quiſo darle,
Cuia hechura ſanta no tenia,
Ningun valor ni precio, por la alteza,
Con que el artiſta quiſo figurarlo,
Pues luego que de todos deſpedido,
Salio el vendito Padre ſin conſuelo,
Mandò el Gouernador ſe preuinieſſe,
Eſcolta ſuficiente, y ſe apreſtaſe,
Para traer los Padres Religioſos,
Que con ſu Comiſſario ya venian,
Marchando bien aprieſſa en nueſtro alcãçe
Cuia preuencion hizo con auiſo,
Por dezir que la gente Tepeguana,
Eſtaua rebelada y alterada,
Eſtando pues la eſcolta preuenida,
La qual fue ençomendada y encargada,

Al

Al Capitan Farfan, salio marchando,
Y juntamente el campo fue saliendo,
La buelta de san Pedro, que es vn Rio,
De cristalinas aguas y pescado,
Por todo extremo lindo y regalado,
A cuio puesto yua enderezando,
El pobre General qual gruessa naue,
Que sin ningun registro va sulcando,
El poderoso y largo mar tendido,
No de otra suerte asi se fue lançando,
Al ancho campo por camino incierto,
Hasta llegar al puesto donde luego,
Aguardando los Padres fue assentando,
La fuerça del exercito en sus tiendas,
Y estando algunos dias aguardando,
Llegò toda la escolta con la Iglesia,
Vna jornada larga de aquel sitio,
Y dando auiso luego que venia,
Fray Alonso Martinez Religioso,
De singular virtud y nobles prendas,
Por cabeça y patron de aquella naue,
Cuia graue persona acompañauan,
El Padre Fray Francisco de Zamora,
El Padre Rozas, san Miguel, y Claros,

El Padre Lugo, y Fray Andres Corchado,
Y aquellos dos venditos Padres legos,
Fray Pedro de Vergara, con el Padre,
Fray Iuan, y tres hermanos que truxeron
Martin, Francisco, y Iuan de Dios el bueno
Pues luego que don Iuan la nueua supo,
Dos Capitanes despachò à darles,
Con vna noble esquadra de guerreros,
El bien venido á todos con palabras,
De gran comedimiento, y buen respecto,
Y tras dellos se fue con todo el campo,
En formado esquadron, y sin tardança,
Assi como los vido seys hileras,
Mandò se adelantasen de banguardia,
Con segundo recado cortesano,
Y auiendo el Comissario de su parte,
Despachado á dos nobles Religiosos,
Para que de la suya visitasen,
A nuestro General, aquesto hecho,
Los dos illustres braços poderosos,
A mas andar se fueron acercando,
Y escupiendo las llaues viuo fuego,
Vna gran salua todos le hizieron,
Y auiendose abraçado y recebido,

Con

Con terminos discretos y razones,
Muy graues y pesadas reboluieron,
Y luego que al exercito llegaron,
Segunda salua todos le hizieron,
Y en vna ancha enrramada se apearon,
Donde estauan las mesas preuenidas,
Y alli los Capitanes y oficiales,
Con ellos todos juntos se assentaron,
Y vna grande comida les siruieron,
Con muy cortes criança regalada,
Despues de todo aquesto por sus tiendas,
Fueron los Religiosos recogidos,
En este medio tiempo auia salido,
El Sargento mayor á toda priessa,
Con tres Pilotos grandes que dezian,
Ser en aquella tierra bien cursados,
Por solo descubrir las turbias aguas,
Del caudaloso Rio que del Norte,
Deciende manso, y tanto se embrabeze,
Que tambien Rio brauo le llamamos,
Saliendo pues las guias descubrieron,
De san Martin los llanos mas tendidos,
Y alli desatinaron de manera,
Que como caçadores que disparan,

Otra ſegunda jara deſde el pueſto,
Para poder tomar mejor la via,
De la primer ſaeta que perdieron,
Aſsi determinaron de boluerſe,
Al pueſto de los llanos, y otro rumbo,
Seguir muy diferente que el primero,
Mas qual veloz cometa cuio curſo,
No vemos que jamas atras rebuelue,
Aſsi determinado en ſu diſtino,
Diſguſtoſo el Sargento nunca quiſo,
Que atras paſſo ſe dieſſe, ni penſaſe,
Y que para adelante por la parte,
Que mas guſto les dieſſe caminaſen,
En cuio penſamiento fue reſuelto,
Por la gran preſuncion que auiã moſtrado,
Aqueſtos tres Pilotos confiados,
En ſu propria virtud y vana ciencia,
Y aſsi fueron corriendo grandes tierras,
Mas como ciegos, que à los ciegos guian,
Que todos ſe embarrancan y ſe pierden,
Aſsi perdidos todos zozobrados,
Acudiendo à la tabla y al madero,
Que mas a mano pudo ſer topaſen,
Aſsi buſcaron luego algunos Indios,

Que fuessen de la tierra naturales,
Y viendo vn grande humo lebantado,
Las riendas reboluieron con presteza,
Marzelo de Espinosa, y Iuan Piñero,
Villabiciosa, Olague, y assi juntos,
Como astutos caudillos de pillage,
Redoblando con fuerça el azicate,
Dieron con quatro baruaros que andauan,
A caso en el desierto monteando,
Pensando de cazar, y fueron pressos,
Y como al elefante, y vnicornio,
Despues de pressos suelen regalarlos,
Assi con blandas muestras y señales,
A todos les mostraron noble pecho,
De noble coraçon cenzillo y llano,
Y solo les pidieron los lleuasen,
A las aguas del Norte con promesa,
Que assi como las viessen les darian,
A todos libertad, sin que quebrasen,
La fuerça de palabra que en empeño,
A todos ofrecieron y empeñaron,
Y porque el Sol tres dias naturales,
Auia dado buelta al alto Cielo,
Y gota de agua nadie auia bebido,

Llegò Manuel, Francisco, con Munuera,
i uan de Leon, Rodriguez, y Bustillo,
Y Pablo de Aguilar con buenas nueuas,
De vna apazible fuente descubierta,
Y juntos todos ya con el Sargento,
Que en busca de agua y gente diuididos,
Andauan por el campo derramados,
Para la fuente juntos embistieron,
Y puestos en el agua como pezes,
Assi se abalançaron sin sentido,
Valiendose mas della que del ayre,
Satisfechos pues todos otro dia,
Mandó el Sargento que lós tres pilotos,
Con algunos amigos se boluiessen,
Y por cumplir el orden que tenia,
Del noble General mandó callasen,
Y cosa de trabajos no dixessen,
A nadie del Real, mas que contasen,
Alegres nueuas todos publicando,
Dexauan buen camino descubierto,
De buenos pastos, aguas, y buen monte,
Y que si alguno fuesse preguntado,
Que á que se detenia, o porque causa,
Dixessen que por descubrir mas tierra,

De aquella que dexauan descubierta,
Y esto determinò porque faltauan,
De todo punto ya los bastimentos,
Bueltos pues los amigos con las nueuas,
El Sargento mayor con sus soldados,
Rompiendo por cien mil dificultades,
De hambre, sed, cansancio, y de disgustos,
Encuentros, y refriegas que tuuieron,
Guiados de los baruaros llegaron,
Por grandes riscos, sierras, y quebradas,
Al Rio que buscauan, y alli juntos,
Mataron vn cauallo, y le comieron,
Con esto dieron buelta, y despidieron,
Aquellos quatro baruaros amigos,
Dandoles de la ropa que lleuauan,
Y el General temiendo su gran falta,
Mandò que el Capitan Landin saliesse,
Y algun socorro luego le lleuase,
Tambien quiso que yo con el me fuesse,
Y assi juntos los dos con seys soldados,
Salimos en su busca, y le encontramos,
Al cabo de diez dias ya cumplidos,
El alma entre los dientes animando,
El, y toda su esquadra á Iuan Rodriguez,

Que en vn flaco cauallo atrauesado,
De hambre ya rendido le traian,
Esperando su muerte, y que acabase,
En cuio puesto todos socorridos,
Dexandonos alli nos encargaron,
Que vn gran trecho fuessemos corriendo,
Por las faldas de vn cerro prolongado,
Y viessemos si el campo todo junto,
Por el romper pudiesse algunas leguas,
Con esto todos luego prosiguieron,
A dar razon y cuenta del sucesso,
A solo el General, y con contento,
A todos los del campo consolaron,
Con nueuas muy alegres de la tierra,
Y entre tanto nosotros descubrimos,
Vn buen pedazo de camino llano,
De buenos pastos, y aguas regaladas,
Aqui se le ofrecio hazer despacho,
A la Ciudad de Mexico nombrada,
A nuestro General, y confiado,
Del Capitan Landin mandò boluiesse,
Y vn pliego con presteza le lleuase,
Hecho pues el despacho luego fuimos,
Marchando con el campo muy gustosos.

Hasta llegar al agua que llamaron,
Del santo Sacramento, cuio nombre,
Los Padres Religiosos le pusieron,
Porque alli junto della celebraron,
El Iueues Santo, de la santa Cena,
Por cuia santa noche, y santo dia,
Mandò el Gouernador que se hiziesse,
De poderosos arboles y troncos,
Vna grande capilla muy y bien hecha,
Toda con sus doseles bien colgada,
Y enmedio della vn triste Monumento,
Donde la vida vniuersal del mundo,
En el se sepultase y encerrase,
Con mucha escolta, y guarda de soldados,
Y siendo el General alli de prima,
Los Religiosos todos de rodillas,
La noche toda entera alli belaron,
Vbo de penitentes muy contritos,
Vna sangrienta y grande deziplina,
Pidiendo á Dios con lagrimas y ruegos,
Que como su grandeza abrio camino,
Por medio de las aguas, y apie enjuto,
Los hijos de Israel salieron libres,
Que asi nos libertase, y diesse senda,

Por

Por aquellos tristißimos desiertos,
Y paramos incultos desabridos,
Porque con bien la Iglesia se lleuase,
Hasta la nueua Mexico remota,
De bien tan importante y saludable,
Pues no menos por ellos fue vertida,
Aquella santa noche dolorosa,
Su muy preciosa sangre que por todos,
Aquellos que la alcançan, y la gozan,
Y porque su bondad no se escusase,
A grandes vozes por el campo à solas,
Descalças las mugeres y los niños,
Misericordia todos le pedian,
Y los soldados juntos á dos puños,
Abriendose por vno y otro lado,
Con crueles azotes las espaldas,
Socorro con gran priessa le pedian,
Y los humildes hijos de Francisco,
Cubiertos de zilicios y deuotos,
Instauan con clamores y plegarias,
Porque Dios los oyesse y aiudase,
Y el General en vn lugar secreto,
Que quiso que yo solo le supiesse,
Hincado de rodillas fue vertiendo,

Dos fuentes de ſus ojos, y tras dellas,
Raſgando ſus eſpaldas derramaua,
Vn mar de roja ſangre ſuplicando,
A ſu gran mageſtad que ſe dolieſſe,
De todo aqueſte campo que á ſu cargo,
Eſtaua todo pueſto y aſſentado,
Tambien ſus dos ſobrinos en ſus pueſtos,
Pedazos con azotes ſe hazian,
Haſta q̃ entrò la luz, y fue alumbrando,
Al noble General en el oficio,
Que deuia hazer porque acertaſe,
Y aſsi aduirtio que pues pilotos dieſtros,
En mar, y en tierra, no eran de importãcia,
Para el camino que la Igleſia ſanta,
Auia de lleuar por el deſierto,
Que aqueſta cauſa luego ſe encargaſe,
A gentes de ignorancia, porque à vezes,
Suele ſu gran bageza auentajarſe,
A los que ſon mas ſabios y diſcretos,
Y por notar mejor ſeñor aquellos,
Que coſa tan peſada les encargan,
Quiero con atencion aqui pararme,
Que no tendria á mucho que yo fueſſe,
Por ſer tan grande idiota ſeñalado,
Y en

Y en cosas de ignorancia bien prouado,

CANTO DOZE.

COMO SALIO SEGVNDA VEZ el Sargento, á explorar el Rio del Norte, con solos ocho compañeros: y de los trabajos que sufrieron, hasta dar en vna Rancheria de Baruaros, y lo que sucedio con ellos.


VIEN jamas gran señor imaginara,
Ser tan illustres, y altos los quilates,
De la simple ignorancia que por ella,
Vbiesse de dezir aquel gallardo,
Pelicano sagrado, cuio pecho,
Tan mal herido y lastimado vemos,
Del mazizo guijarro lebantado,
Del penitente braço que rebuelue,

Para mas bien ſubirla y encumbrarla,
Sobre las graues letras memorables,
De aquellos mas famoſas que paſſaron,
Diziendo deſta ſuerte contra todos,
O ignorancia ſanta cuia alteza,
Es de tan gran valor, y tanta eſtima,
Que baſta para aſſegurar al hombre,
Nacido para miſeros trabajos,
Seguro y dulze puerto perdurable,
Dentro de aquella bienauenturança,
Donde toda limpieça ſe ateſora,
Nunca por las eſcuelas Atenienſes,
Alcançò el gran Platon ſu gran grandeza,
Ariſtoteles menos ſupo della,
Iamas le dio Anaxogoras alcançe,
Ni todos los demas mundanos ſabios,
Ni en la Academia Griega, ni Romana,
Nunca jamas ſupieron ni alcançaron,
El valor de ſu gran merecimiento,
Y paſſando adelante va diziendo,
Y yo tambien Geronimo abatido,
Que ſiempre fui imitando à todos eſtos,
Se que tambien ſe me paſſò por alto,
Antes que por mi grande bien me dieran,

Los ſagrados azotes que me dieron,
O ſoberano ſanto, y ſanto pecho,
Y como eſta doctrina nos enſeña,
Aquello que por viſta de ojos vimos,
Auiendo pues excelſo Rey ſalido,
A ſolo deſcubrir eſte camino,
De tierra y mar deſtriſsimos pilotos,
Tan llenos de altibez, y de arrogancia,
Que ſin ellos jamas imaginaron,
Que vn ſolo paſſo el campo ſe mouieſſe,
Y aſsi como ſus vanos penſamientos,
Como de vanos, vanos les ſalieron,
Acordò el General ſe ſeñalaſen,
Ocho ſoldados, y que ſolo fueſſen,
En armas y trabajos bien ſufridos,
Que aqueſto es lo que vale quando falta,
Quien nos induſtrie, enſeñe, y nos adieſtre,
En las coſas que todos ignoramos,
Para eſte efecto fueron eſcogidos,
El prouehedor, y Sebaſtian Rodriguez,
Dioniſio de Bañuelos, y Robledo,
Franciſco Sanchez, y Chriſtoual Sanchez,
Carabajal, y yo tambien con ellos,
Para ſolo inchir ſin que ygualaſe,

Mi pequeño caudal á ſu alto esfuerço,
Tan ignorantes todos en alturas,
Rumbos, Eſtrellas, vientos, medios viẽtos,
Que deſpues de encerrado el Sol ſoſpecho
Que no yua alli ninguno que dixeſſe,
Afirmatiuamente ſin herrarſe,
Aqui es Oriente, y veis alli á Occidente,
Mas para eſto ſon buenos los trabajos,
Que en ellos es neceſsidad maeſtra,
Eſta haze á los hombres auiſados,
Sabios, prudentes, praticos, y dieſtros,
En todas ciencias, y artes liberales,
Sacadas de experiencia, que es la madre,
Y fuente principal de donde nacen.
Aſsi que cada qual con ſu corteza,
Aſpera, toſca, bronca, mal labrada,
Rindió la voluntad, y fue cumpliendo,
Lo que ſu General alli ordenaua,
Y como ciegos que por ſolo el tiento,
Aquello que pretenden van tentando,
Sujetos à herrar, y dar de ojos,
Aſsi ſujetos, ciegos emprendimos,
La dificil carrera peligroſa,
Lleuando al gran Sargento por caudillo,

Que fue la maior fuerça que nos dieron,
Pues yendo asi marchando muchos dias,
Por escabrosos paramos tendidos,
Temerarios trabajos padeciendo,
La dificil impressa proseguimos,
A gran fuerça de braços quebrantados,
Hasta que vbimos ya de todo punto,
Todos los bastimentos acabado,
Y asi fue pura fuerça vernos todos,
Por muy grã hãbre, y sed, en grãde aprieto
Mas con aquel esfuerço que combino,
Al inmenso trabajo rigurosó,
Pusimos firme y animoso pecho,
Y rompiendo por cuestas pedregosas,
Y medanos de arena lebantados,
Despues que por tres dias no comimos,
Y agua por pensamiento no gustamos,
Llegada ya la hora del reposo,
Y el sueño amodorrido que al sentido,
Sin ser sentido va el sentir priuando,
Cansados y afligidos arribamos,
A descubrir gran suma de faroles,
Que bien dozientos ranchos calentauan,
Luego â gran priessa fuimos recogiendo,
Los

Los sedientos cauallos disgustosos,
Porqee de la fogosa sed vencidos,
Allá no se nos fuessen desmandados,
Repartiose la vela con auiso,
Para que alerta todos estuuiessen,
Y con esto determinò el Sargento,
Que en su lugar el prouehedor quedase,
En el inter que solos los dos juntos,
Yuamos á espiar aquellos ranchos,
Por ver que cantidad de gente fuesse,
Que fuerça, y en que sitio se aluergase,
Y saliendo no mas que á aqueste efecto,
Por no errar la buelta y derezera,
Qual aquel que en el brauo labirintho,
La fuerça del gran monstruo acometiendo
Fue la entrada y salida, assegurando,
Asi nosotros por entrar seguros,
Y por assegurar tambien la buelta,
Marçamos vna Estrella derribada
Al pie del Orizonte bien opuesta,
A los baruaros ranchos donde fuimos,
Y Estando que estuuimos agachados,
Tan cerca dellos, que muy bien los vimos,
A nosotros vinieron embistiendo,

Cosa de siete Alarabes furiosos,
Y con las mismas pieles que cubrian,
Sobre nosotros fueron descargando,
Apriessa grandes golpes, y asi juntos,
Prestos, ligeros, fueron discurriendo,
Todos con gran tropel amontonados,
Dexandonos alli sin mas tocarnos,
Nunca espantò jamas pantasma braua,
Al que de verla estuuo mas seguro,
Dexandole suspenso y sin sentido,
Estremecido, y todo en si temblando,
Como los dos sufrimos aquel rato,
Y luego que algun tanto nos cobramos,
Venimos à entender segun supimos,
Por señas y ademanes que nos hizo,
Vno de aquestos baruaros que digo,
Quando despues con ellos nos hallamos,
Que viniendo de caza con contento,
Aquellos siete Alarabes nos vieron,
Y que entendiendo que heramos amigos,
Compañeros tambien, y sus vezinos,
Quisieron todos juntos espantarnos,
Y para que otra vez no se burlasen,
Ni nosotros con ellos si boluiessen,
Qui

Qual ſuelen los pilotos gouernarſe,
Por la Eſtrella del Norte lebantado,
Para lleuar ſus naues a buen puerto,
Aſsi tomamos luego nueſtra guia,
Y preſto a los amigos nos boluimos,
Y dandoles razon de nueſtro caſo,
Tambien les aduertimos y diximos,
Que auia doziētos hōbres de arco y flecha
Y todos combatientes ſin la chuſma,
Que entendimos ſer numero crecido,
Gran confuſion nos puſo aqueſta cauſa,
Y aſsi dando y tomando en ella todos,
Viendo quan mal parada toda eſtaua,
Y que era fuerça perecer de hambre,
Y que con la gran ſed que deſcargaua,
Tres cauallos aquella miſma noche,
Se nos caieron muertos traſijados,
Qual aquel prudentiſsimo Saxonio,
Que al brauo Emperador vencio a ſu ſaluo
Con ſolo que le dio a entender venia,
Con gran fuerça de gente belicoſa,
Sobre todo ſu campo deſcuidado,
Aſsi determinó que fueſſe el hecho,
Dando orden q̃ al romper del Alua alegre,
El

El bagaje ſobre ellos embiſtieſſe,
Y que al aire los preſtos arcabuzes,
Las eſpantoſas balas eſcupieſſen,
Lebantando rumor y grande eſtruendo,
De muchas vozes, gritos, y alaridos,
Porque dandoles à entender con eſto,
Que pujança de gente deſcargaua,
Seria poſsible que à vna todos juntos,
Vencidos del gran ſueño, y del eſpanto,
A campo abierto, preſtos, y ligeros,
Deſocupando todos ſus aluergues,
Con preſuroſa fuga ſe eſcapaſen,
Y que ſi bien del hecho ſe ſalieſſe,
Que luego el prouehedor con el Sargento
Y Sebaſtian Rodriguez con Bañuelos,
Como Eſpañoles brauos que ſe arrojan,
Por la famoſa tierra Berberiſca,
A cautibar los Moros deſmandados,
Que aſsi de los cauallos ſe apeaſen,
A prender la mas gente que pudieſſen,
Y en el inter los otros diſcurriendo,
Por los pagizos ranchos deſpoblados,
Fueſſen quebrando y deſtrozando aprieſa,
Los arcos, y las flechas que pudieſſen,

Y que esto fuesse sin que cosa alguna,
Por pensamiento alli se les dexase,
Por si a nosotros reboluer quisiessen,
Armas de todo punto les faltasen,
Pues sin que en esto cosa se excediesse,
Yua la noche humeda huiendo,
Y a mas andar el Sol venia largando,
Las riendas a su carro, y presurosos,
Los candidos cauallos sacudian,
Las lebantadas clines, y assomauan,
Por el valcon dorado su luz bella,
Quando de todo punto fue boluiendo,
La gente Castellana retronando,
Los lebantados Cielos de manera,
Que los cauallos flacos destroncados,
Huiendo del rumor se diuidieron,
Rompiendo por los Ranchos tan furiosos,
Que sola su braueza fue bastante,
Para que todos juntos arrancasen,
Y como sueltas liebres se acogiessen,
Dexando los asientos despoblados,
Con esto los soldados valerosos,
Nueuo furor al punto acrecentaron,
Y assi como rabiosos lobos todos,

Quan-

Quando con hambre turban los ganados,
Y en torno de las redes codiciosos,
Los perros y pastores despreciando,
Por la majada juntos se abalançan,
Y en son confusso todos arremeten,
Afsi enuistiendo todos denodados,
Cargaron los que estauan escogidos,
Para prender la gente mal guardada,
Y á las bueltas andando con algunos,
Afsi qual fuertes Aguilas Reales,
Las fuertes garras prestos ocuparon,
El Sargento dos baruaros gallardos,
Qual bramadero tuuo bien afsidos,
Bañuelos otros dos tuuo aferrados,
Rodriguez ygualò tambien la parte,
Y afsi como en turbion horrendo,
El Zefiro, y el Noto se acometen,
Y en poderosa lucha se combaten,
Barriendo y arrastrando todo aquello,
Que su violencia braua, y fuerça alcança,
Afsi vn valiente baruaro se vino,
A solo el prouehedor desatinado,
Y el los valientes miembros recogiendo,
Los dientes y los puños apretando,

Sin frenar paſſo le embiſtio ligero,
Y como vn par de naues aferradas,
Aſsi aferrò el vno con el otro,
Con apretados ñudos bien ceñidos,
Fuertes lazos, y brauas ataduras,
Y en los valientes pechos ſe afirmaron,
Y qual ſi dos zeloſos toros fueran,
Gimiendo y azezando por buen rato,
Las poderoſas fuerças ſe tentauan,
Y ſacudiendo cada qual los tercios,
En bolteado torno al deſcubierto,
Con vno y otro buelo lebantado,
Rendir el vnò al otro pretendia,
Cuia violencia braua reſiſtiendo,
En las ligeras plantas que afirmauan,
Mas firmes que caſtillos ſe quedauan,
Y viendo el poco jugo que ſacaua,
El baruaro el derecho pie ligero,
Sobre el cõtrario hizquierdo fue cargando
Con vn grande gemido poderoſo,
Mas por eſtar los dos tan bien ceñidos,
Haziendoſe crugir los duros gueſſos,
Rollizos nieruos, cuerdas y coſtados,
Qual ſi fueran dos muros poderoſos,
Aſsi

Afsi parados juntos fe quedaron,
Pues boluiendo fegunda vez al torno,
El Efpañol vn buelo arrebatado,
Al baruaro le dio con tanto aliento,
Que lleuandole todo lebantado,
En tierra dio con el por medio muerto,
En el inter nofotros andubimos,
Quebrando y deftrozãdo á grãde prieffa,
Los mas arcos y flechas que topamos,
Y el Sargento mayor eftando en efto,
Con blandas mueftras, y caricias nobles,
Ternezas y regalos amorofos,
Agafajo la preffa en quanto pudo,
Dandoles á entender que no venia,
A darles pefadumbre, ni á enojarlos,
Y que fu caufa folo fe eftendia,
A que dos, o tres dellos nos lleuafen,
Al Rio que bufcauamos del Norte,
Y afsi por efta caufa les pedia,
Que tuuieffen por bien de concertarfe,
De manera que algunos dellos fueffen,
Y aquellos que efcogieffen fe quedafen,
Y aduirtiendo quan mal fe conuenian,
Y que todos quifieron efcufarfe,

Por quitarles de duda y de ſoſpecha,
Y parecerle aqueſte buen camino,
Vſo de poteſtad en concertarlos,
Y aſsi ſin dilatar aqueſta cauſa,
Cargandolos de cuentas y abalorios,
A los cinco ſolto con grandes mueſtras,
De amiſtad llana, buena, y muy cinçera,
Sin ninguna encubierta, y trato doble,
Y con las miſmas mueſtras agradables,
A los dos prometio que en viendo el agua,
Dos hermoſos cauallos les daria,
En que ambos á dos juntos ſe boluieſſen,
Los cinco con contento ſe partieron,
Los dos bien afligidos ſe quedaron,
Y como aquellos que forçados lleuan,
Manſos de todo punto ya rendidos,
A la fuerça del remo riguroſo,
Y encendida braueza de crugia,
Aſsi manſos, forçados los lleuamos,
Y de los baſtimentos que dexaron,
De venados, tejones, y conejos,
Hieruas, rapoſos, liebres, y raizes,
Nueſtra inſaziable hambre ſocorrimos,
Preuiniendo tambien para adelante,

Lo mejor que pudimos preuenirnos,
Y con esto nos fuimos à el aguage,
Que buena media legua retirado,
Estaua de los Ranchos descuidados,
Y sabe gran señor el alto Cielo,
Que aunque senti muy bien, y siento agora
Lo que por vista de ojos vi aquel dia,
Que me faltan palabras y razones,
Para darme á entender en esta historia,
No mas que seys pozuelos se mostrauan,
Sobre la superfecie de la tierra,
Como rodelas todos, y de hondo,
Vna quarta el que mas hondable estaua,
Cubiertos todos de agua, y acabada,
Era fuerça aguardar á que inchesen,
Y llenos por quedar el agua en peso,
Para ninguna parte derramauan,
Y no podian hazerse mas hondables,
Porque era casi peña aquel assiento,
Vno se reseruo para nosotros,
Y puesto encima del el gran Sargento,
No podimos con el que se rindiesse,
Al sabroso licor que le aguardaua,
Para matar el fuego poderoso,

Que en general á todos consumia,
Respecto de que quiso que primero,
Todos su grande sed satisfiziessen,
En este inter llegó la cauallada,
Y luego que reconocio el aguage,
Todos juntos no fuimos poderosos,
Para que vn solo passo atras boluiesse,
Y viendo que acabauan toda el agua,
Rompiendo por los pies de los cauallos,
Dexandose pisar de todos ellos,
Dos compañeros nuestros se arrojaron,
Vencidos de la sed que los mataua,
Y alli sus mismos rostros apretados,
Con los muchos hozios que cargauan,
Secos los pozos, y ellos tambien secos,
Casi muertos, tendidos se quedaron,
Visto esto, todos fuimos ayudarlos,
Y al fin juntos alli los socorrimos,
Bien peligrosos de perder las vidas,
Solo de la terrible sed rendidos,
Y fuerça de cauallos quebrantados,
Alabente los Angeles Dios mio,
Que assi abates al hombre que lebantas,
Sobre las altas obras de tus manos,

Dexó

Dexò el alma y ſu belleza en vanda,
Es poſsible ſeñor que no le baſta,
Al eſtremado vaſſo que hiziſte,
Ser vice Dios illuſtre aca en la tierra,
Imagen de tu miſma ſemejança,
Para dexar de eſtar ſiempre ſugeto,
Al miſero ſuſtento de que viue,
Y fuera deſta triſte deſuentura,
Como ſeñor ſe ſufre y ſe permite,
Que auiendo de ſer eſto que los brutos,
Prefieran à tu Imagen de manera,
Que no ſe ſienta coſa en eſta vida,
Que en todo no prefieran con ventaja,
Comer, beber, veſtir, calçar, contento,
Que es lo que mas los hõbres procuramos,
Qual bruto en todo aqueſto no prefiere,
Eſtos ſecretos yo no los alcanço,
Y aſsi muy triſte mi alma te procura,
Y tanto mas ſe abraſa, y te deſſea,
Quanto eſtá en tus ſecretos lebantados,
Mas ignorante, torpe, y mas confuſſa,
Y aſsi qual torpe quiero ya boluerme,
A los cauallos torpes fatigados,
Que de la grande ſed todos vencidos,

Sobre las fuentes juntos ſe quedaron,
Y de alli no pudimos retirarlos,
Haſta que llenos todos los hijares,
Como hinchados odres auentados,
Poco á poco ſe fueron eſparciendo,
Y dando de beber a los ſedientos,
Dos compañeros triſtes laſtimados,
Luego fuimos noſotros, y qual ellos,
El inſaçiable vientre contentamos,
Y luego que eſtuuimos ſatisfechos,
Y ninguno quedò que no beuieſſe,
Vino el Sargento, y cerca de la fuente,
Llegò, y haziendo vaſſo del ſombrero,
Alli ſu mortal ſed quedò vencida,
Y con eſto ſalimos a lo llano,
Por ſi acaſo los Indios reboluieſſen,
Pudieſſemos con verlos ſer ſeñores,
De aprouecharnos bien de los cauallos,
Alli a los priſioneros regalamos,
Dandoles de amiſtad patentes mueſtras,
Y de la poca ropa que tuuimos,
A entrambos los veſtimos porque fueſſen,
Mas ſin ſoſpecha, y menos rezeloſos,
En cuio pueſto les pidio el Sargento,
Dixeſ-

Dixessen a que vanda, o a que parte,
Derramauan las aguas de aquel Rio,
Cuia fuente hazia el Norte rebentaua,
Y vno dellos que Milco se dezia,
Sobre aquesta pregunta referida,
Hablaua tantas cosas que con ellas,
Mas confusion a todos nos ponia,
Por cuia causa el otro en pie se puso,
Que Mompil dixo a todos se llamaua,
Y era el que el prouehedor auia prendido,
Y barriendo del suelo cierta parte,
Que toda a caso deseruada estaua,
Desemboluiendo el braço poderoso,
Tomó la punta de vna larga flecha,
Y assi como si bien cursado fuera,
En nuestra mathematica mas cierta,
Casi que quiso a todos figurarnos,
La linea, y el Zodiaco, y los signos,
En largo cada qual de treinta grados,
Los dos remotos Polos milagrosos,
El Artico y Antartico cumplidos,
Los poderosos circulos, y el exe,
Y assi como cosmografo excelente,
Respecto al Cielo quiso dibujarnos,

Algu-

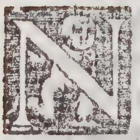
Algunas partes de la baja tierra,
Puſo del Sur, y Norte las dos mares,
Con Islas, fuentes, montes, y lagunas,
Y otros aſsientos, pueſtos, y eſtalages,
Pintonos la circunuezina tierra,
Y el aſsiento del caudaloſo Rio,
Por quien tantos trabajos ſe ſufrieron,
Y todos los aguages y jornadas,
Que era fuerça tener en el camino,
Para auer de beber ſus turbias aguas,
Pintonos vna boca muy eſtrecha,
Por la qual era fuerça ſe paſſaſe,
Y fuera della no nos dio vereda,
Que por ella pudieſſe ſer poſsible,
Que ſalieſſe el exercito marchando,
Por ſer aquella tierra en ſi fragoſa,
Y muy pobre de aguage en todas partes,
Alli pintò tambien las poblaciones,
De nueſtra nueua Mexico, y ſus tierras,
Poniendo y dandoſe â entender en todo,
Como ſi muy ſagaz piloto fuera,
No ſe mouio peſtaña, porque juntos,
Todos oyendo al baruaro gallardo,
De gran contento y gozo no cabian,

Y por la mucha parte que me cupo,
Será bien que celebre la grandeza,
De la mas alta baruara gallarda,
De pecho y coraçon el mas rendido,
Que en barbara nacion se à conocido,

CAN-

CANTO TREZE.

COMO LLEGO POLCA EN BVSca de Milco ſu marido, y dexandola en priſion, ſe fue huiendo: y de la fuga que hizo Mompil, y de la liberalidad que el Sargento tuuo con la barbara cautiua.



NO SE á viſto jamas coſa perfecta,
Pueſta en ſu miſmo punto y acabada,
Que amor no ſea el autor de ſu grandeza,
Porq̃ el es quiẽ la illuſtra, y quiẽ la eſmalta,
Labra, dibuja, pinta, y endereza,
Sin el todo quebranta y da diſguſto,
Todo enfada, atormenta, y aborrece,
Y á todo fin el vemos dar de mano,
Con el todo ſe encumbra y ſe lebanta,
Todo ſe emprende, todo ſe acomete,

Todo ſe vence, rinde, y abaſſalla,
Y en fin el es criſol en cuio vaſſo,
Todo ſe afina, ſube, y ſe quilata,
Deſto aqui ſe nos mueſtra vn buẽ dechado
Cuia labor es digna que ſe eſcriua,
Si ya la toſca pluma no deſdora,
Aquella viua Imagen que retrata,
Eſtando pues con Mompil platicando,
Y tomando razon de ſu dibujo,
Vimos todos venir à nueſtro pueſto,
Vna furioſa baruara gallarda,
Frenètica de amor, de amores preſſa,
Vnas vezes aprieſſa caminando,
Otras corriendo, á vezes reparada,
Aderezaua bien lo que traia,
Que era vn hermoſo niño, lindo, y bello,
Que á la triſte chupando le venia,
La dulze fertil teta, ſin cuidado,
De aquello que à la pobre laſtimaua,
Con vn corbo caiado pueſto al hombro,
Y del cuento colgando a las eſpaldas,
Vn gracioſo zurron en que traia,
Vna pequeña y tierna zeruatica,
Con dos buenos conejos, y vna liebre,

Todo à ſu modo bien adereçado,
Viendo pues el Sargento ſu donaire,
La gracia y deſenfado que traia,
A todos mandó darle franca entrada,
Por ſer muger cuya belleza illuſtre,
A toda corteſia combidaua,
Y con razon el termino ſe tuuo,
Porque aunq̃ es verdad clara y manifieſta,
Que es priuilegio breue la hermoſura,
Engaño y flor, que preſto ſe marchita,
Al fin el corto tiempo que ella dura,
Ella es, la que es, mas digna de eſtimarſe,
Y à quien mayor reſpecto ſe le deue,
Y aunque Alarabe y baruara en el traje,
En ſu ademan gallardo corteſana,
Sagaz, diſcreta, noble, y auiſada,
Que mas que aqueſto puede amor ſi rõpẽ,
Del mas bruto animal la vil corteza,
Que alli produze amor tambiẽ grandezas,
Tanto mas dignas todas de notarſe,
Quanto muy dignas eſtas de eſcriuirſe,
Y aſsi furioſa, y fuera de ſentido,
Inflamada del lento y dulze fuego,
En que toda ſe eſtaua conſumiendo,
Llegó

Llegó qual fiel y dieſtra cachorrilla,
Quando deſpues de qual q̃ larga auſencia,
A caſo topa, y da con el montero,
Que ligera, amigable, y alagueña,
Manſamente gimiendo y agachada,
Para el ſe va la triſte condolida,
De la enfadoſa auſencia diſguſtoſa,
Aſsi la pobre baruara ſe vino,
Para el cautiuo baruaro afligida,
Triſte, alegre, lloroſa, mal contenta,
Y deſpues que le dio grandes abraços,
Tiernamente apretados y ceñidos,
Notando que no eſtauan bien ſentados,
Para que lo eſtuuieſſen fue arrancando,
Gran cantidad de hierua con que hizo,
Dos gracioſos aſsientos que les puſo,
Deſpues abrio el zurron y de la caça,
Limpiandoles los roſtros con vn paño,
Al vno dellos ſiempre prefiriendo,
Con amoroſo roſtro vergonçoſo,
A los dos les rogaua que comieſſen,
Y boluiendo à noſotros encogida,
Toda turbada, triſte, y congojoſa,
Alegrando ſu roſtro quanto pudo,

A todos combidó con buena gracia,
Y como de amor toda se encendia,
Luego que nos mostrò su rostro alegre,
Arrasados los ojos dio á entendernos,
Que Milco, que cautiuo le traian,
Era su esposo, alma, vida, y padre,
Del inocente niño que à sus pechos,
Qual verdadera madre alimentaua,
Y alli con blandas muestras nos pedia,
Que piedad de aquel niño se tuuiesse,
Y que al padre no diessemos la muerte,
Pues guerfanos los dos sin el quedauan,
Ofreciendo con veras de su parte,
Que á doquiera que fuessemos yria,
Siruiendonos á todos como esclaua,
Con que la vida sola se otorgase,
A aquel por quien la triste intercedia,
Y quando esto la pobre nos rogaua,
Vn viuo fuego en ella conozimos,
Vna agradable llaga no entendida,
Vn sabroso veneno riguroso,
Vna amargura dulze desabrida,
Vn alegre tormento quebrantado,
Vna feroz herida penetrante,

Gustosa de sufrir, aunque incurable,
Y vna muy blanda muerte sin remedio,
A la qual dio á entendernos se ofrecia,
Con alma y coraçon, con que dexasen,
A Milco con la vida, pues sin ella,
Era fuerça la suya se acabase,
Y qual Triaria de Vitelio esposa,
Que rompiendo la femenil flaqueza,
Por medio de las armas belicosas,
Con quien su caro esposo combatia,
Su persona arrojò con tanto esfuerço,
Quanto su misma historia nos enseña,
Assi la pobre baruara mostraua,
Serle muy facil cosa el atreuerse,
A perder cien mil vidas que tuuiera,
Por solo libertar à su marido,
Demas desto notamos en la triste,
Cien mil grandes opuestos y contrarios,
Los vnos bien distintos de los otros,
Lagrimas con gran sobra de contento,
Tristeza, y gran extremo de alegria,
Sudando de cansancio, y muy ligera,
Temor y atreuimiento nunca visto,
Y al fin pressa de amor, de amor vencida,

Y como es natural de pechos nobles,
Dar vado, y no afligir al afligido,
Al mismo punto procurò el Sargento,
De consolar y dar algun alibio,
A su mortal congoja, y ansia fiera,
Con manifiestas muestras y señales,
De dar luego remedio á su tristeza,
Poniendo en libertad à su marido,
Y como la esperança siempre alienta,
Al misero temor y le sustiene,
Porque rabioso no se desespere,
Polca, que assi a la baruara llamauan,
Faborecida toda de esperança,
Assi como con gracia, y son suabe,
Remedan a las lluuias regaladas,
Las hojas de los alamos mouidas,
De vn fresquezito viento manso amable,
No de otra suerte aquesta hembra bella,
Mouida del fabor del gran Sargento,
Con gran contento quiso assegurarse,
Y para que los duelos menos fuessen,
Comer hizo a los pobres prisioneros,
Regalando a su Milco quanto pudo,
Y luego que los tuuo sossegados,

Despues

Despues de auer gran rato platicado,
Determinaron que ella se quedase,
Y que por dos amigos Milco fuesse,
Y assi como nosotros entendimos,
La llaneza y buen gusto que tuuieron,
Luego en el mismo punto fue largado,
El oprimido baruaro afligido,
Cuia gran prenda alli se nos quedaua,
Con todo el gusto que dessearse pudo,
Y qual feroz cauallo bien pensado,
Que rota del pesebre la cadena,
Furioso escapa, y sale del establo,
Vna y otra corrida arremetiendo,
Parando y reboluiendo poderoso,
Bufando y relinchando con brabeza,
La cola y clin al viento tremolando,
El recogido cuello sacudiendo,
Feroz, gallardo, brauo, y animoso,
Los quatro pies ligeros lebantando,
No de otra suerte Milco muy ligero,
Furioso salio casi sin sentido,
Hasta subir la cumbre lebantada,
De vn poderoso cerro peñascoso,
Por cuia falda á todos nos dejaua,

De cuia zima en gritos lebantados,
Razonando con Mompil, y con Polca,
De subito cessò, y al mismo punto,
Por la verriente del fragoso risco,
Traspaso como viento arrebatado,
Dexandola de nueuo mas rendida,
Y en el fuego implacable mas ardiendo,
De cuia fuerte fuerça quebrantada,
Con suspiros amargos y gemidos,
Deshaziendose en lagrimas la triste,
Alli nos dio á entender que no vendria,
Aquel traidor que assi la auia burlado,
Porque desde la cumbre lebantada,
Muy bien desengañado los auia,
Qual hizo aquel cruelissimo Theseo,
Con la noble Ariatna que burlada,
Dexó en pago de auerle libertado,
De la fuerça del monstruo embrauecido,
En cuio fiero aluergue temeroso,
Hecho cien mil pedazos se quedara,
Y de la misma bestia consumido,
Sino fuera por ella remediado,
Propria paga, cosecha, y recompensa,
De torpes brutos, animos ingratos,

Que

Que tanto es mas ſu vil correſpondencia,
Quanto por mas crecidos beneficios,
Se hallan los infames obligados,
O verdad que poquitos ſon aquellos,
Que ſiguen tu caſtiſsima pureza,
Y quantos ſon, lo que con ella enredan,
Marañan, vierten, tienden, y derraman,
Vn mar de ponçoñoſos vaſiliſcos,
No ay ya ſegura fee en todo el mundo,
No me da mas los padres que los hijos,
Deudos nobles, parientes, y maridos,
Hidalgos pobres, ricos poderoſos,
Caualleros, villanos, titulados,
Con todo el demas reſto miſerable,
De miſeros mortales que ſe encienden,
Los vnos con los otros, y ſe abraſan,
Con terribles engaños no entendidos,
Aſſechanças, doblezes, inuenciones,
Culpas, deliꝼtos, robos, y pecados,
Solapas, con liſonjas y bagezas,
Eſcandalo, crüeldad, crimen, exceſſo,
Y en fin guerra ſangrienta, y cruel batalla,
Que à ſangre y fuego ſiempre la lebanta n
No me da mas varones cultiuados,

Que incultos, brõcos, baruaros, grosseros,
Que basta y sobra, conozer ser hombres,
Para entender que fuera del demonio,
Sea la mas mala bestia quando quiere,
De todas quantas Dios tiene criadas,
Exemplo claro aqui señor tenemos,
En esta pobre baruara engañada,
Que es facil de engañar á quien bien ama,
Atonita se muestra, y se consume,
Aflige, y se deshaze rebentando,
Con la flecha en el alma soterrada,
Furiosa á todas partes reboluiendo,
La vista cuidadosa sin consuelo,
No cabe en todo el campo la cuitada,
Que todo le es estrecho y apretado,
Y asi de lo mas intimo del alma,
Entrañables suspiros redoblaua,
En lastimosas lagrimas embueltos,
O triste amor humano á quantas cosas,
Tu terrible violencia y furia, fuerça,
Si asi ciegos seguimos tus pisadas,
Diga el mas bien librado de tus manos,
Qual fue el passo mas libre y mas seguro,
Que enmedio del sus ojos miserables,

Cien mil vezes quebrados no sintiesse,
O traidor aleuoso fementido,
Cruel, ingrato, vil, desconocido,
Di qual bruto á su hembra la dexara,
Como tu vil cobarde la dexaste,
O ingratitud infame, o caso triste,
Que por no mas de auerlo imaginado,
Quedaras para siempre aborrecido,
La sin ventura Polca desdichada,
Arroios por los ojos derramando,
A su afligida alma yua cubriendo,
La obscura noche, con su negra sombra,
Cerrando en torno todo el Orizonte,
Que ya las velas todas repartidas,
Estauan à cauallo y en sus puestos,
Y por mas buen seguro de la pobre,
Con mas cuidado postas le pusieron,
Porque Mompil à caso no rompiesse,
Y por descuido nuestro la lleuase,
Y luego que en mitad del alto Polo,
Segun aquel varon heroico canta,
Los Astros lebantados demediaron,
El poderoso curso bien tendido,
En el mayor silencio de la noche,

Quando las brauas bestias en el campo,
Y los mas razionales en sus lechos,
Y los pezes en su alto mar profundo,
Y las parleras aues en sus breñas,
En agradable sueño amodorrido,
Reposan con descuido sus cuidados,
En este mismo instante y punto vino,
De la cansada y debil cauallada,
Rindiendo á la modorra el quarto triste,
La fatigada prima ya vencida,
Y notando que todos reposauan,
Y que el buen Mompil escapado auia,
Dexando alli la baruara cautiua,
A grandes vozes quiso recordarnos,
Y á penas lo entendimos quando todos,
Mudos quedamos, tristes, y suspensos,
Elosenos la sangre, y el aliento,
A vna suspendimos palpitando,
Los flacos coraçones dentro el pecho,
Viendo á nuestro piloto y guia ausente,
Por no mas de descuido de la vela,
A cuio cargo estuuo aquel cuidado,
Y cada qual gimiendo se dolia,
De los tristes sucessos que apretauan,

Tras tantas desuenturas padezidas,
Hasta que entrò la vrora refrescando,
Y en pie todos cansados y afligidos,
Mirandonos los vnos á los otros,
Buen rato sin hablar nos estuuimos,
Aqui la pobre Polca sin consuelo,
Pasmada, boqui auierta, nos miraua,
Qual triste miserable que aguardando,
Sentencia, esta de muerte rigurosa,
Por inorme delicto cometido,
Assi la triste misera afligida,
Tragada ya la muerte por muy cierta,
De su venida infelix aguardaua,
Vn desastrado fin, y mal sucesso,
Pues viendo ya el Sargento reportado,
El caso sucedido sin remedio,
Por no desanimar los compañeros,
Hablando alli con todos, fue diziendo,
Señores no ay ninguno que no alcançe,
Que el mismo poderoso Dios eterno,
Es el camino cierto y verdadero,
De los que su ley santa professamos,
Y assi tiene cien mil florestas bellas,
A menos bosques, campos, y llanados,

Por

Por do los flacos deuiles y tiernos,
Van sus cortas jornadas caminando,
Otros tiene quajados de cambrones,
Abrojos, duras puntas, y pedriscos,
Cerros, quebradas, breñas, y barrancos,
Por do los esforçados y alentados,
Su lebantado curso van corriendo,
Y assi no ay para que desmaie nadie,
Y entendamos señores compañeros,
Que como à illustres, nobles, y valientes,
Quiere el inmenso Dios aqui prouarnos,
Y como tales bien serâ tomemos,
Con buen recato todos el camino,
Y pues que aquesta baruara merece,
Toda noble, cortes correspondencia,
Pues no está media legua de su tierra,
Demosle libre, libertad graciosa,
Para que allà se buelua sin zozobra,
Y como el alma de la ley heroica,
Es la fuerça de la razon illustre,
Y aquesta jamas quiso ser forçada,
Todos juntos alegres aprouamos,
Del Sargento mayor el buen respecto,
Y partiendo con ella nuestra ropa,

cargandole al niño de brinquiños,
imosle libertad que se boluiesse,
entendido por ella bien tan grande,
omo la sobra de contento causa,
ierno semblante, y lagrimas gustosas,
n que los tristes laban sus cuidados,
omo la lengua muchas vezes miente,
ensando que mas fee deuia darse,
sus corrientes lagrimas vertidas,
Que à sus muchas palabras y razones,
Quando muy bien supiera proponerlas,
ertiendolas assi con gran contento,
uiendonos à todos abrazado,
or tres vezes salio determinada,
e recebir el bien de que dudaua,
a cosa de cien passos se boluia,
mostrarsenos siempre mas gustosa,
morosa, y mas bien agradezida,
como siempre vemos se adelanta,
a noble gratitud al beneficio,
Quarta vez fue saliendo y pareciole,
Que quedaua muy corta, y no pagaua,
porque ingratitud no la rindiesse,
tra fue reboluiendo, y de los pechos,

El niño se quitò, y dio al Sargento,
Y alli le suplicò que le lleuase,
Pues todo le faltaua, y no tenia,
Con que poder seruir merced tan grande,
El Sargento le tuuo, y dio mil vesos,
Entre sus nobles braços bien ceñidos,
Y dandole mas cuentas, y abalorios,
Con mil tiernas caricias amorosas,
El niño le boluio, y pidio se fuesse,
Con cuio cumplimiento regalado,
Qual suele tras la cierua el cieruo en brama
Herida de su amor correr tras della,
Y ansioso de alcançarla desembuelto,
De salto, y de corrida va siguiendo,
El amoroso rastro, y dulze huella,
Por vna y otra parte sin que pueda,
Pararse, ò detenerse, ò alentarse,
En parte que el cariño no le assista,
Assi sin seso, ciega, y sin sentido,
Atonita del todo fue siguiendo,
La huella de su amado desbalida,
Y porque priessa dan que me adereze,
Todo aquello que resta de quebranto,
Veremos adelante en nueuo canto.

CANTO CATORZE.

COMO SE DESCVBRIO EL RIO del Norte, y trabajos que hasta descubrirlo padecieron: y de otras cosas que fueron sucediendo, hasta ponerse en punto de tomar la possesion de la tierra.

TANTO se estima, sube, y se lebanta,
El valor de la cosa que se empréde.
Quanto es mas estimado todo aquello,
Con que se alcança, adquiere, y se cõsigue,
Traigo esto grã señor, porque se entienda,
Mas bien, la gran grandeza, y excelencia,
Del belico exercicio que professan,
Todos aquellos Heroes valerosos,
Que a trueque de trabajos, y quebrantos,
Vida, y sangre compraron, y adquirieron,
Solo

Solo el illuſtre nombre de ſoldados,
A cuia alta excelencia le es muy proprio,
El ver y tracender de todo punto,
Que por demas ſe ſufren los trabajos,
Miſerias, aflicciones, y fatigas,
Que la ſangrienta guerra trae conſigo,
Si enmedio de ſu curſo ſin remedio,
El animo ſe rinde, y ſe acobarda,
Y para no venir en tanta mengua,
Zozobrando las fuerças fatigadas,
Sin ver vn agradable y dulze puerto,
Luego que la contenta y noble Polca,
Deſpedida ſalio para ſu tierre,
Qual ſuele el cazador quando a perdido,
Vn rico girifalte, alcon, o ſacre,
Que a vozes por los cerros y vallados,
Le va con grandes anſias ahuchando,
Moſtrandole el ſeñuelo haſta verlo,
Seguro, y en la mano, donde alegre,
Sin memoria del ſuſto ya paſſado,
Le alaga, y le regala, y le compone,
La pluma mal compueſta, y le apazigua,
Aſsi la hermoſa baruara ſoſpecho,
Que fue deſalentada tras ſu Milco,

Y noſotros ſeñor con nueuos brios,
Mas de cincuenta dias caminamos,
Peſadas deſuenturas padeciendo,
Y por auernos ſin ceſſar llouido,
Siete largas jornadas trabajoſas,
En las carnes la ropa ya cozida,
Ninguno de noſotros entendimos,
Poder ſalir con vida de aquel hecho,
Por eſcabroſas tierras anduuimos,
De Alarabes, y Baruaros incultos,
Y otros deſiertos broncos peligroſos,
Cuio tendido y eſpacioſo ſuelo,
Nunca jamas Chriſtianos pies piſaron,
En cuio largo tiempo conſumimos,
Los pobres baſtimentos que ſacamos,
Y alimentando todos con esfuerço,
Los fatigados cuerpos deſtroncados,
Con ſolas raizes brutas indigeſtas,
Contra el rigor del hado prohejando,
Nueſtra derrota ſiempre proſeguimos,
Ya por eſpeſas breñas y quebradas,
Por cuios brauos boſques enrredados,
Las fuertes eſcarcelas ſe raſgauan,
Ya por aſperas cumbres lebantadas,

Por cuias zimas los cauallos lasos,
Por delante lleuamos rendidos,
Hijadeando, cansados, y afligidos,
A pie, y de todas armas molestados,
Y las hinchadas plantas ya desnudas,
Descalças sin calçado se assentauan,
Por riscos, y peñascos escabrosos,
Ya por muy altos medanos de arena,
Tan ardiente, encendida, y tan fogosa,
Que de su fuerte reflexion heridos,
Los miserables ojos abrasados,
Dentro del duro casco se quebrauan,
Y como el fin de aquello que se espera,
Solo se alienta, esfuerça, y se sustenta,
Con el valor y punto de esperança,
Esperando hizimos los trabajos,
Mas lebes, comportables, y sufribles,
Y como la que es presta diligencia,
Arrimada al solicito trabajo,
Es madre de qualquier ventura buena,
Esta se tuuo en descubrir la boca,
Que aquel hastuto Baruaro nos dixo,
Marcando la circunuezina tierra,
Asientos, y lugares que nos puso,

Quan-

Quando con Milco presso le tuuimos,
Y como Magallanes, por su estrecho,
Assi desembocando todos fuimos,
Vencidos del trabajo, y ya rendidos,
De la fuerça del hado riguroso,
Que con pesada mano bien cargada,
Mucho quiso apretarnos y afligirnos,
Quatro dias naturales se passaron,
Que gota de agua todos no beuimos,
Y tanto que ya ciegos los cauallos,
Crueles testaradas, y encontrones,
Se dauan por los arboles sin verlos,
Y nosotros qual ellos fatigados,
Viuo fuego exalando, y escupiendo,
Saliua mas que liga pegajosa,
Desahuziados ya, y ya perdidos,
La muerte casi todos desseamos,
Mas la gran prouidencia condolida,
Que tanto es mas beloz en socorrernos,
Quanto con mas firmeza la esperamos,
Al quinto abrio la puerta, y fuimos todos,
Alegres arribando el brauo Rio,
Del Norte, por quien todos padezimos,
Cuidados y trabajos tan pesados,

En cuias aguas los cauallos flacos,
Dando tras pies se fueron acercando,
Y zabullidas todas las cabeças,
Beuieron de manera los dos dellos,
Que alli juntos murieron rebentados,
Y otros dos ciegos tanto se metieron,
Que de la gran corriente arrebatados,
Tambien murieron de agua satisfechos,
Y qual suelen en publica taberna,
Tenderse algunos tristes miserables,
Embriagados del vino que beuieron,
Assi los compañeros se quedaron,
Sobre la fresca arena amollentada,
Tan hinchados, hidropicos, hipatos,
Assi como si sapos todos fueran,
Pareciendoles poco todo el Rio,
Para apagar su sed, y contentarla,
Y qual si en los Eliseos campos frescos,
Vbieramos llegado á refrescarnos,
Assi señor nos fueron pareciendo,
Todas aquellas playas y riberas,
Por cuios bellos pastos los cauallos,
Repastandose alegres descansauan,
Los fatigados guessos quebrantados,
Del

Del pesado camino trabajoso,
Y assi por aquel bosque ameno todos,
Fuimos con mucho gusto discurriendo,
Por frescas alamedas muy copadas,
Cuias hermosas sombras apazibles,
A los cansados miembros combidauan,
Que cerca de sus troncos recostados,
Alli junto con ellos descansasen,
Por cuios verdes ramos espaciosos,
Qual suelen las castissimas auejas,
Con vn susurro blando y regalado,
De tomillo en tomillo yr saltando,
Gustando lo mejor de varias flores,
Assi por estas altas arboledas,
Con entonado canto regalado,
Cruzauan vn millon de pajaricos,
Cuios graciosos picos desembueltos,
Con sus arpadas lenguas alabauan,
Al inmenso señor que los compuso,
Y aunque las aguas del gallardo Rio,
En raudal muy furiosas y corrientes,
Se yuan todas vertiendo y derramando,
Tan mansas, suabes, blandas, y amorosas,
Como si vn sossegado estanque fueran.

Por anchas tablas, todas bien tendidas,
Y de diuersos generos de pezes,
Por excelencia rico y abundoso,
Hallamos de mas desto gruessa caza,
De muchas grullas, ansares, y patos,
Donde cebaron bien sus alcabuzes,
Los hastutos monteros diligentes,
Y auiendo hecho grande caza y pesca,
Luego de los fogosos pedernales,
El escondido fuego les sacamos,
Haziendo vna gran lumbre poderosa,
Y en grandes assadores, y en las brasas,
De carne, y de pescado bien abasto,
Pusimos á dos manos todo aquello,
Que el hambriento apetito nos pedia,
Para poder rendir de todo punto,
Las buenas ganas, al manjar sabroso,
Y como la paloma memorable,
Que luego que passò la gran tormenta,
El verde ramo trujo de la oliba,
No de otra suerte todos nos boluimos,
Colmados de contento y alegria,
Que es verdadero premio del trabajo,
Y luego que al exercito llegamos,

Con muchas fiestas fuimos recibidos,
Y porque siempre es fuerça, y causa gusto,
Traer á la memoria los trabajos,
Miserias, y fatigas, que se sufren,
Quando la dura guerra se milita,
Llamado deste gusto, fue contando,
El Sargento mayor á todo el campo,
Presente el General, aquellos passos,
Caminos, y sucessos que sufrimos,
Hasta que al fin llegamos à las playas,
Riberas, y alamedas deste Rio,
En cuias arboledas espaciosas,
Todas nuestras fatigas descansamos,
Y como siempre causa grande alibio,
No ser en padezer trabajos solo,
Luego como acabò tomó la mano,
El diestro General por dar consuelo,
A los quebrantos tristes ya passados,
Diziendo los trabajos que los suyos,
Auian tambien sufrido y padezido,
Y como vno cargò con tantas veras,
Que estuuo á pique el campo de perderse,
Y fue, que entrando Março caluroso,
Con poderosos soles assentados,

Vino à faltar el agua de manera,
Que secas las gargantas miserables,
Los tiernos niños, hombres, y mugeres,
Traspassados, perdidos, y abrasados,
Socorro al soberano Dios pedian,
Por ser aqueste el vltimo remedio,
Que pudieron tener en tal conflicto,
Y los tristes cansados animales,
Como aquellos de Ninibe rendidos,
Del insaziable ayuno fatigados,
Assi cuitados todos se mostrauan,
Con la fuerça del tiempo que cargaua,
Y como siempre acude y faborece,
Su gran bondad inmensa soberana,
Al que con veras pide y le suplica,
Estando el Cielo claro y muy sereno,
Por vna y otra parte fue turbado,
De gruessas nuues negras bien cargadas,
Y sin ningun relampago ni trueno,
Tanta agua derramaron y vertieron,
Que los bueyes vnzidos con sus yugos,
Su mortifera sed satisficieron,
Y luego que el exercito afligido,
Quedó por todas partes consolado,

La belleza del Sol quedò con rayos,
Por vna y otra parte tan tendidos,
Que tan ſola vna nuue no impedia,
Su claro reſplandor en parte alguna,
Y aſsi por eſta cauſa le puſieron,
Al parage de aqueſta ſanta lluuia,
El agua del milagro, porque fueſſe,
Eterna ſu memoria prolongada,
Y nunca para ſiempre ſe perdieſſe,
O ſoberano bien con que preſteza,
Socorres nueſtras faltas ſi ponemos,
Tanta fee quanta ajuſta, mide y peſa,
No mas que vn ſolo grano de moſtaza,
Vendito tal varato y tal empleo,
No ſolo para que las altas nuues,
Fuera de tiempo viertan grandes lluuias,
Mas para que los mas peſados montes,
Remueuan y lebanten ſus aſsientos,
Y la belocidad del Sol repare,
Su poderoſo curſo, y le detenga,
No mas que por mandarlo el hõbre noble,
A cuios pies ſe rinden y abaſſallan,
Todas las coſas grandes y pequeñas,
En fin como en ſugeto lebantado,

Por manos tan grandiosas y admirables,
Y assi parece que yua su grandeza,
Lleuando aqueste campo como á suyo,
Vnas vezes cargados de trabajos,
Y otras de mil consuelos socorrido,
Viage derecho, cierto, y verdadero,
De los obreros grandes que lebantan,
Heroicos edificios en su Iglesia,
Pues yendo assi marchando muchos dias,
Llegaron à las aguas deste Rio,
Y qual aquel Troyano memorable,
Que fue faborecido y amparado,
Del humedo tridente de Neptuno,
Despues de la tormenta y gran borrasca,
Assi el Gouernador con todo el campo,
Seguro y dulze puerto fue tomando,
Y á su mas fatigada soldadesca,
Por las frescas orillas y riberas,
Auierta mano dio que descansase,
Y como el buen gouierno no consiste,
En la que es buena industria de presente,
Sino en preuenir con sazon aquello,
Que puede despues darnos gran cuidado
Mandò el Gouernador que sin tardança,

El Sargento ſalieſſe y ſe apartaſe,
Con cinco compañeros eſcogidos,
Y dieſtros en nadar, porque buſcaſen,
Algun ſeguro vado al brauo Rio,
Para que por el todo vueſtro campo,
Seguro y ſin zozobra le paſſaſe,
Y poniendo por obra aquel mandato,
Salio Carabajal, y Alonſo Sanchez,
Y el gran Chriſtoual Sanchez, y Araujo,
Y yo tambien con ellos porque fueſſe.
El numero cumplido de los cinco,
Y andando embeuecidos todos juntos,
En buſca de buen vado cuidadoſos,
De ſubito nos fuimos acercando,
A vnos pagizos ranchos do ſalieron,
Gran cantidad de baruaros guerreros,
Y por ſer todo aquello pantanoſo,
Y no poder valernos de las armas,
Aſsi para los baruaros nos fuimos,
Moſtrandonos amigos agradables,
Y como el dar al fin quebranta peñas,
Dandoles de la ropa que tuuimos,
Tan manſos los boluimos, y amoroſos,
Tanto que quatro dellos ſe vinieron,

Y vn

Y vn lindo vàdo á todos nos mostraron,
Por cuia causa el General prudente,
Mandò que à todos quatro los vistiessen,
Y con mucho regalo los tratasen,
Por cuia causa todos se bajaron,
Y dandose de paz, truxeron juntos,
Vna gran suma de pescado fresco,
Y mandandoles dar vn buen retorno,
Luego se procuro que se hiziesse,
En vn copado, y apazible bosque,
Vna graciosa Iglesia de vna naue,
Capaz para que todo el campo junto,
Pudiesse bien caber sin apretarse,
En cuio aluergue, santo, Religioso,
Cantaron vna Missa muy solemne,
Y el docto Comissario con estudio,
Hizo vn sermon famoso bien pensado,
Y luego que acabaron los oficios,
Representaron vna gran comedia,
Que el noble Capitan Farfan compuso,
Cuio argumento solo fue mostrarnos,
El gran recibimiento que à la Iglesia,
Toda la nueua Mexico hazia,
Dandole el parabien de su venida,

Con grande reuerencia ſuplicando,
Las rodillas en tierra les labaſe,
Aquella culpa con el agua ſanta,
Del precioſo Baptiſmo que traian,
Con cuio ſaludable ſacramento,
Muchos Baruaros vimos ya labados,
Luego que por ſus tierras anduuimos,
Vbo ſolemnes fieſtas agradables,
De gente de acauallo bien luzida,
Y por honrra de aquel illuſtre dia,
Vna gallarga eſquadra ſuelta yua,
De aquel Capitan Cardenas famoſo,
Soldado de valor y de verguença,
Y que muy bien ſeñor os ha ſeruido,
Eſte por entender que la jornada,
No auia de ſer poſsible ſe hizieſſe,
Quedoſe de manera que no pudo,
Dar alcançe deſpues à vueſtro campo,
Por cuia cauſa dieron ſu eſtandarte,
A Diego Nuñez, y con eſto luego,
Se tomò poſſeſion de aquella tierra,
En vueſtro inſigne, heroico, y alto nõbre,
Haziendo en eſta cauſa cierto eſcrito,
Que aqueſte ſerá bien que aqui ſe ponga,

Sin

Sin corromper la letra porque importa,
Por ser del mismo General la nota,

De como se tomó, y aprehendio la possesion de la nueua tierra.



N EL nombre de la santissima Trinidad, y de la indeuidua vnidad eterna, deidad y magestad, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, tres personas, y vna sola essencia, y vn solo Dios verdadero, q̃ con su eterno querer, omnipotente poder, é infinita sabiduria, rige, gouierna, y dispone, poderosa, y suabemente, de mar á mar, de fin â fin, como principio y fin de todas las

cosas,y en cuias manos estan, el eterno Pontificado,y Sacerdocio, los Imperios, y los Reynos , Principados, y Ditados,Replublicas,mayores y menores, familias, y personas, como en eterno Sacerdote, Emperador,y Rey de Emperadores y Reyes, señor de señores,criador de Cielos y Tierra,elementos, Aues,y pezes,animales,plantas,y de toda criatura,espiritual,y corporal, razional, è irrazional , desde el mas supremo Cherubin,hasta la mas despreciada hormiga, y pequeña mariposa:é a honor y gloria suya,y de su sacratissima,y venditissima Madre,la Virgen santa Maria , nuestra Señora, puerta del Cielo, arca del Testamento,en quien el maná del Cielo, la vara de la diuina Iusticia , y braço de Dios,y su Ley de gracia,y amor,estu-

uo

uo encerrada , como en Madre de Dios, Sol, Luna, Norte, y guia, y abogada, del genero humano: y á honrra del Seraphico Padre ſan Franciſco, Imagen de Chriſto, Dios, en cuerpo y alma, ſu Real Alferez, y Patriarca de pobres, à quienes tomo por mis Patrones y abogados, guia, defenſores, è interceſſores, para que rueguen al miſmo Dios, que todos mis penſamientos, dichos, y hechos, vayan encaminados al ſeruicio de ſu Mageſtad infinita, aumento de fieles, y extē ſion de ſu ſanta Igleſia, y à ſeruicio del Chriſtianiſsimo Rey don Felipe, nueſtro ſeñor, columna fortiſsima de la Fé Catholica, que Dios guarde muchos años, y corona de Caſtilla, y amplificacion de ſus Reynos y Prouincias. Quiero que ſepan, los que aora

ſon,

ſon, o por tiempo fueren: como yo don Iuan de Oñate, Gouernador, y Capitan general, y Adelantado de la nueua Mexico, y de ſus Reynos y Prouincias, y las á ellas circunuezinas, y comarcanas, poblador y deſcubridor, y pazificador dellas, è de los dichos Reynos, por el Rey nueſtro ſeñor. Digo, que por quanto en virtud del nõbramiento que en mi fue fecho, y titulos que ſu Mageſtad me da, deſde luego, de tal Gouernador, Capitan general, y Adelantado de los dichos Reynos, y Prouincias, ſin otros mayores que me promete, en virtud de ſus Reales ordenanças, y de dos Cedulas Reales, y otras dos ſobrecedulas, y capitulos de cartas del Rey nueſtro ſeñor: ſu fecha en Valẽcia, á veinte y ſeis de Enero, de mil y quiniẽtos

y ochenta y ſeis años : ſu fecha en ſan Lorenço, á diez y nueue de Iulio , de mil y quinientos y ochenta y nueue años:ſu fecha â diez y ſiete de Enero, de mil y quinientos y nouenta y tres: ſu fecha à veinte y vno de Iunio , de mil y quinientos y nouenta y cinco: y por otra vltima cedula Real : ſu fecha de dos de Abril , deſte año paſſado , de mil y quinientos y nouenta y ſiete : en que en contradicion de partes , ſu Mageſtad aprueua la eleccion hecha en mi perſona, è eſtado , exerciendo y continuando el dicho mi oficio , y aora venido en demanda de los dichos Reynos y Prouincias, con mis oficiales maiores, Capitancs, Alferez,ſoldados y gente de paz y guerra,para poblar y pazificar, é otra gran machina de pertrechos neceſſarios,

carros, carretas, rosas, cauallos, bue-
yes, ganado menor, y otros ganados,
y mucha de la dicha mi gente casada,
de suerte que me hallo oy con todo
mi campo entero, y con mas gẽte de
la que saquè de la Prouincia de santa
Barbola, junto al Rio que llaman del
Norte, y alojada á la Ribera, que es lu
gar circunuezino, y comarcano, á las
primeras poblaciones de la nueua
Mexico, y que passa por ellas el dicho
Rio, y dexo hecho camino auierto
de carretas, ancho y llano, para que
sin dificultad se pueda yr y venir por
el, despues de andadas al pie de cien
leguas de despoblado: é porque yo
quiero tomar la possesion de la tier-
ra, oy dia de la Ascencion del Señor,
que se cuentan treinta dias del mes
de Abril, deste presente año, de mil

y quinientos y nouenta y ocho: mediante la perſona de Iuan Perez de Donis, Eſcriuano de ſu Mageſtad, y Secretario de la jornada, y gouernacion de los dichos Reynos y Prouincias, en voz y nombre del chriſtianiſſimo Rey nueſtro ſeñor, don Felipe Segundo deſte nombre, y de ſus ſubceſſores, que ſean muchos, y con ſuma felicidad, y para la corona de Caſtilla, y Reyes q̃ ſu glorioſa eſtirpe Reynaren en ella, é por la dicha, y para la dicha mi gouernacion, fundandome y eſtriuando, en el vnico y abſoluto poder, ê juridicion, que aquel eterno ſummo Pontifice, y Rey Ieſu Chriſto, hijo de Dios viuo, cabeça vniuerſal de la Igleſia, y primero y vnico inſtituidor de ſus ſacramentos, vaſſa y piedra angular del viejo y nueuo Teſ-

tamen-

tamento, fundamento y perfeccion del, tiene en los Cielos y en la tierra, no ſolo en quanto Dios, y conſubſtãcial à ſu Padre eterno, que como criador de todas las coſas, es vnico abſoluto, natural y propietario ſeñor de ellas, que como tal puede hazer y deſhazer, ordenar y diſponer á ſu voluntad, y lo que por bien tuuiere: mas tãbien en quanto hombre, á quien ſu eterno Padre, como à tal, y por ſer hijo del hombre, y por ſu doloroſa y penoſa muerte, y triunfante y glorioſa Reſurreccion, y Aſcencion, y el eſpecial titulo de vniuerſal Redẽtor, que con ella ganó, dio omnimoda poteſtad, juriſdicion y dominio, cibil y criminal, alta y baja horca, y cuchillo mero mixto Imperio, en los Reynos de los Cielos, y en los Reynos de la

tierra, y en cuias manos puſo el peſo y medida, judicatura, premio y pena. del Orbe vniuerſo, haziendole no ſolo Rey y Iuez, mas tambiẽ paſtor vniuerſal de las ouejas, fieles, é infieles, de las que oy en ſu voz le creen y ſiguen, y eſtan dentro de ſu rebaño y pueblo Chriſtiano, y de las q̃ no han oido ſu voz, y Euangelica palabra, ni haſta el dia de oi le conozẽ, las quales dize le conuiene traer à ſu diuino conozimiento, porque ſon ſuias, y es ſu ligitimo y vniuerſal Paſtor, para lo qual auiendo de ſubir á ſu eterno Padre, por preſencia corporal, vbo de dexar y dexó por ſu Vicario, y ſubſtituto, al Principe de los Apoſtoles, ſan Pedro, y demas ſubceſſores, ligitimamẽte electos, à los quales dio y dexó el Reyno, poder, ê Imperio, y las llaues

ues del Cielo, ſegũ y como el miſmo Chriſto Dios le recibio de ſu eterno Padre, en el, como ſu cebeça, y ſeñor vniuerſal, y en los demas, como en ſus ſubceſſores, ſieruos, miniſtros, y Vicarios, y aſsi no ſolo les dexô la juriſdicion Ecleſiaſtica, y monarchia eſpiritual: mas tambiẽ les dexò auitualmẽte juriſdiciõ y monarchia tẽporal, y el vno y otro braço, y cuchillo de dos filos, para q̃ por ſi, o por medio de ſus hijos, los Emperadores y Reies quando y como les parecieſſe conuenir, por vrgẽte cauſa pudieſsẽ reduzir la ſobredicha juriſdiciõ, y monarchia tẽporal, al acto, y ponerla en execuciõ, como luego q̃ la ocaſion y neceſſidad ſe ofrecio, la executarõ, vſando de la omnimoda poteſtad tẽporal, del braço y poder ſecular, aſsi por ſi,

como por armadas y exercitos, de mar y tierra, en las proprias, y en las distintas y baruaras naciones, con los pendones, vanderas y estandarte Imperial de la Cruz, subgetando las baruaras naciones, hallanando el passo à los Euangelicos Predicadores, assegurando sus vidas y personas, vengando las injurias que los vna vez recebidos recibieren, reprimiēdo y refrenando el impetu, y bestial y baruara fiereza, de los sobredichos: y en el nombre del poderoso Christo Dios, que mandò predicar su Euangelio á todo el mundo, y por su autoridad y derecho ensanchando los terminos de la Republica Christiana, y amplificando su Imperio, por mano tambiē de los sobredichos sus hijos, Emperadores y Reyes: entre los quales el Rey don Fe
lipe

lipe nueſtro ſeñor, Rey de Caſtilla, y de Portugal, y de las Indias Occidentales y Orientales, deſcubiertas y por deſcubrir, halladas y por hallar, mediante la ſobredicha poteſtad, juridicion y monarquia Apoſtolica y Pontifical transfuſſa, concedida y otorgada, encomendada y encargada, â los Reyes de Caſtilla y Portogal, y á ſus ſuceſſores, deſde el tiempo del ſumo Pontifice Alexandro Sexto, por diuina y ſingular inſpiracion, como por la piedad Chriſtiana enſeña ſer infaliblemente aſsi, pues Dios á ſu Vicario que repreſenta ſu perſona y vezes, en coſas tan graues jamas falta, y la experiencia verdadera maeſtra, y prueua de la verdad, en tan largos tiempos à moſtrado: lo qual teſtifica con infalible certidumbre, el conſentimiento

permiſo,y confirmacion, del ſobredi cho Imperio y dominio , de las Indias Orientales , y Occidentales , en los Reyes de Caſtilla y Portogal,y ſus ſubceſſores , ttansfuſſo y colocado, por manos de la Igleſia militante, de todos los demas ſumos Pontifices, ſubceſſores del dicho ſantiſsimo Pōtifice,de glorioſa memoria , Alexandro Sexto,haſta el dia preſente,en cuio ſolido fundamento eſtriuo,para tomar la ſobredicha poſſeſion , deſtos Reinos y Prouincias , en el ſobredicho nombre:à lo qual ſe allegan, como vaſſas , y pilares deſte edificio , otras muchas,graues,vrgentes, y notorias cauſas , y razones , que à ello me mueuen,y obligan , y dan ſegura entrada,y con aiuda de Dios,y de ſu vēdita Madre, y el eſtandarte de ſu ſan-

ta Cruz , por medio de los Euangelicos Predicadores, hijos de mi Seraphico Padre ſan Franciſco , daran mucho mas ſeguro, proſpero , felice ſubceſſo , y la primera , y no de menos conſideracion , para el caſo preſente , es la inocente muerte de los Predicadores del ſanto Euangelio, verdaderos hijos de ſan Franciſco, Frai Iuan de Santa Maria , Frai Franciſco Lopez,y Frai Aguſtin Ruiz, primeros deſcubridores deſta tierra, deſpues de aquel gran Padre Frai Marcos de Niça, que todos dieron ſus vidas y ſangre , en primicias del ſanto Euangelio , en ella , cuia muerte fue inocente , y no merecida , pues ſiendo vna vez recebidos deſtos Indios , y admitidos en ſus Pueblos , y caſas , y quedandoſe los dichos

dichos Religiosos solos entre ellos, para predicarles la palabra de Dios, y mejor entender su lengua, confiados de la seguridad del buen rostro y trato que les hazian, y auiendo acudido en todas ocasiones à hazer bien à estos naturales, assi en todo el tiempo que los pocos Españoles q̃ con ellos estuuieron, que fuerõ solos ocho, duraron en la tierra, como el que despues estuuieron solos, contra ley natural, dieron mal por bien, y la muerte à otros hombres como ellos, inocentes, y que no les hazian daño, y q̃ les dauan como por entonces mejor podian, y procurauan darles la vida, mediante la palabra de la Ley de gracia, mas auentajadamente, causa y razon bastante, quando otra no vbiera para justificar mi pretension, demas

de la qual, la enmienda, correccion y castigo de los pecados contra natura leza, y la inhumanidad que entre estas bestiales naciones se halla, que à mi Rey y Principe, como à tan poderoso señor, conuiene corregir y reprimir, y á mi en su Real nombre, dan mano al acto presente, y sin estas la piadosa razon y Christianissima opinion del Baptismo, y saluacion de las almas, de tantos niños como entre estos infieles padres al presente viuen y nacé, que á su verdadero Padre Dios, y mas principal Padre, ni obedezen, ni reconozen, ni pueden moralmente hablando reconozer, sino es mediante este medio, como la larga experiẽcia en todas estas tierras ha mostrado, y quando pudieran reconozerle, entrando por la puerta del Bautis-
mo,

mo, no pueden conseruar la Fè, ni
perseuerar en su bocacion, entre gen
te idolatra, é insiel, contra cuia volun
tad se ha de hazer esta obra, porque la
voluntad de Dios es, que todos se sal-
ben, y á todos llegue el son, y efectos
de su palabra y Passion, y Dios deue
ser ouedezido, y no los hombres, aun
que sean juezes, o padres, o si tengan
Reinos, o Ciudades, pues sola vn al-
ma es mas preciosa, que todo el mun
do, ni sus mandos, riquezas, y propie-
dades, y sin estas, ai otras euidentes
causas, en que me fundo, para este
efecto, assi del gran bien temporal,
que el espiritual no tiene precio, que
estas baruaras naciones con nuestro
comercio, y trato, adquieren, y ganan
en su trato pulitico, y gonierno de
sus Ciudades, viuiendo como gentes
de

de razon,en pulicia, y entendimiento, acrecentando ſus oficios y artes, mecanicas,y algunos las liberales, aumentando ſus Republicas,de nueuos ganados,crias,y ſemillas,legumbres, y baſtimentos,ropas,y frutos, y ordenando diſcretamente el trato economico de ſus familias,caſas y perſonas, viſtiendoſe los deſnudos, y los ia beſtidos mejorandoſe , y dexando otras cauſas,finalmente en ſer gouernados en paz y juſticia , con ſeguridad en ſus caſas y en ſus caminos , y defendidos y amparados de ſus enemigos, por mano y à expenſas de tan poderoſo Rei,cuia ſubgecion es verdadero prouecho y libertad , y tener en el proprio Padre , que â ſu coſta, y mediante ſus gages , y mercedes , de tan remotas tierras,

les embian Predicadores y miniſtros,
Iuſticia y amparo, con inſtruciones
verdaderamente de Padre, de paz, cõ
cordia, ſuabidad y amor, la qual guar-
dare yo à perder de vida: y mando, y
ſiempre mandare ſe guarde, ſope-
na della. Y por tanto, fundado en el
ſolido fundamento ſobredicho, quie
ro tomar la ſobredicha poſſeſion, y
aſsi lo haziendo, en preſencia del Re
uerẽdiſsimo Padre Fray Alonſo Mar
tinez, de la orden del ſeñor ſan Fran-
ciſco, Comiſſario Apoſtolico, cum
plenitudine poteſtatis, deſta jornada
de la nueua Mexico y ſus Prouincias,
y de los Reuerendiſsimos Padres Pre
dicadores del ſanto Euangelio, ſus
compañeros, Fray Franciſco de ſan
Miguel, Fray Franciſco de Zamora,
Fray Iuan de Roſas, Fray Alonſo de

Lugo,

Lugo, Fray Andres Corchado, Fray Iuan Claros, y Fray Christoual de Salazar, y de mis amados Padres, y hermanos, Fray Iuan de San Buenauentura, y Fray Pedro de Vergara, frailes legos, Religiosos que van à esta jornada, y conuersion, y de mi Maesse de campo General, don Iuan de Zaldiuar Oñate, y de los oficiales mayores, y de la maior parte de los Capitanes y oficiales del campo, y gente de paz y guerra del, digo: que en voz, y en nombre del christianissimo Rey don Felipe nuestro señor, vnico defensor, y amparo de la santa madre Yglesia, y su verdadero hijo, y para la corona de Castilla, y Reies, que de su gloriosa estirpe Reynaren en ella, è por la dicha, é para la dicha mi gouernacion, tomo y aprehen-

do,vna,dos, y tres vezes: vna,dos, y tres vezes: vna, dos, y tres vezes: y todas las que de derecho puedo, è deuo, la tenencia y possesion Real, y actual, cibil y criminal, en este dicho Rio del Norte, sin excetar cosa alguna, y sin ninguna limitacion, con las vegas, cañadas, y sus pastos y abreuaderos. Y esta dicha possesion tomo, y aprehendo, en voz, y en nombre de las demas Tierras, Pueblos, Ciudades, Villas, Castillos, y casas fuertes, y llanas, que aora estan fundadas, en los dichos Reynos, y Prouincias, de la nueua Mexico, y las á ellas circunuezinas, y comarcanas, y adelante por tiempo se fundaren en ellos, con sus montes, Rios, y Riberas, aguas, pastos, vegas, cañadas, abreuaderos, y todos sus Indios, natura-

turales, que en ellas ſe incluieren, y comprehendieren, y con la juriſdicion cibil y criminal, alta y baja, horca y cuchillo, mero mixto Imperio, deſde la hoja del monte, haſta la piedra del Rio, y arenas del, y deſde la piedra y arenas del Rio, haſta la hoja del Monte. Y yo el dicho Iuan Perez de Donis, Eſcriuano de ſu Mageſtad, y Secretario ſuſodicho, certifico y doi fee, que el dicho ſeñor Gouernador, Capitan general, y Adelantado de los dichos Reynos, en ſeñal de verdadera, y pacifica poſſeſion, y continuando los actos de ella, puſo y clauô, con ſus proprias manos, en vn arbol fijo, que para el efecto ſe aderezò, la Santa Cruz, de nueſtro Señor Ieſu Chriſto, y bol-

uiendose á ella, las rodillas en el suelo, dixo.

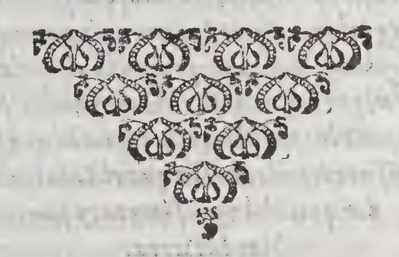
CRVZ Santa, que sois diuina puerta del Cielo, Altar del vnico, y essencial sacrificio, del cuerpo, y sangre del Hijo de Dios, camino de los Santos, y possesion de su gloria, Abrid la puerta del Cielo, à estos infieles, fundad la Yglesia y Altares, en que se ofresca el cuerpo y sangre, del Hijo de Dios: Abridnos camino de seguridad y paz, para la conuersion dellos, y conuersion nuestra, y dad à nuestro Rey, y á mi en su Real nombre, pacifica possession, destos Reinos, y Prouincias, para su Santa Gloria. Amen.

Y luego incontinente, fixó, y prendio, assimismo, con sus propias manos, en el estandarte Real, las Armas del Christianissimo Rey don Felipe, nuestro señor, de la vna parte, las Imperiales, y de la otra las Reales: y al tiempo y quando se puso, è hizo lo susodicho, se tocó el clarin, y disparò el arcabuzeria, con grandissima demonstracion de alegria, à lo que notoriamente parecio. Y su Señoria del dicho señor Gouernador, Capitan general, y Adelantado, para perpetua memoria, mandò que se autorice, y selle, con el sello maior de su oficio, y signado, y firmado, de mi nombre y signo, se guarde con los papeles de la jornada, y Gouernacion, y se saquen deste original, los traslados que quisieren,

 assen-

aſſentandoſe en el libro de la gouernacion, y lo firmó de ſu nombre, ſiendo teſtigos, los ſobredichos, Reuerendiſsimos, Padre Comiſſario, Frai Alonſo Martinez, Comiſſario Apoſtolico, Frai Franciſco de San Miguel, Frai Franciſco de Zamora, Frai Iuan de Roſas, Frai Alonſo de Lugo, Frai Andres Corchado, Frai Iuan Claros, Frai Chriſtoual de Salazar, Frai Iuan de San Buenauentura, Frai Pedro de Vergara, y don Iuan de Zaldiuar Oñate, mi Maeſe de campo, General, y los demas oficiales mayores, Capitanes, y ſoldados del exercito, ſobredichos, el dicho dia de la Aſcenſion del Señor, treynta, y vltimo de Abril, deſte año de mil y quinientos y nouenta y ocho años.

Tomada esta possesion, otro dia començò á marchar el campo, para passar el Rio del Norte, en la forma que diremos.



CANTO QVINZE.

COMO SALIO EL CAMPO PARA passar el Rio del Norte, y como ſe deſpachó el Capitan Aguilar, a eſpiar la tierra, y como eſtuuo para degollar, por auer quebrado el orden que le dieron, por cuya cauſa el Gouernador ſe adelanto para los pueblos, y de las coſas que fueron ſucediendo, hasta que el Gouernador quiſo hazer aſsiento, y poblar la tierra.



A cumbre mas ſubida, y mas gallarda,
Que al buen ſoldado illuſtra y le lebanta,
Dexo, la con que el alma ſe enrriqueze,
Es la noble nobleza de la honrra,
Que por ſolo valor, por excelencia,
Por prudencia, por ſer, y por esfuerço,
De virtud propria, vemos que ſe alcança,

Y por

Y porque ay grãdes honrras q̃ deshonrra,
Y vituperios ay tambien que honrran,
Solo ſe aduierte, nota, y ſe pratica,
Que aquella que es perfecta y verdadera,
Que no conſiſte en mas, que en merecerla,
Y ſi la grande alteza deſte guſto,
Faltaſe á los guerreros que profeſſan,
El belico exercicio, caſi apenas,
Hallaramos vn hombre que quiſiera,
Lleuar alegremente los trabajos,
Que el rigor de la guerra trae conſigo,
Si el triunfo deſta impreſſa no le hiziera,
Ligera aqueſta carga tan peſada,
Para arreſgar por ella cien mil vidas,
Y otras tantas con ellas ſi tuuiera,
Y aſsi llamados todos los ſoldados,
Deſta ſu vida, gloria lebantada,
Por ſolo merecerla, y alcançarla,
Bueltos al gran trabajo lebantaron,
A todo vueſtro campo, y le puſieron,
De eſſotra vanda de las aguas turbias,
Que del Norte decienden en vn pueſto,
Seguro y abundante, de buen paſto,
Cuia grandeza juntos la aſſentaron,

Desnudos, y descalços quebrantados,
A fuerça de sudor, y de los braços,
Hechos pedazos todos, ya rendidos,
Y porque ya muy cerca de poblado,
Sentia el General que el campo estaua,
Por preuenirse en todo, mandó luego,
Que Pablo de Aguilar con seys soldados,
En cauallos ligeros se aprestase,
Y con todo secreto y buen recato,
La tierra le espiase, y que si viesse,
Alguna poblacion, que luego al punto,
Qual la libiana jara que se arroja,
A la subida cumbre que en llegando,
Al puesto donde el arco le permite,
Luego la vemos todos que rebuelue,
Que assi luego boluiesse, sin que en esto,
Otra cosa ninguna dispensase,
Y para mas forçarle y obligarle,
Mandole que con pena de la vida,
Deste mandato expreso no excediesse,
Saliendo el Aguilar con este orden,
El campo fue marchando las riberas,
Deste copado Rio caudaloso,
Cuios incultos barbaros grosseros,

En la paſſada edad, y en la preſente,
iempre fueron de bronco entendimiẽto,
)e ſimple vida, bruta, no enſeñada,
cultiuar la tierra, ni romperla,
en adquirir hazienda, y en guardarla,
ambien de todo punto deſcuidados,
olo ſabemos viuen de la caza,
)e peſca, y de raizes que conozen.
ras cuia vida todos muy contentos,
)e las grandes Ciudades oluidados,
Bullicio de palacio, y altas Cortes,
Paſſan ſin mas zozobra ſus cuidados,
Eſtos con guſto bien nos ayudaron,
A paſſar por ſus tierras ſin rezelo,
eſtando ya ſeñor para dexarlos,
omando otra derrota deſte Rio,
legò Aguilar, y dixo auer entrado,
En el primero pueblo de la tierra,
in reſpecto ninguno de aquel orden,
Que nueſtro General mandò touieſſe,
Por cuia juſta cauſa eſtuuo á pique,
)e darle alli garrote, ſino fuera,
Por la fuerça de ruegos que cargaron,
Por el, y por la gente que lleuaua,

Ecepto Iuan Piñero, porque quiso,
Guardar en todo el orden que les dieron,
Y como no ay temor si con prudencia,
Preuenimos el golpe que amenaça,
Que vn sossegado puerto no nos muestre
Temiendo el General que luego alçasen,
Todos los bastimentos con presteza,
Los baruaros, y luego despoblasen,
Cincuenta buenos hombres, bien armados
Con el mandò que fuessen, y dexando,
Al Alferez Real por su teniente,
Lleuando à nuestro Padre Comissario,
Y al Padre fray Christoual, fue marchãdo
Con tan ligero passo, y presto curso,
Que muy breue se puso por sus tierras,
Y estando bien á vista de los pueblos,
Parece que la tierra estremecida,
Sintiendo la gran fuerça de la Iglesia,
Sacudiendo los idolos furiosa,
Con violencia horrible arrebatada,
Y tempestad furiosa y terremoto,
Estremecida toda y alterada,
Assi turbada fue con brauo asombro,
Cubriendo todo el cielo de entricadas,

Nu

Nuues tan densas, negras, y espantosas,
Que pauoroso pasmo nos causauan,
Viendolas encender por cien mil partes,
Con tremendos relampagos y fuegos,
Y vertiendo gran lluuia fue rompiendo,
Con truenos grimosissimos los montes,
Los valles, cerros, riscos, y collados,
Despidiendo de piedra tan gran fuerça,
Que rendidos los Padres se pararon,
Y al poderoso Dios á grandes vozes,
Socorro le pidieron, y acabada,
Toda la letania con sus prezes,
Sin otras oraciones que rezaron,
Con suma reuerencia alli contritos,
Condolido el Señor, mostrò la fuerça,
De aquel turbion grimoso lebantado,
Qual poderoso mar soberuio hinchado,
Que recogido el viento se sossiega,
Y vna grande bonança á todos muestra,
Assi dio buelta luego el alto Cielo,
Mostrandose tan claro, y tan sereno,
Qual suele estar el Sol, quando sus rayos,
Por medio de su curso nos descubre,
Con cuio noble tiempo fue llegando,
El

El General al pueblo, y luego juntos,
Los baruaros salieron á nosotros,
Y viendo al Comissario que lleuaua,
Arbolada vna Cruz en la derecha,
Todos con gran respecto la vesaron,
Y á nuestro General ouedecieron,
Alojandole dentro de su pueblo,
En cuias casas luego reparamos,
En vna grande suma que tenian,
De soberuios demonios retratados,
Feroces, y terribles por extremo,
Que claro nos mostrauan ser sus dioses,
Porque al dios del agua, junto al agua,
Estaua bien pintado, y figurado,
Tambien al dios del monte, junto al mõte,
Y junto á pezes, siembras, y batallas,
A todos los demas que respetauan,
Por dioses de las cosas que tenian,
Y tienen vna cosa aquestas gentes,
Que en saliendo las mozas de donzellas,
Son á todos comunes, sin escusa,
Con tal que se lo paguen, y sin paga,
Es vna vil bageza, tal delito,
Mas luego que se casan viuen castas,

Contenta cada qual con ſu marido,
Cuia coſtumbre, con la grande fuerça,
Que por naturaleza ya tenian,
Teniendo por certiſsimo noſotros,
Seguiamos tambien aquel camino,
Iuntaron muchas mantas bien pintadas,
Para alcançar las damas Caſtellanas,
Que mucho apetecieron y quiſieron,
Tambien notamos, ſer aqueſtas gentes,
Manchadas del beſtial pecado infame,
Y en eſto fue tan ſuelta ſu ſoltura,
Que ſino diera gritos vn muchacho,
De nueſtra compañia, le rindiera,
Vn baruaro de aquellos que por fuerça,
Le quiſo ſugetar, y ſino fuera,
Por la gran tierra que por medio puſo,
Fuera caſo impoſsible que quedara,
Semejante delicto ſin caſtigo,
Con eſto fuimos todos por los pueblos,
Con notable contento, aunque aguado,
Por no ſaber las lenguas deſtas gentes,
Y darles à entender nueſtros intentos,
Y por ſer otro dia aquella fieſta,
Del gran ſan Iuan Baptiſta, luego quiſo,

El

El General que el campo ſe aſſentaſe,
En vn gracioſo pueblo deſpoblado,
De gentes y vezinos, y abundoſo,
De muchos baſtimentos que dexaron,
Aqui con gran recato preuenidos,
La mañana gracioſa celebraron,
En los cauallos de armas los ſoldados,
En dos contrarios pueſtos diuididos,
Cuias ligeras puntas gouernauan,
En vna bien trabada eſcaramuça,
El buen Maeſe de campo, y gran Sargento,
Las poderoſas lanças reboluiendo,
Con vizarro donaire deſembuelto,
Y luego que los vnos y los otros,
Rompieron grueſſas lanças y prouaron,
Las fuerças de ſus pechos en torneos,
Que con bella deſtreza tornearon,
Quedaron para ſiempre ſeñalados,
Por buenos hõbres de armas, y đ impreſas,
El Maeſe de campo, y el Sargento,
El Capitan Queſada, con Bañuelos,
El Capitan Marçelo de Eſpinoſa,
Pedro Sãchez, Monrroi, y Antonio Cõde,
El Alferez Romero, Alonſo Sanchez,

Iuan de Leon, Damiero, y los Robledos,
Acabadas las fiestas, luego entraron,
Tres baruaros graciosos desembueltos,
Y estando el General con gran contento,
Con todos los soldados platicando,
Assi los tres se fueron á su puesto,
Y estando junto del, algo risueño,
El vno dellos, dixo en altas vozes,
Iueues, y Viernes, Sabado, y Domingo,
Y qual si fuera aquella gran culebra,
Que en la expulsiõ de los Tarquinos vierõ
Ladrar dentro de Roma los Romanos,
Que atonitos quedaron del portento,
Assi desatinados nos colgamos,
De la lengua de aquel que mas no quiso,
Hablar otra palabra Castellana,
Y visto el General su gran silencio,
A todos los prendio, por cuia causa,
El mismo baruaro algo temeroso,
Dixo Thomas, Christoual, señalando,
Que los dos destos nombres, dos jornadas,
Estauan de nosotros, bien cumplidas,
Y apurandole mucho conozimos,
Que nunca jamas supo mas palabras,

Que aquestas que nos dixo Castellanas,
Con sola aquesta lumbre alegres todos,
Lleuandolos con gusto y con recato,
Salio el Gouernador con toda priessa,
En busca de los dos que baptizados,
Por los dos Santos nombres parecian,
Y haziendo jornada en vn buen pueblo,
Que Púarái llamauan sus vezinos,
En el á todos bien nos recibieron,
Y en vnos corredores jaluegados,
Con vn blanco jaluegue recien puesto,
Barridos y regados con limpieça,
Lleuaron à los Padres, y alli juntos,
Fueron muy bien seruidos, y otro dia,
Por auerse el jaluegue ya secado,
Dios que à su santa Iglesia siẽpre muestra,
Los Santos que por ella padezieron,
Hizo se trasluziesse la pintura,
Mudo Predicador, aqui encubrieron,
Con el blanco barniz, porque no viessen,
La fuerça del martirio que passaron,
Aquellos Santos Padres Religiosos.
Fray Agustin, Fray Iuan, y Fray Frãcisco,
Cuios illustres cuerpos retratados,

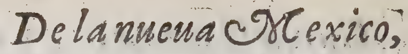
Los baruaros tenian tan al viuo,
Que porque vuestra gente no los viesse,
Quisieronlos borrar con aquel blanco,
Cuia pureza grande luego quiso,
Mostrar con euidencia manifiesta,
Que à puro azote, palo, y piedra fueron,
Los tres Santos varones consumidos,
Y como siempre prende el que assegura,
Mandò el Gouernador con gran recato,
Que allì desentendidos se mostrasen,
Y que en manera alguna no pusiessen,
La vista en la pintura, pues con esto,
Assegurados todos passarian,
Al pueblo de Thomas, y de Christoual,
Y assi con el secreto que importaua,
Cuia custodia y guarda es vna cosa,
Con gran razon de todos estimada,
Quando el Baruaro pueblo ya entregado,
Estaua con reposo al duze sueño,
Qual vn valiente tigre que agachado,
Con el oydo atento y vista aguda,
Los gruessos pies y manos va sacando,
El poderoso lomo recogiendo,
Para alentar mejor el presto salto,

Sobre el ligero pardo descuidado,
Assi quando rindieron la modorra,
Salio de aqueste pueblo recatado,
Nuestro Gouernador, y fue marchando,
La noche toda en peso, y puso cerco,
Al pueblo de los dos que se llamauan,
Christoual, y Thomas, en cuias casas,
Aquellos que prendimos nos pusieron,
Y luego dentro dellas se arrojaron,
El prouehedor Zubra, y Iuan de Olague,
El Alferez Zapata, y Leon de Isasti,
Munuera, Iuan Medel, Alonso Nuñez,
Y Pedro de Ribera, Gentilombre,
De vuestro General, y de su mesa,
Francisco Vazquez, y Christoual Lopez,
Manuel, Francisco, Vido, y Montesinos,
Segundo Paladin en bien seruiros,
Que estos dieron con ellos en la cama,
Y della los sacaron y truxeron,
A nuestro General, con quien hablaron,
En Español, y en lengua Mexicana,
Diziendo que ellos eran ya Christianos,
Y que fueron de aquellos que Castaño,
Trujo de nueua España, y que quisieron,

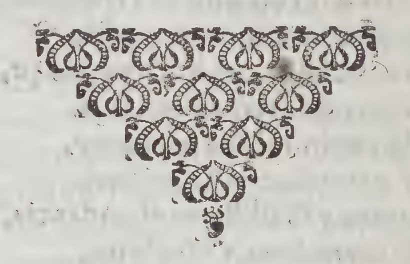
Quedarse en aquel puesto donde estauan,
A vsança de la tierra ya casados,
Nunca jamas se hallò tan gran tesoro,
Ni bien tan lleno, rico y abundoso,
Quanto el Gouernador, sintio tenia,
Con los dos baptizados que delante,
Con el hablauan lengua que entendia,
Y que tambien sabian y alcançauan,
Aquella que los baruaros vsauan,
Mediante cuios medios luego pudo,
Manifestar su intento, y sus conceptos,
Por toda aquella tierra donde vimos,
Muy buenas poblaciones assentadas,
Por sus quartos y plaças bien quadradas,
Sin genero de calles, cuias casas,
Tres, cinco, seys, y siete, altos suben,
Con mucho ventanaje y corredores,
A la vista graciosa desde afuera,
Cuios vezinos tienen tantas hembras,
Quantas les es posible que sustenten,
Son lindos labradores por extremo,
Ellos hilan y tejen, y ellas guisan,
Edifican, y cuidan de la casa,
Y visten de algodon vistosas mantas,

De diuersos colores matizados,
Son todos gente llana y apazible,
De buenos rostros bien proporcionados,
Rebueltos, prestos, sueltos, y alentados,
No mancos, no tullidos, no con trechos,
Mas de salud entera reforçada,
De miembros muy biē hechos y trabados,
Y tienen vna cosa aquestas gentes,
Digna de noble estima y excelencia,
Y es, que nunca han tenido, ni han vsado,
Ninguna borrachera ni breuage,
Con que puedan priuarse de sentido,
Argumento euidente que los tiene,
La Magestad del Cielo ya dispuestos,
Para el rebaño santo, que escogido,
Estaua para saluarse señalado,
Son lindos nadadores por extremo,
Los hombres y mugeres, y son dados,
Al arte de pintura, y noble pesca,
No tienen ley, ni Rey, ni conozemos,
Que castiguen los vicios ni pecados,
Es toda behetria no enseñada,
A professar justicia, ni tenerla,
Y con sus persticiosos hechizeros,

Idolatras perdidos, inclinados,
A cultiuar la tierra, y à labrarla,
Cogen frisol, maiz, y calabaça,
Melon, y endrina rica de Castilla,
Y vbas en cantidad por los desiertos,
Y despues que con ellos nos tratamos,
Cogen el rubio trigo y hortaliza,
Como es lechuga, col, haua, garbanço,
Cominos, zanaorias, nabos, ajos,
Zebolla, cardo, rabano, y pepino,
Tienen graciosa cria de gallinas,
De la tierra, y Castilla, en abundancia,
Sin el carnero, baca, y el cabrito,
Tienen caudales Rios, abundosos,
De gran suma de pezes regalados,
Como es bagre, mojarra, y armadillo,
Corbina, camaron, robalo, aguja,
Tortuga, anguila, truchas, y sardinas,
Sin otra buena suma que notamos,
En tanta cantidad que à solo anzuelo,
Vn solo Castellano, en solo vn dia,
A venido con seys y mas arrobas,
De pezes regalados, y no cuento,
Otras cosas grandiosas que la tierra,



Produze, abraza, y tiene de nobleza,
Con cuias buenas partes muy gustosos,
Hizimos el asiento que tenemos,
Segun que en otro canto lo veremos,



CAN-

CANTO
DIEZ Y SEYS.

COMO HIZO ASSIENTO EL GOuernador, con todo el Campo, en vn pueblo de Baruaros á quien pusieron por nombre, San Iuã de Caualleros, y del buen hospedaje de los Indios, y motin de los soldados, y fuga que hizieron quatro dellos, y castigo que en los dos se hizo, saliendo el autor, hasta tierra de paz tras dellos, y de la primera Yglesia que se hizo.



O tiene el mundo gusto tan gustoso,
Que compararse pueda, al que recibe,
La gente de vna flota contrastada,
Quando de brauos vientos combatida,
Seguro y dulze puerto va tomando,
En sossegado aluergue conozido,

No de otra ſuerte todo vueſtro campo,
Al cabo de fortunas y ſuceſſos,
Tiempos y deſuenturas tan peſadas,
Alegre y con gran guſto fue arribando,
Hazia vn gracioſo pueblo bien trazado,
A quien ſan Iuan por nombre le puſieron,
Y de los caualleros por memoria,
De aquellos que primero lebantaron,
Por eſtas nueuas tierras y Regiones,
El ſangriento eſtandarte donde Chriſto,
Por la ſalud de todos fue arbolado,
Aqui los Indios todos muy guſtoſos,
Con noſotros ſus caſas diuidieron,
Y luego que alojados y de aſsiento,
Haziendo vezindad nos aſſentamos,
Eſtando el General comiendo vn dia,
Lebantaron los baruaros vn llanto,
Tan alto y eſpantoſo, que penſamos,
Auer llegado el vltimo remate,
De la tremenda cuenta, y poſtrer punto,
Del fin vniuerſal de todo el mundo,
Por cuia cauſa todos alterados,
Confuſſos preguntamos á las lenguas,
La çauſa de aquel llanto, y nos dixeron,

Que lloraua la gente por el agua,
Que mucho tiempo ya paſſado auia,
O las nuues jamas auian regado,
La tierra, que de ſeca por mil partes,
Eſtaua tan hendida y tan ſedienta,
Que no le era poſsible que criaſe,
Ninguna de las ſiembras que tuuieſſe,
Por cuia cauſa luego el Comiſſario,
Y el Padre Fray Chriſtoual confiados,
En aquel ſumo bien por quien viuimos,
Mandaron que en voz alta les dixeſſen,
Que no lloraſen mas, ni ſe canſaſen,
Porque ellos rogarian à ſu Padre,
Que eſtaua hallá en el Cielo, ſe dolieſſe,
De toda aquella tierra, y que eſperauan,
Que aunque inobedientes hijos eran,
Que à todos muchas aguas les daria,
Y que eſtas que vendrian de manera,
Que todos los ſembrados ſe cogieſſen,
Y aſsi como los niños tiernos callan,
Quando ciertos les hazen de las coſas,
Porque ſe afligen, lloran, y fatigan,
Aſsi callados todos ſoſſegaron,
Eſperando les dieſſen cierta el agua,

Por

Por quien llorauan tanto, y se afligian,
Y apenas otro dia fuè llegando,
La hora deste llanto, quando el Cielo,
Cubriendose de nuues fue vertiendo,
Por toda aquella tierra tantas aguas,
Que espantados los barbaros quedaron,
De la merçed que alli el Señor nos hizo,
Tras deste buen sucesso luego vino,
Vn Indio bautizado, que Iusepe,
Dixo que se llamaua, y que venia,
Huiendo de la gente que auia entrado,
Contra vando, y sin orden, con Bonilla,
Y dio por nueuas, que vn soldado Vmaña,
Le dexaua ya muerto á puñaladas,
Por vandos y pasiones que tuuieron,
Y que este por Gouernador quedaua,
Tambien por General de aquella gente,
Que Riberas de vn Rio le dexaua,
Tan ancho y caudaloso, que tenia,
Vna cumplida legua, y que distaua,
De nuestro nueuo asiento, y estalage,
Seyscientas largas millas bien tendidas,
Y dixonos con esto, que cebado,
De la noticia grande que tenia,

De muchas poblaciones abundosas,
De gran suma de oro, se yua entrando,
La tierra mas adentro, y que pensaua,
Passar con ciertas balsas aquel Rio,
Por entender que estaua bien poblado,
Respecto de los humos que visibles,
De aquesta vanda todos descubrian,
Tambien nos dio noticia auian passado,
Por vn pueblo tan grande, que estuuieron,
Vn dia y medio, en solo atrauessarle,
Y que de miedo que de Vmaña tuuo,
Respecto de los muchos que ahorcaua,
Quiso con presta fuga alli dexarlos,
En este medio tiempo vnos soldados,
Amotinando el campo fueron pressos,
Y entre ellos Aguilar, por cuia causa,
Queriendo el General hazer castigo,
Fueron tantos aquellos que cargaron,
Con lagrimas, lamentos, y con ruegos,
Que general perdon alli alcançaron,
Por cuia causa todos consolados,
Por solo aqueste hecho se ordenaron,
Vnas solemnes fiestas que turaron,
Vna semana entera, donde vbo,

Iuego

Iuego de cañas,toros,y ſortija,
Y vna alegre comedia bien compueſta,
Regozijos de moros y Chriſtianos,
Con mucha artilleria,cuio eſtruendo,
Causò notable eſpanto y marauilla,
A muchos brauos baruaros que auian,
Venido por eſpias á eſpiarnos,
Y à ver las fuerças y armas que alcançauan
Alli los Eſpañoles cuio brio,
De ninguna nacion fue mas notado,
Como deſpues veremos adelante,
Que de la fuerça de Acoma que tuuo,
Entre noſotros vna grande eſpia,
Que muy larga razon lleuò de todo,
Pues luego que eſtas fieſtas ſe acabaron,
Como el perdon á vezes es gran parte,
Para que nueuas culpas ſe cometan,
Parece que vnos pobres oluidados,
De la infamia y bageza que emprendian,
En boluer las eſpaldas á la Igleſia,
A vueſtro General y al eſtandarte,
Y à ſus hermanos,deudos,y parientes,
Hurtando vna gran parte de cauallos,
Hizieron fuga,ſiendo los primeros,

Que à tal infamia abrieron el camino,
Mas Dios nos libre quãdo quiebra y rõpe,
El hancora sagrada de obediencia,
La naue, y con fortuna se abalança,
Por lebantados riscos, y asi suelta,
Perdido ya el gouierno y arrastrando,
Los poderosos calles donde asida,
Estuuo, y sin zozobra de anegarse,
Que quando asi perdida vemos pierde,
El miedo á todo trance, Dios nos libre,
Que á tanta desuentura nadie llegue,
Auiendo pues perdido la verguença,
Y hecho fuga aquestos desdichados,
Mandó el Gouernador que luego al punto
Tras dellos yo saliesse, y me aprestase,
y porque aquesta causa bien se hiziesse,
Mãdó que Iuã Medel, Ribera, y Marquez,
Como leales siempre en bien seruicos,
A castigar tan gran delicto infame,
Saliessen asimismo y ayudasen,
Y que doquiera que el alcançe fuesse,
Que alli luego las vidas les quitase,
Con cuio mandamiento luego fuimos,
Catorze dias siempre por la posta,

Gran

Gran ſuma de trabajos padeziendo,
Y dandoles alcançe qual Torquato,
Que al muy querido hijo mandò luego,
Por tranſgreſſor del vando quebrãtado;
Que la cabeça de los triſtes hombros,
Alli le deſtroncaſen y quitaſen,
Aſsi á los dos mandamos degollaſen,
Y libres otros dos ſe libertaron,
Dexandonos alli la caualllada,
Y como todo aqueſto ſucedieſſe,
Cerca de Santa Baruara ſalimos,
Forçados de gran hambre á ſocorrernos,
Deſde cuios aſsientos eſcreuimos,
A vueſtro Viſſorrey lo que paſſaua,
Aſsi en eſta cauſa como en todas,
Las que en tan largo tiempo nos paſſaron,
Y como el Real Alferez Peñaloſa,
Llegò con todo el campo ſin diſguſto,
Al pueblo de ſan Iuan los Religioſos,
Hizieron luego Igleſia y la bendijo,
El Padre Comiſſario, y baptizaron,
Mucha ſuma de niños con gran fieſta,
En eſto el General mandò ſalieſſe,
El Sargento mayor, y que arrancaſe,

Cincuenta buenos hombres, y que fueſſe,
A deſcubrir la fuerça de ganados,
Que los llanos de Zibola criauan,
Pues como aqueſto luego ſe hizieſſe,
Salio marchando, y en vn freſco Rio,
De ziruelas cubierto, y de peſcado,
Alegres deſcanſaron y ſe fueron,
Por otros muchos Rios abundoſos,
De muchas aguas, pezes, y arboledas,
Donde con ſolo anzuelo ſucedia,
Sacar quarenta arrobas de peſcado,
En menos de tres horas los ſoldados,
Pues yendo aſsi marchando acaſo vn dia,
Auiendo hecho alto por las faldas,
De vna pequeña loma, junto á vn Rio,
Por vn repecho vieron que aſſomaua,
Vna figura humana con orejas,
De caſi media vara, y vn hozico,
Horrible por extremo, y vna cola,
Que caſi por el ſuelo le arraſtraua,
Beſtido con vn juſto muy manchado,
De roja ſangre todo bien teñido,
Con vn arco y carcax, amenaçando,
A toda vueſtra gente con meneos,

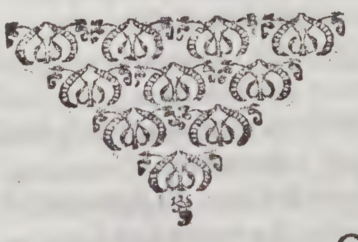
Saltos, y con amagos nunca vistos,
Y mandando el Sargento que estuuiessen,
Apercebidos todos, y aguardasen,
A ver en que paraua tal ensayo,
Notaron que era vn Indio que venia,
A no mas que espantarlos, porpue tuuo,
Por cosa cierta, que los Españoles,
Dexaran el bagaje y se acogieran,
Y que el fuera señor de todo aquello,
Que alli lleuauan todos descuidados,
De la baruara burla de aquel bruto,
Por cuia causa juntos se mostraron,
Alebrastados, timidos, cobardes,
Fingiendo se escondian temerosos,
Entre la misma ropa que lleuauan,
Y assi notando el Indio que temian,
Entre ellos se metio haziendo cocos,
Al cabo de los quales le cogieron,
Y la mascara luego le quitaron,
Y assi corrido, triste, auergonçado,
Llorando les pidio que le boluiessen,
Aquel reboço, el qual con grande risa,
Chacota, y passatiempo, le boluieron,
Y no quiso el Sargento que se fuesse,

Hasta que muy risueño, alegre y ledo,
Con todos se mostrase, y esto hecho,
El baruaro se fue por su camino,
No menos disgustoso que contento,
Tras desto luego fueron â otro Rio,
Donde vieron à vn baruaro gallardo,
Mucho mas blãco y zarco, que vn flamẽco;
Con vna buena esquadra de flecheros,
Que con pausado espacio se venia,
Hazia los Españoles, y en llegando,
Con grande grauedad y gran mesura,
A todos los miró muy sossegado,
Y viendo alli el Sargento su descuido,
Su pausa, y su silencio, y poco caso,
Que de todos hazia, y que apenas,
Quiso alçar los ojos para nadie,
Mandò que se llegasen, y á la oreja,
Vn buen mosquete alli le disparasen,
Con fin de que temiesse y se assombrase,
Pues haziendose asi, qual sino fuera,
La fuerça del mosquete disparado,
Alçò la blanca mano, y con el dedo,
Escaruando el oydo con espacio,
Al punto le quito, y quedò tan sesgo,

Como si de vn fino marmor fuera,
Viendo pues el Sargento tal prodigio,
Mandò que con respecto le tratasen,
Y assiendole del braço cortes mente,
Vn gran cuchillo quiso presentarle,
Y tomandole el baruaro mirole,
Y boluiendo la mano poca cosa,
A los suyos le dio, y luego ellos,
De su misma pretina le colgaron,
Con esto le pidieron que vna guia,
Fuesse seruido darles, y que fuesse,
Tal que à todos juntos los lleuase,
A los llanos que todos pretendian,
Apenas lo dixeron quando luego,
Mandò que cierto baruaro saliesse,
De aquellos que con el auian venido,
Y que qual buen piloto los lleuase,
Hasta los mismos llanos que dezian,
Iamas se vio sentencia rigurosa,
Ni perdida de vida mas temida,
Que el baruaro temio tan gran mandato,
Y qual si yunque fuera no le vieron,
Aunque muy demudado y alterado,
Estremezido todo y sin aliento,

Que replica tuuieſſe, ni hablaſe,
Con eſto los dexò, y qual ſe vino,
Con repoſados paſſos fue boluiendo,
Y luego con la guia fue marchando,
El Sargento mayor, y ſiempre quiſo,
Que poſtas á la guia ſe puſieſſen,
Porque fuga no hizieſſe y los dexaſe,
Pues velando Cortes el triſte quarto,
Que dizen de modorra, fue rompiendo,
La fuerça de priſion el Indio cauto,
Y aſsi como cometa que ligero,
Traſpone ſu carrera, aſsi traſpuſo,
Y el Eſpañol tras del, y con preſteza,
El curſo apreſuraron de manera,
Que corrieron dos leguas bien tiradas,
Al cabo de las quales ya rendido,
El Cortes ſe quedò deſatinado,
Lleno de corrimiento y de verguença,
Pues como no ſupieſſe ni entendieſſe,
El Sargento mayor, ni otro alguno,
El camino y derrota que lleuauan,
El vno tras del otro diſguſtoſos,
Eſperando eſtuuieron haſta el alua,
Y eſtando con grandiſsima triſteza,

Porque era medio dia ya paſſado,
A coſa de las tres llegò ſudando,
Con doze brauos baruaros diſpueſtos,
Y con gentil donaire y deſenfado,
A todos denodado fue diziendo,
Si como fueron doze fueran ciento,
A todos los truxera, y fuera paga,
Conforme al Euangelio ſacroſanto,
El vno ſe me fue, y aqueſtos traigo,
Y no viniera aca ſino ſupiera,
Que bien puede ſuplir por vno ſolo,
Qualquiera de los doze que aqui vienen,
Con eſto alegres todos y contentos,
Arrancaron de alli, cuia memoria,
Será bien que ſe cante en nueua hiſtoria,



CAN-

CANTO DIEZ Y SIETE.

COMO SALIO EL SARGENTO con las nueuas guias, que trujo Marcos Cortes, y como llegó à los llanos de Zibola, y de las muchas vacas que vio en ellos, y de la obediencia que dieron los Indios al Gouernador, y salida que hizo, para los pueblos en cuya vista determinò, que en llegando el Sargento mayor al Real, quedase gouernando, y que el Maese de Campo saliesse, para yr cõ el al Mar del Sur, para lo qual despachò mensagero proprio, para que saliesse tras del con treynta hombres.



VE quiebra puede ser en si tan grande,
Que facil no se enmiende, y ponga en punto,
Si es hombre de valor y de verguença,

Aquel por quien ſucede vn caſo triſte,
Auiendo pues el buen Cortes perdido,
El baruaro en la vela y en la fuga,
Ocupado de empacho y de verguença,
Se fuè por vna ſenda muy hollada,
De gente natural de aquella tierra,
Y acaſo derrotados del camino,
Vio ſolos doze baruaros deſnudos,
Con impetu furioſo venir ciegos,
Tras de vn valiente cierbo que venia,
Tambien de temor ciego por el pueſto,
Por donde cuidadoſo yua marchando,
Y luego que le vido deſembuelto,
Dio buelta al arcabuz, y alargò en trecho,
Cogiendole en el ayre lebantado,
Con la fuerça del ſalto poderoſo,
Dio con el muerto en tierra, y con el humo
De la encendida llaue deſcubierto,
Los baruaros le vieron y quedaron,
No menos muertos, q̃ el q̃ en tierra eſtaua,
Penſando que era Dios, pues con vn rayo,
De ſus valientes manos deſpedido,
El animal ligero que ſeguian,
Y no pinadamente fue priuado,
De

De la vida y aliento qne lleuaua,
Viendolos pues ſuſpenſos y parados,
Atonitos del caſo nunca viſto,
A todos los llamò que ſe llegaſen,
Y ellos bien temeroſos y encogidos,
Arraſtrando los arcos por el ſuelo,
Mudos, ſuſpenſos, triſtes, cabizbajos,
Por no ſer ſin penſar alli abraſados,
Paſmados, y temblando ſe acercaron,
Al pueſto y eſtalage donde eſtaua,
El valiente Eſpañol con brauo imperio,
En eſto quatro baruaras vinieron,
Por eſte miſmo pueſto atraueſando,
Con vna buena requa bien cargada,
De perros, que en aqueſtas partes vſan,
Traerlos á la carga, y trabajarlos,
Como ſi fueran mulas de requaje,
Y aunque pequeños, lleuan tres arrobas,
Y quatro, y andan todos laſtimados,
Qual ſuelen nueſtras beſtias con la carga,
Que ſe les va aſſentando con deſcuido,
A eſtas dio dio Cortes el gran cierbo,
Y deſpues que á los baruaros hablaron,
Todas de miedo, y de temor cubiertas,

Alli le lebantaron encogidas,
Y ellos con gran respecto se vinieron,
Con el fuerte estremeño, que les dixo,
Que con el se viniessen, y assi juntos,
A todos los lleuaron à los llanos,
Donde vieron vn toro desmandado,
Con cuia vista luego los cauallos,
Bufando y resurtiendo, por mil partes,
A fuerça de la espuela y duro freno,
Hizieron los ginetes se llegasen,
Y alli todos en coso le truxeron,
Con grande regozijo, y con espanto,
De la baruara gente que notaua,
Aquel imperio y magestad tan grande,
Con que los Españoles apremiauan,
El impetu y fiereza de animales,
Tan fuertes y animosos como aquellos,
Que cada qual regia y gouernaua,
Y por solo causarles mayor grima,
Mandò el Sargento todos sossegasen,
Y poniendose enfrente desta bestia,
Vn ligero valazo, con el fuego,
Del arcabuz ligero fue impeliendo,
Por medio de los sesos que tenia,

Con tan viua preſteza que en vn punto,
Los quatro pies abiertos puſo en tierra,
El vientre rebolcando y dando buelta,
Quedó ſin vida, hierto, eſtremeciendo,
Sobre el tendido lomo ſuſtentado,
Con eſto todos juntos ſe metieron,
Los llanos mas á dentro, y encontraron,
Tanta ſuma y grandeza de ganados,
Que fue coſa eſpantoſa imaginarlos,
Son del cuerpo que toros Caſtellanos,
Lanudos por extremo, corcobados,
De regalada carne y negros cuernos,
Lindiſsima manteca, y rico ſebo,
Y como los chibatos tienen barbas,
Y ſon á vna mano tan ligeros,
Que corren mucho mas que los venados;
Y andan en atajos tanta ſuma,
Que veynte y treynta mil cabeças juntas,
Se hallan ordinarias muchas vezes,
Y gozan de vnos llanos tan tendidos,
Que por ſeyſcientas, y ochocientas leguas,
Vn ſoſſegado mar parece todo,
Sin genero de cerro ni vallado,
Dõde en manera alguna pueda el hombre,

Topar

Topar la viſta acaſo, o detenerla,
En tanto quanto ocupa vna naranja,
Si aſsi puede dezirſe tal exceſſo,
Y es aqueſto ſeñor en tanto extremo,
Que ſi por triſte ſuerte ſe perdieſſe,
Alguno en eſtos llanos no ſeria,
Mas que ſi ſe perdieſſe y ſe hallaſe,
Enmedio de la mar ſin eſperança,
De verſe jamas libre de aquel trago,
Queriendo pues en eſtos grandes llanos,
El Sargento mayor coger algunas,
De aqueſtas vacas ſueltas y traerlas,
Al pueblo de ſan Iuan, porque las vieſſen,
Mandò que vna manga ſe hizieſſe,
De fuerte palizada prolongada,
La qual hizieron luego con preſteza,
El Capitan Ruyz, y Iuan de Salas,
Iuan Lopez, Andres Perez, y Iuan Griego,
Tras deſtos Pedro Sanchez Damiero,
Iuan Guerra, Simon Perez, y Eſcalante,
Aloñſo Sanchez Boca Negra, y Reyes,
Y Iorge de la Vega, y Iuan de Olague,
Y el buen Chriſtoual Lopez, Mallea,
Y luego que la manga ſe compuſo,

Salie

Salieron para dar el auentada,
Todos los ſobredichos, y con ellos,
El prouehedor, y aquellos Capitanes,
Aguilar, y Marçelo de Eſpinoſa,
Domingo de lizama, con Ayarde,
Christoual Sanchez, y Franciſco Sanchez,
Iuan de Leon, Zapata, y Cauanillas,
Pedro Sanchez, Monrroy, Villabiciosa,
Y Franciſco de Olague, y los Robledos,
Iuan de Pedraça, con Manuel Franciſco,
Carabajal, Carrera, y los Hinojos,
Iuan de Vitoria, Ortiz, y los Varelas,
Franciſco Sanchez el Caudillo, y Soſa,
Todos en buenas yeguas voladoras,
Auentando ſalieron el ganado,
Y aſsi como la manga deſcubrieron,
Qual poderoſo viento arrebatado,
Que remata en vn grande remolino,
Aſsi fue reparando y reboluiendo,
La fuerça del ganado lebantando,
Vn terremoto eſpeſo tan cerrado,
Que ſi junto á vnas peñas no ſe halla,
La ſoldadeſca toda guarecida,
No quedára ninguno que hecho pieças,
Entre

Entre ſus miſmos pies no ſe quedara,
Por cuia cauſa luego dieron orden,
Que el ganado en paradas ſe mataſe,
Y todo aſsi diſpueſto hizieron carne,
Para boluerſe luego, y deſpidieron,
Con notables caricias à los doze,
Que el buen Marcos Certes auia traido,
Dandoles muchas cuentas y abalorios,
Con que todos ſe fueron eſpantados,
De ver la fuerça y armas de Eſpañoles,
Los quales vieron ſiempre en eſtos llanos
Gran ſuma de vaqueros, que apie matan,
Aqueſtas miſmas vacas que dezimos,
Y dellas ſe ſuſtentan y mantienen,
Toda gente robuſta y de trabajo,
Deſenfadada, ſuelta, y alentada,
Y tienen lindas tiendas por extremo,
Y lindos y luzidos pabellones,
Del cuero de las vacas, cuio adobo,
Es tan tratable y dozil, que mojado,
Aqueſte miſmo cuero que dezimos,
Buelue deſpues de ſeco mas ſuabe,
Que ſi fuera de lienço, o fina olanda,
En eſte medio tiempo y coiuntura,

Eſtando hallá en ſan Iuan, que no dormian,
Iuntos el General, y el Comiſſario,
De parte de la Igleſia ſacroſanta,
Y de vueſtra grandeza generoſa,
Vnanimes los dos, determinaron,
Que alli los Capitanes principales,
De todas las Prouincias ſe juntaſen,
Por cuia cauſa luego deſpacharon,
El libro de memoria, que era el ſello,
Con que era el General obedecido,
De toda aquella tierra, porque en viendo,
Los baruaros el libro ſe rendian,
A todo lo que aquel que le lleuaua,
De parte el General les proponia,
Pues como ſin tardança obedecieſſen,
Sin exceder en coſa de aquel tiempo,
Que á todos les fue pueſto y ſeñalado,
Iuntos en vna plaça les propuſo,
El noble General con buena gracia,
Preſente el Secretario, y todo el campo,
Y el Padre Comiſſario, y Religioſos,
Que la cauſa de auerlos el llamado,
Era ſolo el amor que les tenia,
Y que eſte le oprimia, y le forçaua,

A que les enſeñaſe vna gran coſa,
Que mucho le peſaua que tan ciegos,
En ella tantos tiempos eſtuuieſſen,
Pues ſin que la ſupieſſen y alcançaſen,
No era poſsible que ninguno dellos,
Deſpues que muerto fueſſe, que dexaſe,
De arder para ſiempre en los infiernos,
Y que para librarlos deſte fuego,
Y que gozaſen de vn deſcanſo alegre,
Era fuerça ſupieſſen y alcançaſen,
Que eſtaua vn gran ſeñor allá en el Cielo,
De tan grande poder, y tanto imperio,
Que con ſolo querer aquello hazia,
Queriendo que ſe hizieſſe, y que ſe obraſe,
Y que con eſte miſmo ſeñorio,
Deshazia y quitaua todo aquello,
Que tenia ya hecho y lebantado,
Cuia verdad muy claro les moſtraua,
Aqueſte gran ſeñor que les dezia,
A ellos miſmos, ſi notar quiſieſſen,
Pues ſin obra de manos vian todos,
Crecer las mieſſes, arboles, y plantas,
Marchitarſe deſpues y deshazerſe,
Llouer y granizar el alto Cielo,

Y moſtarſe deſpues claro y ſereno,
Venir el Sol, y luego las Eſtrellas,
Tener ſalud el hombre, y en vn punto,
Perderla ſin que manos le tocaſen,
Cuias obras grandioſas y admirables,
Era razon ſupieſſen y entendieſſen,
Erã hechas y obradas todas ellas,
Con ſola voluntad, y no otra coſa,
Y que de aqueſta ſuerte, traza y modo,
Eſte miſmo ſeñor, ſin mas ayuda,
Auia hecho el Cielo, Sol y Luna,
Eſtrellas, y los campos, y las aguas,
Los pezes, y las aues, y los montes,
Y vna gran ſuma de Angeles que eſtauan,
Siruiendole en el Cielo, y à los hombres,
Que auitan en la tierra, y que importaua,
Saber que en todas partes aſsiſtia,
Aqueſte gran ſeñor, y ſe moſtraua,
Mas dentro de las coſas que criaua,
Que ellas eſtauan dentro de ſi miſmas,
Sabiendo y penetrando el penſamiento,
Y voluntad que cada qual tenia,
En obrar bien, o mal, y que camino,
Era aquel que lleuaua, y que cuenta,

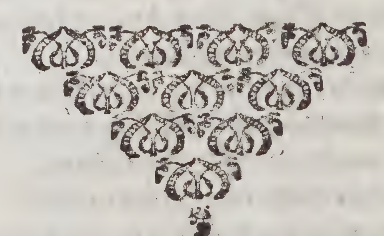
Hazia de la ley que no podia,
Negar qne la ignoraua, y no ſupieſſe,
Pues todos dicernian y ſabian,
Qual era malo, o bueno, cuias obras,
En bien, o mal ninguno ſe eſcuſaua,
De dar eſtrecha cuenta en la otra vida,
Porque aunque libres Dios a todos hizo,
Para eſcoger aquello que quiſieſſen,
A todos les forçò a que alcançaſen,
Y juntamente claro conozieſſen,
Ser llegado a razon ſeguir lo bueno,
Y culpa y ceguedad ſeguir lo malo,
Y por ſi en la eleccion deſtas dos coſas,
Alguno diſcrepaſe les hazia,
Ciertos de gloria y pena, ſegun fueſſe,
Malo, o bueno, el camino que lleuaſen,
Y que por ſolo aqueſto aca en la tierra,
Tenia eſte ſeñor grandes miniſtros,
Para que caſtigaſen y premiaſen,
A todos los que mal, o bien hizieſſen,
Y que pues ellos eran libertados,
Y no eſtauan ſugetos a ninguno,
Que juſticia ni ley, les enſeñaſe,
Que ſi en eſtas dos coſas pretendian,

Ser todos induſtriados y enſeñados,
Que era fuerça que todos libremente,
Dieſſen ſu libertad y la obediencia,
A vueſtra Real corona, y que entendieſſen
Que a los que bien viuieſſen les daria,
En vueſto nõbre premios muy honrroſos,
Y que eſtarian ſiempre defendidos,
Y de ſus enemigos amparados,
Y aſsimiſmo tambien aprouechados,
En muchas coſas de importancia grande,
Para el cuerpo y el alma que tenian,
Y que aſsimiſmo que era bien ſupieſſen,
Que a los que hizieſſen mal, que ſin eſcuſa,
Auian de ſer todos caſtigados,
Segun que los delictos cometieſſen,
Y que los que vna vez ſe ſugeraſen,
Y dieſſen la obediencia a vueſtras leyes,
Que en ninguna manera no podian,
Con pena de la vida hazerſe a fuera,
Todas aqueſtas coſas les propuſo,
Alli el Gouernador bien declaradas,
Y a todas ellas luego reſpondieron,
Los baruaros a vna, que guſtauan,
De dar la libertad, y ſugetarſe,

A vueſtra Real perſona, y que querrian,
Dar luego la obediencia de buen grado,
Porque á todos muy bien les parecia,
Lo que el Gouernador les proponia,
Y luego ſe hizieron y eſcriuieron,
Publicos inſtrumentos y eſcrituras,
A cerca deſta cauſa ya tratada,
Con eſto alegre el noble Comiſſario,
Alli tambien à todos les propuſo,
Que dexaſen ſu vil idolatria,
Y adoraſen á Chriſto, Dios y hombre
Cruzificado, muerto y ſepultado,
Por la ſalud de todo el vniuerſo,
A lo qual juntos todos replicaron,
Que quiſieſſen primero doctrinarlos,
En aquello que aſsi les proponian,
De aquel hõbre mortal paſsible y muerto,
Y que ſi bien à todos eſtuuieſſe,
Dexár ſu ley, por recebir aquella,
Que alli les enſeñauan y moſtrauan,
Que todos con gran guſto lo harian,
Y que ſi vieſſen no les combenia,
Que no mandaſen que ellos recibieſſen,
Coſa que no entendieſſen y alcançaſen,

Con cuia puerta luego el Comissario,
Sembrò sus Religiosos como Christo,
Sembrò el Apostolado por Prouincias,
Y assi á san Miguel luego le dieron,
La Prouincia de Pécos, y á Zamora,
La Prouincia de Quéres, y al gran Lugo,
La Prouincia de Emès, y á Corchado,
La Prouincia de Zía, y al buen Claros,
La Prouincia de Tĩguas, y con esto,
Dieron à Fray Christoual la Prouincia,
De aquellos nobles Téguas donde el cãpo,
Quiso hazer assiento, y alli juntos,
Los soldados a una hizieron fiestas,
Por bien tan inefable, y tan grandioso,
Con cuio buen principio sin tardança,
Salio el Gouernador por las Prouincias,
Que estauan lejos, y apartadas destas,
Que assi señor os dieron la obediencia,
Y viendo quan bien todos se rendian,
A vuestra Real justicia, y leyes della,
Al Maese de campo escriuio luego,
Que no bien el Sargento se apease,
De buelta de las vacas, le dixesse,
Que en su lugar quedase gouernando,

Y que el sin detenerse le siguiesse,
Con treinta buenos hombres biē armados,
Porque determinaua yrse breue,
A ver el mar del Sur, y que entretanto,
Que los dos se juntasen, que el queria,
Hazer visita entera de los pueblos,
Que por amigos todos se mostrauan,
Y como es cosa cierta que entre buenos,
No faltan siempre malos que deshazen,
Aquello que los buenos apetecen,
Salio el Gouernador para la fuerça,
De Acoma famosa, cuia gente,
Alborotada toda van tomando,
Las poderosas armas incitados,
Del baruaro mas bajo que tenia,
Aquesta braua fuerça, cuio encanto,
Será bien que se cante en nueuo canto,



CAN-

CANTO DIEZ Y OCHO.

COMO FVE EL GOVERNADOR para la fuerça de Acoma, y alboroto que causo Zutacapan, y traicion que tuuo fabricada.



LIBRE libertad, como te ofendes,
Si duro jugo viene amenaçando,
Con que solicitud la altiua frente,
Y cerbiz braua vemos que sacudes,
Al punto que le sientes y conozes,
No sube en Tiuar, ni en Arauia, tanto,
El oro, sus quilates lebantados,
Quanto los tuyos vemos que lebantas,
Y no es mucho, pues toda su grandeza,
No es valor suficiente ni bastante,
Que pueda emparejar al alto precio,
De lo mucho que vales, y te estimas,

Apenas se mouio y salio marchando,
Para el Peñol soberuio todo el campo,
Quando Zutacapan salio de passo,
Y digo assi señor salio de passo,
Por no auer sido baruaro de cuenta,
Mas antes comunmente reputado,
El, y todos sus deudos, y passados,
Por gente mas vil, baja, y mas grossera,
Que toda essotra chuzma conozida,
Y asi en las juntas graues que tuuieron,
Por ser todos humildes y encogidos,
Iamas ninguno dellos fue llamado,
Pues siendo aqueste de ambicion cautiuo,
Inuidioso, soberuio, y aleboso,
Amigo de mandar y ser tenido,
Pareciole ser ya llegada la hora,
De que libertad fuesse medianera,
Para poder subirse y lebantarse,
Y para dar principio à su flaqueza,
Determinò de hablar à todo el pueblo,
Y subiendose á lo alto de vna casa,
En altas vozes empezo á dezirles,
Escuchadme varones y mugeres,
Vezinos desta fuerça desdichada,

Que à dura ſeruidumbre miſerable,
Hos ſiento ya ſugetos y abatidos,
Por qual razon aueys aſsi querido,
Dormir á ſueño ſuelto ſin cuidado,
Será bien que perdamos todos juntos,
La dulze libertad que nos dexaron,
Nueſtros difuntos padres ya paſſados,
No ſentis los clarines y las cajas,
De la ſoberuia gente Caſtellana,
Que à todas prieſſa viene ya marchando,
Qual es aquel que pienſa de voſotros,
Quedar con libertad ſi aqueſtos llegan,
Eſtando como eſtamos deſcuidados,
Tomad, tomad, las armas y eſperemos,
La intencion mala, o buena, con que vienẽ,
Que en nueſtra mano eſtá deſpues dejarlas
Si conuiene aſsi, que las dexemos,
Apenas lo vbo dicho quando luego,
Furioſos todos fueron embiſtiendo,
Los vnos con gran prieſſa deſcolgando,
Del alto techo la fornida maça,
Otros el grueſſo leño bien labrado,
Qual la rodela y haſta bien toſtada,
El arco, y el carcax de agudas puntas,

Con otras muchas armas que à su modo,
Han conserbado siempre, y han guardado;
Y con ellas salieron á la plaça,
Turbados de alboroto y de rebuelta,
Y el baruaro qual vn hastuto lobo,
Por la nariz y boca resollando,
Latiendo los hijares con braueza,
Vn ñudoso baston en la derecha,
Rebentando por verse ya rebuelto,
En cosas de ambicion y de gouierno,
De lo alto de la casa donde estaua,
Al baruaro esquadron bajó diziendo,
Con grandes alaridos, guerra, guerra,
A sangre, fuego, y arma, sin remedio,
Ni dilacion alguna se lebante,
Contra estos alebosos que pretenden,
Pisar los brauos terminos vedados,
No solo â todo el mundo y su grandeza,
Mas á los mismos dioses prohibidos,
Que muerte y vida traigo aqui rendidas,
Al valor deste braço poderoso,
Para que por mi solo gusto viuan,
O mueran tristemente miserables,
Aquestos atrebidos que endereçan,

Sus mal seguros passos á nosotros,
Muchos dellos alli se le arrimaron,
Que aquesto tiene el mundo que no faltan,
Amigos de renzillas y alborotos,
Y quien atize, sople, y cresca el fuego,
Y porque tambien todo lo digamos,
Entre los malos muchas vezes vemos,
Algunos que de suyo son muy buenos,
Tuuo Zutacapan vn noble hijo,
El primero que en todo su linage,
Mostró tener valor, y buen concierto,
Llamado Zutancalpo, moço afable,
Que veinte años cumplidos no tenia,
Gracioso, gentilombre, y bien hablado,
Amigo de su Patria, y muy compuesto,
Y en cosas de importancia reportado,
Aqueste fue el primero que se opuso,
A resistir al Padre en sus intentos,
Hablando desta suerte á todo el pueblo,
Nobleza de Acomeses valerosos,
Aunque es verdad, y todos conozemos,
Que la fortuna siempre faborece,
A los que son ossados y atreuidos,
Con esto tambien todos alcançamos,

Que

Que no es cosa segura, ni discreta,
Ser sin maduro acuerdo el hombre ossad
Porque don del peligro no se teme,
Alli muestra su fuerça mayor golpe,
Y este es tanto mas graue y mas pesado,
Quanto con mas confiāça fue emprendid
Bien os consta que entraron los Castillas,
Segun grandes guerreros en la tierra,
Bien preuenidos todos con cuidado,
La noche toda en peso con sus velas,
Sabemos duermen juntos bien armados,
Y en pueblos que han entrado conozem
Que en paz gustosa a todos los dexaron,
Pues si ellos alcançasen que nosotros,
Las sossegadas armas lebantamos,
Viniendo como vienen preuenidos,
Quien duda ser la guerra cierta en casa,
Y si aquesta no bien nos sucediesse,
Y estos son como dizen inmortales,
Qual disculpa sera la que disculpe,
El ser todos nosotros los primeros,
En encender la tierra que desuio,
Esta toda gustosa y sossegada,
Tened las armas, no querais con ellas,

Causar incendio que despues no pueda,
Ser de todos nosotros apagado,
Y cessando con esto el brauo joben,
Estaua en esta fuerça vn noble viejo,
Que ciento y veinte años alcançaua,
En sus tiempos varon de muy buen seso,
Auiso y discrecion bien concertada,
Y principal tambien de seys que auia,
En toda aquella fuerça señalados,
Este por nombre Chúmpo se llamaua,
Y porque algun gran daño no causasen,
Con el bullicio de armas lebantadas,
De aquesta suerte a todos les propuso,
Hijos caros, valientes y escogidos,
De donde el honor de Acoma deciende,
Y flor de aquella gente esclarecida,
De donde vuestro esfuerço y ser depende,
Que con yra seais embrauecidos,
Contra todos aquellos que pretenden,
Por algun mal camino perturbaros,
Es cosa en si tan justa, quanto injusta,
Querer vosotros mismos encenderos,
Y assi encendidos aguardar al viento,
Y que con ellos vnos y los otros,
Que,

Quedemos deſpues todos abraſados,
Yo ſoy de parecer que luego auna,
Las armas ſe ſoſsiegen y deſcanſen.
Que como os tiene dicho Zutancalpo,
Si en otros pueblos guerras no han tenido,
Aqueſtos Eſpañoles que eſperamos,
Hijos que cauſa puede auer baſtante,
Para que aqui noſotros los temamos.
Y con eſto que el viejo les propuſo,
Demas de las razones del mançebo,
Todos las armas luego ſuſpendieron,
Y libres de temor ſe ſoſſegaron,
Solo Zutacapan embrauezido,
Fue tal ſu furia, fuego, y freneſia,
Que muy viuas centellas de ſu cuerpo,
Y por los ojos llamas deſpedia,
Y qual furioſo toro que bramando,
La eſcarua de la tierra vemos ſaca,
Y ſobre el eſpacioſo lomo arroja,
Y firme en los robuſtos pies ligeros,
El ayre en vano azota, hiere, y rompe,
Con vno y otro cuerno corajoſo,
Aſsi ſalio eſte baruaro ſañudo,
Al hijo maldiciendo y blasfemando,
Y á

Y à Chumpo si pudiera con los dientes,
Alli hecho pedazos le dexara,
Mas qual viuo raposo hastuto y diestro,
Disimulose todo lo que pudo,
Fingiendo darle gusto lo tratado,
Y al descuido las redes bien tendidas,
Fue con todas sus fuerças procurando,
De agasajar amigos bulliciosos,
Y supo darse en esto tanta maña,
Que no quedò moçuelo belicoso,
Que su opinion y vando no siguiesse,
Viendose pues de fuerças reforçado,
Creciole la soberuia de manera,
Que tratò con algunos de secreto,
Que al General sin replica ninguna,
Dentro de aquella fuerça le matasen,
Dando entre todos traza que en entrando,
A cierta estufa luego le lleuasien,
Y dentro doze baruaros secretos,
Alli la vida juntos le quitasen,
Hecho aqueste concierto y trato doble,
Llegò el Gouernador con todo el campo,
Y admirado de ver la braua fuerça,
Grandeza, y fortaleza que mostrauan,

Los

Los poderosos muros lebantados,
Torreones, castillos espantosos,
Baluartes, y braueza nunca vista,
Pasmado se quedò por vn buen rato,
Mirando desde afuera las subidas,
Y bajadas, grimosas no pensadas,
Y estando alli mirando, y remirando,
Assi como el artifice que el sitio,
Del edificio nota, y toma el punto,
Y aduierte bien los vientos, Sol y quadros,
Medidos con los anchos y los largos,
Y en proporcion deuida, traza y forma,
La planta con destreça bien sacada,
Llegò Zutacapan con todo el pueblo,
A ver al General, y a todo el campo,
Y si admirados todos estuuieron,
Mucho mas admirados y espantados,
Se quedaron los baruaros de verlos,
A todos tan cubiertos y vestidos,
De poderoso azero, y duro hierro,
Y en ligeros cauallos animosos,
De fina piel curtida encubertados,
Cuyos brauos relinchos les causaron,
Vn terrible pabor y sobresalto,

Medroſos de que aquellos animales,
Alguna coſa grande les dixeſſen,
Y porque el General aſsi lo quiſo,
No mas que por cauſarles mas eſpanto,
Con gallarda deſtreza los prouaron,
En ligeros manijos deſembueltos,
Y paſmados los baruaros de verlos,
Los ojos no mouieron ni hablaron,
Y luego que don Iuan en pie ſe puſo,
Todos con gran preſteza ſe puſieron,
En formado eſquadron, ſin que ninguno,
Alli los gouernaſe, ni mandaſe,
Por la mucha deſtreça que tenian,
En ocupar ſus pueſtos con cuidado,
Y notando los baruaros el orden,
Con que empezò á ſubir la grande cumbre
Y guarda que quedaua en los cauallos,
Auiſo y prebencion que en todo auia,
Y que à la retaguardia los puſieron,
Por lleuarles el alto ya ganado,
Auergonçados todos ſe moſtrauan,
De ver en los Caſtillas tanto auiſo,
Y con eſto les dio tambien cuidado,
Que luego que llegaron à la cumbre,

Disparando y cargando vna gran salua,
A todos los del pueblo les hizieron,
Demas desto aduirtieron y notaron,
El orden con que fueron por las plaças,
Y como hechos todos vna piña,
En vna dellas fueron reparando,
Y conoziendo el baruaro que aquello,
Era por don Iuan solo gouernado,
Y que si su persona les faltase,
Auian de ser todos sus rendidos,
Arrojose al intento començado,
Y por poder mejor salir del hecho,
Llegose al General, y por el braço,
Con gusto le prendio, y rogò que fuesse,
A ver vna gran cosa que tenia,
Metida en vna estufa bien guardada,
Y luego el General con buen semblante,
Por no dar de flaqueza algun indicio,
Con el fue junto sin perder de vista,
Al formado esquadron que alli dexaua,
Y asi como llegaron á la estufa,
Alegre le rogó que dentro entrase,
Y visto el soterrano, y boca estrecha,
Qual suele aquel que por camino incierro,

Echa de ver, y no pinadamente,
Que de muy alta cumbre ſe deſpeña,
Y con preſtas repreſſas ſe retira,
Aſsi ſe retirò, y con contento,
Al baruaro le dixo que queria,
Bajar el eſquadron de aquella fuerça,
Y pueſto abajo todo, y alojado,
Daria luego buelta á ver la eſtufa,
Y por aſſegurarle mas le dixo,
Que con el ſe bajaſe, porque juntos,
Mano à mano á la cumbre ſe boluieſſen,
Y con aqueſto el baruaro contento,
Con ellos ſe bajó para lo llano,
Donde don Iuan le deſpidio diziendo,
Que por venir canſado, y ſer ya tarde,
Ya no podria ſubir, que tiempo abria,
Para poder boluer â darle guſto,
Y viſto el lançe en vano, entriſtecido,
El baruaro quedò con gran cuidado,
Y eſta traicion jamas ſeñor ſe ſupo,
Haſta que vbo gran tiempo ya paſſado,
Y aſsi contentos de que mal ſalieſſe,
Zutacapan del hecho mal penſado,
Luego Purguapo, Chumpo, y Zutancalpo

Con todos sus amigos le truxeron,
Los mas regalos que les fue posible,
Y gran cantidad de agua que bebiesse,
Toda la cauallada que venia,
Y estando todo aquesto preuenido,
Luego el General quiso proponerles,
Si pretendian daros la obediencia,
Y asi como los otros sin rezelo,
La dieron con gran gusto y gran contento,
Siendo Zutacapan y sus consortes,
Los primeros que en darla concedieron,
Con esto se partio de aquella fuerça,
Passando à Mohoçe, Zibola, y Zuni,
Por cuias nobles tierras descubrimos,
Vna gran tropa de Indios que venia,
Con cantidad harina que esparcian,
Sobre la gente toda muy apriessa,
Y entrando asi en los pueblos las mugere
Dieron en arrojarnos tanta della,
Que dimos en tomarles los costales,
De donde resultò tener con ellas,
Vnas carnestolendas bien reñidas,
De grande passatiempo y muy trabadas,
Y luego que cansados vbo pazes,

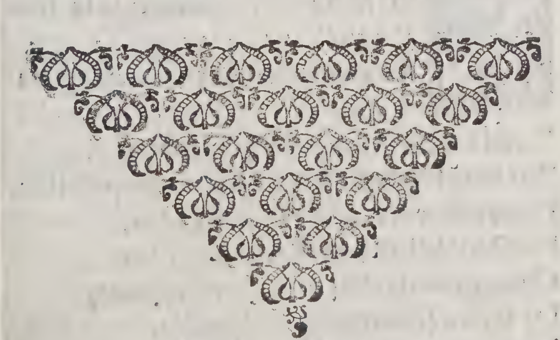
Entre ellas y nosotros, por concierto,
Con sumo regozijo nos truxeron,
A todos que comer en abundancia,
Y estando asi comiendo nos dixeron,
Que aquella cerimonia se hazia,
Por darnos á entender con mas certeza,
Que asi como no puede ser que el hõbre,
Pueda passar viuiendo alegremente,
Aquesta vida triste sin sustento,
Que asi no era posible que passasen,
Sin sernos siempre amigos verdaderos,
Y viendo que vna Cruz alli arbolamos,
Como nosotros todos la adoraron,
Y para mas mostrar su buen intento,
Al General y à todos combidaron,
Para vna illustre caza que hazian,
Y dandoles en esto todo gusto,
Tomamos los cauallos y partimos,
Y llegados al puesto estauan juntos,
Mas de ochocientos baruaros amigos,
Y asi como nos vieron arrancaron,
Haziendo dos grandiosas medias lunas,
Y cerrando los cuernos se mostraron,
En circulo redondo tan tendidos,

Que eſpacio de vna legua rodeauan,
De ſola traueſia, y en el medio,
Con toda nueſtra eſquadra nos tuuimos,
Y luego que empeçaron el ogeo,
Cerrando todo el circulo vinieron,
A meter donde juntos nos quedamos,
Tantas liebres, conejos, y rapoſos,
Que entre los miſmos pies de los cauallos,
Penſauan guarecerſe, y ſocorrerſe,
Bien quiſieran algunos por ſu guſto,
Andar alli á las bueltas con la caça,
Y dar à los rapoſos ciertos golpes,
Mas fue mandato expreſſo que ninguno,
Dexaſe de eſtar bien apercebido,
Los pies en los eſtribos con cuidado,
Por no ſaber de cierto ſi ſus pechos,
Fueſſen tan buenos, nobles, y cenzillos,
Como ordinariamente ſe moſtraron,
En eſta alegre caza vimos muertas,
Largas ochenta liebres muy hermoſas,
Treinta y quatro conejos, y no cuento,
Los rapoſos que alli tambien juntaron,
Y no ſe yo que tenga todo el mundo,
Liebres de mas buen guſto, y mas ſabroſas,
Mas

Mas crecidas, mas bellas, ni mas tiernas,
Que esta tierra produze, y sus contornos,
Con esto se boluieron para el pueblo,
Y luego al Capitan Farfan mandaron,
Que fuesse á descubrir ciertas salinas,
De que grande noticia se tenia,
Y poniendo por obra aquel mandato,
Con presta diligencia, y buen cuidado,
En brebe dio la buelta, y dixo dellas,
Que eran tan caudalosas, y tan grandes,
Que por espacio de vna legua larga,
Mostraua toda aquella sal, de gruesso,
Vna muy larga pica bien tendida,
Y con tan buena mano como tuuo,
Mandole que segunda vez saliesse,
En busca de vnas minas muy famosas,
Porque dellas tambien se auia tenido,
Bastante relacion de muchas gentes,
Y porque todo bien se encaminase,
Con el salio Quesada bien armado,
Don Iuan Escarramal, y Antonio Conde,
Marcos Garçia, en mil trabajos fuerte,
Y en ellos Damiero bien sufrido,
Y Hernan Martin, con otros compañeros,

Que juntos con presteza se partieron,
Y despues que anduuieron muchas leguas,
Padeciendo grandissimos trabajos,
La buelta dio Quesada muy contento,
Diziendo grandes vienes de la tierra,
Y que era de metales abundosa,
De lindos pastos, montes, fuentes, Rios,
Cañadas, vegas, sitios, y llanadas,
Por cuios puestos cantidad toparon,
De gallinas monteses de la tierra,
Iguanas y perdizes de Castilla,
Conchas de perlas, porque cerca estauan,
De la perlada costa que en silencio,
Quiere el inmẽso Dios que estè guardada,
El sabe para que, y porque se calla,
Y mucha gente toda bien dispuesta,
Hermosa por extremo, y no era mucho,
Porque no auia ninguno que dexase,
De ponerse en mitad de la cabeça,
Vna Cruz bella, hecha de dos cañas,
Y à los mismos cabellos bien prendida,
Y estandonos diziendo todo aquesto,
Llegò Farfan, y sin faltar en nada,
Aquellas mismas cosas fue contando,

Y quisieron los dos adelantarse,
Dexando muy atras los compañeros,
Por solo dar aquellas buenas nueuas,
Y como el gran contento siempre causa,
Gran largueza en aquel que le recibe,
Por mas bien celebrar las buenas nueuas,
Nombró el Gouernador por Capitanes,
Al Alferez Romero, y Iuan Piñero,
Y porque ya he llegado, temo y siento,
Que aqui se me apareja vn gran quebranto
Quiero esforçar la boz en este canto.



CANTO DIEZ Y NVEVE.

COMO BOLVIO EL AVTOR DEL castigo de aquellos que degollaron, y como los Indios de Acoma le cogieron en vna trampa, y trabajos que padecio por escapar la vida, y socorro que tuuo, hasta llegar al Real del Gouernador.



O se ha visto jamas que la fortuna,
Aya vn punto la rueda assegurado,
Y assi los de su malsegura cumbre,
Por mas bien que se tengan, no es posible,
Dexar de verse todos rebolcados,
Puestos de lodo, tristes y afligidos,
Cuya gran desbentura siempre nace,
De ser en si inuidiosa fementida,
Improua, melancolica, inconstante,
Dudosa, cautelosa, mouediza,

Frenetica,furiosa,debil,flaca,
Y fuerte,si de vicios se socorre,
Y alfin,si à muchos toca su braueza,
Todo es sufrible,todo es comportable,
Mas si viene á ser solo quien la sufre,
Dios nos libre que aqui ninguno llegue,
Boluiendo pues señor de aquel castigo,
De los pobres soldados que dexamos,
Abiertas las gargantas,ya difuntos,
Auiendonos bien todo sucedido,
Como en fortuna fragil nunca ay gusto,
A quien alegre rato le suceda,
Auiendose passado tanto tiempo,
Que el General y todos los del campo,
No tenian de nosotros nueua alguna,
Pareciome ser bien adelantarme,
A dar cuenta al Gouernador del hecho,
Que asi tuuo por bien de encomendarme,
Pues siendo deste acuerdo todos juntos,
Luego tomê el camino trabajoso,
Y llegando à Púarái,pueblo de amigos,
Alli vine à saber por cosa cierta,
De vn niño Castellano que llamauan,
Francisco de las Nieues,como auia,

Salido

Salio el General de aquel aſsiento,
Antes que yo llegaſe ſolo vn dia,
Y aſsi como lo ſupe ſin tardança,
Tras del me fuy marchando cuidadoſo,
De darle breue alcançe ſi pudieſſe,
Y apenas alto Rey me fuy llegando,
A la gran fuerça de Acoma nombrada,
Quando vi que los baruaros eſtauan,
Segun ſenti no nada deſcuidados,
Que eſto tienen los pechos cauteloſos,
Que ſiempre dexan raſtros y ſeñales,
Con que aniſan, deſpiertan y preuienen,
A los que dellos viuen recatados,
Y aſsi con el recato que lleuaua,
Echê de ver me eſtauan aguardando,
Como dieſtros lebreles agachados,
A la vereda todos deſſeoſos,
De verſe ya rebueltos y ocupados,
Con la guſtoſa preſſa bien aſsidos,
Y por temor que tienen eſtas gentes,
Con ſeys tendidas braças no ſe llegan,
Al hombre de acauallo temeroſos,
Del animal gallardo, porque pienſan,
Que alli los ha de hazer cien mil pedazos,
Y aquel

Y aquel que yo lleuaua tengo oy dia,
Que mas bello animal nunca parieron,
Caſtizas yeguas dieſtras bien prouadas,
En alentado curſo deſembuelto,
Por cuia cauſa todos rezeloſos,
Con mueſtras y ſeñales rebozadas,
El bien venido juntos me moſtraron,
Y mas Zutacapan á quien propuſe,
Neceſsidad vrgente que tenia,
De ſolo baſtimento que apreſtaua,
La miſera flaqueza deſabrida,
Con cuia mano luego rebozado,
Mirando me pidio deſocupaſe,
La ſilla del cauallo, y me daria,
En todo mucho guſto, y eſto dixo,
Algo riſueño, y nada ſoſſegado,
Y porque del eſtuue rezeloſo,
Por eſcapar la vida ſi pudieſſe,
Alli le di á entender que mucha prieſſa,
Era la que lleuaua y no podia,
Parar ſolo vn momento en aquel pueſto,
Y viendo que no pudo demudado,
El braço ſacudiendo con enojo,
Me dixo que me fueſſe y no aguardaſe,

Y viſta ſu deſgracia, deſpedime,
Fingiendo el roſtro alegre quanto pude,
Y eſtando ya yo dellos tanto trecho,
Quanto vna gran carrera bien tirada,
A grandes bozes todos me llamaron,
Caſtilla, muy aprieſſa pronunciando,
Y aunque les entendi que me llamauan,
Reparé mi cauallo, y con el braço,
Hize ſeñal de alli ſi me pedian,
Que mi camino fueſſe proſiguiendo,
O que á ſu pueſto luego me acercaſe,
Y llamandome juntos con las manos,
Sacando fuerças de flaqueza al punto,
Fiado en el cauallo que lleuaua,
Bolui luego las riendas demudado,
Y vna veloz carrera atropellando,
El animal gallardo deſembuelto,
Salio con preſto curſo poderoſo,
Y alli los crudos trapos ſacudiendo,
Batiendo con braueza el duro ſuelo,
Haziendoſe pedazos con las manos,
Brioſo y alentado fue parando,
Haziendo vna gran plaça bien tendida,
Por la canalla baruara medroſa,

En cuio puesto lejos desde afuera,
Alli Zutacapan me preguntaua,
Si atras otros Castillas me seguian,
Y que fuesse contando por los dedos,
Que numero venia, y quantos dias,
Tendria de demora su tardança,
Yo con algun temor fingi venian,
Ciento y tres hombres bien aderezados,
Y que solos dos dias tardarian,
En llegar á sus muros lebantados,
Pues como bien me vbiessen entendido,
Mandaronme que fuesse mi camino,
Y viendo ya que el Sol de todo punto,
Sus claros y hermosos rayos yua,
Descubriendo al Antipoda remoto,
Apresureme todo quanto pude,
Hasta que ya la triste noche obscura,
Apagada la luz al mundo tuuo,
Y por hazer mi causa mas segura,
Vna gran milla quise derrotarme,
A vn lado del camino que lleuaua,
En cuio puesto triste solitario,
El cauallo animoso assegurando,
Con gruessa y fuerte amarra, solo quise,

Quitarle el pecho, freno, y la teſtera,
Dexandole pazer à ſu aluedrio,
Y viendome del ſueño ya vencido,
Deſpues de media noche ya paſſada,
Tendido en aquel ſuelo fuy arrimando,
Los quebrantados miembros fatigados,
Al azerado hielmo deſabrido,
Y como el alma ſiempre eſta diſpierta,
Al tiempo que el terreſtre cuerpo duerme,
Della miſma deſpierto y recordado,
Lebantandome fuy deſpauorido,
Y viendo todo el tiempo en ſi rebuelto,
Aderezé de preſto mi cauallo,
Y apenas los eſtribos fuy cobrando,
Quando del alto Cielo grandes copos,
De blanca nieue todo me cubrian,
Y aſsi me fuy ſaliendo á la vereda,
Y raſtro que el Gouernador dexaua,
Y llegando á vna grande palizada,
En forma de barrera bien tendida,
Vi que por medio della mi camino,
Por vn portillo eſtrecho yua ſaliendo,
Y aſsi ſin mas acuerdo con deſcuido,
Por el quiſe ſalir ſin mas cuidado,

Y asi como al relampago sucede,
Vn repentino rayo arrebatado,
Asi fue gran señor mi triste suerte,
Que apenas fuy passando quando á pique,
La tierra que pisaua, y que corria,
Abriendo vna gran boca poderosa,
Senti que me sorbia y me tragaua,
Y viendo que el cauallo entre sus labios,
Sorbido à dentro todo le tenia,
Sin genero de vida atrauesado.
De todo punto muerto, y sin sentido,
Qual flaco marinero que perdida,
Siente la pobre naue zozobrada,
Que apriessa y sin vagar se desmpacha,
Y al poderoso y brauo mar se arroja,
Tragada ya la muerte sin remedio,
Asi la corta vida ya rendida,
Y la esperança rota, fue saliendo,
Del horrible sepulcro temeroso,
Que Zutacapan hecho me tenia,
Para cogerme viuo si pudiesse,
Y fue la magestad de Dios serbida,
Que por suceder esto entre dos luzes,
Y que gran nieue el Cielo derramaua,

Retirados los baruaros estauan,
Donde alcançar ninguno dellos pudo,
Aquello que en la trampa peligrosa,
A solas y sin ellos padezia,
Y temiendo que presto alli viniessen,
Y sin remedio juntos me matasen,
Qual suelen con tormenta y gran borrasca,
Los pobres contrastados y oprimidos,
Alijar con presteza la mas ropa,
Assi determiné de despojarme,
Y escondido al socarre de vna peña,
Alli dexé la cota y escarçela,
El lebantado yelmo, y el adarga,
El arcabuz con frasco, y su frasquillo,
Y solo con la espada, y con la daga,
Quise tomar de presto mi camino,
Y por no ser sacado por el rastro,
Los çapatos bolui sin detenerme,
Poniendo los talones á las puntas,
Con cuia diligencia deslumbrados,
Los baruaros quedaron todo el tiempo,
Que me fue necessario muy al justo,
Para poder librarme de sus manos,
Quatro dias naturales fuy marchando,

Terrible ſed y hambre padeciendo,
Rendido de flaqueza, y que perdida,
Tenia la eſperança que alentaua,
El miſero viuir de aqueſta vida,
Que quando aqui ſe llega, deſdichado,
De aquel que aſsi ſe ve tan afligido,
Porq̃ no tiene el mundo inſulto, ni torpeza
Delicto, crimen, vicio, ni pecado,
Si Dios no le ſocorre, que no emprenda,
Y ponga por la obra, ſi en hazerlo,
Conſiſte el eſcaparſe, y verſe libre,
O vida humana, debil quebradiza,
No creo que con mas maganta hambre,
Al hijo dio la muerte aquella triſte,
Que al vientre le boluio en la gran ruina,
De aquella Ciudad ſanta que perdida,
Quedò por ſus pecados aſſolada,
Qual ſucedio por mi en eſte hecho,
Lleuaua pues vn perro que á mi lado,
Anduuo mucho tiempo, y que velaua,
Quando denoche à caſo me dormia,
Y porque ya la hambre me afligia,
De ſuerte que la vida me acabaua,
Determinê matarle, y dos heridas,

Le di mortales con que luego el pobre,
De mi se fue apartando vn largo trecho,
Llamele con enojo, y oluidado,
Del vergonçoso hecho inaduertido,
Gimiendo mansamente y agachado,
A mi boluio el amigo mal herido,
Lamiendose la sangre que vertia,
Y assi con desconsuelo y lastimado,
Por agradarme en algo si pudiesse,
Lamio tambien mis manos que teñidas,
Me puso de su sangre bien bañadas,
Mirele pues señor y auergonçado,
De auerle assi tratado y ofendido,
Con tan crassa ignorancia que no via,
Que fuego para assarlo me faltaua,
Bajê los ojos tristes y boluiendo,
Del hecho arrepentido á acariciarlo,
Muerto quedó à mis pies, con cuio susto,
Dexandolo tendido y desangrado,
Passè aquel trago amargo, y fuy siguiendo,
El golpe de fortuna que acabaua,
La miserable vida que viuia,
Hasta que por gran suerte fuy llegando,
Al pie de vnos peñascos lebantados,

En cuio asiento y puesto vi que estaua,
Vn apazible estanque de agua fria,
Sobre cuios cristales casi ciego,
Apenas fuy venciendo la gran furia,
De la insaziable sed que me acabaua,
Quando temblando todo estremecido,
El humido licor lançe forçado,
Y estando alli algun tanto suspendido,
No libre de temor, y trassudado,
A caso echê de ver que cerca estaua,
Vn poco de maiz que por ventura,
Alguno con descuido auia dexado,
Y â mi Padre san Diego gracias dando,
A quien con veras siempre fuy pidiendo,
Que alli me socorriesse y amparase,
Hincado de rodillas fuy cogiendo,
Dos puños bien escasos, mal cumplidos,
Pues viendome de hecho ya perdido,
Los pies hinchados, torpes, destroncados,
Y que esperança humana no podia,
En tanta desbentura socorrerme,
Con el sustento corto que sembrado,
Estaua por el suelo bien tendido,
Al Real de san Iuan quise boluerme,

Mas de cincuenta leguas muy bien hechas,
De aquel asiento y puesto donde estaua,
Y auiendo entrado ya el silencio triste,
De la obscura noche que cargaua,
Dios que en sus grandes santos resplãdeze,
Y socorro por ellos nos embia,
Empeçando â marchar para boluerme,
A mi llegaron tres amigos nobles,
Valientes, esforçados, y animosos,
Y de todos por tales conozidos,
Que acaso y sin pensar alli llegaron,
En busca de cauallos que perdidos,
Andauan codiziosos de hallarlos,
Francisco de Ledesma fue el primero,
Y luego detras del, Miguel Montero,
Iuan Rodriguez el bueno tambien vino,
Y como el toldo obscuro ya tendido,
A todos en tinieblas nos tenia,
Alli me preguntaron que quien era,
Y luego que mi nombre yo les dixe,
Alegres todos juntos dispararon,
Los prestos arcabuzes de contento,
En este mismo instante y coiuntura,
Siguiendome los baruaros llegaron,

Sedientos de acabarme ya la vida,
Y ſintiendo la fuerça de los tiros,
Entendiendo que el campo junto eſtaua,
En aquel miſmo pueſto temeroſos,
Antes que la tiniebla el Sol raſgaſe,
Los preſuroſos paſſos reboluieron,
Dexandome alli libre y ſin peligro,
Alabente los Angeles Dios mio,
Que vn cauallo enſillado y enfrenado,
Sin que ni para que acaſo trujo,
Iuan Rodriguez el grato, por pagarme,
Por ſecreto juizio no entendido,
Aquel grande ſocorro que le hize,
En otra tal qual eſta desbentura,
Quando atrabeſado en vn cauallo,
Rendido ya de hambre le trayan,
Eſperando ſu muerte y que acabaſe,
Secretos ſon ocultos que nos mueſtran,
Ser todo por tu ſacroſanta mano,
Socorrido, amparado, y remediado,
Truxeron demas deſto los amigos,
En muy grande abundancia todo aquello,
Para matar la hambre neceſſario,
Y ſacando del pedernal fogoſo,

Viuas centellas luego los pegaron,
A la yesca, y con paja, que encendieron,
Desgajando los tres con mucha priessa,
De los antiguos arboles las ramas,
Vn grande fuego juntos lebantaron,
A cuia lumbre luego fue rendida,
La miserable hambre que lleuaua,
Y contandoles todos mis trabajos,
Otro dia siguiente luego fuimos,
A donde el General con todo el campo,
Estaua de nosotros apartado,
Dos muy grandes jornadas, y en llegando,
Dandole larga cuenta del sucesso,
En todo alli se dio por bien serbido,
Y pues de mis trabajos he querido,
Daros como à señor estrecha cuenta,
Suplicoos me escucheis tambien aquellos,
Que sufren y padezen mis amigos,
Y pobres camaradas quebrantados,
Por todas estas tierras remontados,

CANTO
VEYNTE.

DE LOS EXCESIBOS TRABAjos que padezen los ſoldados, de nueuos deſcubrimientos, y de la mala correſpondencia que ſus ſeruicios tienen.



TODO el valor, alteza, y excelencia,
Que puede acaudalar el buen guerrero,
De los glorioſos triunfos que ſe alcançã,
En la ſangrienta guerra belicoſa,
Es quedar para ſiempre bien premiado,
Por el gallardo braço de la eſpada,
Y por el brauo pecho valeroſo,
Que en padezer trabajos á tenido,
Entre cien mil peligros no eſperados,
Y aſsi alto y heroico Rey ſabemos,
Que no ay trabajo duro en la milicia,

Ni

Ni tiempo en padecerle mal gaſtado,
Si la correſpondencia deſte fruto,
Viene á ſer tal qual es razon ſe tenga,
Con aquellos gallardos coraçones,
Que muy bien en las guerras os ſirbieron,
Aunque para mi tengo Rey ſublime,
Que es mucho mejor ſuerte la de aquellos.
Que por mas bien ſerbiros acabaron,
Entre enemigas armas deſtrozados,
Hechos menudos quartos y pedazos,
Que no aguardar la triſte ſuerte y paga,
Que algunos deſtos Heroes han tenido,
De ſus muchos quebrantos padezidos,
Y por moſtrar mejor ſi ſon ſoldados,
Aqueſtos valeroſos por quien digo,
Que como los eſtimo y reuerencio,
Por mucho mas q̃ hombres, mas q̃ hõbres,
Fuera bien ſe encargara, y que eſcriuiera,
Sus claros y altos hechos hazañoſos,
Mas como inculto, bronco, y mal limado,
Dellos informarè lo que ſupiere,
Que aſsi ſatisfare con ſolo darles,
Todo aquello que valgo, alcanço, y puedo.
No trato por agora que dexaron,

Por ſerbiros ſeñor como es juſticia,
A ſu querida y dulze patria amada,
Padres,hermanos,deudos y parientes,
Ni que ya ſus ligitimas y haziendas,
Eſtan de hecho todas conſumidas,
Trocando por trabajos el deſcanſo,
Que pudieron tener ſin ſugetarſe,
Los dias y las noches que ſe ocupan,
En peſados oficios trabajoſos,
Miſerias y diſguſtos nunca viſtos,
Donde vereis ſeñor que ſe ſuſtentan,
No mas que por ſu pico y fiel trabajo,
Mediante el qual adquieren todo aquello,
Para paſſar ſu vida neceſſario,
Auentajando ſiempre ſus perſonas,
A la de aquel Tebano memorable,
Que por no mas de ſolo auerle viſto,
Quedaron muchos cortos y afrentados,
Quãdo enel mõte Olimpo en ſus vertiẽtes
Vieron que quanto ſobre ſi traya,
Eran grandioſas obras de ſus manos,
Por que el auia cortado los çapatos,
Y pueſtolos en punto bien coſidos,
Y aſsi como ſi fuera ſaſtre el ſayo,

Fue

Fue por sus proprias manos acabado,
Y el tambien la camisa auia tegido,
Y de su valor mismo punto y corte,
Salio toda cumplida y acabada,
Y los insignes libros que traia,
Qual illostre filosofo prudente,
El los auia compuesto y trabajado,
Y con esto otras muchas cosas nobles,
Dignas por cierto todas de estimarse,
Assi tambien señor estos varones,
No traen consigo cosa que no sea,
Hechura y obra de sus bellas manos,
El sayo, calçon, media, y el calçado,
El jubon, cuello, capa, y la camisa,
Con todas las demas cosas que alcançan,
La femenil flaqueza por su aguja,
De todo dan tan diestra y buena cuenta,
Como si en coser siempre, y no otra cosa,
Vbieran sus personas ocupado,
Y no ay de que espantarnos pues sabemo
Que fue el primer oficio que se supo,
En esta vida triste miserable,
Y con esto ellos mismos por sus manos,
Guisan bien de comer, laban y amasan,

Y en fin toda la vida siempre buscan,
Desde la sal hasta la leña y agua,
Si gusto han de tener en la comida,
Ellos rompen la tierra y la cultiuan,
Como diestros famosos labradores,
Y como hospitaleros siempre curan,
Las mas enfermedades con que vienen,
Sus pobres camaradas quebrantados,
De los muchos trabajos que han sufrido,
Y cosa alguna aquesto les impide,
Para que todo el año no los hallen,
A qualquier hora de la noche y dia,
Tan cubiertos de hierro, y fino azero,
Como si fueran hechos y amasados,
De poderoso bronçe bien fornido,
Trabajo que por mucho menos tiempo,
Quando diamantes todos se mostraran,
Los vbiera deshecho y acabado,
Quanto mas à la misera flaqueza,
Del que de carne y guesso esta compuesto,
Viuen y passan casi todo el tiempo,
Como si fueran brutos por el campo,
Sugetos al rigor del Sol ardiente,
Al agua, al viento, desnudez, y frio,

Ham-

Hambre,ſed,molimientos,y canſancio,
Cuio lecho no es mas que el duro ſuelo,
Adonde muchas vezes amanecen,
En blanca nieue todos enterrados,
Paſſan crueles y grandes aguazeros,
Sin poderſe aluergar en parte alguna,
Y ſecanſe en las carnes los veſtidos,
Sucedeles que lleuan en coſtales,
El agua para ſolo ſu ſuſtento,
Algunas vezes hecha toda nieue,
Carambano las mas empedernido,
Sufren todos eladas de manera,
Que ya por nueſtras culpas hemos viſto,
Rendir el alma y vida todo junto,
Al gran rigor del encogido tiempo,
No ay aguas tan caudales por los Rios,
Que no los paſſen,naden,y atrabieſſen,
Ni paramos,ni ſierras,ni vallados,
Que apuros palmos todo no lo midan,
No ay baruara nacion que no deſcubran,
Ni gran dificultad que no acometan,
Y no cuidan jamas eſtos varones,
De maeſtros y oficiales para coſas,
Al militar oficio neceſſarias,

Ellos cortan las armas y las hazen,
Para qualquier cauallo bien ſeguras,
Saben aderezar ſus arcabuzes,
Y echarles lindas cajas por extremo,
Remallan bien ſus cotas, y eſcarçelas,
Y pintan ſus zeladas de manera,
Que quedan para ſiempre prouechoſas,
Y como dieſtros cirujanos curan,
Heridas peligroſas penetrantes,
Y ſon tambien boniſsimos barberos,
Y quando es meneſter tambien componẽ,
De la gineta y brida las dos ſillas,
El aluzitar jamas les haze falta,
Porque ellos hierran todos ſus cauallos,
Tambien los ſangran, cargan, y los curan,
Domandolos de potros con deſtreza,
Y por ſer buenos hombres de acauallo,
En ellos hazen grandes marauillas,
Y en las ſangrientas lides y contiendas,
Qual, o qual, ha dexado de moſtrarſe,
Ser hombre de valor y grande esfuerço,
Y aqueſto muchas vezes ſuſtentados,
De raizes incultas deſabridas,
De hieruas y ſemillas nunca vſadas,

Caua-

Cauallos, perros, y otros animales,
Inmundos y asquerosos á los hombres,
Y por neuados riscos y quebradas,
Qual suelen los arados que arrastrados,
Rompiendo van la tierra deshaziendo,
Las azeradas rejas que enterradas,
Haziendo van sus sulcos prolongados,
Asi los Españoles valerosos,
A colas de cauallos arrastrados,
Por no morir de hecho entre las nieues,
Muchos asi las vidas escaparon,
Temerarias hazañas emprendiendo,
Y hechos hazañosos acabando,
Qual cantarè señor si Dios me dexa,
Ver la segunda parte à luz echada,
Donde vereis gran Rey prodigios grãdes,
De tierras y naciones nunca vistas,
Trabajos y auenturas no contadas,
Impressas inauditas y desdichas,
Que á fuerça de fortuna y malos hados,
Tambien nos persiguieron y acosaron,
Que desto mostraran inmensas prueuas,
Demas de los varones que hemos dicho,
Los Capitanes Vaca, y Iuan Martinez,

Rascon, y Iuan Rangel, y Iuan de Ortega,
Gimon Garçia, Ortiz, y Inan Benitez,
El Capitan Donis, y Iuan Fernandez,
Gueuara, Luzio, y Aluaro Garçia,
Gimenez, Iuan Ruyz, Sosa, Morales,
Tambiẽ Pedro Rodriguez, y otros brauos
Valientes y esforçados caualleros,
Que bien en paz y guerra trabajaron,
Sin los heroicos y altos Comissarios,
El Padre fray Francisco de Velasco,
Francisco de Escobar, con Escalona,
Fray Alonso Peinado, cuias fuerças,
En cultiuar la viña bien mostraron,
Ser hijos del Serafico Francisco,
Pues mas de siete mil auemos visto,
Que tienen bautizados por sus manos,
Mas que importa Rey inmenso y justo,
Si ya los veo à todos destroncados,
Estropeados, cansados, y tullidos,
Bueltos todos en pobres hospitales,
De males y dolencias incurables,
Sin genero de amparo ni remedio,
En cuio gran conflicto miserable,
Si bueluen para sus antiguas casas,

Sucede à bien librar por todos ellos,
Lo mismo que de Vlixes valeroso,
Que despues de seruicios tan honrrados,
Escapò de la guerra de manera,
Que no fue de ninguno de su casa,
Mas que de solo el perro conozido,
Segun boluio de viejo y destrozado,
O flor de jubentud, o verdes años,
Que presto la belleza se marchita,
Notad qual bueluen estos esforçados,
Que ya no los conozen en sus casas,
Rotos, pobres, cansados, y afligidos,
Viejos, enfermos, tristes, miserables,
Y si por vltimo y postrer remedio,
Quieren señor valerse y socorrerse,
De vna migaja de los muchos panes,
Que con tan liberal y franca mano,
Mandais que se les de sin escaseza,
No son mas ellos que los otros pobres,
Hijos perdidos, nietos y viznietos,
De aquellos esforçados que os sirbieron,
Y aqueste nueuo mundo conquistaron,
Que à todos falta la segunda tabla,
Que despues del naufragio se pretende,

Llamo segunda tabla Rey insigne,
A los Gouernadores y Virreyes,
Que ay algunos, algunos señor digo,
Que para solo auer de proponerles,
Su misera demanda y causa justa,
Primero es fuerça sufran y padezcan,
Vna eternidad de años arrimados,
Por aquellas paredes de palacio,
Muertos de hambre, cansados y afligidos;
Adorando à los pajes y porteros,
Seruientes y oficiales de su casa,
Por ver si por aqui tendran entrada,
Para su larga pretension perdida,
Y si caso por gran ventura alcançan,
A ver el lugar del santa santorum,
Si es que aquel puesto assi puede llamarse,
A donde esta la magestad intacta,
Que qual si fuera aquella soberana,
Que no puede ser vista de ninguno,
Que tenga alguna mancha, o cosa fea,
Porque á de ser mas limpio, puro, y bello,
Que el ampo de la nieue no tocada,
Assi no puede ser que nadie alcançe,
A ver grandeza y celestial tan alta,

Sino es gente muy limpia y olorosa,
Almidonada, rica, y bien luzida,
No con algunas manchas de pobreza,
Necessidad, trabajo, y desbentura,
Que estos como incapazes de su vista,
Inmundos, pobres, viles, y leprosos,
No es possible merescan bien tan grande,
Sabe el inmenso Dios Rey poderoso,
Que con coraçon y alma he desseado,
Veros señor Virrey de nueua España,
Por no mas de que viessedeys el como,
Se haze vn puro hombre dios del suelo,
Aquel que está en el Cielo lo remedie,
Y aliente los balidos y gemidos,
De tantos miserables como claman,
Porque aunq̃ es cierto, y todos lo sabemo[s]
Que hã gouernado muchos como buenos[,]
Y que oy el Reyno todo se gouierna,
De manera que ya ninguno ignora,
Que á vozes por las casas de palacio,
Buscan los negociantes, porque tengan,
Sus causas con justicia buen despacho,
Cosa que jamas nunca auemos visto,
Dexando aqueste bien tan grãde en vãdo
Alg[u]

Algunos otros vemos que han passado,
Sin hazer cuenta de los muchos perros,
Que en pulpitos haziendose pedazos,
A muy grandes ladridos y amenazas,
No hizieron mas impressiion en ellos,
Que si fueran de bronze, o duro azero,
Siete años continuos me detuue,
En vuestra illustre y lebantada corte,
Y no vi pobre capa, ni mendigo,
Que con facilidad no se llegase,
A vuestro caro Padre y señor nuestro,
A contalle sus cuitas y fatigas,
Con esperança cierta y verdadera,
De bellas remediadas y amparadas,
Dios por quien es, os tenga de su mano,
Y conserue el illustre y alto nombre,
Que por aca se suena y se publica,
De que soys muy gran Padre de soldados,
Que yo como el menor de todos ellos,
Y que á señor y Padre me querello,
He querido contaros los trabajos,
Que por aca se sufren y padezen,
Que como bien sabeys Rey poderoso,
No ay hōbre que despues de auer sufrido,

Fatigas y miserias tan pesadas,
No quiera alguna paga y recompensa,
De sus muchos serbicios y trabajos,
Por cuio memorable sufrimiento,
Las manos puestas pido, y os suplico,
Que aya memoria destos desdichados,
Cuio valor heroico lebantado,
Merece clementissimo Monarca,
Perpetua gloria y triunfo esclarecido,
Que lebante la alteza y excelencia,
De sus gallardos pechos esforçados,
Y por no cansar mas señor ya he dicho,
Y assi será razon que yo me bueluа,
Al hilo de la historia que lleuaua:
Llegó el Sargento alegre y muy contento,
De los grandes ganados descubiertos,
En los llanos de Zibola famosos,
Y suspendiendo vn tanto los trabajos,
Quedando en el Real por buen gouierno,
Sin detenerse luego fue saliendo,
El buen Maese de campo con desseo,
De dar en breue alcançe se pudiesse,
A vuestro General, que ya cansado,
Estaua de esperarle muchos dias,

Pues yendo assi marchando su derrota,
Llegò á la fuerça de Acoma famosa,
Donde Zutacapan tratado auia,
Con algunos del pueblo belicosos,
Que por señor y Rey de aquella fuerça,
Tratasen de secreto le nombrasem,
Entre los mas amigos que pudiessen,
Ofreciendo por esto les daria,
Honrras y libertades preminentes,
Para cuio principio concertaron,
Que la mano Zutacapan tomase,
En defender la patria y libertarla,
De manos de Españoles, y con esto,
Seria facil cosa que le diessen,
La pretension segura y sin rezelo,
Que nadie se mostrase su contrario,
Pues lebantarle todos por cabeça,
Era la libertad de todo el pueblo,
Con esto luego auna se juntaron,
Todos los mas amigos que pudieron,
Donde el barbaro á todos les propuso,
Que en ninguna manera permitiessen,
Que gente aduenediza y forastera,
Los pies pusiesse dentro de aquel fuerte,

Y mas para pedirles baſtimentos,
Pues nunca jamas anima viuiente,
Tal les auia pedido ni ſacado,
Y que aunque los Caſtillas perecieſſen,
Y muertos de hambre todos acabaſen,
Era razon que todos por las armas,
Aquel partido juntos defendieſſen,
Otompo, y Meco, luego concedieron,
Que fueron los del trato y del ſecreto,
Con lo que aquel traidor alli dezia,
A Mulco, y otros pocos ſedicioſos,
Amigos de rebueltas y alborotos,
Que aqueſtos nunca faltan, porque es tãta,
La braueza del hombre miſerable,
Que ſi falta quien ſople y lo rebuelua,
El miſmo ſe rebuelue y alborota,
Abraſa, enciende, quema, y ſe deſtruie,
Y eſta deſdicha ſiempre la notamos,
Deſpues de aquella culpa lamentable,
Que á todos nos deshizo y deſcompuſo,
Y aſsi el mayor contrario que tenemos,
Es à noſotros miſmos, porque ſomos,
Los que ſolos podemos derribarnos,
Sin que las fuerças del infierno juntas,

Basten sino queremos á rendirnos,
Porque las mismas fuerças que alcãçamos,
Para emprender el mal que cometemos,
Aquesas mismas siempre nos asientan,
Para emprender el bien si le queremos,
Y asi nadie es tan torpe que no sabe,
El premio que por solo el bien alcança,
Y el mal que por la culpa se merece,
Y asi por esta causa temerosos,
Todos aquestos baruaros à vna,
Por ser menos culpados acordaron,
Que pues alli faltaua la mas gente,
Que todos los del pueblo se juntasen,
Cosecha propria de animos doblados,
Cubrir siempre con capa de innocentes,
La mucha grauedad de sus delictos,
Y asi bien disfraçados y cubiertos,
A todo el pueblo junto congregaron,
Donde luego vereis lo que trataron.

CAN-

CANTO VEYNTE Y VNO.

COMO ZVTACAPAN HIZO IVNta de los Indios Acomeſes, y diſcordia que entre ellos vbo, y de la traycion que fabricaron.


Gloria humana, en cuia inſtable cumbre,
La preſuncion hinchada, y vil ſoberuia,
Quiere ſiempre ſubirſe y aſſentarſe,
Dime ſoberuia infame como ygualas,
El poderoſo cetro y Real corona,
Con vn tan bajo baruaro perdido,
De baruara, y vil baruaro, engendrado,
Di que tiene que ver el alto trono,
Con baruara canalla y behetria,
O ciega vanidad, o vana pompa,
De altos, medianos, vajos, y abatidos,
Sin diſtincion, razon, ni cuenta alguna,

Ygualmente buſcada y pretendida,
Digalo aqueſte baruaro furioſo,
De tan humilde ſangre produzido,
Si como Luzbel quiere lebantarſe,
Y el gouierno de todo atribuirſe,
Y aſsi ſin diſiſtirſe de ſu intento,
Ordenò que à conſejo ſe juntaſen,
Y juntos todos dentro de vna plaça,
Como la cruel ſoberuia deſmedida,
Continuamente ſiempre ſe adelanta,
Sin dilatarlo, luego en pie ſe puſo,
En ſi todo encendido y abraſado,
Y tendiendo la viſta por el pueblo,
Desbergonçado, libre, y deſembuelto,
Aſsi tomò la mano, y fue diziendo:
Varones esforçados y valientes,
Los poſtreros trabajos y peligros,
Dan franca entrada, y campo bien abierto,
Para que cada qual aquello diga,
Que mas le duele, aprieta, y le laſtima,
Dezid qual mas infamia y vil afrenta,
Puede venir por toda aqueſta fuerça,
Que permitir tan dura ſeruidumbre,
Como es dar de comer à foraſteros,

Siendo como ellos todos libertados,
Yo juro por los dioses todos juntos,
Y por quien vidas todos alcançamos,
Que no ha de quedar hõbre en esta tierra,
Que tal bageza aya imaginado,
Y viendo que las armas embraçauan,
Sin dexarle acabar salio diziendo,
Su hijo Zutancalpo demudado,
A su Padre mirando con enojo,
El mas seguro bien que el hombre alcança,
Es que quiera rendirse à todo aquello,
Que á la razon va bien encaminado,
No soy de parecer que à los Castillas,
Enemistad ninguna se les muestre,
Porque es temeridad hazer agrauio,
A quien nunca jamas nos á ofendido,
Tenerlos por amigos con recato,
Es mas sano consejo y sin peligro,
Lo demas es patente desatino,
Y para no ser todos imputados,
Digo que la obediencia les guardemos,
Pues ya la auemos todos professado,
Y pues la ocasion freno nos permite,
Reprimase la colera indiscreta,

Que la paz es el punto mas diſcreto,
Que puede remediar el mal que aguarda,
Aquel que eſta en peligro de ſufrirle,
Y con eſto ceſó el noble joben,
Y luego començò vn rumor confuſſo,
De toda aquella gente congregada,
Y aprouando por bueno lo que dixo,
Nunca paſſò palabra por crugia,
Mas reſpetada, libre, y mas eſſenta,
Ni mas obedecida, ni acabada,
Que aquel acuerdo expreſſo, porq̃ luego,
Iuntas obedecieron y dejaron,
Las poderoſas armas lebantadas,
En eſto el viejo Chumpo rezeloſo,
De que la paz y tregua ſe rompieſſe,
Cargado de vejez y de trabajos,
Con palabras diſcretas y ſeberas,
La fatigada voz alçò diziendo,
Mirad mis hijos que el conſejo es ſano,
Y es quien alcança ſiempre la victoria,
En peligroſas guerras conozidas,
Y pues que Zutancalpo en verdes años,
Os á ya dicho aquello q̃ os cõbiene, (plo,
Pues vemos q̃ el morir no es mas q̃ vn ſo-
Y en

Y en bien morir consiste nuestra gloria,
Para morir buen tiempo se procure,
Sazon y coiuntura bien mirada,
Y escusese tan grande inconueniente,
Como es tratar con furia y mouimiento,
Cosas tan graues, grandes y pesadas,
Como estas que tenemos entre manos,
Aqui bolaron luego las palabras,
Y torpes fanfarronas amenaças,
De aquellos indiscretos conjurados,
Llamando al viejo Chumpo de atreguado
Caduco, infame, loco, y hechizero,
Oyendo aquesto todo embrauecido,
Zutacapan arremetio furioso,
Poniendo al pobre viejo en tal aprieto,
Que si Cotumbo presto no repara,
La fuerça de la maça que bajaua,
La espalda toda entera le derriua,
Vistose pues cargado con palabras,
Que le dixo tambien de grande afrenta,
Qual si sobre el valientes y altos montes,
Se vbieran juntos puesto y assentado,
Assi se echò de ver su sentimiento,
Mas qual si fuera el mismo centro y vassa,

Para lleuar vn peſo tan peſado,
Diſimuloſe todo quanto pudo,
Sufriendo el corage concebido,
Y dando á la templança larga rienda.
Aſsi compueſto habló con todo el pueblo,
Nunca jamas me vi tan inclinado,
A ſatisfazer mi honrra ya difunta,
Qual oy lo eſtoy con tanta desberguença,
Como conmigo veys que ſe ha tenido,
Y ſi aquel jubenil ardor tuuiera,
Que en mi paſſada edad tener ſolia,
Que es en que aqueſte vil traidor eſtriua,
Ya de ſu vana preſuncion tuuiera,
La enmienda, y el caſtigo merecido,
Mas que puedo hazer en mi deſcargo,
Si ya de tanta edad eſtoy cargado,
Y la vejez â mas andar me afiige.
Aqueſta afrenta no es á mi perſona,
A voſotros ſe ha hecho, por ſer hijos,
De aquellos cuios padres yo he criado,
Y ſaltando enmedio de la plaça,
Qual ſerpentin famoſo que cargado,
Eſta de fina poluora ſuſpenſo,
Su taco y grueſſa vala, y ſoſſegado,
Eſta

Està mientras el fuego no le mueue,
Y luego que le llega con ruido,
Assi se desembuelue, sale y rompe,
Qual rayo de las nuues escupido,
Assi sin detenerse ni tardarse,
Zutancalpo por el tomó la mano,
Y el reforçado leño reboluiendo,
Para el Padre se fue desatinado,
La gran maça el Padre aferró luego,
Y al encuentro Parguapo fue saliendo,
Pilco alli tambien se desembuelue,
Otompo, y luego Meco, con Guanambo,
A Mulco, y otros muchos Acomeses,
Y cada qual su vando sustentando,
Derribando los mantos de los hombros,
Prouar quisieron todos sus personas,
Mas fueles impedido el allegarse,
Por los muchos que juntos estuuieron,
Con esto la canalla se deshizo,
Y cada qual se fue para su casa,
O vanidad, vil tosigo sabroso,
Sugeto à cruel inuidia, y muerte azerba,
Que mar de sangre vemos derramada,
Por solo pretenderte, el vano altibo,

Que

Que presta la Real sangre, la hidalga,
La villana, la baruara, y serrana,
Si como de aquel Padre decendientes,
Toda es vna materia y vna fuente
De vn color y vna misma semejança,
Que en cada qual la cruel soberuia altiua,
Sabemos que se anida y se atesora,
Qual hambrienta polilla peligrosa,
O sedienta carcoma que royendo,
De sus venas y entrañas à su gusto,
Derrama, rompe, y vierte, la que quiere,
Y asi este vil idolatra sangriento,
Lleuado de frenetica soberuia,
Luego determinó que se rompiessen,
Las pazes y las treguas concertadas,
Y á los Castillas todos acabasen,
Sin que anima viuiente en pie quedase,
Y por enderezar mejor su intento,
Determinaron todos que en entrando,
La gente Castellana en sus asientos,
Que cada qual hiziesse por su parte,
Que todos por las casas se sembrasen,
Y estando bien sembrados y esparcidos,
Iuntos acometiessen de manera,

Que pelo de ninguno se escapase,
Estando todo aquesto assi tratado,
Zutancalpo con todos sus amigos,
Y Chumpo con los suyos se salieron,
Fuera de todo el pueblo por no verse,
En trato tan infame y vergonçoso,
Desto Zutacapan tomò contento,
Porque assi todo el pueblo le dexauan,
Casi sin fuerça alguna que pudiesse,
Contradezirle aquello que ordenase,
En este punto crudo fue llegando,
Aquel Maese de campo que vendido,
Aquestos alebosos le tenian,
Y por hazer su causa mas en breue,
Iuntos á recebirle le salieron,
El pobre cauallero descuidado,
De aquel rebozo estraño y encubierta,
A todos abraçò con gran contento,
Y luego que los vbo acariciado,
Pidioles que le diessen por rescates,
Algunos bastimentos que tuuiessen,
A esto todos alegres le dixeron,
Que assentase el Real, y que otro dia,
Todo muy bien cumplido lo ternian,

Con

Con esto se boluio, y el dia siguiente,
En fin por orden del precioso hado,
Para el pueblo boluio que no deuiera,
Aquel que careciendo de sospecha,
Acercandose fue para el engaño,
Que todo aquesto tiene el trato doble,
Llamar sobre seguro al inocente,
Dios nos libre del mal que nos aguarda,
Y con muestras de bien nos assegura,
Porque puestos en prueua tan dificil,
No ay discrecion, auiso, ni destreza,
Armas, virtud, verdad, ni resistencia,
Que puedã contrastar su gran violencia,
Propuso pues el sin ventura joben,
Assi como à la fuerça fue llegando,
Vna gustosa platica amorosa,
Para que alli los baruaros le diessen,
El bastimento que le auian mandado,
Ellos con gran descuido respondieron,
Que fuessen por las casas á pedirlo,
Que todos con gran gusto le darian,
Luego el Maese de campo sin sospecha,
Porque fuesse mas breue aquesta causa,
O por mejor dezir su corta vida,

Quedandose con solos seys soldados,
Mandó que todos fuessen por las casas,
Y el bastimento todo le juntasen,
Cuia traicion si auemos de dezirla,
Quiero alentar señor para escreuirla.

CANTO VEYNTE Y DOS.

DONDE SE DECLARA LA ROta del Maese de campo, y muerte de sus cõpañeros, causada por la traycion de los Indios Acomeses.



MVNDO instable de miserias lleno,
Verdugo atroz de aquel que te conoze,
Dissimulado engaño no entendido,
Prodigiosa tragedia portentosa,
Maldito cancer, solapada peste,
Mortal veneno, landre que te encubres,

Dime traidor aleue fementido,
Quantas traiciones tienes fabricadas,
Quantos varones tienes consumidos,
De quanto mal enrredo estas cargado,
O mundo vano, o vana y miserable,
Honrra con tantos daños adquirida,
O vanas esperanças de mortales,
O vanos pensamientos engañosos,
Sugetos siempre á miseros temores,
Y á mil sucessos tristes y accidentes,
O muy terrible caso lamentable,
Que no se le conceda mas de vida,
A la noble lealtad alta gallarda,
De vn esforçado coraçon valiente,
De quanto vn vil traidor cobarde y bajo,
Quiera con encubierta y trato doble,
Dar con su esfuerço en tierra y derribarle,
A pesar de los braços belicosos,
Cuias illustres prendas desbanecen,
Qual presuroso viento que traspone,
Luego que traicion quiere atrauesarse,
Y con secreto tosigo cubrirse,
Para mayor ponçoña del estrago,
Con que despues se muestra y embrabece,

Dexemos los autores que escriuieron,
Gran suma de sucessos desdichados,
Por manos de traidores fenecidos,
Y tomemos aqueste miserable,
Caso por accidente sucedido,
No bien señor los vieron derramados,
Y à todos por el pueblo diuididos,
Propria y comun dolencia de Españoles,
Meterse en los peligros sin recato,
Sospecha ni passion de mal sucesso,
Cuio grande descuido con cuidado,
Los baruaros notaron y con esto,
Aduirtieron que solos seys soldados,
Con el Maese de campo auian quedado,
Y temiendo que presto se juntasen,
Poniendo en auentura su partido,
La furia popular fue descubriendo,
La fuerça del motin que estaua armado;
Y mormurando todos la tardança,
Sedientos de acabar las flacas fuerças,
Que alli los Españoles alcançauan,
Por solo auer querido derramarse,
Alborotados todos lebantaron,
Vn porentoso estruendo de alaridos,

Tan altos, tan valientes, y grimosos,
Que à todos causò espanto imaginarlos,
Viendo el Maese de campo la braueza,
De la baruara gente rebelada,
Con reportado rostro graue ayrado,
Para los suyos se boluio diziendo,
Caualleros cuia grandeza encierra,
Todo valor, esfuerço, y buen consejo,
Bien claro veys la grande desberguença,
De toda aquesta chusma desmandada,
Pues á nosotros vemos que rebueluen,
Las omicidas armas lebantadas,
Notad que toda viene al descubierto,
La fee quebrada, rota la obediencia,
Las treguas y los pactos quebrantados,
Violado el vassallage que nos dieron,
Por cuio manifiesto desengaño,
Siento la cruda guerra ya encendida,
Y vn diabolico fuego lebantado,
Que consejo os parece que tomemos,
Que mas à nuestra causa satisfaga,
Guardãdo el punto que es razon se guarde
Al belico exercicio y al gouierno,
Del graue General que nos encarga,

Que siempre imaginemos y pensemos,
En quan sin sangre tiene assegurada,
Cosa de tanta afrenta y graue peso,
Como es toda la tierra que pisamos,
Y si por qual que desdichada suerte,
Nosotros derramasemos alguna,
Seria desdorar la gran grandeza,
De la mas sossegada paz que alcança,
Por cuia justa causa soy de acuerdo,
Pues tan buena ocasion el tiempo ofrece,
Que luego nos salgamos retirando,
Recogiendo al descuido nuestra gente,
Pues para todo ay tiempo y coiuntura,
Y como jamas vemos que à faltado,
Para las cosas bien encaminadas,
Vn fiscal que reprueue y contradiga,
Parece que la sobra de arrogancia,
De vn torpe Capitan que cerca estaua,
Dixo porque mas bien se descubriesse,
Su vana presuncion y vano esfuerço,
No es bien Maese de campo que sigamos,
Por honrra de Españoles tal afrenta,
Y sino solo á mi se de licencia,
Y versea como solo me antepongo,

A toda esta canalla, y la sugeto,
Para que sin que nadie se retire,
Decienda quando mas le diere gusto,
Sano y salbo, à lo llano desta cumbre,
Pasmado el de Zaldiuar sin aliento,
De la sobrada replica encendido,
Suspenso difirio la justa enmienda,
Para mayor bagar del que le daua,
La furia de la tropa que embestia,
Por auerle aquel necio entretenido,
Con sus necias palabras maldigestas,
Pues como si le vbiesse ya passado,
La precissa ocasion de retirarse,
Cuia perdida triste lastimosa,
Por marauilla vemos que la cobran,
Aquellos que la pierden sin rezelo,
Del graue inconueniente que se sigue,
Despues de ser perdida y acabada,
Assi por no perderla desembuelto,
Salio Zutacapan feroz diziendo,
Mueran, mueran à sangre y fuego, mueran,
Todos estos ladrones que han tenido,
Tan gran de atrebimiento y desberguença,
Que sin ningun temor ni buen respecto,

Han

Han querido pisar los altos muros,
De aquesta illustre fuerça poderosa,
Luego tras del salieron replicando,
Ezmicaio Amulco, y tambien Pilco,
A quien siguieron Tempal y Cotumbo,
Diziendo, mueran estos fementidos,
Infames, viles, perros, alebosos,
Perturbadores del comun sossiego,
Esforçò aquesta voz la braua turba,
De la infernal canalla belicosa,
Las poderosas armas embraçando,
Viendo el Maese de campo sin remedio,
El rigor de las armas lebantadas,
Buelto â los suyos dixo à grandes bozes,
No me dispare nadie, y solo apunten,
Que con solo apuntar serà possible,
Detener la gran fuerça que descarga,
De la baruara furia que arremete,
La qual se abalançò con tanto aliento,
Qual suele vna deshecha y gran borrasca,
Quando á la pobre nauezilla embiste,
Cuias mas encumbradas y altas gauias,
Al profundo del hondo mar derriba,
Y luego al mismo Cielo las lebanta,

Afsi rabiofos todos embiftieron,
Las poderofas mazas defcargando,
Viendo el Maefe de campo fin remedio,
Cofa de tanto pefo y graue afrenta,
Y que por bien no pudo reduzirlos,
Qual ponçoñofa viuora pifada,
Del ancho pie del ruftico villano,
Que viendofe perdida y quebrantada,
Enfi toda fe enciende y embraueze,
Tendida y recogida amenaçando,
Con la trifulca lengua y corbo diente,
Afsi el Zaldiuar todo embrauecido,
A los fuyos mandó con grande prieffa,
Que las fogofas llaues apretafen,
Y efcupiendo los preftos arcabuzes,
Las efcondidas valas derribaron,
De la enemiga gente grande parte,
Mas poco les valio tan buen efecto,
Porque todos al punto fe mefclaron,
Sin que pudieffen darlos otra carga,
Y afsi la foldadefca en tanto aprieto,
Qual fuelen con fortuna los forçados,
Bogar fobre los cabos rebentando,
Por no defamarrarfe y deffafirfe,

Y á

Y á fuerça de los puños y los braços,
Con roncos azezidos y gemidos,
Contra el rigor del mar ſoberbio arſando,
Embiſten con las hondas y las rompen,
Con ſobra de corage lebantando,
Al Cielo eſpumas de agua aſsi oprimidos,
Los fuertes Eſpañoles arrancaron,
Las valientes eſpadas riguroſas,
De las gallardas cintas en que eſtauan,
Y aſsi rebueltos, todos deſembueltos,
Por medio la canalla ſe lançauan,
Deſquartizando á dieſtro y à ſinieſtro,
Inormes cuerpos brauos y eſpantoſos,
Con horribles heridas bien raſgadas,
Sangrientas cuchilladas deſmedidas,
Profundas puntas, temerarios golpes,
Con que los vnos y otros bien moſtrauan,
De ſus heroicos braços raras prueuas,
En eſto el brauo Tèmpal que corrido,
Eſtaua ya ſin ſeſo auergonçado,
De ver en Eſpañoles tal esfuerço,
Al ſuelo ſe abajó por vn gran canto,
Y atras el pie derecho fue haziendo,
La eſpalda derribada y fue lançando,

El

El canto de manera que hundia,
Dexò la trifte boca de Pereira,
Y no bien viò los dientes derramados,
Quando fobre el boluio y regañando,
Pedazos la cabeça con vn leño,
Le hizo al miferable, y viendo todos,
Los cafcos que mezclados con los fefos,
Sangrientos fe efparcieron por el fuelo,
Tan gran corage auna concibieron,
Que afsi como la poluora de hecho,
Lebanta vn gran caftillo y lo deftroza,
Siembra y lo derrama por mil partes,
Afsi la chufma baruara furiofa,
La Caftellana fuerça fue embiftiendo,
Por cierta la victoria alli cantando,
Quan bueno es el callar, y que importante,
Quando la dura guerra fe platica,
Porque aunq̃ con gran fuerça pretẽdamos,
Se ygualen las palabras con las obras,
No fon los nobles hechos tan tenido,
Quanto aquellos que fin parlar fe acaban,
Todo efto digo por aquel furiofo,
Capitan indifcreto, mal mirado,
Que por ganar gran fama blafonaua,

Que

Que esta de todo punto ya rendido,
Alebrastado, mudo, temeroso,
Suspenso, manso, palido, cobarde,
Y sin genero de armas en las manos,
La vil, bana cabeça descubierta,
Y escudando su timida persona,
Con el Maese de campo valeroso,
Que en la sangrienta guerra desdichada,
Vn inuencible Godo se mostraua,
Mas poco le turó el escudarse,
Que al fin le dieron muerte vergonzosa,
Pues sin que lastimasen su persona,
De las manos las armas le quitaron,
Y qual si fuera oueja miserable,
Assi tambien la vida le rindieron,
O soldados que al belico exercicio,
Soys con grande razon aficionados,
Aduertid que es grandissima grandeza,
No ser nada muy prodigos de lengua,
Y serlo por la espada es cosa noble,
Si con razon se ajusta y se compone,
Notad aquesta historia porque os juro,
Que si Dios nuestra causa no repara,
Como bondad inmensa poderosa,

Que fuera este hombre causa suficiente,
Para que sin que cosa en pie quedara,
En aquel nueuo mundo y nueua Iglesia,
Todo se destruyera y se assolara,
Y esto sin que viua anima pudiera,
Salir á dar la nueua desdichada,
Y para no venir en tanta afrenta,
Dos cosas con grandissimo cuidado,
A siempre de notar el buen guerrero,
La vna es que considere bien si manda,
Y la otra si es de aquellos que obedecen,
Y mire qual de aquestos dos oficios,
Le es fuerça que exercite y que professe,
Y no permita quiebra ni se atreba,
A perder ni salir tan solo vn passo,
Del termino que á cada qual se deue,
Teniendo siempre por opuesto y blanco,
Al mismo poderoso Dios eterno,
A cuia alteza inmensa y soberana,
No esta bien se gouierne por nosotros,
Y menos no es bien que gouernemos,
A magestad tan alta y lebantada,
Y porque se muy cierto que me entienden,
Los que mandan, y aquellos que obedecẽ,
Cada

Cada qual exercite con imperio,
La fuerça del oficio que tuuiere,
Y mande la cabeça poderosa,
Y obedezcan los bajos pies humildes,
Si quieren ver en todo buen gouierno,
Pero dexemos esto gran Monarca,
Que sale Pilco echando espumarajos,
Por la rabiosa boca desmedida,
Y vn gran baston en torno reboluiendo,
Biene ciego de colera encendido,
Con sobra de corage amenaçando,
La lebantada frente de Bibero,
Cuia fuerça fue en alto reparando,
Cubriendo la cabeça con dos manos,
Iunta la guarnicion con el adarga,
La rodilla derecha en tierra firme,
Todo el costado yzquierdo descubierto,
Sobre cuio desocupado espacio,
Descargò el braço del ferrado leño,
Con tan violenta fuerça y gran pujança,
Que le quebrò la hiel dentro del cuerpo,
Haziendole pedaços las costillas,
Y á penas dio consigo el pobre en tierra,
Quando de lo mas alto de vna casa,

De encima del pretil vna gran piedra,
Fue de vna flaca vieja rempujada,
Esta se vino aplomo demanera,
Que le hizo pedazos la cabeça,
Viendo al triste Español alli tendido,
Y qual el compañero que hemos dicho;
Los escondidos sesos derramados,
Tan fuertes vozes todos lebantaron.
Y con vn tan horrible y brauo estruendo,
Que los mas altos y encumbrados Cielos,
Por vna y otra parte parecian,
Que tristemente todos se rasgauan,
Dexandose venir de todo punto,
Rotos y destrozados para el suelo,
Y como todo andaua de rebuelta,
Popolco arremetio para Costilla.
Mulato de nacion, y tan muchacho,
Que armas nunca jamas auia ceñido,
Y abriendole del vn hijar al otro,
Todas las tripas le vertio en el suelo,
El misero muchacho lastimado,
Que junto al cuerpo de Biuero estaua,
La daga le arrancó de la pretina,
Y qual suele imprimirse y estamparse,

La figura del sello en blanda cera,
Assi imprimio la llaga aquel mulato,
En su mismo omicida de manera,
Que en las rebueltas tripas tropeçando,
El vno con el otro muy rabiosos,
A los braços vinieron ya difuntos,
Y estando bien assidos y abraçados,
Por las terribles bocas sangrentadas,
Las inmortales almas vomitaron,
En esto Chontal baruaro arriscado,
Que acaso fue passando por do estaua,
El Alferez Zapata en yra ardiendo,
Con mil salbages brauos peleando,
Alçò el ferrado leño y en el yelmo,
Tan grã golpe le dio que estuuo en punto,
De dar consigo en tierra casi muerto,
Y luego que algun tanto fue cobrado,
De verse assi tratado y ofendido,
No la braueza y furia desatada,
Del corajoso toro ya vencido,
Vertiendo gruessas bauas por vengarse,
Assi se vio jamas qual vimos todos,
Al Español furioso reboluiendo,
El hierro de la espada auergonçado,

Sobre el valiente baruaro atreuido,
Y embebiendola toda casi ciego,
Seys vezes la bañò, y tinta y roja,
Sacò de los costados poderosos,
Vertiendo vn mar de sangre denegrida,
Do el alma zozobrò, y assi rabiosa,
Salio de la vertiente sangrentada,
No bien el fuerte baruaro difunto,
En tierra dio consigo quando todos,
Alçando vn alarido arremetieron,
Muera, muera diziendo, y assi juntos,
Qual el soberuio mar, quando combate,
La lebantada roca, y ella fuerte,
Las poderosas aguas contrastando,
Inhiesta queda siempre estable y firme,
Assi su grande esfuerço fue mostrando,
El Español gallardo en tal conflicto,
Zutacapan furioso viendo aquesto,
Con toda su quadrilla fue embistiendo,
A tres solos fortissimos guerreros,
Y por ser la ventaja tan sobrada,
A su pesar los fueron retirando,
Para vn grimoso y gran despeñadero,
Adonde les fue fuerça que prouasen,

Los oprimidos Heroes afligidos,
El vltimo rigor y poſtrer trance,
Que pudo la fortuna embrauecida,
Dar á ſus triſtes cuerpos esforçados,
El primero de todos fue Camacho,
Detras del luego ſe arrojò ſegura,
Y á la poſtre aquel pobre de Ramirez,
Que todos de la mal ſegura cumbre,
Se fueron deſpeñando y lançando,
Culpando en vano, y ſin ningun remedio,
A ſu triſte ventura y mala ſuerte,
Triſte pues antes de llegar al ſuelo,
Muertos llegaron dando cien mil botes,
Por los mas crudos riſcos lebantados,
Pues como el valor de armas ſe encēdieſſe,
Y el rigor de los dientes ſe apretaſe,
Eſcalante con Sebaſtian Rodriguez,
Moſtrando la fineza de quilates,
De ſus brauos gallardos coraçones,
La mas cruenta refriega ſuſtentaron,
Haſta que faltos de vigor y aliento,
Apedreados los dos nobles guerreros,
Iuntos al otro mundo ſe partieron,
El bueno de Araujo peleando,

Con vn valiente baruaro que quiſo,
Fortuna que eſtuuieſſen retirados,
Dos poderoſos lobos ſe moſtraron,
El vno contra el otro y ſe embiſtieron,
Tan esforçadamente que ponian,
Horror en ſolo verlos tan heridos,
Y de ambas partes tanto enſangrentados,
Y deſpues que vendieron bien ſus vidas,
Sin ninguna ventaja, o diferencia,
Rendidos los dos brauos fenecieron,
En eſto con gran furia deſcargauan,
Sobre el Maeſe de campo fieros golpes,
Cuio triſte progreſſo á nueuo canto,
Serà bien difirir porque me faltan,
Fuerças para eſcreuir mi gran deſdicha,
Pues de dos camaradas y ſeñores,
Que por buena y gran ſuerte me cupieron,
En toda aqueſta guerra trabajoſa,
Me es fuerça llore al vno, y con quebranto,
Viua de oy mas en vn azerbo llanto.

CANTO VEYNTE Y TRES,

DONDE SE DIZE LA MVERTE del Maese de campo, y lo que despues sucedio, hasta lleuar la nueua al Gouernador.



Enueuese el dolor, y el ronco azento,
Con funebre dolor salga llorãdo,
La fiera y braua muerte lamentable,
De aquel varon heroico que rompiendo,
Por mil furiosas baruaras esquadras,
Por la terrible espada poderosa,
Vn mar de fresca sangre va bertiendo,
Tres largas horas con valor sostuuo,
Todo el inorme peso portentoso,
De la cruenta batalla el nueuo Marte,
Con tan sobrado animo y esfuerço,
Como si de vn fino bronce fuera,

Pues

Pues viẽdo aq̃l mẽbrudo y fiero Qualpo,
La fineza del Eſpañol gallardo,
Con ſobrado corage fue à dos manos,
Del arco las dos puntas encorbando,
Para que con mayor violencia y fuerça,
La poderoſa flecha ſe arrancaſe,
De la tirante cuerda belicoſa,
Y aſsi la deſpidio con tal braueza,
Que rompiendole toda la eſcarcela,
Atrabeſada ſe quedò temblando,
Por el derecho muslo bien aſsida,
Aqui el Zaldiuar reboluio furioſo,
Qual rabioſo leon atrabeſado,
Del riguroſo dardo que le claua,
El haſtuto montero que le ſigue,
Tras cuio braço vemos que ſe enciende,
Y ſe arma, ſacude, y embrabeze,
Rabioſo, lebantando, y herizando,
El aſpero creſton del alto cerro,
El bedijoſo cuello reboluiendo,
Y con roncos bramidos y gemidos,
Fuertes vñas y dientes corajoſos,
Para todos arranca y ſe abalança,
No de otra ſuerte y traza la braueza,

Del brauo Español crece y se lebanta,
Haziendo vn bien tendido y ancho campo
Por doquiera que embiste y arremete,
Aqui derriba, tulle y estropea,
Alli huyendo del se acogen todos,
Qual vanda de palomas que esparcidas,
Huyendo del vilano van tendiendo,
Las alas por el ayre yuan buscando,
Los auigados nidos puerto libre,
Donde seguras puedan ampararse
Y libres de sus garras socorrerse,
Assi los Acomeses temerosos,
Apriessa se retiran y recogen,
Mas como lo violento no es perpetuo,
La gran braueza fue desfalleciendo,
Qual en vn fiero toro desfalleze,
Quando en estrecho coso agarrochado,
Se ve por todas partes afligido,
Arroyado de sangre denegrida,
Ya falto de vigor, fuerça y aliento,
No menos el raudal brauo famoso,
De aquel brioso animo valiente,
Vino à menguar sus esforçadas fuerças,
Que ya como atras queda referido,

Sobre

Sobre el furiosos golpes descargauan,
Pilco embistio con todos sus guerreros,
Zutaçapan tambien fue descargando,
Ayudado de Amulco y Ezmicaio,
Cotumbo y Tempal fueron reboluiendo,
Y assi todos se fueron ya mezclando,
Con la popular tropa que embestia,
Sobre el brauo caudillo destroncado,
Cobrando en su flaqueza nueuos brios,
Tanto mas alentados y esforçados,
Quanto menos esfuerço y resistencia,
Sintieron en el pobre cauallero,
Condicion propria, y natural cosecha,
De torpes brutos, animos bestiales,
Ensayar su furor en vn rendido,
Y que en el sean sus golpes señalados,
Fingiendose valientes y animosos,
Como si por alli no se dexara,
Mucho mas descubierta la bageza,
De sus infames animos cobardes,
Pues siendo tan apriessa lastimado,
Luego que por tres vezes ya perdido,
Del suelo se cobro con nueuo esfuerço,
El animoso y fuerte combatiente,

Haziendo en todas tres, por tres leones,
Tres bien desocupadas y anchas plaças,
Al fin con gran cuidado fue bajando,
De aquel Zutacapan la fiera maça,
Con tan valiente fuerça que assentada,
Sobre las altas sienes del Zaldiuar,
Alli rendido le dexò entregado,
Al reposo mortal y largo sueño,
Que á todos nos es fuerça le durmamos,
O vida miserable de mortales,
Sugeta à mil millones de miserias,
Peligros, desbenturas, y desastres,
Naufragios, y otros tristes accidentes,
De miseros subcessos que notamos,
Aquellos que aunque libres los sentidos,
Dios sabe si otra cosa nos aguarda,
De mas dolor, miseria, y mas quebranto,
Que aquellas que muy graues nos parecen
Pues viendo aquel guerrero alli tendido,
Como rabiosos perros lebantaron,
Vn grande estruendo, baruaro confusso,
De aullidos y alaridos temerosos,
Y rempujandose desatinados,
Los vnos à los otros se estorbauan,

Por solo ensangrentar las fieras armas,
Que cada qual mandaua y gouernaua,
En la inocente sangre del Christiano,
Y tantos golpes fueron descargando,
Qual suelen los herreros quando en torno,
Gimiendo junto al yunque van bajando,
Los poderosos machos, y aporfia,
Asienten con esfuerço mayor golpe,
Y tantos sobre el dieron y cargaron,
Quantos sobre aquel noble de Anaxarco,
Quando por vista de ojos vio molerse,
En vn grande mortero bien fornido,
Adonde en lastimosa y tierna pasta,
La carne con los guessos le dexaron,
Viendo al Maese de campo ya rendido,
El valiente Zapata, y Iuan de Olague,
El gran Leon, y fuerte Cauanillas,
Y aquel Pedro Robledo el animoso,
Auiendo como buenos señalado,
Sus imbenzibles braços no domados,
Resistiendo à la turba que cargaua,
Se fueron à gran priessa retirando,
Hasta llegar á vn salto lebantado,
De mas de cien estados descubiertos,

De donde todos cinco se lançaron,
Por milagro las vidas escapando,
Ecepto el miserable de Robledo,
Que derramados los bullentes sesos,
Por las peñas bajò sin ambos ojos,
Y como Sosa y Tabora con priessa,
Y con ellos Antonio Sariñana,
Se fueron á buen tiempo retirando,
Libres y sin zozobra decendieron,
Al llano de la cumbre lebantada,
Donde el Alferez Casas quedó en guarda,
De la importante y fuerte cauallada,
El qual fue recogiendo á grande priessa,
Aquellos quatro amigos despeñados,
Que casi muertos los halló molidos,
Sin genero de pulso ni sentido,
Con los quales salio sin detenerse,
Al puesto y vando amigo que dejaron,
Donde los recibieron con gran llanto,
Y despues que curaron los heridos,
Acordaron que Tabora saliesse,
A dar al General la triste nueua,
Y luego despacharon por la posta,
Por todas las Prouincias comarcanas,

Porque à los Religiosos descuidados,
Alguna tropa no les embistiesse,
Y á todos sin las vidas los dexasen,
Y para obiar tan grande incombiniente,
A todos escriuieron y auisaron,
Que á mas andar se fuessen recogiendo,
Al Real de san Iuan con toda priessa,
Donde ya con ligero y presto buelo,
La vil parlera fama auia llegado,
Con la infelix nueua desdichada,
Alli luego el Sargento descuidado,
De nueua tan atroz quedò suspenso,
Los braços en el pecho bien cruzados,
Y teniendo el aliento por buen rato,
Con profundos gemidos fue vertiendo,
Vna gran lluuia con que fue apagando,
Las brasas en que su alma se abrasaua,
De vna tan grande perdida encendida,
Y despues que sus ojos fatigados,
Vbieron vn gran golfo ya vertido,
Todo lo mas que pudo fue sufriendo,
Por no desconsolar á las mugeres,
Que en viuos gritos todas se encendian,
Y asi como leonas que bramando,

Sus

Sus muertos cachorrillos rezucitan,
No menos dando vozes pretendian,
Dar vida á ſus difuntos malogrados,
Y cada qual ſintiendo ſu deſdicha,
Gritos â ſus maridos eſtan dando,
Y otras al dulze hijo y caro hermano,
Otras al bien hechor y deudo amado,
Con tanto ſentimiento que ya el pueblo,
Con laſtimoſo llanto ſe hundia,
De las pobres ſeñoras que meſauan,
Las hebras de oro fino que tenian,
Y con ſus blancas manos azotauan,
Las roſadas mexillas de ſus roſtros,
Con vno y otro golpe que ſe dauan,
Haziendo tanta confuſsion y eſtruendo,
Como quando con furia y con braueça,
El poderoſo mar reſurte y vate,
En las concabas rocas y peñaſcos,
Que contra ſu gran fuerça ſe anteponen,
Viſta tan gran deſdicha y desbentura,
Reprimiendo el Sargento como pudo,
Del ſexo femenil el tierno llanto,
Sacando algunas fuerças de flaqueza,
Bien laſtimado, triſte, y afligido,

Mandó por los difuntos ſe hizieſſen,
Vnas triſtes obſequias funerales,
En eſte medio tiempo y coiuntura,
Llegò el Capitan Tabora diziendo,
No auer podido dar con el camino,
Y raſtro, que el Gouernador lleuaua,
Viſto el recado con que auia venido,
Sin mas acuerdo ſe mandó que Caſas,
Y que Franciſco Sanchez el Caudillo,
Franciſco Vazquez, y Manuel Franciſco,
Soldados de valor, y de verguença,
Salieſſen con grandiſsima preſteza,
Y la nueua al Gouernador lleuaſen,
Y apenas ſe les dixo quando luego,
En ſus cauallos bien encubertados,
Marchando juntos con valor ſalieron,
Y rompiendo por mil dificultades,
Que los baruaros ſiempre les puſieron,
Sin poder ofender á ſus perſonas,
Aunque algunos cauallos les mataron,
Alfin con buena y preſta diligencia,
Llegaron eſtos quatro valeroſos,
Al miſmo aſsiento, pueſto, y eſtalage,
Donde en mi gran trabajo riguroſo,

Fuy

Fuy por mi buena ſuerte ſocorrido,
Pues viniendo el Gouernador al pueſto,
De aquella triſte nueua deſcuidado,
Marchando con grandiſsimo contento,
Con acuerdo de hazer alli jornada,
Y de hoſpedarſe en Acoma otro dia,
Auiendo preuenido grandes fieſtas,
Para quando el Real ſe deſcubrieſſe,
Y otras para deſpues que dentro entraſe,
Eſtando como digo preuenido,
Y todo con acuerdo platicado,
Llegaron los amigos ſin conſuelo,
Muy triſtes, cabizbajos, y lloroſos,
Y antes que puedan dar la triſte nueua,
Quiero tomar repoſo ſi pudiere,
Si es que por mi deſgracia y corta ſuerte,
He de boluer de nueuo á lamentarme,
Para mas afligirme y laſtimarme.

CAN-

CANTO
VEINTE Y QVATRO.

COMO SE DIO LA NVEVA AL Gouernador, y de lo que fue ſucediendo, haſta llegar á ſan Iuan de los Caualleros.



O MAS que loca, incierta, debil, y dudoſa,
Eſperança variable de los hombres,
Y ſus vanos y altiuos penſamientos,
Pues que enmitad de la carrera vana,
Quando con mas braueça la atropellan,
De ſubito ſe vnde y zozobran,
Primero que en ſeguro y dulze puerto,
Puedan de ſu barquillo tenue flaco,
Dando fondo, aferrar la pobre amarra,
Porque como begigas muy hinchadas,
Que con agua y jabon los niños tiernos,
Por libiano cañuto al ayre eſparzen,

Que quando mas vistosas y agradables,
En vn instante vemos desbanecen,
Tan sin rastro de aquello que mostraron,
Qual si nunca jamas ouiessen sido,
No menos Rey sublime y poderoso,
Todas las mas humanas esperanças,
Al fin como mortales desbanecen,
Y entonces se consumen y se acaban,
Quando dellas estamos mas asidos,
Mas prendados, mas firmes, y mas ciertos,
Y menos sospechosos de perderlas,
Cuia verdad nos muestra y manifiesta,
Aqueste claro exemplo que tenemos,
Pues auiendonos puesto la fortuna,
En la mas alta cumbre de su rueda,
Teniendo ya pacifica la tierra,
Sin ver gota de sangre derramada,
Como nunca jamas se vio parada,
Auiendose mostrado faborable,
En enemiga buelta fue boluiendo,
Dandonos quando menos entendimos,
De su mudable fee patente indicio,
Y assi llegaron juntos los amigos,
Y dando al General la triste nueua,

Sien-

Siendo Casas de vista buen testigo,
Para mayor dolor y sentimiento,
Del desastrado caso que contaua,
Cuio progresso apenas fue acabando,
Quando se derribò de su cauallo,
Que encubertado todo le traia,
Y por sus ojos lagrimas vertiendo,
Y el rostro para el Cielo lebantando,
Hincadas las rodillas por el suelo,
Puestas las manos todo demudado,
Assi esforçò la boz desalentada,
Hablando á Dios el triste cauallero,
Gran señor si la pobre nauezilla,
Que aquel grande piloto de tu Iglesia,
Quiso y tuuo por bien de encomendarme,
La tienes ya por mi aborrecida,
Si por mis graues culpas no merece,
Le des tu mano santa generosa,
Por esta vez suplico la perdones,
Y no permitas paguen inocentes,
La mucha grauedad de mis delictos,
Y si combiene todos zozobremos,
A tu voluntad santa poderosa,
Estoi aqui sugeto y muy rendido,

Mas pues llegado auemos á eſtas tierras,
Suplicote ſeñor que nos aguardes,
Suſpendiendo el rigor de tu juſticia,
Y el grande y graue azote que deſcarga,
Y ſerenando nueſtras pobres almas,
Gozemos del valor de tu clemencia,
Con eſtas y otras coſas lamentables,
Alçandoſe del ſuelo ſollozando,
Tomò el cauallo bien enternecido,
Y aſsi como llegamos al parage,
Solo á ſu tienda quiſo recogerſe,
Hincado de rodillas, y en las manos,
Vna Cruz pobre, hecha de dos trozos,
Ambos con ſu corteza mal labrados,
Que à falta de otros me mandò buſcaſe,
Y que á ſu tienda luego los truxeſſe,
Donde paſſò la triſte y larga noche,
Gimiendo amargamente y ſuplicando,
A Dios nueſtro Señor le dieſſe esfuerço,
Para poder lleuar tan gran trabajo,
Y luego que la luz entrò rompiendo,
De la obſcura tiniebla el negro manto,
Mandò que me llamaſen y dixeſſen,
Iuntos los compañeros le lleuaſe,

Y eſtan-

Y eſtando auna todos recogidos,
Y ſin conſuelo lagrimas vertiendo,
Salio del pabellon todo cubierto,
De funebre dolor, manſo lloroſo,
Los ojos hechos carne y viua ſangre,
Hinchados, triſtes, tiernos, mal enjutos,
Deſcolorido todo y traſnochado,
Y afligido apretandoſe las manos,
Eſtando alli parado por buen rato,
Aſsi como del aſpero tomillo,
Azedo y deſabrido vemos ſaca,
Miel para el panal la cauta aueja,
Y della ſe ſocorre y faborece,
Quando los tiempos cargan mas ſin jugo,
Aſsi el Gouernador à ſus ſoldados,
Deſconſolados, triſtes, y afligidos,
Queriendo por tres vezes esforçarſe,
A dezir ſu razon quedó ſuſpenſo,
Con todas las palabras atoradas,
A la pobre garganta y tierno pecho,
Y luego que el tormento fue aflojando,
Algun tanto la cuerda que apretaua,
Dexandole alentar con mas ſoſsiego,
Aſsi habló à los flacos coraçones,

Señores compañeros ſabe el Cielo,
Que me laſtima el alma verlos todos,
Deſconſolados, guerfanos, y triſtes,
Viendo la gran columna que nos falta,
En el Maeſe de campo ya difunto,
Y en los demas amigos valeroſos,
Cuias vidas ſin par y ſin medida,
Sirbiendo à las dos grandes mageſtades,
Sabemos fenecieron y acabaron,
La pobre carne ha hecho ya ſu oficio,
Y aſsi ſerá razon tambien que el alma,
Proſiga con el ſuyo pues es juſto,
Que en todo ſiempre vaya por delante,
No ſiento aqui varon que no ſe precie,
De ſoldado de Chriſto verdadero,
Pues como tal ſu ſangre, Cruz y muerte,
Viene á comunicar con grande esfuerço,
Por todas eſtas baruaras naciones,
Se dezir que no tiene todo el campo,
Soldadeſca, y exercito de Chriſto,
Vn tan ſolo ſoldado en ſu eſtandarte,
Que ſegun tuuo cada qual las fuerças,
No fueſſe fuertemente moleſtado,
Y rigoroſamente combatido,

Dexo todos aquellos que oyeron,
Y que por vista de ojos se hallaron,
A vn millon de desastres prodigiosos,
Con que quedaron todos lastimados,
Y assi como nosotros afligidos,
Dezidme los demas por donde fueron,
Y qual fue la derrota que lleuaron,
Los vnos viuos fueron enterrados,
Y tambien asserrados otros viuos,
A otros desollaron el pellejo,
Descoiuntados otros acabaron,
Y à bocados de cruel tenaza viua,
Vna gran suma dellos fenecieron,
Otros crucificados y azotados,
Desquartizados otros valerosos,
Tanto mas esforçados y estimados,
Quanto mayor martirio padezieron,
Si es que teneys espiritu de Christo,
Señores compañeros llueuan muertes,
Carguen trabajos, vengan afliciones,
Porque el que de nosotros mas sufriere,
Mas triunfo, mas alteza, mas trofeo,
Es verdad infalible que le aguarda,
Y pues esto es assi, varones nobles,

Deſeche cada qual la vil triſteza,
Y á Dios lebante el alma y no deſmaye,
En quien ſin duda alguna eſpero y fio,
Que ſi con veras todos le ſeguimos,
Que con veras y por ſu miſma mano,
Auemos de ſer todos conſolados,
Y luego que el Gouernador prudente,
Acabò con ſu platica, parece,
Que qual marchito campo que ſe alegra,
Y brota, crece, ſube, y ſe lebanta,
Con fuerça de las aguas que derraman,
Las poderoſas nuues à ſu tiempo,
Que aſsi todos ſe fueron conſolando,
Sacudiendo de ſi el diſconſuelo,
Y dolor melancolico peſado,
Con que ſus almas triſtes laſtimauan,
Viendo á ſu General con tanto pecho,
Esforçado, animado, y alentado,
El qual luego empezo á ponerlo todo,
En buen concierto y orden, por ſi acaſo,
A noſotros los baruaros ſalieſſen,
Y aſsi determinò Tomas entraſe,
Como de aquella tierra buen piloto,
Y lengua de los Indios naturales,

A dar

A dar auiſo á todos los amigos,
Que alli goloſos del metal ſabroſo,
A deſcubrir las grandes minas fueron,
Para que derrotados ſe boluieſſen,
A ſan Iuan con grandiſsimo recato,
De cuia eſquadra quiſo adelantarſe,
El Capitan Farfan en compañia,
Del Capitan Queſada, porque juntos,
Salieron con la nueua de las vetas,
Segun que atras lo auemos ya contado,
Hecha eſta preuencion, que fue importãte,
Alçoſe todo el campo, y fue marchando,
Lleuando en la banguardia gran cuidado,
Y cuerpo de batalla, y retaguardia,
Y porque todo fueſſe mas ſeguro,
Ligeros corredores deſpachaua,
Que tierra deſcubrieſſen y abiſaſen,
De qualquiera ſubceſſo que importaſe,
Y como ſiempre vemos que aborrecen,
La belleza del Sol los mal hechores,
No libres de traicion y de encubierta,
De noche á punto todos nos velamos,
Con cuidadoſas poſtas deſembueltos,
Y grandes centinelas bien partidas,

Con que al quarto del alua juntos todos,
Continuamente ſiempre nos hallamos,
Vigilantes y bien apercebidos,
Y con eſte orden fuimos á alojarnos,
Fatigados de ſed a vna cañada,
Por cuias peñas fuimos recogiendo,
Cierta parte de nieue retirada,
Donde el rigor del Sol no pudo entrarle,
Aqueſta con el fuego regalamos,
Pueſta en los hielmos caſcos y zeladas,
Y alfin hizimos razonable aguage,
Con que nueſtra gran ſed ſatisfizimos,
Y aquel que no deſamparò los ſuyos,
Qual verdadera ſenda fue guiando,
Nueſtros canſados paſſos de manera,
Que llegó a ſaluamento todo el campo,
Muy cerca de ſan Iuan adonde eſtaua,
El Sargento bien triſte y cuidadoſo,
Porque nunca jamas auia tenido,
De todo nueſtro campo nueua alguna,
Viendo el Gouernador quan cerca eſtaua,
Mandò ſalir al niño don Chriſtoual,
Para que de ſu parte viſitaſe,
Al Sargento mayor por ſu perſona,

Y porque su edad tierna no le daua,
Lugar a lo que el Padre pretendia,
Para que aquesta falta se supliesse,
Y que por el vbiesse quien hablase,
Encomendose toda aquesta causa,
Al Capitan Quesada, y juntamente,
Que fuesse yo con el al mismo efecto,
Mandonos que con veras se pidiesse,
A todos los amigos que escusasen,
De salir al camino a recebirle,
Porque seria ocasion de lastimarle,
Mas de lo que el venia, aunque esforçando,
A todos los del campo fatigado,
Tambien nos encargò que con cuidado,
Visitassemos de su parte a las biudas,
Y a todos los demas que perdidosos,
Ouiessen por desastre, o mala suerte,
De l'a desdicha de Acoma salido,
Y a todos ofreciessemos con veras,
De su misma alma y vida todo el resto,
Porque con alma y vida procuraua,
Hazer en su consuelo tanto efecto,
Quanto era bien hiziesse por salbarse,
Llegamos pues a casa del Sargento,

Cuia

Cuia viſta me puſo en gran triſteza,
Porque de tres que juntos eſtuuimos,
Dentro de aquel aluergue deſcuidados,
Ya guerfanos los dos quedado auemos,
Aguardando encogidos nueſtra ſuerte,
Dios ſabe qual ſerá, y tambien el quando,
Viſitamos tambien à las biudas,
Y fue tal el dolor que en todas vimos,
Que aſsi como al Sargento no hablamos,
Menos à ellas palabra les diximos,
En eſta ſazon luego tras noſotros,
Llegó el Gouernador con todo el campo
Y eſtando en ſu preſencia todos juntos,
No ſe eſcapò garganta que añudada,
Enzolbada y ſuſpenſa no ſe vieſſe,
Ni ojos que alli no ſe quebraſen,
Rebentando de lagrimas copioſas,
Viendo al Gouernador que auia llegado,
Y ſin que hombre razon alli dixeſſe,
Solo vbo abraços tiernos y apretados,
Criança de buena gorra y no otra coſa,
Y aſsi juntos al Templo le lleuamos,
Donde tambien los ſantos Religioſos,
Sin dezirle palabra le abraçaron,

Y rindiendo al inmenso Dios las gracias,
Por su buena venida le cantaron,
Te Deum laudamus, todos muy contritos,
Y acabado el oficio todos fuimos,
Con el hasta su casa bien llorosos,
Y dexandole alli fue repartida,
La cuidadosa vela por sus quartos,
Y cada qual se fue qual nunca vaya,
Alarabe ni Moro á su posada,
Desconsolado, triste y afligido,
En su confusso pecho reboluiendo,
Cien mil quimeras tristes lastimosas,
Y las zozobras grandes y trabajos,
Ordinarios que siempre nos cargauan,
El pesado desastre sucedido,
La soledad del campo sin su abrigo,
La tierra rebelada y alterada,
El pequeño socorro y gran peligro,
Nuestro flaco partido y corta fuerça,
La enemiga pujança si quisiesse,
Proseguir en la rota començada,
Todas aquestas y otras muchas cosas,
Las lastimadas almas reboluian,
Dentro de sus aluergues alteradas,

Y el

Y el General prudente que aſsiſtia,
Velando y no durmiendo en eſta cauſa,
Y en cuio oſſado y animoſo pecho,
Los cuidados de todos ſe encerrauan,
Aguardando a la luz de la mañana,
Eſtaua el esforçado cauallero,
Y para ver el orden que ha trazado,
Pues viene ya rayando el claro dia,
Será razon que yo tambien me aguarde,
Y en aduertirlo todo no me tarde,



CANTO VEYNTE Y CINCO.

COMO SE HIZO CABEZA DE processo, contra los Indios de Acoma, y de los pareceres que dieron los Religiosos, y de la instrucion que se le dio al Sargēto mayor, para que saliesse al castigo de los dichos Indios.



O bien la fresca Aurora entrò rindiendo,
El encogido quarto, quando estaua,
El fuerte General sin desarmarse,
Hablando con las velas, y ordenando,
Por auerse ya muerto el Secretario,
Iuan Perez de Donis, vn gran sujeto,
Y que siruio muy bien en esta entrada,
Hiziesse Iuan Gutierrez Bocanegra,
Alcaide y Capitan, por ser muy diestro,

Con-

Contra la gente de Acoma y ſu fuerça,
Cabeça de proceſſo, y eſta hecha,
Eſtando ya la cauſa ſuſtanciada,
Antes de dar ſentencia quiſo dieſſe,
El Padre Comiſſario y Religioſos,
Su voto cada qual ſobre eſtas dudas,
Cuios eſcritos graues me parece,
Que ſin mudar eſtilo aqui ſe pongan,

Caſo que puſo el Gouernador, para que ſobre el, dießen ſu parecer los Padres Religioſos.



ON Iuan de Oñate, Gouernador y Capitan general, y Adelantado de las Prouincias de la nueua Mexico. Pregunta, que ſe requiere, para la juſtificacion de la guerra, y ſupueſto que es la guer

ra justa, que podra hazerla persona q̃ la hiziere, acerca de los vencidos, y sus vienes.

Repuesta del Comissario, y Religiosos.

LA pregunta propuesta, contiene dos puntos: el primero es, que se requiere para q̃ la guerra sea justa. Al qual se responde, que se requiere lo primero, autoridad de Principe, que no reconozca superior, como lo es el Pontifice Romano, el Emperador, y los Reyes de Castilla, que gozan de preuilegio de Imperio, en no reconocer superior en lo temporal, y otros: assi ellos por su persona, o quien su poder ouiere, para este efecto, porque persona par-

ticular, no puede mouer guerra, pues ſe requiere combocar gẽte para ella, que es acto de ſolo el Principe, y el puede pedir ſu juſticia, ante ſu ſuperior.

Lo ſegundo ſe requiere, que aya juſta cauſa para la ſobredicha guerra, la qual es en vna de quatro maneras, o por defender à inocentes, que injuſtamente padecen, á cuia defenſa eſtan los Principes obligados, ſiempre que pudieren, o por repeticion de bienes, que injuſtamente les han tomado, o por caſtigar á delinquentes y culpados, contra ſus leyes, ſi ſon ſus ſubditos, o contra las de naturaleza, aunque no lo ſean, y vltima y principalmente, por adquirir y conſeruar la paz, porque eſte es el fin principal à que ſe ordena la guerra.

Lo tercero ſe requiere, para la om-
nimoda juſtificacion de la guerra, juſ
ta y recta intencion, en los que peleã,
y ſerá juſta, peleando por qualquiera
de las quatro cauſas que acabamos de
dezir, y no por ambicion de mandar,
ni por vengança mortal, ni por codi-
cia de los bienes agenos.

El ſegundo punto de la pregun-
ta es, que podra hazer la perſona que
hiziere la dicha juſta guerra, de los vẽ
cidos y ſus bienes. Al qual ſe reſpon-
de, que los dichos vencidos y ſus bie-
nes, quedan á merced del vencedor,
en la forma y manera que requiere la
cauſa juſta que mobio la guerra, porq̃
ſi fue defenſion de inocentes, puede
proceder haſta dexarlos libres, y po-
nerlos en ſaluo, y puede ſatisfazerles,
y ſatisfazerſe, de los daños que han

padecido, y de los que han contraido en eſte hecho, à ſemejança de Moiſen, en la defenſion del Hebreo, maltratado del Egipcio.

Y ſi la cauſa de la guerra, fue repeticion de bienes, puede ſatisfazerſe tanto por tanto, en la miſma eſpecie, o en ſu valor, en toda juſticia, y ſi quiere vſar de autoridad de miniſtro, de la diuina juſticia, y juez de la humana: puede como tal miniſtro y juez, eſtéder mas la mano, en los bienes de ſu contrario, penando y caſtigando ſu delicto, ſin obligacion de reſtitució, à ſemejança del Iuez que ahorca á vno, porque hurtò algunos marauedis, o Reales.

Si la cauſa de la guerra, es caſtigo de delinquentes, y culpados, ellos y ſus bienes, quedan á ſu voluntad

merced, conforme à las justas leyes de su Reyno, y Republica, si son sus subditos, y sino lo fuessen, los puede reduzir à viuir conforme á la ley diuina, y natural, por todos los modos y medios que en justicia y razon le fuere visto conuenir, atropellando todos los inconuenientes que à esto se le pudiessen ofrecer, de qualquier modo que fuessen, siendo tales, que le pudiessen estoruar el justo efecto q̃ pretende.

Y finalmẽte si la causa de la guerra es, la paz vniuersal, o de su Reyno, y Republica, puede muy mas justamente hazer la sobredicha guerra, y destruir todos los incombinientes, q̃ estoruaren la sobredicha paz, hasta conseguirla con efecto, y cõseguida, no deue de guerrear mas, porque el

acto de la guerra, no es acto de elec-
cion y voluntad, ſino de juſta ocaſió
y neceſsidad, y aſsi deue requerir con
la paz, antes que la empieze, ſi guer-
rea por ſola ella, y ſi tambien guerrea
por otras cauſas, de las ya dichas, pue
de repetir y tomar la deuida ſatisfa-
cion á ellas, abſteniendoſe de no da-
ñar á los inocentes, porque eſtos ſié-
pre ſon ſaluos, en todo derecho, pues
no han cometido culpa: y abſtenien-
doſe todo lo que fuere poſsible, de
muertes de hombres; lo vno porque
es odioſiſsima á Dios, tanto, que de
mano del juſto Dauid, por auer ſido
omicida, no quiſo recebir Templo,
ni morada. Lo ſegundo, por la mani-
fieſta condenació, de cuerpo y alma,
que en los contrarios que injuſtamé-
te pelean con la muerte, ſe cauſa de
los

los quales, pudiera auer muchos conuertidos, o justificados, andando el tiempo, si alli no morian, puesto caso que es assi verdad, que cessando la necessidad, o manifiesto peligro, â muertes, o por ser impossible de otra manera la victoria, o por justa sentencia de Iuez competente, en tal caso, no es la culpa de los matadores, que como ministros de la diuina justicia, executan, sino de los muertos, que como culpados lo merecieron: y este es mi parecer, saluo otro mejor. Fray Alonso Martinez Comissario Apostolico.

Esto mismo sintieron, y firmarõ, todos los demas Padres.

COn cuios pareceres bien fundados,
En muchos textos, leyes, y lugares,
De la Eſcriptura ſanta, luego quiſo,
Viendo el Gouernador que concurrian,
Todas aqueſtas coſas en el caſo,
Y dudas que aſsi quiſo proponerles,
Cerrar aqueſta cauſa, y ſentenciarla,
Mandando pregonar â ſangre y fuego,
Contra la fuerça de Acoma la guerra,
Y por querer hazerla y ordenarla,
Por ſu propria perſona y fenecerla,
Vbo ſobre eſte acuerdo grandes coſas,
Muy largas de contar, mas por yr breue,
Alfin à fuerça grande de la Igleſia,
Y de todo el Real fue ſuſpendida,
La voluntad preciſa que tenia,
De ſalir en perſona, y puſo luego,
Sobre los fuertes hombros del Sargento,
El peſo y grauedad de aqueſte hecho,
Para cuyo buen fin mandò ſalieſſe,
Por ſu lugar teniente, y caſtigaſe,
A toda aqueſta gente por las muertes,
Que dieron y cauſaron tan ſin cauſa,
A vueſtros Eſpañoles ya difuntos,

De donde total quiebra ſe ſeguia,
De la vniuerſal paz que ya la tierra,
En ſi toda tenia y alcançaua,
Demas del gran peligro manifieſto,
De tantos niños todos inocentes,
Tiernas donzellas con ſus pobres madres,
Sin los Predicadores y miniſtros,
De la doctrina ſanta, y Fê de Chriſto,
Y libertad que todos alcançauan,
Con el fabor y amparo que tenian,
En ſu miſma perſona à cuio cargo,
Seria qualquier daño que vinieſſe,
Si aqueſtos aleboſos ſe quedaſen,
Sin la deuida enmienda que pedia,
Delicto tan inorme y tan peſado,
Por cuia juſta cauſa luego quiſo,
Que á toda diligencia ſe apreſtaſe,
Y pues ſu autoridad toda le daua,
Tomaſe en ſi la comiſsion y dieſſe,
Recibo al Secretario del entrego,
Mandandole con eſto que eſtorbaſe,
A todos los ſoldados lo primero,
Las ofenſas de Dios, y que hizieſſe,
Lleuando via recta ſu derrota,

Fuessen los naturales bien tratados,
Por doquiera que fuesse, y que passase,
Y luego que la fuerça descubriesse,
Notase con acuerdo sus asientos,
Entradas y salidas, y en la parte,
Que mas bien le estuuiesse que plantase,
La fuerça de los tiros y mosquetes,
Y en sus lugares puestos y ordenados,
Todos los Capitanes y soldados,
Por sus esquadras diestras preuenidos,
Sin que en manera alguna permitiesse,
Ruido de arcabuzes ni otra cosa,
Con mucha suabidad alli llamase,
De paz aquella gente, pues auia,
Rendido la obediencia y entregasen,
Todos los mouedores que causaron,
El passado motin, y que dexasen,
La fuerça del Peñol, y en vn buen llano,
Seguro de que mal hazer pudiessen,
Assentasen su pueblo donde fuessen,
A solo predicarles los ministros,
Del Euangelio santo la doctrina,
Pues por solo este fin auian venido,
De tierras tan remotas y apartadas,

Y que los cuerpos, armas, y los vienes,
De los pobres difuntos entregasen,
Y si en aquesto todo se viniesse,
Que quemada la fuerça y abrasada,
A los culpados presos los truxesse,
Y si rebeldes todos se mostrasen,
Y viesse se arresgaua y se ponia,
En condicion y punto de perderse,
Que mucho se abstuuiesse, y que mirase,
Cosa tan importante y tan pesada,
Con muy maduro acuerdo y buen consejo
Y si faborecidos y amparados,
Fuessen de nuestro Dios, y la victoria,
Alli por vuestra España se cantase,
Que á todos juntos presos los truxesse,
Sin que chico ni grande se escapase,
Y à los de edad entera que hiziesse,
En todos sin que nadie se escapase,
Vn exemplar castigo demanera,
Que todos los demas con tal enmienda,
Quedasen para siempre escarmentados,
Y si despues de pressos combiniesse,
Hazer algun perdon, que se buscasen,
Todos los medios, trazas, y caminos,

De ſuerte que los Indios entendieſſen,
Que aquel perdon que ſolo ſe alcançaua,
Por no mas que pedirlo el Religioſo,
Que acerca deſte caſo intercedieſſe,
Porque notaſen todos y aduirtieſſen,
Que eran perſonas graues y de eſtima,
Y à quien muy gran reſpecto ſe deuia,
Y porque bien en todo ſe acertaſe,
Del conſejo de guerra mandò fueſſen,
Y al Sargento mayor acompañaſen,
El Contador y el Prouehedor Zubia,
Y Pablo de Aguilar, Farfan, y Marquez,
Y yo tambien con ellos quiſo fueſſe,
Porque con tales guias me adeſtraſe,
En vueſtro Real ſerbicio, y no eſtuuieſſe,
Tan torpe como ſiempre me moſtraua.
En coſas de momento y de importancia,
Tambien mandò q̃ Iuan Velarde hizieſſe,
Por ſer ſagaz, prudente, y auiſado,
En todas nueſtras juntas el oficio,
De Secretario fiel, pues por la pluma,
No menos era noble y bien mirado,
Que por la illuſtre eſpada que ceñia,
Deſpues de todo aqueſto ſe nombraron,

Se-

Setenta valerosos combatientes,
Cuias grandiosas fuerças se aumentaron,
Mediante la destreza y el trabajo,
De Iuan Cortes, Alferez tan valiente,
Quãto muy diestro y pratico en las armas,
Que á fuerça de sus braços puso en punto,
Para poder romper sin que hiziessen,
Al combatiente falta en la refriega,
En que despues nos vimos y hallamos,
Cuia persona de contino hizo,
Muy grande falta à todo vuestro campo,
Por la poca salud que siempre tuuo,
Mas aqui quiso el Cielo la tuuiesse,
Tan entera y cumplida que sin ella,
Tengo por imposible que este hecho,
En ninguna manera se acabara,
Y porque largo trecho dibertido,
Estoy ya de los baruaros sospecho,
Que juntos en su fuerça van tratando,
De nueuo nueuas cosas yo de nueuo,
Para mejor notarlas y escreuirlas,
En nueuo canto quiero proseguirlas,

CAN-

CANTO VEINTE Y SEYS.

COMO LLEGO LA NVEVA DEL Maese de Campo, â oydos de Gicombo, vno de los Capitanes Acomeses, que ausente auia estado, y de las diligencias que hizo, juntando à los Indios, á consejo, y discordia que tuuieron.



A cosa que mas duele, y mas lastima,
El alma, y la consume, es que le imputen,
Quando está mas quieta y sossegada,
Culpa que nunca hizo, ni propuso,
Y este dolor y caso desastrado,
En si es tanto mas graue quanto tiene,
De peso y grauedad aquel excesso,
Con que quieren mancharla y desdorarla,
Luego que sucedio el caso triste,

Que

Que en Acoma los baruaros hizieron,
No bien solas dos horas se passaron,
Quando Gicombo, vn baruaro valiente,
Afable, gentilombre, y auisado,
Que treinta leguas de la fuerça estaua,
Por arte del demonio que no duerme,
Supo lo que passaua, y sin tardança,
Temiendo le imputasen tal delicto,
Por ser varon de cuenta, y estimado,
Por Capitan en esta misma fuerça,
Donde estaua casado con Luzcoija,
Vna famosa baruara gallarda,
Que por su gran belleza y trato noble,
Era reuerenciada y acatada,
De todo aqueste fuerte y sus contornos,
Por cuias justas causas, y otras muchas,
Que en su noble persona concurrian,
Afrentado del hecho, y caso infame,
Mandó à Buzcoico luego se partiesse,
A los Apaches, que eran estrangeros,
De su nacion remotos y apartados,
Y á Bempol gran su amigo le llamase,
Nacido y natural de aquella tierra,
Valiente por extremo y gran soldado,

Y de

Y de ſu parte ſolo le dixeſſe,
Que dentro de ſeys ſoles conuenia,
En Acoma ſe vieſſen, ſin que vbieſſe,
En eſto quiebra alguna ni tardança,
Porque tenia coſas muy peſadas,
Que tratarle y dezirle de importancia,
Y apenas las ſeys bueltas fue cerrando,
La poderoſa lampara del Cielo,
Quando los dos guerreros animoſos,
En Acoma ſe vieron, donde auna,
Fueron bien regalados y ſeruidos,
De la noble Luzcoija, y alli juntos,
Deſpues de auer tratado y conferido,
Por toda aquella noche el caſo feo,
Determinaron que en abriendo el dia,
Los Capitanes todos ſe juntaſen,
Que eran ſolos ſeys baruaros valientes,
Popẽpol, Chũpo, Calpo, y grã Buzcoico,
Ezmicaio, y Gicombo, aqueſte brauo,
Por cuio ruego todos ſe juntaron,
Y aſsi como parece que derrama,
El ſembrador el grano, y que lo arroja,
Perdido por el ſuelo aſsi al deſcuido,
Hablando con la junta fue diziendo,

Varones poderosos bien os consta,
Que aquel q̃ ofende es fuerça siẽpre traiga,
La barua sobre el hombro recatado,
De todo mal sucesso y caso triste,
Bien veys que quien á honze Castellanos,
Hizo sin causa alguna se partiessen,
De aquesta vida triste miserable,
Que puede ser que à su pesar le fuerçen,
Quando mas descuidado y mas seguro,
Que tras de todos ellos vaya y siga,
La misera derrota que lleuaron,
Y pues para que bueluan, no ay remedio,
Aquellos que de aquesta vida parten,
Yo soy de parecer que con recato,
Si en lo hecho quereis asseguraros,
Que nuestros hijos todos y mugeres,
Salgan de aqueste fuerte, y nos quedemos,
No mas que los varones, entretanto,
Que los Castillas dan indicio, o muestran,
El corage que tienen y las fuerças,
Que ponen en vengar à sus amigos,
Por cuia causa quise que viniesse,
Bempol, y con nosotros se juntase,
Y que su parecer y voto diesse,

Como quien en las armas ſiempre tuuo,
Lugar mas preminente, y mas en coſas,
Que ſon de tanto peſo, y tanta eſtima,
Quales ſon eſtas donde tantas honrras,
Vemos que penden ſin las muchas vidas,
Que es fuerça que peligren y ſe pierdan,
Si muy breue remedio no ſe aplica,
A mal tan peligroſo, quanto el tiempo,
Dira ſi con preſteza no ſe ataja,
Su miſera dolencia conozida,
Y aſsi como frenetico que buelue,
Su ſaña contra el medico, y furioſo,
Pretende deshazerlo y acabarlo,
Sin ver que ſe desbela, buſca y traza,
Orden para curarle y darle ſano,
Aſsi rabioſo, fiero, y ſin ſentido,
Oyendo eſtas palabras deſde afuera,
Zutacapan ſe fue luego acercando,
Con vna falſa riſa y al deſgaire,
Y dixo deſta ſuerte con deſcuido,
Cierto que eſtoy corrido, y que me peſa,
Que para coſa tan cobarde y baja,
Ayan tan brauos y altos Capitanes,
Iuntadoſe à conſejo, pues de ſiete,

Que eſtan en eſta illuſtre y noble junta,
Qualquiera de los cinco generoſos,
Que eſtoy por ſeñalarlos con el dedo,
Es muy baſtante amparo y ſuficiente,
Para poder en eſte pueſto y fuerça,
Desbaratar à todo el vniuerſo,
Y deſtruirlo ſin que quede coſa,
Que no ſe le ſugete y auaſſalle,
Y ſi Gicombo tanto miedo tiene,
Arrimeſe á la ſombra deſta maça,
Que aqui tendra ſu vida bien ſegura,
Y eſcuſara tambien que foraſteros,
Vengan à defendernos y à dar voto,
Donde las fuerças y el conſejo ſobra,
Y mas entre ſoldados tan valientes,
Quanto cobardes todos los temores,
Con que vienen agora alebraſtados,
Los dos guerreros con el brauo golpe,
De vna ſola piedra laſtimados,
Deſocuparon luego los aſsientos,
Y como preſtos ſacres embiſtieron,
Las palmas bien auiertas, y ſi preſto,
Popempol, Chumpo, y Calpo, no bajáran,
La colera rebuelta, ya encendida,

Alli Zutacapan de todo punto,
Quedara para ſiempre deshonrrado,
Y buelto contra el, le dixo Bempol,
De quando aca te atreues, dime infame,
Hablar donde jamas nunca touiſte,
Manos para librar por fuerça de armas,
Lo que quieres librar por ſola lengua,
Cotumbo dixo en eſto deſembuelto,
No ay para que ninguno ſe auentaje,
Que ſolo aqueſte braço en eſta fuerça,
Baſta para rendir à todo el mundo,
Y penſar otra coſa es cobardia,
Infamia, y vil afrenta con que mancha,
El valor y grandeza que alcançamos,
Qual ſi fueramos dioſes en lo alto,
Deſtos valientes muros poderoſos,
Tras deſte luego Tempal demudado,
Aſsi còmo eſcorpion rabioſo y fiero,
De venenoſa hierua apacentado,
Vibrando las tres lenguas deſgarradas,
Y el eſpinazo todo lebantado,
Dixo ſer gran bageza gouernaſen,
Armas, todos aquellos que tuuieſſen,
Temor ſobre ſeguro tan notorio,

Qual brotan pedernales las centellas,
Con golpes del azero y chiſpas viuas,
Otros tambien ſin eſtos aprouaron,
Eſte partido juntos, y dixeron,
Ser pobres de valor y de verguença,
Aquellos que temieſſen ni penſaſen,
Pueſtos en aquel pueſto les vinieſſe,
El mal que á las Eſtrellas, cuia cumbre,
No permite que coſa jamas llegue,
Que pueda eſcurecerlas ni mancharlas,
Oyendo aqueſto el noble Zutancalpo,
Aſsi qual dieſtro muſico que abaja,
La lebantada prima, y la afloja,
La poderoſa maça fue lançando,
Enmedio de la junta, y fue diziendo,
Si ſer pudiera por valiente braço,
Aqueſta pobre patria defendida,
Por eſte ſe que fuera libertada,
Mas dezidme varones no vencidos,
Quantos en alta cumbre entronizados,
Con miſera ruina auemos viſto,
Caer de ſus aſsiêntos lebantados,
Quantos valientes, brauos, y animoſos,
Vemos de flacas fuerças conſumidos,

Quantas altas eſtrellas deſclauadas,
De los grandioſos cielos poderoſos,
En breue eſpacio vemos apagadas,
De que ſirue ſeñores que mi padre,
Con ſola ſombra de ſu maça haga,
Seguras nueſtras vidas, y con eſto,
Quieran otros tambien con ſolo vn braço,
Derribar todo vn mundo y ſugetarle,
Si pueſtos en las veras todos juntos,
Quales milanos triſtes ſin reſpecto,
Han de ſer deſpreciados y arraſtrados,
Qual veys aqueſa maça por el ſuelo,
Muda, cobarde, flaca, y ſin gouierno,
De mano belicoſa que la mande,
Sin dexarle acabar al miſmo inſtante,
Echando viuo fuego por los ojos,
Salio diziendo Bempol corajoſo,
No pienſe aqui ninguno que ſu esfuerço,
Enſi tanto ſe eſtiende y ſe lebanta,
Quanto el mas bajo poluo deſpreciado,
Porque hare que donde yo la planta,
A ſu peſar, ſus viles ojos ponga,
Gicombo ſe arriſcò con otros muchos,
Y eſte partido todos por las armas,

Quiſieron defender, y porque el fuego,
No ſe encendieſſe mas, y ſe abraſaſen,
Deſpues de auer paſſado con enojo,
muchas grandes demandas y repueſtas,
Deſafiados tres a tres quedaron,
Gicombo y Zutancalpo, y el gran Bempol
Contra Zutacapan, Cotumbo y Tempal,
Cuio brauo combate ſuſpendieron,
Haſta alcançar de Eſpaña la victoria,
Por cuia cauſa Amulco vn hechizero,
Que era por tal de todos eſtimado,
Aſsi como ſe exſala, afloja y templa,
El encendido horno, deſtapando,
La concaua brauera aſsi templando,
La baruara canalla deſcompueſta,
Dixo muy bien ſabeis nobles varones,
Que el futuro ſuceſſo que eſperamos,
Por hado aduerſo, o proſpero, q̃ es fuerça,
Que yo le ſepa, entienda, y le conozca,
Muy grandes tiempos antes que ſuceda,
Y bien ſabeis tambien que á mi los dioſes,
En aplacar las armas dieron mano,
Y en alterarlas ſiendo conueniente,
Si eſto es aſsi, porque quereis en vano,

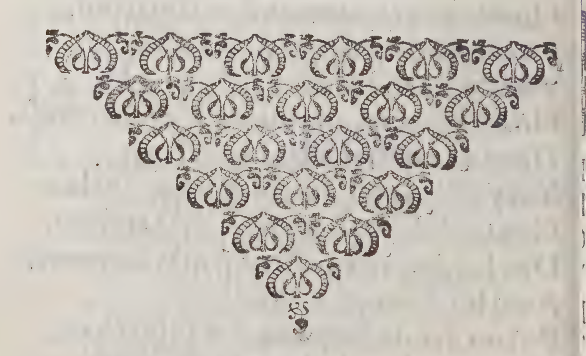
Litigar estas cosas si esta en casa,
Quien con patente y claro desengaño,
Puede manifestaros todo aquello,
Que puede disgustaros, o agradaros,
Por cuia justa causa quiero luego,
Por quitaros de dudas y sospechas,
Consultar á los dioses, porque á todos,
Pueda desengañaros sin tardança,
Del bien, o mal que ya determinado,
Es fuerça que le tengan, y no dudo,
Daros alegres nueuas faborables,
Todos los Capitanes aprouaron,
Con el resto del pueblo aquel intento,
Y abiendo entrado en cerco confiado,
Aqueste bruto presago adiuino,
Estando todos juntos aguardando,
El prodigioso oraculo suspensos,
Como si en el horrible infierno brauo,
Vbiera estado, assi salio encendido,
Diziendoles á todos con enfado,
Que miedos son aquestos, que pantasmas,
Que sombras, que visiones aueys visto,
Dezidme valerosos Acomeses,
Y tu Gicombo, y Bempol esforçados,

Cuios grandioſos y altos coraçones,
Nunca jamas temieron como agora,
Veo que eſtays los dos deſalentados,
Auemos pueſto todos por ventura,
En oluido perpetuo al brauo Qualco,
Quando fue por eſpia, y le embiamos,
Al pueblo de ſan Iuan, que dizen ellos,
Ser de los Caualleros, no nos dixo,
Que en ciertos regozijos que tuuieron,
Eſtos miſmos Caſtillas que dezimos,
Que muy ſoberuios tiros ſe tiraron,
Los vnos á los otros, y no vido,
Caer ninguno dellos, donde todos,
Bien claro conozimos y entendimos,
No ſer ſus armas mas que ſolo aſombro,
Eſtrepitu ruido, grima eſpantoſa,
Y alfin todo alboroto, pues ſus rayos,
Si aſsi quereis llamarlos, no hirieron,
A ninguno de todos los que andauan,
Enmedio de ſus truenos paboroſos,
Por ſolo eſſa razon dixo Gicombo,
Que no ſe laſtimaron ni tocaron,
Con armas tan grimoſas y eſpantoſas,
Auemos de entender que como dioſes,

Que nada les ofende combatieron,
Y asi es muy justo todos les temamos,
A qui Zutacapan replicò luego,
Yo quiero que con rayos muy ardientes,
Quales soberuios dioses nos arrojen,
Todos essos Castillas que tu temes,
Pero serâ razon tambien me cuentes,
Por cada cien mil truenos, quantos rayos,
Has visto que hã llegado a nuestros muros
Y si has visto alguno que destrozo,
Hizo aquel que mas pues vna arroba,
Iamas nos han mermado todos juntos,
De sus valientes riscos lebantados,
Pues si el poder del Cielo no se estiende,
A mas de lo que oyes, porque tratas,
De vnos infames todos mas mortales,
Que aquellos que sin almas vemos dexan,
Los miserables cuerpos ya difuntos,
Ya se que son mortales dixo luego,
El valiente Gicombo reportado,
Pues por sola tu causa como tales,
Honze en aquesta fuerça fenecieron,
Y sabes tu tambien que no ay peñasco,
Ni fuerça tan soberuia en esta vida,

Que no pueda aſſolarſe y abraſarſe,
Si debajo de engaño y trato alebe,
Queremos combatirla y derribarla,
Muy bien eſtoy con eſſo, dixo Amulco,
Mas quando viene el bien es coſa juſta,
Que todos ſu grandeza conozcamos,
No es tan cierto el Sol en darnos lumbre,
Quanto tenemos cierta la victoria,
Calenſe luego puentes y piquemos,
Todos los paſſadizos ſin que coſa,
Quede para Caſtillas reſerbada,
Que deſta vez auemos de aſſentarnos,
En el mas alto cuerno de la Luna,
Y a ti fuerte Gicombo yo te mando,
No obſtante q̃ Luzcoija es muy hermoſa,
Doze donzellas bellas Caſtellanes,
Y ſeys al brauo Bempol, porque buelua,
Con tal deſpojo honrrado a ſus amigos,
Deudos, patria, y parientes mas cercanos,
Aqui los dos a una replicaron,
Por no dar de flaqueza mas ſoſpecha,
Armas nos han de dar y no mugeres,
Si auemos de auer premio en las batallas,
Mas porque no ſe entienda que queremos,
Por

Por miedo de la muerte aqui escusarnos,
De ver á los Castillas prometemos,
Por nos, y por los muchos que quisieran,
Salirse deste puesto, y no aguardarlos,
De quedarnos aqui con mas firmeza,
Que estan los altos montes quãdo aguardã
A quien los rompa, tale, y los abrase,
Y porque ya la gente Castellana,
Apriessa se dispone, quiero luego,
Disponerme señor, porque me es fuerça,
Venir con todos ellos á esta fuerça,



CANTO VEYNTE Y SIETE.

COMO SALIO EL EXERCITO para el Peñol de Acoma, y de las coſas que fueron ſucediendo, y rebato que dieron en el pueblo de San Iuan.



VANDO con buena y preſta diligencia,
La braueça del cancer no ſe ataja,
No es poſsible que el miſero paciente,
Eſcape con la vida, porque es cierto,
Que la aya de rendir á tal dolencia,
Y ſi la atrozidad de los delictos,
Iuſticia con rigor no los reprime,
Tambien es impoſsible que gozemos,
De la guſtoſa paz en que biuimos,
Deſto dechado grande nos han dado,
Aquellos brauos baruaros de Arauco,

Pues

Pues por no mas de auerles dilatado,
El deuido castigo á tales culpas,
Sin cuenta largos años son passados,
Que en efusion de sangre Castellana,
Sus omicidas armas no se han visto,
Enjutas, ni cansadas, de verterla,
Temiendo pues aquesto dando al arma,
El brauo General mandó tocasen,
Los gallardos clarines lebantados,
De los valientes soplos impelidos,
De los trompetas diestros q̃ en coloquios,
Respondiendo à los pifanos y cajas,
La fuerça de las armas encendian,
Y à los valientes pechos prouocauan,
Al rigor de los braços y los golpes,
Que en la cruenta batalla se executan,
Turbaronse con esto las prouincias,
De las quales salieron con presteza,
A dar auiso todas las espias,
Pipiendo á los amigos socorriessen,
Y contra España juntos conjurasen,
A fuego y sangre, guerra, y la rompiessen,
Con cuia fuerça luego fue creciendo,
En toda la libiana y moça gente,

Vn animo y corage deſmedido,
De baruara braueza deſgarrada,
Los nueſtros viendo aqueſto ſe cubrieron,
De fino azero, limpio, y anta doble,
Y dentro de las mallas ſacudieron,
Los poderoſos tercios y colgaron,
De los valientes hombros las adargas,
Las lanças empuñaron de dos hierros,
Las medias lunas otros apreſtaron,
Y de los cauallos brauos animoſos,
Las bridas y gineras compuſieron,
Los baſtos, los eſtribos, los aziones,
Los fuſtes, las coraças, los pretales,
Los frenos, con las riendas y azicates,
Los pechos, las hijadas, las teſteras,
Y de los grueſſos crudos correones,
Recorren y refuerçan las heuillas,
Ciernen el poluorin y al Sol le ponen,
Y otros al ſerpentin la cuerda ajuſtan,
Apreſtan las mochilas y las balas,
Y en fin no dexan coſa que les pueda,
Hazer alguna falta, o quiebra, pueſtos,
En la dificil prueua y eſtacada,
Y porque ſin buen orden el ſoldado,

No

No es mas que bruto cuerpo sin el alma,
El noble General les fue diziendo,
Que sin passion tomasen el delicto,
De la baruara gente, y que ninguno,
Fuesse con solo blanco de vengarse,
Pues era cosa cierta que llamaua,
Vengãça, á la vengãça, y muerte á muerte,
Por cuia causa à todos encargaua,
Que solo se estendiessen y alargasen,
A la enseñança y correccion deuida,
De suerte que el delicto y no otra cosa,
Quedase castigado, y la justicia,
De todos amparada y socorrida,
Mediante cuios medios esperaua,
En Dios nuestro Señor, muy buen sucesso,
Por cuias viuas llagas sangrentadas,
Assimismo pedia con el alma,
Que todos confessasen, pues la Iglesia,
En peligros tan graues y pesados,
Assi lo disponia, y lo mandaua,
Y que no permitiessen que ninguno,
Partiesse desta vida, y que dexase,
Afrenta y sambenito tan infame,
Quanto penoso y triste para el pobre,

Que

Que contraſi tan gran maldad hizieſſe,
Apenas lo vbo dicho quando todos,
Labaron como buenos ſus conciencias,
Comulgando deſpues deuotamente,
Ecepto vn deſdichado que no quiſo,
Por mas que ſus amigos le apretaron,
Y aſsi le dexo aqui que pues ſe oluida,
Dios que murio por el terna el cuidado,
Salimos pues marchando, y otro dia,
Mandò el Sargento luego me partieſſe,
Con doze compañeros y apreſtaſe,
En el pueblo de Zia baſtimentos,
No mas que para ſolas dos ſemanas,
Sin que en eſto otra coſa diſpenſaſe,
Porque mediante hambre pretendia,
Sino pudieſſemos hazer ſubieſſen,
A lo mas alto del peñol ſoberuio,
A vueſtros Eſpañoles ſin que vbieſſe,
Para eſcapar la vida trabajoſa,
Remedio ni eſperança de otra coſa,
Hizelo pues anſi, y en tiempo breue,
Por vna boca eſtrecha fue aſſomando,
El campo Caſtellano, no dos millas,
Del ſoberuio Peñol jamas vencido,

Nunca pilotos vieron viento en popa,
Despues de larga calma desabrida,
Mas alegre, contento, ni gustoso,
Que el que estos brauos baruaros tuuierõ,
De vernos ya tan cerca de sus manos,
Y luego que nos vieron lebantaron,
Vna algazara y grita tan grimosa,
Que alli todo el infierno parecia,
Estaua con su fuerça rebramando,
Y assi marchando en orden nos llegamos,
Al poderoso fuerte, el qual constaua,
De dos grandes peñoles lebantados,
Mas de trecientos passos deuididos,
Los terribles assientos no domados,
Y estaua vn passaman del vno al otro,
De riscos tan soberuios que ygualauan,
Con las disformes cumbres nunca vistas,
Desde cuios assientos fue contando,
Zutacapan la gente que venia,
En orden dando buelta à sus murallas,
Y viendo ser tan pocos dixo luego,
Con grande regozijo, no es possible,
Que dexen de ser locos todos estos,
Pues con tan cortas fuerças han venido,

A meterse en peligro tan notorio,
Aqui dixo Gicombo rezeloso,
Bien se que para cuerdos son muy poços,
Y muchos para locos, y esto es cierto,
Que jamas vido el mundo tantos locos,
Iuntos, qual tu los hazes en vn puesto,
Y pues las frentes todos enderezan,
A nuestras casas con tan poca gente,
Grande misterio tiene su venida,
Tras desto dixo luego Zurancalpo,
Bien os consta señores que estos vienen,
De muy remotas tierras, y que es fuerça,
Que en distancia tan larga ayan tenido,
Grandiosas ocasiones de disgustos,
Encuentros y batallas peligrosas,
Con cuios duros trances, pues que vienen,
Assi para nosotros yo no dudo,
Sino que dexan hechas grandes prueuas,
De sus soberuios braços poderosos,
Y atajando la platica furiosa,
Dixo Zutacapan que le dexasen,
Con solos sus amigos que el queria,
Sin su fabor y ayuda dar principio,
A gozar de aquel tiempo y coiuntura,

 Que

Que ſu buena fortuna le ofrecia,
Y aſsi ſalio bramando con ſu gente,
Qual jugando la maça y grueſſo leño,
Qual la ſoberuia galga deſpedida,
Del lebantado riſco, peñaſco,
Qual tiraua la piedra, qual la flecha,
Qual de pintados mantos ſe adornaua,
Y de diuerſas pieles y pellicos,
Otros tambien alli ſe entretegian,
Entre cuias libreas ſe moſtraua,
Vna grandioſa ſuma nunca viſta,
De baruaras bizarras, mu y hermoſas,
Las partes bergonçoſas enſeñando,
A vueſtros Caſtellanos, confiadas,
De la victoria cierta que eſperauan,
Tambien entre varones y mugeres,
Andauan muchos baruaros deſnudos,
Los torpes miembros todos deſcubiertos,
Tiznados, y embijados de vnas rayas,
Tan eſpantables negras y grimoſas,
Qual ſi demonios brauos del infierno,
Fueran con ſus melenas deſgreñados,
Y colas arraſtrando, y vnos cuernos,
Deſmeſurados, grueſſos y crecidos,

Con cuios trajes todos ſin verguença,
Saltauan como corços por los riſcos,
Diziendonos palabras bien infames,
Y à todas eſtas coſas el Sargento,
Qual aquel gran Dauid que las palabras,
Sufrio de Semei, aſsi ſufriendo,
La baruara canalla, mandò luego,
Llamar al ſecretario Iuan Belarde,
Y á Tomas el interprete ladino,
En la baruara lengua, y Caſtellana,
Para que les dixeſſen ſe bajaſen,
A dar razon y cuenta de las muertes,
Que dieron y cauſaron tan ſin culpa,
A nueſtros compañeros, y al momento,
Que fue por todos ellos entendido,
Con boz terrible y ronca dixo luego,
Zutaçapan ſoberuio y arrogante,
Que tempeſtad, que viento, que pujança,
Os ha traido pobres à las manos,
Y matadero triſte deſgraciado,
Que es fuerça q̃ ſufrais, no aueis verguẽça,
De aueros allegado á nueſtros muros,
Sino que pretendais pedirnos cuenta,
De las muertes de aquellos cuias vidas,

Tuuimos qual tenemos de presente,
Las vuestras miserables desdichadas,
En esto todos juntos lebantaron,
Las armas y las bozes en confusso,
Diziendo á q̃ aguardamos, mueran, mueraã,
Mueran aquestos perros atrebidos,
Y no quede ninguno que no sea,
Hecho menudos quartos y pedazos,
Por nuestras mismas manos y cuchillos,
Viendo pues el Sargento su dureza,
Y pertinacia braua que mostrauan,
Y que la luz del dia derribada,
Estaua al Occidente, mandò luego,
Assentar su Real en vn buen puesto,
Donde las postas todas repartidas,
Me es fuerça que le dexe por contaros,
Lo que esta misma noche fue passando,
El fuerte General allâ en su asiento,
Donde dieron al arma con gran fuerça,
Los baruaros del pueblo temerosos,
De aquellos sus vezinos comarcanos,
Diziendo que venian con pujança,
A destruirlos todos y assolarlos,
Si ya no fue ruydo y trato alebe,

Que entre todos trataron y acordaron,
Mas como quiera que esto sucediesse,
El pueblo, no constaua ni tenia,
Mas que vna sola plaça bien quadrada,
Con quatro entradas solas, cuios puestos,
Despues de auerlos bien fortalecido,
Con tiros de campaña, y con mosquetes,
Mandó que el vno dellos le guardase,
El Capitan Moreno de la Rua,
Y Francisco Robledo, y Iuan de Salas,
Y aquel Esteuan noble hijo caro,
Del gran Carabajal á quien seguia,
Iuan Perez de Bustillo, y el Alferez,
Iuan Cortes con Antonio Sariñiana,
Y essotra esquina quiso defendiesse,
El Capitan y Alcaide Bocanegra,
Y su hijo Gutierrez y Medina,
Don Iuan Escarramal, Ortiz, y Heredia,
Frãcisco Hernãdez, Sosa, y dõ Luis Gasco,
Y el otro puesto tuuo con buen orden,
El Capitan Marçelo de Espinosa,
Con Geronimo Marquez y Iuan Diaz,
Pedro Hernandez, y Francisco Marquez,
Hermanos todos quatro, y con ellos,

Bartolome Gonçalez, y Serrano,
Baltasar de Monçon, y los Baresas,
Y Iuan de Caso, y Pedro de los Reyes,
Y el vltimo mandó que se encargase,
Al Capitan Ruyz, y al buen Cadimo,
A Gonçalo Hernandez, y al Alferez,
Iuan de Leon, y Hernan Martin el moço,
Y el cuerpo de guardia, el Real Alferez,
El General, y gente de su casa,
Antonio, Conte, Vido, Alonso Nuñez,
Christoual de Herrera, y Iuan de Herrera,
Brondate, Zezar, y Castillo, todos,
Muy bien apercebidos, y assi juntos,
Alborotados todos con la grita,
Y confusso tropel de aquella gente,
Al arma dando todos con gran priessa,
Requirieron los puestos, y notaron,
Que estauan ya los altos de las casas,
Tomados y ocupados, y assi luego,
El General à bozes mandò fuessen,
Algunos Capitanes, y mirasen,
Que gente fuesse aquella, y que distino,
En aquel puesto, puesto los auia,
Mas luego doña Eufemia valerosa,

Hizo ſeguro el campo con las damas,
Que en el Real auia, y fue diziendo,
Que ſi mandaua el General bajaſen,
Que ellas defenderian todo el pueblo,
Mas que ſino, que ſolas las dexaſen,
Si aſſegurar querian todo aquello,
Que todas ocupauan y tenian,
Con eſto el General con mucho guſto,
Dandoſe el parabien de auer gozado,
En embras vn valor de tanta eſtima,
Mandó que doña Eufemia ſe encargaſe,
De toda aquella cumbre, y aſsi todas,
Qual á la gran Marteſia obedecian,
Las brauas amazonas, aſsi juntas,
Largando por el ayre preſtas valas,
Con gallardo donaire paſſeauan,
Los techos y terrados lebantados,
Alfin como mugeres, prendas caras,
De aquellos valeroſos coraçones,
El Alferez Real, y Alonſo Sanchez,
Zubia, y don Luys Gaſco, y Diego Nuñez,
Pedro Sanchez, Monrroi, Soſa, Pereira,
Queſada, Iuan Moran, y Simon Perez,
Aſencio de Archuleta, y Bocanegra,

Carabajal, Romero, Alonſo Lucas,
Y San Martin, Cordero, y el Caudillo,
Franciſco Sanchez, y Franciſco Hernãdez,
Monçon, y Alonſo Gomez Monteſinos,
Y Franciſco Garçia con Buſtillo,
Y la de aquel membrudo y fuerte Griego,
Que como gran geniçaro valiente,
Alli muy bien moſtró ſu brauo esfuerço,
Y viſto los contrarios el recato,
Auiſo y preuencion que en todo auia,
Boluieron las eſpaldas ſin moſtrarſe,
Y porque nos boluamos al Sargento,
Que cerca de la fuerça eſta alojado,
Serà bien que paremos entretanto,
Que la obſcura tiniebla pierde el manto,



CAN-

CANTO VEINTE Y OCHO.

DE LAS COSAS QUE PASSARON y ſucedieron, antes de ſubir al Peñol, y dificultades que puſieron.



O las mueſtras, hazañas, no prohezas,
De coraçones grandes, y hechos brauos,
Quilatan los ſoldados ſi ganoſos,
De verſe y eſtimarſe por valientes,
Arrieſgan ſus perſonas y las ponen,
En punto de perderſe y desluſtrarſe,
Mas el valor, alteza, y excelencia,
De aquel que con esfuerço, y con prudēcia
Emprende reportado vn hecho honrrado,
Y aſsi quando el esfuerço va y ſe pone,
Enmedio del peligro con recato,
Y aqueſtos requiſitos que hemos dicho,

Y del

Y del ſabe ſalir ſin empacharſe,
No ay para que tratar ſi ſus prohezas,
Y altos heroicos, hechos hazañoſos,
Fueron muy bien, o mal acometidos,
Mas quando eſta perplejo, y muy dudoſo,
Del fin de ſus impreſſas, aqui cargan,
Las dudas y verguença de vn diſcreto,
Y honrrado Capitan, fuerte, valiente,
Cuios cuidados graues afligieron,
A todos los del campo fatigado,
Conſiderando bien la gran braueza,
Del poderoſo fuerte, y enemigos,
Tam proterbos y altibos que abraçaua,
Y las grandes entradas y ſalidas,
Que para ganar honrra deſcubrian,
Y el aguage que eſtaua de aquel pueſto,
Muy largas cinco millas bien tendidas,
Y que agua de pie la fortaleza,
Tenia allá en la cumbre bien ſobrada,
Y el poco baſtimento, pues taſſado,
Para no mas que ſolas dos ſemanas,
Me mandò que truxeſſe y no paſſaſe,
Vn punto mas de aquello que ordenaua,
Y con eſto notaron que tenian,

Mas

Mas de para ſeys años los cercados,
Baſtantes baſtimentos recogidos,
Tenian todas eſtas, y otras coſas,
A todos los de acuerdo cuidadoſos,
Y viendo demas deſto que acordaua,
El Sargento mayor hazer de hecho,
Subir á eſcala viſta á lo mas alto,
Del poderoſo riſco peñaſcoſo,
Temiendo ſe perdieſſe todo el reſto,
Algunos me pidieron que trataſe,
Con el dicho Sargento que aduirtieſſe,
Aquello que intentaua, y no arreſgaſe,
Coſa tan importante, y que pedia,
Acuerdo muy maduro, y muy peſado,
Porque en ſaliendo mal de aquel intento,
Era fuerça perderſe y aſſolarſe,
Y dandole razon de todo aqueſto,
Y de otras muchas coſas que paſſamos,
Tomando mal aquello que propuſe,
Sin mas conſiderar me dixo ayrado,
Yo trazare eſta cauſa de manera,
Que mas no me repliquen eſtas dueñas,
Llamandonos aſsi à los de acuerdo,
Porque el determinaua con cuidado,
Aſſe-

Aſſegurar primero nueſtras vidas,
Con cuio buen ſeguro ſin rezelo,
Tambien aſſeguraua que ninguno,
Haria mas de aquello que el quiſiere,
Y aũque es verdad que dixo todo aqueſto,
Por algun mal ſeguro no ignoraua,
Que venian con el illuſtres hombres,
Valientes y diſcretos, y animoſos,
Y aſsi fue proſiguiendo, y dixo luego,
Aqui no ay que tratar, ſino apliquemos,
Los vltimos remedios, pues lo pide,
La dolencia que es vltima, y de todos,
Por tal deſahuziada, y pues à oſſados,
Es fuerça que fortuna faborezca,
Tentemos luego el vado pocos hombres,
Para que à menos coſta, y menos ſangre,
Eſcapen con las vidas, y ſe bueluan,
Los ſeñores de acuerdo á ſu preſidio,
Luego que aqueſto dixo confiado,
Qual ſuele el leñador que al alto pino,
Con vno y otro golpe reforçado,
De la ſegur aguda lo eſtremece,
Haſta que á puros golpes ya vencido,
Temblando por la cima y por los lados,

En

En tierra da con el, y hecho rajas,
Alli lo ve á ſus pies, aſsi el Zaldiuar,
Para traerlos todos á ſu guſto,
Al punto ſeñalò doze guerreros,
Para que como tales ſe apreſtaſen,
Y á eſcala viſta todos emprendieſſen,
La mas dificil cumbre lebantada,
En eſto aquellos baruaros contentos,
De ver los Caſtellanos tan vezinos,
Vn grande vaile todos ordenaron,
Y vna opulenta cena regalada,
Donde Zutaçapan ſalio el primero,
De mantas regaladas adornado,
No menos que el ſalieron muy vizarros,
Cotumbo, y Tempal, llenos de alegria,
Tambien aquel Amulco, y grande Pilco,
Y otros muchos con eſtos que moſtrauan,
Vn no penſado guſto, reboçando,
De placer y contento jamas viſto,
De ver los Eſpañoles alojados,
Tan cerca de ſus muros lebantados,
Eſtando pues cenando todos juntos,
Para empeçar el vaile ſeñalado,
Como quiera que ſiempre la fortuna,

Aborre-

Aborrece los guſtos y contentos,
Que celebran lo que ella quiere darnos,
Temiendo Zutancalpo reboluieſſe,
En enemiga buelta la inconſtante,
Y mal ſegura rueda prodigioſa,
De parecer de Bempol y Gicombo,
Entro con ſus amigos demudado,
Y tendiendo la viſta por aquellos,
Que con tan gran deſcuido alli cenauan,
Qual otro Scipion que al Campamigo,
No quiſo permitirle tal exceſſo,
Quando á Numancia vino aſsi eſte joben,
Pareciendole mal aquellas fieſtas,
A todos deſta ſuerte les propuſo,
Barones deſcuidados bien os conſta,
Que para bien hablar en coſas juſtas,
Es á qualquiera edad muy permitido,
Que diga lo que ſiente, y le laſtima,
Y aſsimiſmo ſabeys que alcança y tiene,
La fuerça de razon en ſi mas alma,
Quanto por menos años ſe propone,
Aquello que es juſticia y es derecho,
Y ſi á lo que yo agora propuſiere,
No diere autoridad la freſca ſangre,

Tomad ſeñores todas mis palabras,
Como de hijo que á ſu miſmo padre,
Repugna y contradize en lo que haze,
Cuia deſemboltura no ſe toma,
Sino es herrando el padre, y arraſtrando,
La fuerça de razon por los cabellos,
Ya ſe que es impoſsible reduziros,
A la guſtoſa paz que pretendemos,
Y ſiendo aqueſto aſsi, dezidme agora,
Por qual razon viuis tan deſcuidados,
Teniendo al enemigo tan á pique,
Quien vio jamas banquetes y libreas,
Bailes y regozijos por aquellos,
Que laſtimoſa guerra les aguarda,
Mirad ſoldados nobles esforçados,
Que eſtan ya los Caſtillas dentro en caſa,
Y aunque tengais muy cierta la victoria,
Es juſto no ignoreis de todo punto,
Que della nace ſiempre nueua guerra,
Apercebid las armas, reforzemos,
Todas las partes flacas con preſteza,
Hazed luego reparos y empeçemos,
A apercebir ingenios y trincheas,
Pongamos luego poſtas no durmamos,

Demos luego principio cuidadosos,
A dar en que entender al enemigo,
Mirad que de centellas muy pequeñas,
Se suelen lebantar muy grandes llamas,
Aqui Zutacapan algo risueño,
Colmado de contento dixo luego,
Diras à tus amigos Zutancalpo,
A Gicombo te digo, y al gran Bempol,
Que riñan sus pendencias con palabras,
De gran comedimiento y cortesia,
Bajas las dos cabeças y los ojos,
En tierra bien clauados y los braços,
Sueltos por los costados sin que cosa,
Ocupen con las manos que con esto,
No esperen que jamas les venga cosa,
Que pueda dar disgusto á sus personas,
Oyendo pues aquesto el noble joben,
Venciendo aquel disgusto con prudencia,
Dejandolos à todos dio la buelta,
Y ellos empezaron luego el baile,
Y entraron tan briosos y gallardos,
Qual suelen los cauallos que tascando,
Los espumosos frenos van hiriendo,
Con las herradas manos lebantadas,

Los

Los duros empedrados, y assi brauos,
Hollandose ligeros, mil pedazos,
Ganosos de arrancar se van haziendo,
Assi los brauos baruaros soberuios,
Haziendo mil lindezas y saltando,
Hiriendo aquel peñasco á puros golpes,
De las valientes plantas que assentauan,
Y con fuerça de gritos y alaridos,
Vn infernal clamor alli subian,
Tan horrendo y grimoso que las almas,
De todos los dañados parecian,
Que alli su triste suerte lamentauan,
Este baile turò hasta que el Alua,
La misera tiniebla fue venciendo,
Y dando buelta al muro por lo alto,
Dixo Zutacapan en altas bozes,
Viendo que auia bien auierto el dia,
Que à que aguardan tanto los Castillas,
Que ya estauan cansados de aguardarlos,
Y lebantando todos grandes gritos,
Diziendonos palabras afrentosas,
A la batalla todos incitauan,
En esto vnos cauallos se acercaron,
A vnos charquillos de agua llouediza,

Y eſtando alli bebiendo nos flecharon,
Algunos dellos, y otros nos mataron,
Mas no les ſalio el hecho tan barato,
Que al deſcuido, Cordero con Zapata,
Por orden del Sargento les ſalieron,
Y al Capitan Torolco ſu caudillo,
Del gran Gicombo, ſuegro regalado,
Y de Luzcoija padre muy querido,
Muerto le trujo à tierra el buen Zapata,
Siendo el primero que moſtró el esfuerço,
Del Caſtellano vando belicoſo,
En eſto los demas ſe retiraron,
A muy gran prieſſa todos de aquel pueſto,
Viendo pues el Zaldiuar tal ſuceſſo,
A conſejo mandó que ſe juntaſen,
Y eſtando juntos todos con cuidado,
Aſsi les fue diziendo reportado,
Quando todos partimos del preſidio,
Diſcretos caualleros no ignoramos,
Que ſupieron los baruaros, ſalimos,
A ſola la vengança y el caſtigo,
De aqueſtos que eſte fuerte abraça y tiene,
Cuias balientes fuerças todos juntos,
Supimos y alcançamos no ſer menos,

Que

Que agora se nos muestran y descubren,
Si puestos en el puesto donde estamos,
Alçasemos la mano y sin enmienda,
Dexassemos la causa començada,
Qual será aquel seguro que assegure,
Nuestras honrras y vidas si tal mancha,
Viessemos en Españoles los vezinos,
De todas estas tierras comarcanas,
Y por salir mejor de aqueste hecho,
Pusoles por delante vuestro ceptro,
Con omenage eterno obedecido,
Y la Española sangre no cansada,
De ser siempre leal, y los disgustos,
De tan prolijos tiempos padecidos,
Trujoles asimismo á la memoria,
Aquel inmenso premio y altas cruzes,
Con que señor honrrais los nobles pechos,
De aquellos valerosos que en las lides,
Entre temor dudosos y esperança,
Triunfaron como buenos de los hechos,
Que asi como valientes alcançaron,
Por cuias justas causas les dezia,
Que pues por flacos medios pocas vezes,
Grandes cosas se alcançan y consiguen,
Que

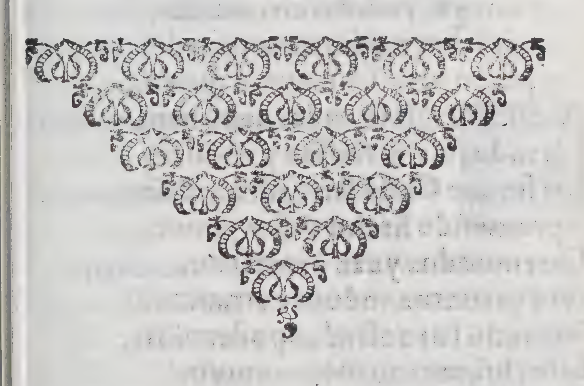
Que á efcala vifta doze permitieffen,
Que aqueftos muros juntos efcalafen,
Que feñalados todos los tenia,
Para cuio buen fin dixo afsimifmo,
Señores compañeros aduirtamos,
Que razonar vn grande cortefano,
Con vn vil, bronco, baruaro, groffero,
Y tratar con el cofas que no caben,
Mas que en vn limpio, claro y cultiuado,
Sagaz, difcreto, y alto entendimiento,
Es querer que los pezes fe apacienten,
Por los fubtiles ayres delicados,
Y que los cierbos fueltos por el agua,
Con prefurofo curfo la atropellen,
Y afsi por efta caufa foy de acuerdo,
Imitando fi puedo en efte hecho,
Al madrigado fimple de tragedia,
Cuio fingir taimado defembuelto,
Es como fi otra cofa no encubrieffe,
Que afsi cubierto todo y reboçado,
Será bien que yo hable aqueftos Indios,
Diziendoles que quiero por la cumbre,
Mas alta del Peñol fubir arriba,
Con todos los foldados de acauallo,

Con

Con cuio trato doble deslumbrados,
Viendo que juntos todos emprendimos,
La dificil ſubida peligroſa,
Será poſsible todos deſamparen,
Sus pueſtos, y al ſocorro partan luego,
Y aſsi los doze ſalgan ſeñalados,
Para eſcalar los muros lebantados,
Sin que perſona alguna los impida,
Pues aprouando todos eſte acuerdo,
Salio el ſagaz Sargento, y junto al muro,
Cuia vertiente caſi cien eſtados,
De grimoſa caida deſcubria,
Mandò que les dixeſſen y auiſaſen,
Que pues que no le dauan cuenta alguna,
De las muertes injuſtas que cauſaron,
A nueſtros compañeros, que el queria,
Por ſolo que ſupieſſen y alcançaſen,
Las fuerças y valor de los Caſtillas,
Subir por aquel pueſto y darles muerte,
Paſſandolos á todos à cuchillo,
Y porque no dixeſſen ni alegaſen,
Que no les auiſaua, auia querido,
Señalarles el pueſto y preuenirlos,
Y aſsi boluio las riendas, y al deſcuido,

A todos los dexo con gran cuidado,
Y porque aqueſte hecho mas ſe entienda,
Ya tengo ſeñor dicho y declarado,
Que eſtauan dos peñoles lebantados,
Mas de trecientos paſſos diuididos,
Los terribles aſsientos no domados,
Y eſtaua vn paſſaman del vno al otro,
De rocas tan ſoberuias que ygualauan,
Con las mas altas cumbres que tenian,
Entendido pues eſto con ſecreto,
Dexò doze Eſpañoles eſcondidos,
Al ſocaire de vn riſco muy pegado,
Al primero peñol, y luego al punto,
Mandò quitar las tiendas demanera,
Que todos claro vieſſen y notaſen,
Que ſin que Caſtellano alli quedaſe,
Al prometido hecho todos juntos,
Determinados yuan á matarlos,
Y aſsi partieron todos de arrancada,
Raſgando los coſtados poderoſos
De los brauos cauallos animoſos,
Y viendo alli los baruaros que juntos,
Los Eſpañoles yuan denodados,
A ſubir por el pueſto ſeñalado,

Como baruaros todos luego al punto,
Teniendo por verdad aquel engaño,
Dexando sus asientos arrancaron,
A defender el passo mas seguro,
Que toda aquella fuerça alli alcançaua,
En esto aquellos doze que escondidos,
Al socaire del risco auian quedado,
Salieron con esfuerço acometiendo,
La fuerça del Peñol jamas vendido,
Sẽgun vereis gran Rey si soys seruido.



CANTO VEYNTE Y NVEVE,

COMO LOS DOZE COMPAÑEros eſcalaron el primer Peñol, y batalla que tuuioron con los Indios, y junta que tuuieron para lebantar por General â Gicombo, y acetacion que hizo del cargo, y condiciones que ſacò para exercerlo.


OSA es patente, clara y manifieſta,
Poderoſo ſeñor, ſi bien notamos,
Que muchas vezes vemos ſe auentaja,
A toda diſcrecion, ſaber y auiſo,
Vn necio razonar, ſi con prudencia,
Sabe diſimularſe y proponerſe,
Cuio disfraz diſcreto vimos tuuo,
Aqui el ſagaz Sargento, haſtuto y cauto,
Porque viendo los barbaros que juntos,

Los

Los Castellanos todos arrancaban,
Y al poderoso muro acometian,
Y que anima viuiente no quedaua,
Por todo nuestro asiento, cuias tiendas,
Para mas encubrirnos derribamos,
Temiendo ser verdad aquel portento,
De tropel todos juntos arrancaron,
A defender el passo mas guardado,
Que pudo dessearse en todo el mundo,
Viendo pues que dejauan despoblado,
El primero Peñol aquellos brauos,
Salieron de tropel y à escala vista,
Quales al rico palio arremetian,
Ligeros corredores asi juntos,
Los doze Castellanos arrancaron,
Cuios nombres es justo que se escriuã,
Pues no piden sus obras que se callen,
El Sargento mayor, y Leon de Isasti,
Marcos Cortes, Munuera, Antonio Hernã
Tambien el Secretario Iuã Belarde, (dez
Christoual Sanchez , y Christoual Lopez,
Hernan Martin, Cordero, y aquel Pablo,
Que dizen de Aguilar, y yo con ellos,
Que asi fue necessario, porque el colmo,
No

No fuesse tan cumplido, y que mermase,
Pues como aquestos fuertes embistiessen,
El mas valiente muro, y lo escalasen,
Estaua el grã Gicombo, y Bempol juntos,
Y el viejo Chumpo, y noble Zutancalpo,
Con todos los amigos que las pazes,
Pidieron con instancia, y procuraron,
Por cuia causa á todos despreciaron,
Aquestos pobres baruaros perdidos,
Y asi sin hazer dellos cuenta alguna,
Como bruto animal sin mas sospecha,
Dexando aquel peñol desocupado,
Salio Zutacapan con todo el pueblo,
A defender la entrada á los Castillas,
Que estaua à solas aues reserbada,
Notando pues Gicombo que ocupauan,
El primero peñol los Castellanos,
Y que era fuerça alli los acabasen,
Por pensar que eran todos sus contrarios,
Mandò que Bempol luego arremetiese,
Con quatrocientos baruaros, y al punto,
Que todos embistieron, y á las doze,
La cumbre del peñol auian ganado,
Y luego al passaman acometieron,

Y en vn angosto estrecho todos juntos,
Las armas sangrentaron demanera,
Que si qual ellos yo me señalara,
El numero de doze dentro en Francia,
De todo punto es cierto se perdiera,
Y en este angosto estrecho se hallara,
Viendo pues el Sargento tal braueza,
En braços tan valientes y esforçados,
Caualleros de Christo les dezia,
Oy es de san Vicente el santo dia,
Con cuio santo nombre soy honrrado,
Y en este heroico illustre y grande santo,
Espero valerosos Españoles,
Que auemos de salir de aqueste hecho,
Triunfando como brauos desta gente,
Idolatra perdida, vil infame,
Oyendo pues aquesto todos juntos,
Apretando los dientes soportauan,
De flecha y piedra espesa tan gran lluuia,
Que pedazos a todos los hazian,
Hasta que el gran caudillo dio con Polco,
Vn baruaro valiente en tierra muerto,
Con cuia buena suerte el Secretario,
Marcos Cortes, Cordero, y Leõ de Isasti,
Con

Con cada quatro balas deſpedidas,
De los preſtos cañones derribaron,
Diez baruaros gallardos, y tras deſtos,
Otros catorze juntos deſpacharon,
El buen Chriſtoual Sanchez con munuera,
Y Pablo de Aguilar, y antonio Hernãdez,
Y aquel Hernan Mattin, al qual ſeguia,
El gran Chriſtoual Lopez, â quien vimos,
De vna grande pedrada tan ayrado,
Que apenas en el ſuelo fue tendido,
Quando ſe puſo en pie, y aſsi encendido,
Hizo tan gran deſtrozo que no auia,
Quien ya eſperar oſſaſe ſu oſſadia,
En eſto Antonio Hernandez Luſitano,
Ganoſo de eſtimarſe por valiente,
En ſus ſoberuias fuerças confiado,
Tanto quiſo meterſe y arriſcarſe,
Que á palos y á pedradas, aſsi muerto,
Auiendo deſtrozado grandes cuerpos,
Fue por ſolo el Sargento ſocorrido,
Pues como Bempol vieſſe la braueza,
De aquel pequeño numero de eſpadas,
Arraſtrando los cuerpos ya difuntos,
Y acueſtas los heridos retirando,

Socorro fue pidiendo, y luego en esto,
Assi como de Irlanda vn brauo perro,
Con vna grande esquadra de guerreros,
Gicombo fue embistiendo, y Zutancalpo,
Y viendo alli el Sargento que traia,
Vn baruaro gallardo aquel bestido,
Del caro hermano muerto ensangrentado,
Assi como Iacob quedó suspenso,
De ver la bestimenta tinta en sangre,
De su Ioseph querido y regalado,
Assi le vimos todos suspendido,
Y luego que algun tanto fue cobrado,
Poniendo en aquel baruaro los ojos,
Para el arremetio con tal braueza,
Qual suele vn brauo sacre arrebatado,
Que de muy alta cumbre se abalança,
Sobre la blanca garza, y de encuentro,
La priua de sentido, y luego á pique,
Hecha vn ouillo toda à tierra viene,
Assi de aquesta suerte sin acuerdo,
Para el se abalançò desatinado,
Y tulliendo y matando, fue rompiendo,
La baruara canalla reformada,
Hasta que por mortaja aquella ropa,

Que

Quedò del miserable que en vn punto,
Dexò sin vida y alma alli difunto,
En esto el gran Gicombo desembuelto,
Furioso a todas partes reboluia,
La baruara canalla alli alentando,
Con vno y otro grito, y fue embistiendo,
Con todos sus soldados demanera,
Que la pequeña esquadra Castellana,
De todo punto rota alli quedara,
Si el Sargento mayor con gran presteza,
Pedazos de vn valazo no le haze,
Por lo alto del molledo el diestro braço,
Con cuia buena suerte venturosa,
Nunca se vio jamas que assi bramase,
Bertiendo espumarajos por la lengua,
La braueza y fiereza desatada,
Del corajoso toro jarretado,
Que a todas partes vemos arremete,
La destroncada corba sacudiendo,
Los muy agudos cuernos lebantando,
Qual vimos a Gicombo embrauecido,
Por vna y otra parte rebentando,
De colera deshecha, y assi brauo,
Esforçando a los suyos les hazia,

Quē

Que de los preſtos braços deſpidieſſen,
De flecha, palo, y piedra, tal vertiente,
Qual vemos vn gran poluo, quando eſpeſo
Los poderoſos vientos nos derraman,
Y en el inter aquellos valeroſos,
Que de falſo embiſtieron al gran muro,
Apenas arrancaron quando luego,
De los cauallos preſto ſe apearon,
Aquel Franciſco Sanchez el Caudillo,
Tras del Diego Robledo, y Simon Perez,
Guillen, y Catalan, Mallea, y Vega,
Tambien Martin Ramirez y Montero,
Ayarde, con Iuan Griego, y aſsi juntos,
Sacudiendo las creſtas lebantadas,
De las brauas zeladas ſe apegaron,
Qual trepadora yedra al fuerte muro,
Y fingiendo eſcalarle ſoportauan,
De piedra deſgalgada tal tormenta,
Que aſsi como ſe rompe el alto Cielo,
Con vno y otro trueno pauoroſo,
Y con fuerça de rayos nos aſſombra,
Aſsi todos temiendo prohejauan,
Contra la gran tormenta jamas viſta,
De cantos y peñaſcos que embiauan,

Atonitos los baruaros confussos,
De ver en Castellanos tal prodigio,
Creyendo ser verdad que via el ciego,
Y que bolaua el que alas no tenia,
Y para mas engaño desembueltos,
El poderoso muro acometian,
Los Capitanes, Marquez y Quesada,
El Contador Romero, y Iuan Piñero,
Tambien el prouehedor, y gran Zapata,
Farfan, y Cauanillas, cuios braços,
Apriessa espesas balas despedian,
Contra Zutacapan, Cotumbo, y Tempal,
Amulco, y gran Parguapo, y brauo Pilco
Derribando del alto muchos dellos,
Que apique se venian sin el alma,
Que en la cumbre dexauan con la fuerça,
De los gallardos braços ayudados,
De Iuan Medel, Ribera, y de Naranjo,
Francisco de Ledesma, y de Carrera,
Iuan de Pedraça, Olague, y de Zumaia,
Francisco Vazquez, y Manuel Francisco,
Marcos Garçia, y Pedro de los Reyes,
Y á bueltas Pedro Sanchez Damiero,
Simon de Paz, Iuã Lopez, y Andres Perez,
Pe-

Pero Sanchez, Monrroi, tambien Villalua,
Y Francisco Martin, y aquel Alonso,
Que del Rio llamamos, cuias aguas,
A muchos anegando zozobrauan,
Y el Alferez Bañuelos rodeando,
El poderoso muro, yua blandiendo,
Vna terrible lança de dos hierros,
Tras del el fuerte braço lebantaua,
En vn cauallo bayo remendado,
De blancas manchas todo bien manchado,
Aquel gallardo Inojos, mal sufrido,
Carabajal, y Casas reportado,
Tambien Alonso Gomez Montesinos,
La fuerça de las armas fue sufriendo,
Hasta que ya la noche fue tendiendo,
Su lobrega tiniebla con que todos,
Suspendiendo la colera encendida,
Las armas reposaron fatigadas,
Y encargando el Sargento cuidadoso,
La fuerça de aquel alto ya ganado,
A Pablo de Aguilar, y à Leon de Isasti,
A quien Villauiciosa y otros buenos,
Tambien acompañaron como brauos,
El Sargento mayor bajo y en peso,

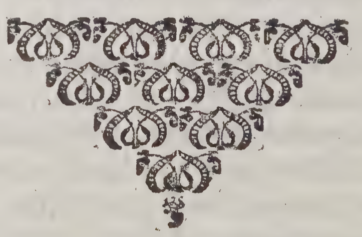
Rondò toda la noche, y porque eſtauan,
Dos muy profundas çanjas que partian,
El alto paſſaman que auian ganado,
Para poder paſſar las mandò preſto,
Que vn buen madero luego ſe ſubieſſe,
Y haziendoſe aſsi ſin que quedaſe,
Mas que aquel pertinaz que auemos dicho,
Todos ſe confeſſaron, y en rompiendo,
La luz de la mañana comulgaron,
Y viendo aquellos baruaros las muertes,
Y eſtrago deſgraciado, y que vencidos,
Yuan de hecho ya y deſtrozados,
A conſejo llamaron, y aſsi juntos,
Notaron que Gicombo y Zutancalpo,
Y el valeroſo Bempol no venian,
Por cuia cauſa juntos acordaron,
Que Mencal fueſſe luego y los llamaſe,
Por ſer de todos tres muy grande amigo,
Y ſaliendo al efecto vio que eſtaua,
La pobre de Luzcoija lamentando,
El deſtroncado braço de ſu amigo,
A quien con alma y vida le rogaua,
Que mas á la batalla no boluieſſe,
Pues guerfana ſin el alli quedaua,

En eſto llegó Mencal, y de parte,
De toda aquella junta les propuſo,
Que á todos los llamauan, y que fueſſen,
Pues ſin ellos el fuerte malparado,
Era fuerça perderſe y acabarſe,
Y alfin ſupo tambien encarecerlo,
Que fue Bempol con el y Zutancalpo,
Sin que poſsible fueſſe que Gicombo,
Con ellos ſe hallaſe, y por ſi acaſo,
Boluieſſen a llamarlo, no le vieſſen,
A Bempol le auiſò ſe retiraua,
A cierta parte oculta de aquel riſco,
Donde los aguardaua ſi boluieſſen,
Y partiendo los dos para la junta,
Viendo que alli Gicombo no venia,
Con grande inſtancia juntos les pidieron,
Que luego le truxeſſen, pues que vian,
Que ſin el era fuerça que aquel fuerte,
Quedaſe para ſiempre deshonrrado,
Y diziendo con eſto otras razones,
Con que les obligaron, luego fueron,
Al retirado pueſto donde eſtaua,
Y tanto le dixeron, que les dixo,
Por voſotros yre, y nunca fuera,

Si aſsi los dioſes juntos lo mandaran,
Y diziendo á Luzcoija ſe quedaſe,
Y en aquel pueſto ſola ſe eſtuuieſſe,
En laſtimoſas lagrimas deshecha,
Alli le reſpondio toda turbada,
Si el Sol mil vezes ſale y ſe me eſconde,
Y las altas Eſtrellas otras tantas,
Vinieren y auſentaren ſus antorchas,
No faltare ſeñor aunque yo muera,
Del ſolitario pueſto en que me dejas,
Y dejandola alli llegò à la junta,
Y aſsi como le vieron con cuidado,
Luego Zutacapan en pie ſe puſo,
Y dixo: bien ſerá varones nobles,
Que antes que coſa alguna ſe proponga,
Que ſea de Gicombo remediado,
El poderoſo braço mal herido,
Oyendo pues aqueſto, dixo luego,
Yo tuuiera mi braço remediado,
Si como de enemigo yo tomara,
El primero conſejo que me diſte,
Diziendo que à la ſombra de tu maça,
Tendria yo mi vida bien ſegura,
Mas dexemos aqueſto por agora,

Que pide mas repuesta lo que callo,
Sepamos que mandais agora juntos,
Al que quiso tan mal aconsejaros,
Quando dixe ser bien que à los Castillas,
En ninguna manera se aguardasen,
Por cuia causa luego replicaron,
Por sola essa razon queremos todos,
Sugetar nuestras vidas y rendirlas,
A no mas que tu gusto, y desde luego,
Por General de todos te nombramos,
Y todos como à tal te obedecemos,
Y despues que passaron grandes cosas,
Y el oficio por fuerça fue acetado,
Del gallardo Gicombo, fue debajo,
De condicion y pacto, firme, expresso,
Que si el dicho Gicombo memorable,
Y el noble Zutancalpo, y brauo Bempol,
En las presentes lides y batallas,
Sus vidas acabasen, y con ellos,
Tambien Zutacapa, Cotumbo, y Tempal,
Que en vn sepulcro juntos con sus armas,
Fuessen sin mas acuerdo sepultados,
Porque en essotra vida los enojos,
Y desafios graues que tenian,

En las entrañas fijos y arraigados,
Fueſſen de todos juntos fenecidos,
Y que ſi con victoria alli ſalieſſen,
Que entraſen en batalla, y acabada,
Que fueſſe aquella fuerça gouernada,
Por ſolo el General, ſin que ninguno,
Ningun otro dominio pretendieſſe,
Y que ſi caſo juntos la perdieſſen,
Que haſta morir ninguno ſe entregaſe,
Y deſpues de vencidos ſe mataſen,
Los vnos a los otros, ſin que coſa,
Dentro del fuerte viua les quedaſe,
Con cuias condiciones fue exerciendo,
El valiente Gicombo el nueuo oficio,
Y pues nueuo gouierno ya tenemos,
De nueuo, nueua pluma aqui cortemos.



CANTO TREINTA.

COMO AVIENDO ORDENADO el nueuo General á ſus ſoldados, ſe fue à deſpedir de Luzcoija, y batalla que tuuo con los Eſpañoles, y coſas que en ella ſucedieron.



VANDO contra razon ſe enciende el hombre,
Y fuerça à ſu apetito a que ſe incline,
A emprender vna coſa que es ſin traza,
Con que facilidad aduierte y nota,
Lo q̃ es en pro, y en cõtra de aquel hecho,
Que aſsi quiere emprender contra juſticia,
Temiendo pues Gicombo, y tracendiẽdo,
Como prudente, dieſtro y recatado,
Que alli Zutacapan y todo el pueblo,
Iuntos al mejor tiempo le faltaſen,
Hizo comprometieſen y juraſen,

Segun ſus leyes, ritos, y coſtumbres,
Aſsi como Anibal juró en las haras,
Y altares de ſus dioſes, que enemigo,
Mortal ſeria ſiempre, de Romanos,
Que aſsi inuiolablemente guardarian,
Con grandes penas, vinculos y fuerças,
Las condiciones pueſtas y aſſentadas,
Hecha la cerimonia y celebrado,
El vil ſuperſticioſo juramento,
Fue por ſu propria mano alli eſcogiendo,
Quinientos brauos baruaros guerreros,
Y en vna gran caberna todos juntos,
Que por naturaleza eſtaua hecha,
Cerca de las dos çanjas que hemos dicho,
Mandó que ſe metieſſen con intento,
Que luego que los vueſtros la paſſaſen,
Salieſſen de emboſcada, y alli juntos,
A todos ſin las vidas los dejaſen,
Y luego que vbo pueſto y encargado,
Al brauo Bempol, Chumpo, y Zutãcalpo,
A Calpo, y á Buzcoico, y á Ezmicaio,
A cada qual ſu eſquadra bien formada,
Para mejor meternos en ſus manos,
Con diſcreto recato dio á entendernos,

Que

Que estaua todo el pueblo despoblado,
Y al tiempo que traspuso el Sol luziente,
Y los opacos cuerpos apagados,
Tenian ya sus sombras y en silencio,
Quedaron los viuientes sossegados,
Salio del mar la noche presurosa,
Emboluiendo la tierra en negro velo,
Y antes que las Estrellas traspusiessen,
El poderoso curso que lleuauan,
A despedirse fue de su Luzcoija,
Que esperando le estaua en aquel puesto,
Donde quiso dejarla mal herida,
De la fuerça de amor que la abrasaua,
Y assi como le vido lastimada,
Qual simple tortolilla que perdida,
La dulze compañia no se asienta,
En los floridos ramos ni reposa,
Sino es en troncos secos deshojados,
Buelta qual madre tierna que contino,
Al hijo regalado trae colgado,
Del cristalino cuello, y encendida,
Con el se desentraña y se derrite,
En amoroso fuego, y se deshaze,
Vencida de su amor assi la pobre,

Derra-

Derramando de lagrimas dos fuentes,
Alli ſoltò la boz deſalentada,
Si el grato y limpio amor que te he tenido,
Amandote mil vezes mas que al alma,
Merece que me des algun alibio,
Suplicote ſeñor que no permitas,
Que venga en flor tã tierna a marchitarſe,
La que entender me has dado q̃ fue ſiẽpre,
Para ti mas guſtoſa, grata y bella,
Que la vida que viues, y que alcanças,
Por cuia cara prenda te ſuplico,
Que ſi vienes ſeñor para boluerte,
Que el alma aqui me arrãques q̃ no es juſto
Que viua yo ſin ti tan ſola vn hora,
Y aſsi la boz ſuſpenſa, colocando,
Aguardando repueſta fue diziendo,
El afligido baruaro ſeñora,
Iuro por la belleza de eſſos ojos,
Que ſon deſcanſo y lumbre de los mios,
Y por aqueſos labios con que cubres,
Las orientales perlas regaladas,
Y por aqueſtas blandas manos bellas,
Que en tan dulze priſion me tienen puesto
Que ya no me es poſsible que me eſcuſe,

De entrar en la batalla contra España,
Por cuia causa es fuerça que te alientes,
Y que tãbien me esfuerçes, porque buelua,
Aquesta triste alma á solo verte,
Que aunque es verdad q̃ teme de perderte
Firme esperança tiene de gozarte,
Y aunque mil vezes muera te prometo,
De boluer luego à verte y consolarte,
Y porque asi querido amor lo entiendas,
El alma y coraçon te dexo en prendas,
Y asi se despidio porque venia,
La luz de la mañana ya rayando,
Y entrando en la caberna con los suyos,
Entrò luego la luz, y fue bordando,
De ricos arreboles todo el Cielo,
En cuio tiempo fuerte y coiuntura,
Diziendo Missa el Padre fray Alonso,
La fiesta de su nombre celebraua,
Y auiendonos à todos comulgado,
Del Altar se boluio y asi nos dixo,
Caualleros de Christo valerosos,
Y de nuestra ley santa defensores,
No tengo que encargaros á la Iglesia,
Pues como nobles hijos aueys siempre,
Pre-

Preciadoos de ſerbirla y reſpetarla,
Por Ieſu Chriſto pido, y os ſuplico,
Y por ſu ſangre ſanta que ſe enfrenen,
En verter la que alcança el enemigo,
Los agudos cuchillos lo poſsible,
Que aqueſe es el valor de Caſtellanos,
Vencer ſin ſangre y muerte, al q̃ acometen,
Y pues á Dios lleuais en vueſtras almas,
A todos os vendiga y os alcançe,
Su mano poderoſa, y yo en ſu nombre,
A todos os vendigo, y alcançada,
La vendicion del Padre Religioſo,
Al alto paſſaman ſubimos luego,
Donde todos notamos deſde afuera,
Que el pueblo deſpoblado todo eſtaua,
Y que anima viuiente no ſe via,
Por cuia cauſa luego las dos çanjas,
Del fuerte paſſaman paſſaron treze,
Sin orden ni permiſo del Sargento,
Y no bien todos juntos ocuparon,
Los terminos vedados, quando luego,
De la horrible caberna fue embiſtiendo,
El valiente Gicombo rebramando,
Y qual el vallenato que herido,

Del aſpero harpon y hierro brauo,
Vn humo eſpeſo de agua en alto eſparce,
Y azota con la cola el mar y hiende,
Por vna y otra parte ſobre aguando,
El eſpacioſo lomo y deſabrido,
Bufando y ſin ſoſsiego va haziendo,
Mil remolinos de agua aſsi ſañudo,
Las poderoſas armas lebantadas,
Con todos embiſtio y fue rompiendo,
Y viendo al enemigo tan à pique,
Los nueſtros todos juntos diſpararon,
Los preſtos arcabuzes, y aũque á muchos,
Por tierra derribaron, fueles fuerça,
Por no poderles dar ſegunda carga,
Venir á las eſpadas y rebueltos,
Los vnos con los otros, no pudimos,
Darles ningun ſocorro, porque auian,
Lleuado aquel madero que ſubieron,
A la ſegunda çanja, y no notaron,
Dejauan ſin paſſage à la primera,
Y aſsi todos rebueltos en confuſſo,
Soterrando las dagas, y los filos,
De las viuas eſpadas grande giſa,
De miſerables cuerpos deſtrozados,
Y vn

Y vn matadero horrendo ya tenian,
Y aſsi ſoberuios,brauos,encendidos,
Alli los dos hermanos valeroſos,
Chriſtoual Sanchez, y Franciſco Sanchez,
Y el Capitan Queſada,y Iuan Piñero,
Franciſco Vazquez,y Manuel Franciſco,
Cordero,Iuan Rodriguez,y Pedraza,
Aſsi como los dedos de la mano,
Que ſiendo deſiguales ſe emparejan,
Los vnos con los otros y ſe ajuſtan,
Quando cerrado el puño deſpedaçan,
Alguna coſa fuerte y la deſtrozan,
Aſsi conformes todos ſe aunaron,
Los vnos con los otros y embiſtieron,
Y abriendo grandes fuentes derramaron,
Por los baruaros,pechos y coſtados,
Ojos,cabeças,piernas,y gargantas,
De freſca ſangre arroyos caudaloſos,
Por cuyas brauas bocas eſpantoſas,
Las almas temeroſas preſta fuga,
Yuan haziendo todas por no verſe,
En manos tan ſoberuias,y tras deſto,
Carraſco,Iſaſti,Caſas,Monteſinos,
Haſta los codos rojas las eſpadas,

Los poderoſos braços exercian,
Haſta que Zutancalpo, y gran Buzcoico,
Entraron de refreſco y retiraron,
A vueſtros Eſpañoles con tal fuerça,
Que arrinconados todos á vn repecho,
Que eſtaua vn tanto hondo y reparado,
De la fuerça de piedra que ſobre ellos,
Sin laſtimar à nadie deſcargauan,
Con prieſſa tan ſobrada que enterrados,
Alli quedaron todos ſin remedio,
Viendo pues zozobrada y anegada,
Aquella nauecilla el brauo joben,
A grandes vozes dixo que vn madero,
Al punto ſe ſubieſſe y ſe guindaſe,
Oyendo pues aqueſto retireme,
Porque entendi ſeñor que à mi dezia,
Coſa de nueue paſſos, y qual Curcio,
Caſi deſeſperado fue embiſtiendo,
Aquella primer çanja, y el Sargento,
Penſando que pedazos me haria,
Aſsiome del adarga, y ſino ſuelta,
Sin duda fuera aquel el poſtrer tiento,
Que diera á la fortuna yo en mi vida,
Mas por largarme preſto fui alentando,

La fuerça de aquel salto demanera,
Que alfin saluê la çanja y el madero;
No libre de temor y de rezelo,
Fuy como mejor pude alli arrastrando,
Y puesto en el passage los dos puestos,
Passaron con presteza alli los vuestros,
Y apenas el clarin alto tocaron,
Quando de aquel repecho donde estauan,
Nuestros caros amigos soterrados,
Iuntos salieron todos, qual es fuerça,
Que al son de la trompeta se lebanten,
El dia de la cuenta postrimera,
De sus sepulcros todos los difuntos,
Y viendo asi la plaça que perdida,
Estaua por nosotros ya ganada,
Rebentando de empacho y corrimiento,
Como encendidas brasas que enterradas,
De las cenizas salen abrasando,
Asi furiosos, viuos, desembueltos,
Mas fieros que brauissimos leones,
Arremetieron todos ayudados,
Del Capitan Romero, y Iuan Velarde,
Carabajal, Bañuelos, y Archuleta,
De Lorenço Salado, y de Zubia,

Y de

Y de otros muchos nobles Eſpañoles,
Que à dieſtro y á ſinieſtro deſpachauan,
Idolatras aprieſſa deſta vida,
Por cuia cauſa el fuerte Zutancalpo,
Con el brauo Gicombo, y con Buzcoico,
Qual ſuele el mar rebuelto y alterado,
Heruir por todas partes lebantando,
Valientes cumbres de agua, y cimas brauas
Bañando el alto Cielo, y que ſoberuio,
En ſi ſe hincha, crece, gime y brama,
Y en poderoſas rocas quiebra y rompe,
Su furia deſatada, y no ſoſsiega,
En tanto que los vientos no reprimen,
La fuerça de ſus ſoplos, y ſe mueſtran,
En ſoſſegada calma reportados,
Aſsi eſtos brauos baruaros feroces,
Que los ſuyos alentando les dezian,
Que de los preſtos arcos deſpidieſſen,
De flecha tanta ſuma como ſuele,
Llouer y granizar el alto Cielo,
Eſpeſas gotas de agua y de granizo,
Con cuia braua fuerça mal heridos,
Dexaron á Queſada, y al Alferez,
Carabajal, y buen Antonio Hernandez,

A Francisco Garçia, y â Liçama,
En este medio tiempo fue poniendo,
Asencio de Archuleta firme al pecho,
La coz del arcabuz, y fue tomando,
La brujula y el punto demanera,
Que sin saber por donde, o como fuesse,
Atrauesó con quatro brauas balas,
Al mayor camarada, y mas amigo,
Que jamas tuuo el pobre en esta vida,
O diuino pastor y como arrojas,
Tu muy santo cayado y le endereças,
Para la oueja triste desmandada,
Que lejos del rebaño á su aluedrio,
Muy largo trecho vemos se remonta,
Cuio castigo justo bien nos muestra,
El infelix Salado pues que viendo,
Ocho mortales bocas respirando,
Por sus espaldas, pechos, y costados,
Encogiendo los hombros y los ojos,
Al lebantado Cielo desplegando,
Assi esforçò la boz á Dios el pobre,
Señor dos años ha que no confiesso,
Por mas que mis amigos me han rogado,
Conozco mi Señor que te he ofendido,
Y so-

Y ſolo te ſuplico que me aguardes,
A que limpie las manchas que manchada,
Tienen el alma triſte redimida,
Por la precioſa ſangre que vertiſte,
Sabida la deſgracia luego vino,
El Sargento mayor á mucha prieſſa,
Y porque confeſſaſe luego quiſo,
Que ſeys buenos ſoldados le bajaſen,
Y entendido por el aquel ſocorro,
Alli le ſuplicò con muchas veras,
Que pues a ſolas ſiempre auia ofendido,
A Dios nueſtro Señor, que le dexaſſen,
Que a ſolas ſu remedio procuraſe,
Y viendo quan de veras le pedia,
Dandole guſto en eſto con deſcuido,
Mandò que con el fueſſen los nombrados,
Pues yendole ſiguiendo dio en vn riſco,
De ſoberuia caida, donde vido,
Vn demonio grimoſo que le dixo,
Soldado valeroſo ſi pretendes,
Salir triunfando deſta triſte vida,
Arrojate de aqui, que yo en las palmas,
Suſtentare tu cuerpo, ſin que pueda,
Recebir detrimento en parte alguna,

Oyendo aqueſto el triſte baptizado,
Turbado de temor y de rezelo,
Aſsi le reſpondio cobrando esfuerço,
Vete de aqui maldito, no me tientes,
Que ſoy de Dios ſoldado, y ſi he ſeguido,
Tus banos eſtandartes, ya no es tiempo,
De tanta desbentura, y reboluiendo,
Las fatigadas plantas fue tomando,
El camino derecho, y fue bajando,
Al pauellon del Padre, donde luego,
Que confeſſó ſus culpas, y fue abſuelto,
Alli quedó ſin alma y ſin ſentido,
Vendigante los Angeles Dios mio,
Que aſsi las llagas curas, y nos mueſtras,
Que quando mas afliges y deshazes,
Al miſerable cuerpo que nos diſte,
Que entonces viue el alma y ſe lebanta,
Para la ſuma alteza y excelencia,
Que à todos nos eſpera, y nos aguarda,
Y porque á mas andar ſe va encendiendo,
La fuerça de batalla, y yo me ſiento,
Sin fuerças ni valor para ſeguirla,
Quiero parar aqui para eſcreuirla,

CAN-

CANTO TREINTA Y VNO.

COMO SE FVE PROSIGVIENDO la batalla, hasta alcançar la victoria, y como se pegó fuego â todo el pueblo, y de otras cosas que fueron sucediendo.



Iempre la preuencion y diligencia,
Hastuta vigilancia, y el cuidado,
De no perder jamas vn solo punto,
Estando en la batalla el buen guerrero,
Es lo que mas encumbra, y mas lebanta,
El claro resplandor, y la grandeza,
De los heroicos hechos hazañosos,
Que assi vemos emprende y acomete,
Con cuias buenas partes el Sargento,
Pero Sanchez Monrroi, Marcos Garcia,
Martin Ramirez, y Christoual Lopez,

Iuan Lucas, Iuan de Olague, y Cabanillas,
Iuan Catalan, Zapata, y Andres Perez,
Francifco de Ledefma, y el buen Marquez,
No tienden apañando con mas ayre,
La corba hoz los dieftros fegadores,
Quando apriessa añudan fobre el braço,
Vna y otra manada, y afsi juntos,
Lebantan por mil partes fus gauillas,
Como eftos brauos y altos combatientes,
Que en vn grande ribaço tropeçando,
De cuerpos ya difuntos no cessauan,
De derramar apriessa grande fuma,
De frefca y roja fangre con que eftaua,
Por vna y otra parte todo el muro,
Bañado y fangrentado fin que cofa,
Quedafe que teñida no eftuuiesse,
Mas no por efto amainan y fe rinden,
Los baruaros furiofos, mas qual vemos,
Crecer y lebantar las brauas llamas,
De poderofos vientos combatidas,
Que mientras mas las foplan y combaten,
Mas es fu braua fuerça y gran pujança,
Afsi feroçes todos rebramando,
A boca de cañon arremetian,

Sin miedo ni rezelo de la fuerça,
De las ſoberuias balas que a barriſco,
A todos los lleuauan y acabauan,
Y viendo el de Zaldiuar tal fiereza,
Como valiente tigre que acoſado,
Se ve de los monteros, y rabioſo,
Contra los hierros buelue y perros brauos,
Que aſsi le van ſiguiendo y hoſtigando,
Y á fuerça de los dientes y los braços,
A todos los retira, eſparce, y hiere.
Aſsi vueſtro Eſpañol furioſo ayrado,
La poderoſa dieſtra alli rebuelue,
Y anduuo la batalla en ſi tan fuerte,
Y de ambas partes tanto enſangrentada,
Que ſolo Dios inmenſo alli les era,
Baſtante a reprimir ſu fuerça braua,
Por cuia gran braueza luego quiſo,
El haſtuto Sargento ſe guindaſen,
Dos pieças de campaña, y en el inter,
Hablando con los ſuyos les dezia,
Fundamento de caſas ſolariegas,
Colunas de la Igleſia no vencida,
Eſpejo de esforçados, cuios pechos,
Merecen con razon eſtar honrrados,

Con rojas cruzes blancas, y con verdes,
O y ſuben vueſtras obras á la cumbre,
Y mas alto omenage que Eſpañoles,
Nunca jamas aſsi las lebantaron,
No las dexeis caer, tened el peſo,
Que aſsi ſuſtenta y peſa la grandeza,
Del hecho mas honrroſo, y mas gallardo,
Que jamas nunca vieron braços nobles,
En eſto las dos piezas ſe ſubieron,
Y aſſentadas al pueſto y à la parte,
Por donde á caſo fueron embiſtiendo,
Trecientos brauos baruaros furioſos,
Terribles gritos todos lebantando,
Y aſsi como de hecho arremetieron,
Depreſto las dos pieças regoldaron,
Cada dozientos clauos, y con eſto,
Qual ſuelen las hurracas que eſpantadas,
Suſpenden los chirridos y graſnidos,
Con la fuerça de poluora que arroja,
De municion gran copia, con que vemos,
Eſcapar à las vnas y à las otras,
Quedar perniquebradas, y otras muertas,
Y otras barriendo el ſuelo con las alas,
El negro piço auierto, y con las tripas,

Arraſ-

Arrastrando rasgadas las entrañas,
No de otra suerte juntos todos vimos,
De subito gran suma de difuntos,
Tullidos, mancos, cojos, destroncados,
Auiertos por los pechos mal heridos,
Rasgadas las cabeças y los braços,
Auiertos por mil partes, y las carnes,
Vertiendo viua sangre agonizando,
Las inmortales almas despedian,
Dexando alli los cuerpos palpitando,
Con cuias muertes Qualco corajoso,
Qual suele el espadarte que en la fuerça,
Del espeso cardume embiste y rasga,
Las mallas de las redes y las rompe,
Y à los opressos pezes assegura,
Y libre libertad les da y gallardo,
Blādiendo el ancho lomo y fuerte espada,
Las cristalinas aguas va hendiendo,
Desempachado, alegre, suelto, y ledo,
Assi el fuerte barbaro imbencible,
En sus valientes fuerças sustentado,
Y con razon, pues dos valientes toros,
En los llanos de Zibola rendidos,
A sus valientes braços vieron cuuo,

Auien-

Auiendo derramado alli a los nueſtros,
Y hecho vna ancha plaça como vn toro,
Para Diego Robledo fue embiſtiendo,
Con vna corta maça, y en llegando,
Para el valiente Roble fue largando,
La hoja el Eſpañol, y fue bajando,
La maça poderoſa, y todo aquello,
Que la eſpada excedia, fue colando,
Por el baruaro pecho y ancha eſpalda,
La rigurosa punta demanera,
Que de vna y otra vanda atraueſado,
El poderoſo Qualco mal herido,
Alli largò la maça, y con el puño,
Auiendole otra vez atrabeſado,
Le dio tan grande golpe en el coſtado,
Que dio con el hipando, y boqui auierto,
Caſi por muerto en tierra, y con preſteza,
Antes que recobraſe algun aliento,
Aſsiole por la pierna, y como vemos,
Al ruſtico villano quando aſsienta,
El mazizo guijarro en lo mas ancho,
De la rebuelta honda, y ſobre el braço,
Dandole en torno bueltas le deſpide,
Zumbando por el concabo del ayre,

No de otra ſuerte Qualco reboluiendo,
Con vna y otra buelta al brauo Roble,
Por encima del braço y la cabeça,
No bien le deſpidio dos largas braças,
Quando ſin alma el baruaro difunto,
Caió tendido en tierra, y tras deſto,
Viendoſe el Eſpañol alli arraſtrado,
De generoſa afrenta ya vencido,
Cobrandoſe furioſo fue embiſtiendo,
Qual regañado gato que á los bofes,
Con la maganta hambre ſe abalança,
Y alli los dientes claua y ſe afierna,
Con las agudas vñas lebantando,
La cola regordida y pelo hierto,
Y en el difunto cuerpo tropezando;
Suſpenſo ſe quedó alli temblando,
Notando la gran fuerça que alcançaua,
Y la poca que muerto alli tenia,
En eſto el gran Zapata, y buen Cordero,
Cortes, Franciſco Sanchez, y Pedraza,
Ribera, Iuan Medel, y Alonſo Sanchez,
Iuan Lopez, y Naranjo, y noble Ayarde,
Simon de Paz, Guillen, Villauicioſa,
Carabajal, Montero, con Villalua,

Dieron en pegar fuego por las casas,
Por ponerles temor, mas no por esto,
Algun tanto amainauan, o temian,
La fuerça de las armas que cargauan,
Viendo pues el Sargento la braueza,
Dureza y pertinacia con que auna,
Los baruaros furiosos combatian,
Por no ver ya tan gran carnizeria,
Qual suele el podador hastuto y cauto,
Que juzga bien la cepa tiende y pone,
La vista cuidadosa en cada rama,
Y luego que la ha visto corta y tala,
Los mal compuestos braços y rebiejos,
Con todo lo superfluo mal trazado,
Y dexa con destreza y buen acuerdo,
Las varas con las vcas y pulgares,
Que dizen esquilmenas prouechosas,
Assi mirando el campo el gran guerrero,
La soldadesca toda entresacando,
De sus deuidos puestos señalados,
Mandò que de su parte les dixessen,
Mirasen el estrago y el destrozo,
De tantos miserables como estauan,
Tendidos por el suelo, y se doliessen,

De aquella sangre y cuerpos q̃ el les daua,
Palabra y fee de noble cauallero,
De guardarles justicia, y con clemencia,
Mirar todas sus causas, qual si fuera,
Su verdadero padre, y luego al punto,
Arrojando de flecha grande suma,
Como rabiosos perros respondieron,
No les tratasen desto, y que apretasen,
Las armas y los dientes con los puños,
Porque ellos y sus hijos, y mugeres,
Era fuerça acabasen y rindiessen,
Sus vidas, y sus almas, y sus honrras,
En las lides presentes, y con esto,
Combatiendo furiosos embestian,
A morir, o vencer, con tanta fuerça,
Que pasmo y grima à todos nos causaua,
Por cuia causa luego acobardado,
Pensando por aqui tener salida,
Zutacapan se vino y pidio pazes,
Al gallardo Sargento, y el contento,
Sin conocer quien fuesse aquel aleue,
Luego le dixo diesse y entregase,
Solos los principales que causaron,
El passado motin, y que con esto,

Haria todo aquello que pudiesse,
Nunca se vio jamas que asi temblase,
De vn solo toque manso y blanda mano,
La tierna argenteria, qual temblaua,
Aqueste bruto baruaro, del dicho,
Y asi suspenso, triste, y rezeloso,
No bien por el ocaso derribaua,
Con poderoso curso arrebatado,
El Sol su bello carro y trasponia,
La lumbre con que à todos alumbraua,
Quando el triste poblacho todo estaua,
En dos partes diuiso y apartado,
Los vnos y los otros temerosos,
De la fuerça de España y su braueça,
Y luego que la luz salio encendida,
Despues de auer los baruaros tratado,
Sobre estas pazes todos grandes cosas,
Viendo Zutacapan ser el primero,
Que el passado motin auia causado,
Con todos sus amigos y sequazes,
Quales hojosos bosques sacudidos,
Del poderoso borcas, y alterados,
Que asi en monton confusso se rebueluen,
Por vna y otra parte, y se sacuden,

Las

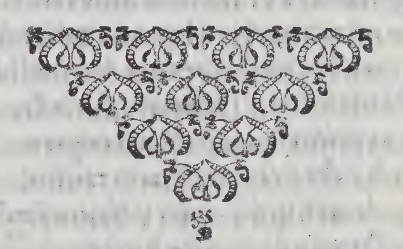
Las pajas lebantando, y alterando,
Sus lebantadas cimas, y en contorno,
Todos por todas partes se remecen,
Assi estos pobres baruaros perdidos,
Boluieron á las armas demanera,
Que tres dias en peso los soldados,
No comieron, durmieron, ni bebieron,
Ni se sentaron, ni las fuertes armas,
Dexaron de los puños derramando,
Tanta suma de sangre que anegados,
Estauan ya, y cansados de verterla,
En esto ya yua el fuego lebantando,
Vn vapor inflamado poco à poco,
Todas las tristes casas calentando,
Y luego en breue rato fue cobrando,
Vigor bastante, y por el seco pino,
De las teosas casas y apposentos,
Restallando los techos por mil partes,
Vn muy espeso, denso, y tardo humo,
Como gruessos vellones las ventanas,
Por vna y otra parte respirauan,
Y como fogosissimos bolcanes,
Bolando hazia el Cielo despedian,
Gran suma de centellas y de chispas,

Y aſsi los brutos baruaros furioſos,
Viendoſe ya vencidos ſe matauan,
Los vnos à los otros demanera,
Que el hijo al padre, y padre al caro hijo,
La vida le quitaua, y demas deſto,
Al fuego juntos otros ayudauan,
Porque con mas vigor ſe lebantaſe,
Y el pueblo conſumieſſe y abraſaſe,
Solo Zutacapan y ſus amigos,
Huiendo de cobardes por no verſe,
En manos de Gicombo ſe eſcondieron,
En las cueuas y ſenos que tenia,
La fuerça del peñol, cuia grandeza,
Segundo labirinto ſe moſtraua,
Segun eran ſus cueuas y eſcondrijos,
Sus ſalidas y entradas, y apoſentos,
Y viendo el General y brauo Bempol,
Que todos ſe matauan y cumplian,
La fuerça de aquel pacto que jurado,
Eſtaua de matarſe, ſi vencidos,
Salieſſen de los braços Caſtellanos,
Iuntos determinaron de matarſe,
Y aſsi por eſta cauſa temeroſos,
De mal tan incurable, por no verſe,

En braços de la muerte, les hablaron,
Ciertos amigos triſtes encogidos,
Pidiendoles con veras ſe rindieſſen,
Y que las vidas juntos reſcataſen,
Por cuia cauſa luego replicaron,
Los pertinaces baruaros furioſos,
Dezidnos Acomeſes deſdichados,
Que eſtado es el que Acoma oy tiene,
Para emprender vn caſo tan infame,
Qual eſte que pedis, dezid agora,
Que refugio penſais que os dexa el hado;
Luego que aqueſtas pazes celebradas,
Eſten con los Caſtillas con firmeza,
No hechais de ver que auemos ya llegado,
Al vltimo dolor y poſtrer punto,
Donde ſin libertad es fuerça todos,
Viuamos como infames triſte vida,
Acoma vn tiempo fue, y en alta cumbre,
Vimos ſu heroico nombre lebantado,
Y agora aquellos dioſes que la mano,
Le dieron por honrrarla y lebantarla,
Vemos que la ſubieron, porque fueſſe,
Su miſera ruina mas ſentida,
De aquellos miſerables que eſperamos,

En tan debil flaqueza tal firmeza,
Por cuia causa juntos acordamos,
Si estais como nosotros entendemos,
Firmes en la promesa que juramos,
Que á la felice muerte las gargantas,
Las demos y entreguemos, pues no queda,
Para nuestra salud mayor remedio,
Que perder la esperança que nos queda,
De poder alcançarle y conseguirle,
Y luego que con esto otras razones,
El brauo General les fue diziendo,
Maximino, Macrino, ni Maxencio,
Procrustes, Diocleciano, ni Tiberio,
Neron, ni todo el resto de crueles,
Con ninguno mostraron su braueza,
Mas braua, mas atroz, ni mas terrible,
Que estos consigo mismos se monstraron,
No solo los varones, mas las hembras,
Las vnas como Dido abandonaron,
Sus cuerpos, y en las llamas perecieron,
Y assi como espartanos sus hijuelos,
Tambien á dura muerte se entregaron,
Otras los arrojauan y lançauan,
En las ardientes llamas, y otras tristes,

Con ellos abraçadas desde el muro,
Las vimos con esfuerço despeñarse,
Otras qual Porcia apriessa satisfechas,
De brasas encendidas acabauan,
Otras el tierno pecho qual Lucrecia,
Con dura punta roto despedian,
Las almas miserables, y otras muchas,
Con otros muchos generos de muertes,
Sus vidas acabauan y rendian,
En este medio tiempo las hermanas,
Del brauo Zutancalpo desbalidas,
Fuera de si salieron à buscarle,
Por acabar con el la triste vida,
Cuio dolor azerbo y triste llanto,
Quiero cantar señor en nueuo canto.



CANTO TREYNTA Y DOS.

COMO ZVTANCALPO FVE HAllado por sus quatro hermanas, y del fin y muerte de Gicombo, y de Luzcoija.



VE peña lebantada, o fuerte roca,
Puede ser del soberuio mar ayrado,
Mas braua y atrozmente combatida,
Que nuestra vida triste miserable,
Si lo miramos bien los mas mortales,
A quien la cruel soberuia desmedida,
Y ambicion vil, frenetica, furiosa,
Iamas pudo hartar al alto ceptro,
A la Real corona y brauo trono,
Al pobrecillo assiento y bajo estado,
O triste condicion de humana vida,
Sugeta y puesta á bestias tan sedientas,

En cuia abara fuente, vil infame,
De ſu canina ſed jamas contenta,
Pretende cada qual ſaçar hartura,
Que preſtaron al noble Zutancalpo,
Auer con tanta fuerça contradicho,
Los furioſos intentos paternales,
Que tantas vidas tienen acabadas,
Y tantos buenos hombres conſumidos,
Y tantas nobles caſas abraſadas,
O cruel Zutacapan, porque quiſiſte,
Yr contra la corriente que lleuaua,
El ſoſſegado pueblo ya perdido,
Y aquel gallardo joben que engendraſte,
Que preſtaron los retos y braueza,
Con que turbaſte tantos inocentes,
Que el brauo y fiero orgullo que puſiſte,
Para que Caſtellanos lebantaſen,
Contra tu corto esfuerço armadas,
Que preſtò auer la tregua quebrantado,
Palabra y fee de paz auer rompido,
De que vil furia fuiſte arrebatado,
Para que con altiuo penſamiento,
Mouieſſes tan ſin cauſa injuſta guerra,
O ſoberuia que porque ſiempre ſobras,

Aſsi fue bien que el nombre te puſieſſen,
Y aſsi como ſobrada te lebantas,
Y tanto mas te ſubes y te encumbras,
Quanto es mas bajo aquel que te pretende,
No ſiente la ambicion bruta furioſa,
Deſte atreguado baruaro perdido,
La perdida y deſgracia miſerable,
Que por ſola ſu cauſa le ha venido,
Al deſdichado pueblo deſgraciado,
Cuias plaças y muros lebantados,
Solos arroyos, charcos, y lagunas,
De freſca ſangre vemos reboçando,
Con gran ſuma de cuerpos ya difuntos,
Por cuias fieras llagas temerarias,
Terribles quajarones regoldauan,
Tempanos y ſangraza nunca viſta,
A bueltas del ſuſtento mal digeſto,
Que por alli tambien le deſpedian,
Por do las pobres almas eſcapauan,
Por cuio atroz eſtrago no hecha menos,
Al noble Zutancalpo à quien ſalieron,
No mas que por buſcarle de ſu caſa,
Quatro hermanas donzellas que tenia,
Preſſas de mortaliſsimas congojas,

Y desfogando por ſu auſencia en vano,
De lo intimo del alma ya canſada,
Entrañables ſuſpiros y gemidos,
Reboluiendo los cuerpos deſangrados,
Por ver ſi entre ellos â ſu caro hermano,
Acaſo ver pudieſſen, porque auia,
Paſſado vna gran pieça ſin que fueſſe,
De algun amigo viſto, o deſcubierto,
Mocauli la mayor de todas ellas,
Reboluio por ſeys vezes vn difunto,
Y como es cierto que la ſangre llama,
Otra quiſo tomarle y reboluerle,
Y viendo ſer aquel teſoro grande,
Y por quien ſiempre todas fueron ricas,
Sin que pudieſſen deſcubrir qual fueſſe,
La fuerça del eſpada riguroſa,
Que por tan fieras bocas deſmedidas,
Le hizo deſpedir el alma braua,
Con preſuroſos gritos esforçados,
A palma auierta, y puño bien cerrado,
Començò á laſtimar ſu roſtro bello,
Y qual vemos que acuden al ladrido,
De la preſta y ſolicita podenca,
Las demas codicioſas de la caça,

Con lebantados ſaltos alentados,
Y vna y otra corrida preſuroſa,
Aſsi las tres hermanas desbalidas,
Partieron con preſteza y ſin ſentido,
Con deſapoderado curſo al pueſto,
De aquella que pedazos ſe hazia,
Sobre el querido hermano deſangrado,
Y juntas todas quatro à manos llenas,
Las mas crecidas hebras arrancauan,
De las pobres cabeças inocentes,
Las roſadas megillas golpeando,
Con vna y otra mano lebantada,
Y deſpues que le vbieron bien llorado,
Sobre vn gran tablon luego le puſieron,
Y encima de ſus hombros le lleuaron,
Con funebre dolor triſte afligido,
Para ſu antigua caſa ya abraſada,
Y luego que la madre deſdichada,
Tuuo delante de ſus triſtes ojos,
El horrendo eſpectaculo que vido,
Sin piedad deſgarrandoſe la cara,
Y la madeja ſuelta de cabellos,
Aſsi empeçò la pobre à lamentarſe,
Dioſes ſi en flor tan tierna aueis querido,
Qu

Quitar aquesta pobre desdichada,
Vn hijo malogrado que le distes,
Dezid si aqueste punto he ya llegado,
Y á tan perdido estado he ya venido,
Qual otro mal podeis tener guardado,
Este vltimo quebranto y postrer duelo,
Solamente restaua que viniesse,
A mi pobre vegez, triste afligida,
Y vertiendo de lagrimas gran lluuia,
Con el brauo dolor y amor fogoso,
Del tragico furor enterniçada,
Cien mil gemidos tristes redoblaua,
Que del ansiado pecho le salian,
Y como la desesperada furia,
Es el mas cruel y capital verdugo,
De aquel que semejante mal padece,
Assi desesperada y con despecho,
Sobre vn gran fuego se lançó de espaldas,
Y tras della las quatro hermanas tristes,
Tambien alli quisieron abrasarse,
Sobre el querido hermano ya difunto,
Que assi juntas con el se abalançaron,
Iunto á la misma madre que se ardia,
Y qual suelen grossissimas culebras,

O por-

O ponçoñosas viuoras ayradas,
Las vnas con las otras retorcerse,
Con apretados ñudos, y enrroscarse,
Assi las miserables se enlazauan,
Por aquellas cenizas y rescoldo,
Que amollentado y fofo a borbollones,
Hiruiendo por mil partes resoplaua,
Y restriuando sobre viuas brasas,
Con hombros, pies, y manos juntament
Instauan por salir mas era en vano,
Porque assi como vemos yrse á fondo,
A aquellos que en profundo mar se aneg
Que con piernas y braços sin prouecho,
Cortan el triste hilo de sus vidas,
Y en tiempo desdichado, corto y breue,
Las inmortales almas oprimidas,
De las mortales carceles escapan,
Assi estas malogradas fenecieron,
Dando en aquella vltima partida,
Los postreros abraços bien ceñidos,
Y despidiendo assi la dulze patria,
Dieron el longum vale á las cenizas,
En que todas quisieron resoluerse,
Passado aqueste misero sucesso,

Otro le sucedio tambien estraño,
Que esso tiene la mal segura rueda,
Ser incierta en q̃ el bien nos venga estable,
Y cierta en que el mal siempre nos persiga,
Y asi podeis notar Rey poderoso,
Que como en este mundo antojadizo,
Vnos con ansias buscan y apetecen,
Aquello que los otros aborrecen,
Por escapar la vida fue saliendo,
Vn conozido baruaro valiente,
Con tan desatinado y presto curso,
Que asi como se escriue que corrieron,
Efisido, y Orion, con gran presteza,
El vno por encima de las aguas,
Y el otro por las puntas de los trigos,
Sin que ninguna arista se doblase,
Y sin que el agua en parte se sintiesse,
Asi con esta misma ligereza,
Corriendo por encima de las llamas,
Vimos al brauo Pilco presuroso,
Qual fiera salamandria que en el fuego,
Sin pesadumbre passa y se sustenta,
Y por solo estoruarle la corrida,
Antes que se saliesse y ausentase,

Gran ſuma de balazos le tiraron,
Y auiendoſe eſcapado de las braſas,
Y del rigor y fuerça de pelotas,
Vino à parar á manos de vn ſoldado,
Leon por nombre, y por ſu grãde esfuerço
Eſtos dos combatieron larga pieça,
Con gran fuerça de golpes denodados,
Y deſcargando el baruaro la maça,
Con furia arrebatada fue ſaliendo,
El gallardo Eſpañol con tal deſtreza,
Que la hizò pedazos el membrudo,
Traiẽdo el golpe en vano, y ſin prouecho,
Sobre vna grande piedra que aferrada,
Eſtaua con el muro poderoſo,
Con cuio buen ſuceſſo, y con que vido,
Que por el ſuelo caſi le arraſtraua,
Al ſaluage la greña que tenia,
Por ella le prendio con fuertes garras,
Y qual ſuele euadirſe y deslizarſe,
La ſuelta anguila, de la fuerte mano,
Aſsi de entre ſus fuertes braços vimos,
Salir al brauo baruaro guerrero,
Lançandole de ſi, como ſi fuera,
Muy libiana pelota deſpedida,

Con lebantada pala gouernada,
De vn poderoso braço bien fornido,
Pasmado el Español de aquel sucesso,
Vencido de verguença y corrimiento,
De verse de tal pressa dessasido,
Asi como libiana y triste sombra,
Que sigue al cuerpo opaco, y no se ẽpacha,
En la carrera, buelo, y presto curso,
Que va sin detenerse asi siguiendo,
Al miserable baruaro perdido,
Tanta priessa le dio con el espada,
Quanta el membrudo alarabe ligero,
Con vno y otro salto le dexaua,
Los golpes en el ayre desmentidos,
Hasta que por grandisima ventura,
Se le vino à meter por vn estrecho,
Por donde el muro con aguda punta,
Mas de setenta estados derramaua,
De terrible vertiente bien cumplidos,
Desde cuia alta cumbre poderosa,
Estando todo el campo bien atento,
Se arrojò aquel indomito guerrero,
Con tan vizarro aliento, que suspensos,
Los leales coraçones palpitando,

A todos nos dexò deſatinados,
Porque con braça y media bien tendida,
No ſe ſintio ſoldado que quiſieſſe,
Aſomar ni poner el roſtro firme,
Por donde quiſo el baruaro eſcaparſe,
Y apenas con el grande ſobreſalto,
Le vimos ocupar el duro ſuelo,
Quando de golpe todos arrancamos,
A ver el alto y portentoſo ſalto,
Que ſin penſar el Indio memorable,
Alli le açometio con brauo esfuerço,
Y qual la grueſſa lança deſpedida,
Del poderoſo braço que clauada,
Quedò temblando entera y bien aſsida,
En aquel gran cauallo que Troianos,
Tan por ſu mal en Troia les metieron,
No de otra ſuerte Pilco valeroſo,
Quanto pudo blandir la larga lança,
Sobre los firmes pies algo perdido,
Quedò temblando en tierra bien clauado,
Y reboluiendo en ſi qual ſuelto pardo,
Sacudiendo algun tanto la melena,
Con impetu furioſo fue corriendo,
A campo auierto, por el ancho llano,
Don-

Donde Diego Robledo con cuidado,
Vatiendo con gran prieſſa los hijares,
De vn ligero cauallo deſembuelto,
Al pueſto le ſalio con vn benablo,
De temerario hierro bien tendido,
Y vibrando ſobre el la fiera dieſtra,
Tres vezes le mojò con que quedaron,
Por los grueſſos coſtados poderoſos,
Seys anchas puertas rojas bien raſgadas,
Por donde el cuerpo y alma deſdichada,
El natural diborcio celebraron,
Con no pequeña laſtima de aquellos,
Que al horrendo eſpetaculo aſsiſtian,
Doliendoſe de verle deſtroncado,
El miſerable tiempo que de vida,
Lleuaua ya ganado y adquirido,
Y por juſta juſticia prolongado,
Paſſada eſta tragedia prodigioſa,
Pareceme ſeñor que nos boluamos,
Al ſin ventura pueſto, donde queda,
El pobre General y brauo Bempol,
Que como apunto, y queda referido,
Qual aquellos illuſtres Bruto, y Caſio,
Que quiſieron priuarſe de la vida,

Por ſolo que ſe vieron ya vencidos,
Aſsi por no viuir jamas ſugetos,
El vno fue ſaliendo á deſpeñarſe,
Y el otro à ſolo dar injuſta muerte,
A ſu amada Luzcoija, por no verla,
En manos de Eſpañoles que pudieſſen,
Gozar de ſu belleza malograda,
Pues ſaliendo del grande labirintho,
Deſeſperados, brauos, y furioſos,
Deſta ſuerte los dos fueron diziendo,
O como nos quebrantan duros ados,
Y tempeſtad violenta nos perturba,
Y á viua ſangre y fuego nos moleſta,
Oprime, rinde, vence, y nos contraſta,
Y voſotros infames Acomeſes,
Sereis horriblemente caſtigados,
Con pena tal, qual es muy bien que venga,
Por ſemejantes animos cobardes,
Y à ti Zutacapan, cebil que has ſido,
Inſtrumento de tanta desbentura,
Sabete que te aguardan y te eſperan,
Deſta maldad y vergonçoſa afrenta,
Cruelisſimos açotes y caſtigos,
Y en los mas juſtos dioſes confiados,
Que

Que lés daras de tus inormes culpas,
Enmienda muy tardia y ſin prouecho,
Diziendo eſto los dos ſe diuidieron,
Gicombo endereçò para ſu caſa,
Que en humo y viua llama eſtaua embuelta
Y rompiendo las enemigas braſas,
Reſcoldo, y por las llamas lebantadas,
Llegó al miſmo apoſento donde eſtaua,
Su mas querida eſpoſa lamentando,
Con gran ſuma de dueñas y donzellas,
Que boqui abiertas todas desfogauan,
Aliento calidiſsimo del pecho,
Y en las paredes triſtes beſos dauan,
Y entrando dentro no le fue poſsible,
Por los confuſos gritos y lamentos,
Y el humo eſpeſo que tendido eſtaua,
Dar con ella, y aſsi por eſta cauſa,
Tomò la puerta, porque todas juntas,
Alli ſe conſumaſen y abraſaſen,
Y acercandoſe el fuego embrauecido,
Al miſero palacio ſin conſuelo,
Llegò en buſca del baruaro el Sargento,
Con vna buena eſquadra de guerreros,
Y como el bruto alarabe le vido,

Para el alçò los ojos encendidos,
Y en muy rabiosa colera deshechos,
Qual corajoso jabali cercado,
De animosos lebreles y sabuesos,
Tascando la espumosa boca apriessa,
Con el colmillo corbo amenazando,
Assi el General brauo se mostraua,
Ouiando la salida à los que estauan,
Dentro del aposento peligroso,
Y assomando Luzcoija el rostro bello,
Como aquellos que toman el atajo,
Por abreuiar el curso del camino,
Assi la pobre baruara afligida,
Sugetò la espaciosa y ancha frente,
Al rigor de la maça poderosa,
Que los dos mas hermosos ojos bellos,
Le hizo rebentar del duro casco,
Nunca se vio en solicito montero,
Contento semejante quando tiene,
La codiciosa caça ya rendida,
Como el que el baruaro tomò, teniendo,
A su querida prenda ya sugeta,
Y de todos sentidos ya priuada,
Viendo pues el Sargento la braueza,

Del General valiente riguroſo,
Con fuerça de promeſas y razones,
Inſtò por hazer del vn fiel amigo,
Dandole la palabra de ſoldado,
Y fee de cauallero bien nacido,
De reduzir ſus cauſas demanera,
Que el ſolo gouernaſe aquella fuerça,
Por vueſtra Mageſtad ſin que otro alguno,
Mas que don Iuan en ella lē mandaſe,
Y qual ſi fuera mas que viua braſa,
Que al tiempo de morirſe y apagarſe,
Enciende mas ſu luz y la deſcubre,
Aſsi el furioſo ydolatra ſangriento,
Riſueño y al deſgaire le reſponde,
Ya no me puedes dar mayor diſguſto,
Que vida eſtando aqueſta ya difunta,
Mas ſi quereis hazerme vn buen partido,
Dejadme combatir con ſeys,o ſiete,
Los mejores ſoldados de tu campo,
Y matame tu luego que no es juſto,
Negar eſte partido tan pequeño,
A mi que ves ya tan de partida,
Y mas hare por ti,pues ves que es fuerça,
Que todas eſtas mueran abraſadas,

Que salgan todas libres deste incendio,
Sin que vna sola quede por mi cuenta,
Y viendo aquesta causa malparada,
Por estas y otras cosas que passaron,
Mandò que Simon Perez le tirase,
Dandose mucha priessa vn buen valazo,
Y sin que fuesse visto ni entendido,
Dio con el pobre General en tierra,
En fea amarillez el rostro embuelto,
Y luego que acabò y quedò difunto,
Atonitas las baruaras que tuuo,
Abochornadas casi sin sentido,
Vertiendo arroyos de sudor hiruiendo,
Auiertos todos los cerrados poros,
Y las fogosas bocas y narizes,
Satisfaciendose de solo el ayre,
A grande priessa todas escaparon,
Y porque el brauo Bempol me da priessa,
Serà bien gran señor desocuparme,
Por ver aquel diabolico destino,
Que lleuò quando quiso desasirse,
Deste difunto pobre, y diuidirse,

CANTO TREINTA Y TRES.

DEL MISERABLE FIN QVE TVuo Bempol, y de otros que con el ſus dias acabaron, y del ſentimiento que hizo el ſargento mayor, buſcando los gueſſos de ſu hermano.



IOS nos libre del aſpero caſtigo,
Con que ſu gran grandeza nos laſtima,
Lebantando ſu mano poderoſa,
Para que como reprobos ſintamos,
Mal del grã bien, y bien del mal q̃ es grãde,
Porque apenas abremos allegado,
A ſuerte tan perdida y deſdichada,
Quando de todo punto zabullidos,
En el abiſmo y centro nos hallemos,
De todo lo que es vltima miſeria,

Dolor, triſteza, y vltimo quebranto,
Dexemos las hiſtorias que eſtan llenas,
De mil ſuceſſos triſtes ya paſſados,
Y digalo eſte ydolatra perdido,
Suelto, deſamparado, y ya dexado,
De tan ſanta, diuina, y alta mano,
Qual es el paradero en que le vemos,
O gran bondad inmenſa, no permitas,
Por tus llagas raſgadas tal caſtigo,
Por los que tu ley ſanta profeſſamos,
Que ſi los que andan fuera del rebaño,
Merecen mi ſeñor los deſampares,
Otros caſtigos tiene tu juſticia,
Que pueden moleſtarnos y afligirnos,
Y no el que aqueſte miſero padece,
Cuia deſdicha ſi quereis notarla,
Bolued Rey poderoſo alli los ojos,
Mirad al pobre Bempol deſdichado,
Que eſtá ſobre aquel riſco temeroſo,
Deſde cuia alta cumbre lebantada,
Aſsi comiença el triſte â deſpedirſe,
O y me da ya repoſo mi deſdicha,
Si es que deſdicha puede dar ſoſsiego,
Al que á ſus pies ſe rinde zozobrado,

Y mi temprana muerte me apareja,
Seguro y dulze puerto con alibio,
Si es que el morir tãbien puede alibiarme,
De tan inorme carga como lleuo,
Y ſolo con perpetua ſepultura,
Saliendo como eſpero deſta afrenta,
Pueden faltarme obſequias funerales,
Si como eſtoy determinado ſiembro,
Las miſeras çenizas ya perdidas,
Deſte triſte mortal corporeo velo,
Vertiendolas ſin laſtima, pues puedo,
Deſta tan alta cumbre deſpeñarme,
Y cerrando el poſtrer dia de mi vida,
No faltara quien á mi dulze patria,
Con eſta ſin ventura nueua rompa,
El ayre en vano, porque preſto llegue,
A las orejas triſtes miſerables,
De aquella que por corta y mala ſuerte,
Le cupo aqueſte pobre por eſpoſo,
Y cada qual ſintiendo con triſteza,
O ſobra de alegria y de contento,
De mi vltimo fin, triſte, miſerable,
Dira lo que quiſiere y le agradare,
Y luego que eſto ſe aya ventilado,

Despues que el Sol por doze Lunas corra,
Ya no aura quien de mi jamas se acuerde,
q̃ esto es muy cierto, quãdo el tiẽpo corre,
Que se enjugan las lagrimas caudales,
Y cansan los suspiros mas ansiosos,
Y acaban los dolores que se sufren,
Por aquellos que fueron mas amigos,
Mas padres, mas hermanos, mas parientes,
Mas queridos, mas hijos, y mas deudos,
Mas amparo, consuelo, y mas firmeza,
De buenos y carissimos maridos,
O Acoma á que Dios has ofendido,
O porque causa assi los altos dioses,
Quieren contra nosotros enojarse,
Sufrese que tal yra, y tal corage,
Muestren dioses, y mas contra vna fuerça,
Que es inmortal, qual ellos inmortales,
Y en las cosas de guerra y preheminencia,
Tan insigne, tan fuerte y poderosa,
Que si sus fuerças no nos contrastaran,
Fuera cosa muy facil el hazerse,
De todo el mundo vniuersal señora,
Mas como dizen que en los graues males,
Ay consuelo si muchos le padecen,

Si aquesta es regla cierta, que consuelan,
Como no viuo agora consolado,
Y estando asi hablando y replicando,
Para el endereçaron desbalidas,
Cosa de diez donzellas con sus madres,
Y atonitas corriendo en competencia,
Para el triste se fueron acercando,
Como suelen las simples mariposas,
Quando á la lumbre vemos que se acercan,
Y alegres se abalançan y se apegan,
Y alli fenecen todas abrasadas,
Asi desalentadas se apegaron,
Las miseras al misero afligido,
A quien con alma y coraçon clamauan,
Con gran suma de lagrimas amargas,
Solloços, y ternissimos suspiros,
Que quisiesse de tanto afan librarlas,
Lleuandolas perdidas à la parte,
Que fuesse de su gusto, y que jurauan,
De no desampararle por trabajos,
Angustias, y miserias que viniessen,
Y por mas que fortuna descargase,
Con poderosos golpes esforçados,
Su riguroso braço y las truxesse,

Debajo de ſu rueda rebolcadas,
Y ſino que les dieſſe compañia,
Con quien todas pudieſſen eſcaparſe,
Y para mas mouerle à ſus clamores,
Delante le puſieron vna hija,
Que de ſu patria trujo quando vino,
Por guſto de Gicombo á aquella fuerça,
La qual acaſo quiſo entremeterſe,
Con el brauo temor y ſobreſalto,
Con las demas donzellas que clamauan,
Y poniendo la viſta en todas ellas,
Clauola y la detuuo en ſola aquella,
Que era la miſma lumbre de ſus ojos,
Y de tan tierna edad, que no tenia,
Diez miſerables años bien cumplidos,
Y qual ſi fuera firme y alta roca,
En el ancho mar pueſta y aſſentada,
Que con ſu ynorme peſo y graue aſsiento
Al tempeſtuoſo mar y a todos vientos,
Con gran fuerça reſiſte y ſe antepone,
Aſsi contrauiniendo á ſu plegaria,
Furioſo deſta ſuerte les reſponde,
Mezquinas de voſotras miſerables,
Si es fuerça que ſalgais de aqueſta vida,

Qual compañia podeis tomar que os sea,
Mas que esta que teneis auentajada,
Y donde quereis que no os espere,
Mayor quebranto que este que os aflige,
Con cuio susto absorto y elebado,
Quedó pasmado y fuera de sentido,
Hiriendo con la vista aguda y braua,
Los lebantados Cielos corajoso,
Con vna y otra punta que embiaua,
Y asiendo à la muchacha por el braço,
Con la pobre se despeñó diziendo,
Si quereis libre libertad seguidme,
Y qual si fueran simples ouejuelas,
Que viendo se abalança y se despeña,
El que es manso cencerro, y que las guia,
Que todas tras del vemos arrojarse,
Sin genero de miedo ni rezelo,
Assi todas se fueron despeñando,
Dando fin à sus dias miserables,
Y llorando su grande desbentura,
Para el segundo aluergue caminaron,
Que ocupan segun dize el gran lombardo,
Hallà en los calaboços del infierno,
Los que sin merecer alguna culpa,

De ſu voluntad fueron omicidas,
De ſus infames almas deſdichadas,
Y como el miſmo Heroe ſe lamenta,
Quanto mejor les fuera ya en la vida,
De que los pobres triſtes ſe priuaron,
Sufrir ſin libertad duros trabajos,
Mas como el miſmo dize y nos enſeña,
Por orden de los hados ſe les veda,
Y es viua Fê catholica inuiolable,
Que en miſerable llanto permanezcan,
Paſſado lo que auemos referido,
Luego la veloz fama fue corriendo,
Lleuando aquella amarga y triſte nueua,
A la afligida madre de Gicombo,
Cuio vital calor ſus flamos gueſſos,
Por todas partes fue deſamparando,
Y afligida del gran dolor cauſado,
De las atrozes muertes deſdichadas,
De ſu muy dulze hijo y cara nuera,
Y del pobre marido que tenia,
Sin ſentido ſalio la miſerable,
Dando terriblisſimos aullidos,
Meſando fuertemente ſus cabellos,
Rompiendo por las armas Caſtellanas,

Sin ningun pobor, miedo, ni rezelo,
Y rasgando los ayres con querrellas,
Sentida de dolor asi dezia,
Desdichada de mi, triste afligida,
Miserable sin hijo, y sin marido,
Ya guerfana, y tambien desamparada,
De aquestas dulzes prendas que tenia,
Dezid Castillas pues que estais tan cerca,
Que si hablar siquiera con su madre,
Nó dio lugar al hijo malogrado,
Donde está la belleza de Luzcoija,
Que á mi triste vejez entretenia,
Este es el galardon que yo esperaua,
Quando mas esperé mi buena suerte,
Pensando dulzes hijos de gozaros,
O Castillas si por ventura os mueue,
Aquesta miserable desdichada,
Pido que me quiteis aqui la vida,
Mas en lo que yo puedo y tengo mano,
De que me sirue seros importuna,
Y qual gran marinero, o diestro buzo,
Que de la lebantada y alta entena,
Bueltas las duras plantas hazia arriba,
Al profundo del ancho mar se inclina,

Afsi la trifte baruara furiofa,
Defde aquel lebantado y alto muro,
Inclinò con gran rabia, y con defpecho,
La muy blanca cabeça defgreñada,
Dexandofe yr á pique, y fin remedio,
A los brauos profundos infernales,
Vnico aluergue, centro y paradero,
De todos los que aqui fe defpeñaron,
En efto falio el noble viejo Chumpo,
Como quien la paz fiempre pretendia,
A ponerfe en las manos del Sargento,
Gibado de vejez, las piernas corbas,
Secos los braços, y la piel pegada,
A fola la offamenta que tenia,
Ayudado de vn pobre caiadillo,
Sobre que el flaco cuerpo fuftentaua,
Y puefto en fu prefencia temerofo,
Temblando con la fuerça de los años,
Afsi esforçó la debil voz canfada,
Hijo graciofo, el Cielo me es teftigo,
Y efta fangre que ves aqui vertida,
Que nunca por mi fuera derramada,
Si Zutacapan folo fe arrimara,
A mi voto, qual yo feñor me arrimo,

A aquef-

A aquesta vara tierna quebradiza,
Que treinta vezes han los campos dado,
De nueuo nueuas flores, y continuo,
A siempre mi flaqueza sustentado,
Y luego que esto dixo enternecido,
Y en lastimosas lagrimas deshecho,
Prosiguio con su platica, diziendo:
Para solo venir á lastimarme,
Con desdicha tan grande como veo,
Por estas tristes almas miserables,
Afligenme sus cuerpos destrozados,
Y de sus mismos perros ya comidos,
Duelenme sus abuelos y sus padres,
Y mas sus visabuelos que nacieron,
Quando triste naci, para quedarme,
A solo ser testigo de la sangre,
Muertes y gran destrozo que han sufrido,
Todos estos que estan aqui tendidos,
Reliquias de los tristes que han passado,
Que aunque es posible sepan el estrago,
Allá donde sus almas se recojan,
No es tan grande el dolor y sentimiento,
Quanto recibe el pobre miserable,
Que por sus proprios ojos ve las llagas,

Que aqui vemos auiertas y rasgadas,
Por querer vn traidor solo lleuarlos,
A sus vanos intentos, porque quiso,
Ser el solo señor de aquesta fuerça,
Y por querer por fuerça lebantarse,
Assi te esta por fuerça ya rendido,
Y yo tambien lo estoi señor, y aduierte,
Que assi como el rendido y afrentado,
En publico palenque, y ofendido,
Cuia cabeça estuuo ya sugeta,
Y á merced de la espada rigurosa,
Que alli pudo acabarle y deshazerle,
Y vida quiso darle es cosa cierta,
Y en lides de importancia bien prouada,
Que muerto alli quedò, pues muerta dexa,
La honrra, el ser, valor, y todo quanto,
Lebanta al buen soldado, y le abilita,
Y en cosas de la guerra le acridita,
Y tendiendo qual suelen los mendigos,
Los flacos braços secos, algo auiertos,
Arrodillarse quiso à su presencia,
Y conuertido de aspero en clemente,
Su animo benigno alli apercibe,
Y con palabras dulzes regaladas,

Salidas sin sospecha ni reboço,
De vn blando coraçon, y entrañas tiernas,
Echandole los braços el Sargento,
En peso le tomó, y con gran respecto,
Abraçado le tuuo por buen rato,
Y despues que con mucho amor le dixo,
Razones y palabras de consuelo,
Con que el misero viejo lastimado,
Reprimio la vertiente de sus ojos,
Pidiole el noble joben que le diesse,
Aquel illustre cuerpo que mataron,
Del caro hermano, y caros compañeros,
Y auiendo con grandissimo cuidado,
Puesto en esto grande diligencia,
Venimos á saber como en la parte,
Que vino á rendir cada qual su vida,
En el mismo lugar á pura fuerça,
De palos y pedradas que cargaron,
En blanda y tierna masa combirtieron,
Su miserable carne con los guessos,
Y en confusso monton los recogieron,
Y en vna gran hoguera lebantada,
Con pujança de leños que arrimaron,
Los rayos del Sol fueron emboluiendo,

En vna obſcura ſombra temeroſa,
Y en eſte funeral y triſte incendio,
Alegres de aquel hecho que acabaron,
Dando altiſsimos gritos y alaridos,
Aſsi ſin diſtincion, honor, ni cuenta,
Los pobres Caſtellanos arrojaron,
Enmedio de las llamas portentoſas,
Y por honrra del Dios de las batallas,
Con ellos preſentaron y ofrecieron,
Muy ricas mantas, plumas, y pellicos,
Con gran chacota, riſa, y algazara,
De la pleueia gente que ofrecia,
Tambien al inuencible Dios furioſo,
Grande ſuma de flechas y macanas,
Arcos, baſtones, maças, y carcages,
Contentos de que el fuego conſumieſſe,
Los miſerables cuerpos baptizados,
Sabido ya el fin triſte miſerable,
De nueſtros infelices compañeros,
Pedimosles que al pueſto nos lleuaſen,
Donde al Maeſe de campo dieron muerte,
Sobre el qual ſin tardança nos puſieron,
Y en el tan grã manchon de ſangre vimos,
Que dos tendidas braças ocupaua,

Viſta por el Sargento deſdichado,
La ſangre del hermano ya difunto,
Aunque ya fria elada y denegrida,
Sin ningun fuego començò à heruirle,
En lo mas hondo de ſu tierno pecho,
Y luego al miſmo punto ſe le puſo,
Vn groſiſsimo ñudo atraueſado,
A la pobre garganta bien aſsido,
Y los enjutos ojos combertidos,
En dos mares ſin fondo derramauan,
Mil arroyos de lagrimas caudales,
Con que á doloroſo y tierno llanto,
A todos nos mouia y lebantaua,
Y no baſtando nadie á detenerle,
Por enmedio de todos fue rompiendo,
Y tendiendoſe encima de la mancha,
Gimiendo amargamente rebentaua,
Sobre la triſte ſangre ya vertida,
Y deſpues que por vna larga pieça,
Bañò aquel fuerte paſſo de amargura,
Y luego que el dolor azerbo y duro,
Con gran dificultad abrio la puerta,
A la pobre garganta fatigada,
Aſsi empezò afligido â laſtimarſe,

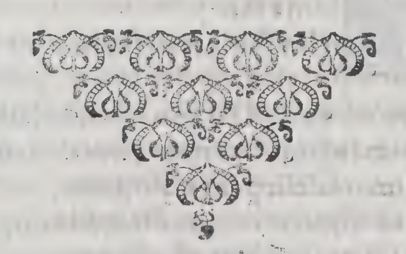
No era aqueste el fin que yo esperaua,
Quando à tantos trabajos y miserias,
Quisimos ofrecernos y entregarnos,
Porque en aquellos tiempos bien pensaua,
Qual soldado nobel, pobre visoño,
Que los dos adquirieramos gran fama,
Prometiendonos suertes muy honrrosas,
Colmadas de victoria, y triunfo cierto,
Mas ay de mi, que por demas han sido,
Mis vanas esperanças fabricadas,
Pues bullirse la mas pequeña hoja,
Del mas remontado arbol desta vida,
Es quererlo quien todo lo gouierna,
Y pensar otra cosa es desatino,
Cuia verdad bien claro me has mostrado,
Señor y hermano mio anhelando,
A muy gloriosos fines onorosos,
Rotos y destroncados por el suelo,
Con medios y principios desdichados,
Y por mejor dezir, fueron dichosos,
Pues que con muerte felix y agradable,
Seguro puerto diste à tus cuidados,
Siendo primer primicia que se ofrece,
En esta nueua Iglesia Mexicana,

Y no yo, cuia pobre triste vida,
Al duro hado, fiero y peligroso,
La traigo por momentos sometida,
Quien á tu lado fuerte se hallara,
Quando la corta vida feneciste,
Aunque el gran furor barbaro acabara,
Aquesta miserable que me queda,
Y escusara siquiera lastimarme,
Con ver este lugar todo teñido,
En la inocente sangre que dejaste,
Para mayor quebranto, y mas tormento,
Destos cansados ojos que llegaron,
A ver tan gran desdicha y tal estrago,
O Acoma no quiera Dios te impute,
Aquella falsa fee, y hospicio alebe,
Que á mi amado y caro hermano diste,
Con tan terrible engaño y trato doble,
Porque esta miserable y dura suerte,
Yo solo la causê con graues culpas,
Que contra el alto Dios he cometido,
Mas que digo yo triste miserable,
Si es que auias de gustar amarga muerte,
Que mas corona y palma lebantada,
Que auer venido hermano á merecerla,

Donde no ſe les ſigue mas ventaja,
A los que con alegre y brauo triunfo,
Cantan la gran victoria que alcançaron,
Que à los vencidos ſi ſus cuerpos quedan,
Enmedio de las armas deſtrozados,
Y aſsi es fuerça digan todos fuiſte,
Muy bienauenturado en tal jornada,
Donde no puede ſer que la grandeza,
De todo el vniuerſo que gozamos,
Pueda darte ſepulcro mas pompoſo,
Ni mas gallardo y alto enterramiento,
Que el que en aqueſte muro memorable,
Quiſo la fuerça de Acoma ofrecerte,
A quien yo eſtimo, tengo y reuerencio,
Por precioſiſsima Ara y Monumento,
Donde por tu ley ſanta poderoſa,
Por Dios y por tu Rey alto inuencible,
A ſu gran Mageſtad ſacrificaſte,
El reſto de la ſangre que tuuiſte,
Y boluiendoſe alli para noſotros,
Algo esforçado proſigio diziendo,
Aqui fue Troia nobles caualleros,
Aqui por ſu alto esfuerço y zelo ardiente,
Y por ſu gran valor, inſigne y raro,

Que-

Quedara para ſiempre eternizado,
Y por el conſiguiente conocido,
Para que el claro nombre que hã moſtrado
Todos ſus mas mayores y paſſados,
Y con eſto arbolò vna Cruz en alto,
Y contritos llorando de rodillas,
Todos juntos alli nos derribamos,
Y á la gran Mageſtad de Dios pedimos,
Que de ſus pobres almas ſe dolieſſe,
Y que à ſu ſanta gloria las lleuaſe,
Y pues al fin ſeñor de la jornada,
Y canto poſtrimero he ya llegado,
Quiero parar vn tanto, porque pueda,
Cantar aqueſto poco que me queda,



CANTO TREINTA Y QVATRO.

COMO SE FVE ABRASANDO LA fuerça de Acoma, y como se hallò Zutacapan muerto, de vna gran herida, y de los demas sucessos que fueron sucediendo, hasta lleuar la nueua de la victoria al Gouernador, y muertes de Tempal, y Cotumbo.


ANSADO del viage trabajoso,
El estandarte santo, no vencido,
Dexemos ya de Christo alli arbolado,
Reprimanse las lagrimas pues dexan,
Las almas lastimadas y afligidas,
Y vos Filipo sacro, que escuchando,
Mi tosca musa aueys estado atento,
Suplicoos no os canseis, que ya he llegado,
Y al prometido puesto soy venido,

Fia-

Fiado gran señor en la excelencia,
De vuestra grã grãdeza, y que qual padre,
Del belico exercicio trabajoso,
Vn apazible puerto aueys de abrirme,
Con cuio inmenso aliento reforçado,
Las velas doi al viento reboluiendo,
Al temeroso incendio, cuias llamas,
Vibrando poderosas y escupiendo,
Viuas centellas, chispas y pauesas,
Las lebantadas casas abrasauan,
Notad señor aqui los altos techos,
Paredes, aposentos, y sobrados,
Que auiertos por mil partes se desgajan,
Y subito à pedaços se derrumban,
Y como en viuo fuego y tierra, entierran,
Sus miseros vezinos, sin que cosa,
Quede, que no se abrase y se consuma,
Mirad señor tambien los muchos cuerpos,
Que de las altas cumbres del gran muro,
Assi desesperados se abalançan,
Y rotos por las peñas quebrantados,
Hechos menudas pieças y pedaços,
Assi en el duro suelo se detienen,
Los baruaros y baruaras que ardiendo,

Estan

Eſtan con ſus hijuelos lamentando,
Su miſera deſgracia y triſte ſuerte,
Con cuias muertes el Sargento,
Mouido de piedad y de alto zelo,
Qual ſuele con tormenta y gran borraſca,
Vn gran piloto dieſtro reboluerſe,
Saltando à todas partes y esforçarſe,
Mandando al marinaje y paſſajeros,
Con vno y otro grito, y aſsi juntos,
Con heruoroſa prieſſa ſe ſocorren,
Y al flaco nauichuelo combatido,
De la fuerça del mar, y viento ayrado,
Entre mil ſierras de agua ſaborecen,
Aſsi esforçãdo á Chúmpo y á otros pocos
Baruaros, que las pazes pretendian,
A vozes les promete y aſſegura,
En fee de cauallero, que las vidas,
A todos les promete ſi ſe abſtienen,
Del riguroſo eſtrago y crudas muertes,
Que aſsi los miſerables ſe cauſauan,
No bien el pobre viejo las palabras,
De aquel ardiente joben fue aduirtiendo,
Quando clamando à vozes, con los pocos,
Baruaros, que con el alli aſsiſtian,

A todos persuade y encarece,
Haziendose pedazos con señales,
Y muestras muy de padre, que se abstengã,
Y que á tan tristes muertes no se entregue,
Porque à todos las vidas les promete,
Y noble trato á todos assegura,
Sin genero de duda ni sospecha,
Encubierta, rebozo, o trato aleue,
Y assi como despues del rayo vemos,
A todos suspenderse malseguros,
Difuntos ya en color y palpitando,
Los viuos coraçones dentro el pecho,
Y assi encogidos todos rezelosos,
Por vna parte el vno, y qual por otra,
Con passos espaciosos van saliendo,
A ver si estan seguros, y el destrozo,
Causado de la fuerça ya passada,
Assi salieron muchos poco à poco,
Alertos, pauorosos, encogidos,
Con passos atentados, y aduirtiendo,
De no pisar los cuerpos desangrados,
De tanto caro amigo y fiel amparo,
De aquellos pobres muros que teñidos,
Estauan de su sangre ya bañados,

Assi

Afsi temblando, triftes afligidos,
Por vna y otra parte rodeados,
De palido color y muerte acerba,
Se fueron acercando, y viendo eftaua,
El vando Caftellano acariciando,
A todos fus vezinos, y que dauan,
Seguro y mueftras grandes de contento,
De verlos reduzidos y apartados,
De aquel cruento eftrago que emprendiã,
Qual vemos que fe abaten y fe humillan,
Los lebantados trigos açotados,
Con vno y otro foplo reforçado,
Del poderofo viento que fulcando,
En remolcadas hondas fus efpigas,
Al fuelo las amaina, abate y baja,
Afsi vencidos, llanos defarmados,
Mas de feyfcientos dieron en rendirfe,
Y dentro de vna plaça con fus hijos,
Y todas fus mugeres fe poftraron,
Y como prefos, juntos fe pufieron,
En manos del Sargento, y foffegaron,
Mouidos del buen Chùmpo, que feguro,
A todos prometio y dio la vida,
Sin cuia ayuda dudo, y foy muy cierto,
Que

Que aquella gran Numancia trabajosa,
Quando mas desdichada y mas perdida,
Quedara mas desierta y despoblada,
Que aquesta pobre fuerça ya rendida,
Estando ya pues todo sossegado,
Y puestas ya las treguas sin rezelo,
De algun bullicio de armas, o alboroto,
Los pactos assentados, y de asiento,
Los vnos y los otros sossegados,
De subito las baruaras rabiosas,
Qual vemos deshazerse y derrumbarse,
Dexandose venir con brauo asombro,
Vna terrible torre poderosa,
Recien inhiesta, puesta y lebantada,
Y con terrible espanto reboluernos,
La sossegada sangre, y alterarnos,
Asi señor inmenso y poderoso,
Alçando vn alarido arremetieron,
Y apeñuscadas todas, qual se aprietan,
Sobre la chueca juntos los villanos,
Con los caiados corbos procurando,
De darle con esfuerço mayor bote,
Asi las vimos todos hechas piña,
A palos y pedradas deshaziendo,

A vn miserable cuerpo, y assi juntos,
Para la esquadra todos arrancamos,
Por ver si era Español, y dar vengança,
A hecho tan atroz y desmedido,
Y luego que nos vieron sin aliento,
Alborotadas todas nos dixeron,
Varones esforçados generosos,
Si auernos entregado en vuestras manos,
Merece que nos deis algun contento,
Dejadnos acabar lo començado,
Aqui Zutacapan está tendido,
Y gracias al Castilla que tal alma,
Hizo que se arrancase por tal llaga,
Este causó las muertes que les dimos,
A vuestros compañeros desdichados,
Este metio cizaña y alboroto,
Por todos estos pobres que tendidos,
Estan por este suelo derramados,
Y poniendo la vista en sus difuntos,
Y luego en el traidor rabiosas todas,
Assi como en tajon la carne pican,
Los diestros cozineros, y deshazen,
Assi con yra todos reboluieron,
Y en muy menudas pieças le dexaron,

Con cuio hecho alegres satisfechas,
En su primero puesto sossegaron,
Y nosotros señor jamas podimos,
Saber qual fuesse el braço que de vn tajo,
Cinco costillas cerce le cortase,
Y assi como con ansia cobdiciosos,
Despues de la batalla ya vencida,
Vn gran varon famoso que escondido,
De muy grande rescate procuramos,
Y assi sin alma, seso, y sin sentido,
Salimos à buscarle, y reparamos,
En todos los vencidos, y ponemos,
La vista bien atenta por hallarle,
Assi los barbaros atentos y las bocas,
Auiertas, y los ojos que pestaña,
Iamas mouio ninguno, vimos todos,
Que con asombro y pasmo nos mirauan,
Y no vien asomaua algun soldado,
Que fuera del quartel acaso estaua,
Quando de golpe todos, qual se allegan,
Las moscas à la miel, assi llegauan,
Y el rostro solo atentos le mirauan,
Y viendo el gran cuidado que ponian,
En no dexar a nadie reseruado,

Que bien no le notasen y aduirtiessen,
Fue fuerça preguntarles que distino,
Que blanco, o porque causa assi sedientos,
A todos nos mirauan, y suspensos,
La mano dando á Chúmpo, que por ellos,
A todos respondiesse, dixo el viejo,
Buscan estos mis hijos á vn Castilla,
Que estando en la batalla anduuo siempre,
En vn blanco cauallo suelto, y tiene,
La barua larga, cana y bien poblada,
Y calua la cabeça, es alto y ciñe,
Vna terrible espada, ancha y fuerte,
Con que á todos por tierra nos ha puesto,
Valiente por estremo, y por estremo,
Vna bella donzella tambien buscan,
Mas hermosa que el Sol, y mas q̃ el Cielo,
Preguntan donde estan, y que se hã hecho,
El Caudillo Español oyendo aquesto,
Mouido por ventura del que pudo,
Mostrar la duda clara y socorrernos,
En casos semejantes y ampararnos,
Qual vn blandon, o antorcha, cuia lumbre,
La vista haze clara, y quita el velo,
De la ciega tiniebla, assi alumbrando,

Al grato viejo Chúmpo fue diziendo,
Reſponde á eſtos tus hijos noble padre,
Que en eſſo no ſe canſen ni fatiguen,
Ni mas los dos que buſcan los procuren,
Que ſon bueltos al Cielo, donde tienen,
De aſsiento ſu morada, y que no ſalen,
Sino es à defendernos y ayudarnos,
Quando aſsi nos agrauian y ſe atreuen,
Qual ellos ſe atreuieron á matarnos,
Con muertes tan atroçes y crueles,
Los pocos Eſpañoles que ſubieron,
A lo alto deſta fuerça deſcuidados,
Que miren lo que hazen y no bueluan,
Segunda vez al hecho començado,
¶ No ſuſpendio el Troiano, ni redujo,
La rienda del ſilencio con mas fuerça,
Quando à la illuſtre Reyna los ſuceſſos,
De Troia y ſu deſgracia recontaua,
Qual hizo aqui el Zaldiuar, que paſmados,
Y mudos los dexò, que mas palabra,
Hablaron ni chiſtaron, y aſsi ſolo,
Dixo: Señor inmenſo que alcançamos,
Aqueſta gran victoria el miſmo dia,
Del vaſſo de eleccion, á quien la tierra,

Tenia por patron, y aſsi entendimos,
Que vino con la Virgen à ampararnos,
Iuizios ſon ocultos que no caben
En mi Señor, que ſiempre ſoy y he ſido,
Vn guſanillo triſte deſpreciado.
Y aſsi Señor me bueluo á mi caudillo,
Que eſtá con toda prieſſa deſpachando,
Al prouehedor Zubia porque lleue,
Deſta victoria inſigne alegre nueua,
A nueſtro General, a quien auia,
Vna baruara vieja por ſus cercos,
Hechole cierto della el miſmo dia,
Que fue por vueſtro campo celebrada,
Y eſtando aſsi aguardando el deſengaño,
Marchando el prouehedor, acaſo Tempal,
Y el pobre de Corúmbo deſtroçados,
Corriendo gran fortuna a arbol ſeco,
Auiendo de la fuerça ya eſcapado,
Yuan atraueſando, y viendo el golpe,
Que alli el rigor del hado deſcargaua,
Tras tanta desbentura reboçados,
Con maſcara de paz los dos fingieron,
Como haſtoros coſarios que ellos eran,
De allà la tierra adentro, y que robados,

Ve

Venian de vnas gentes que huiendo,
Salian del Peñol, y assi encogidos,
Pidieron con gran lastima les diessen,
Con que la triste hambre que lleuauan,
Socorrida quedase, y no acabasen,
Con esto el Español mandò prenderlos,
Por no errar el lance que perdido,
Suele por el perder vn gran soldado,
Y presos los lleuò, y en vna estufa,
Despues de auer llegado y dado el pliego,
Mandó que los pusiessen y encerrasen,
Y auiendo con gran gusto recebido,
El General la nueua fue informado,
De ciertos nobles baruaros amigos,
Que aquellos prisioneros que forçados,
Estauan en la estufa, y oprimidos,
Eran de los mas brauos y valientes,
Que Acoma mostraron y pusieron,
La colera en su punto, y lebantaron,
El sossegado fuerte ya perdido,
Con esto los dos baruaros sañudos,
Viendose descubiertos deshizieron,
La esçala de la estufa, y hechos fuertes,
A palos y pedradas no dexaron,

Que nadie les entrase por tres dias,
Que afsi se defendieron y guardaron,
Y viendo que era fuerça se rindiessen,
Por hambre y sed rabiosa que cargaua,
Las armas sossegaron, y dixeron.
¶ Castillas si del todo no contentos,
Estais de auernos ya beuido toda,
La generosa sangre que gustosa,
Tiene vuestra braueza no cansada,
Y sola aquesta poca que nos queda,
Mostrais que os satisfaze, dadnos luego,
Sendos cuchillos botos, que nosotros,
Aqui vuestras gargantas hartaremos,
Priuandonos de vida, porque es justo,
Que no se diga nunca por mancharnos,
Que dos guerreros tales se pusieron,
En manos tan infames y tan viles,
Quales son essas vuestras despreciadas,
Con esto el General, y con que todos,
Los baruaros amigos le dixeron,
Si alli los perdonaua que ponia,
En condicion la tierra de alterarse,
Auiendo hecho en vano todo aquello,
Que pudo ser por verlos reduzidos,

Al gremio de la Iglesia, y agregados,
Mandò que los cuchillos les negasen,
Por mas assegurar, y que les diessen,
Dos gruessas sogas largas bien cumplidas,
Y echandoselas dentro las miraron,
Los ojos hechos sangre y apretando,
Los labios, y los dientes corajosos,
Hinchados los hijares y narizes,
Absortos, mudos, sordos, se quedaron,
Y estando assi suspensos breue rato,
Sacudiendo el temor, y despreciando,
A todo vuestro campo, y fuerte espada,
Nunca se vio jamas que asi pusiesse,
Al corredizo lazo la garganta,
Aquel que desta vida ya cansado,
Partirse quiso della alegre y presto,
Qual vimos a estos baruaros que al punto,
La mal compuesta greña sacudiendo,
Las dos sogas tomaron y al pescueço,
Ceñidas por sus manos y añudadas,
Salieron de la estufa, y esparciendo,
La vista por el campo, que admirado,
Estaua de su esfuerço, y condolido;
Iuntos la detuuieron y pararon,

En vnos altos alamos crecidos,
Que cerca por ſu mal acaſo eſtauan,
Y no bien los notaron, quando luego,
Dellos ſin mas acuerdo nos dixeron,
Querian ſuſpenderſe y ahorcarſe,
Y dandoles la mano abierta en todo,
Los grueſſos ciegos ñudos apretados,
Alli los requirieron, y arraſtrando,
Las ſogas por detras partieron juntos,
Del campo Caſtellano ya rendidos,
Y del baruaro pueblo acompañados,
No los fuertes hermanos que en Cartago,
Corriendo preſuroſos alargaron,
A coſta de ſi miſmos los linderos,
Aſsi a la triſte muerte ſe entregaron,
Dexandoſe enterrar en vida viuos,
Qual eſtos brauos baruaros que eſtando,
Al pie de aquellos troncos lebantaron,
La viſta por la cumbre, y en vn punto,
Como dieſtros grumetes que ligeros,
Por las entenas, gauias, y altos topes,
Diſcurren con preſteza aſsi alentados,
Trepando por los arboles arriba,
Tentandoles los ramos ſe moſtraron,

Verdugos de si mismos, y amarrados,
Mirandonos a todos nos dixeron,
Soldados aduertid que aqui colgados,
Destos rollizos troncos os dexamos,
Los miserables cuerpos por despojos,
De la victoria illustre que alcançastes,
De aquellos desdichados que podridos,
Estan sobre su sangre rebolcados,
Sepulcro que tomaron, porque quiso,
Assi fortuna infame perseguirnos,
Con mano poderosa y acabarnos,
Gustosos quedareis, que ya cerramos,
Las puertas al viuir, y nos partimos,
Y libres nuestras tierras os dexamos,
Dormid á sueño suelto, pues ninguno,
Boluio jamas con nueua del camino,
Incierto y trabajoso que lleuamos,
Mas de vna cosa ciertos os hazemos,
Que si boluer podemos á vengarnos,
Que no pariero madres Castellanas,
Ni baruaras tampoco en todo el mundo,
Mas desdichados hijos que â vosotros,
Y assi rabiosos, brauos desembueltos,
Saltando en vago juntos se arrojarõ,

Y en blanco ya los ojos traſtornados,
Sueltas las coiunturas y remiſos,
Los poderoſos nierbios y coſtados,
Vertiendo eſpumarajos deſcubrieron,
Las eſcondidas lenguas regordidas,
Y entre ſus miſmos dientes apretadas,
Y aſsi qual ſuelen dos bageles ſueltos,
Rendir la ancha borda afrenillando,
La grueſſa palamenta, y en vn punto,
Las eſpumoſas proas apagadas,
En jolito ſe quedan aſsi juntos,
Seſgos y ſin mouerſe ſe rindieron,
Y el aliento de vida alli apagaron,
Con cuio fuerte paſſo deſabrido,
Dexandolos colgados ya me es fuerça,
Poner ſilencio al canto deſabrido,
Y por ſi vueſtra Mageſtad inſigne,
El fin de aqueſta hiſtoria ver quiſiere,
De rodillas ſuplico que me aguarde,
Y tambien me perdone ſi tardare,
Porque es dificil coſa que la pluma,
Auiendo de ſeruiros con la lança,
Pueda deſempacharſe ſin tardança.

FIN.

De don Gabriel Gomez al Capitan Gaſpar de Villagrà.

CANCION.



ANO, que eſpada y pluma,
Igual, y dieſtramente regir ſabe,
Ella miſma ſe alabe:
Haga ella miſma de ſus hechos ſuma,
Y como ſabia, y fuerte,
Huya por dos caminos de la muerte.
Ceſar, que la cabeça
Labó del mundo con ſu ſangre propia,
Y en elegante copia,
Inmortal nos dexò ſu fortaleza;
No los verſos ſubtiles,
Lloró de Homero, al tumulo de Achiles?
Con ſemejante pecho

Mila

Milagroso Gaspar, en esta historia,
A la eterna memoria,
Consagras altamente lo que has hecho,
Y assi de tu alabança,
A ningun otro obligacion alcança.
No para darte fama,
Esta cancion te doy (ya tu la tienes)
Y tus gloriosas sienes,
La palma ciñe, y el laurel enrrama,
Doytela por testigo,
De que en ti, soy de la virtud amigo.
Si al sabio, que traslada,
Vn alma á muchos cuerpos, dar deuiera
Credito, presumiera,
Que la tuya de dones mil dotada,
De Ercilla fue primero,
Poeta insigne, y raro Cauallero.
Al valiente Araucano,
Don Alonso venciò, y honrrò: la yra
Recompenso la lira:
No de otra suerte al nueuo Mexicano,
Libras tu del oluido,
Despues que valeroso le has vencido.
Si á tu lado me hallara,

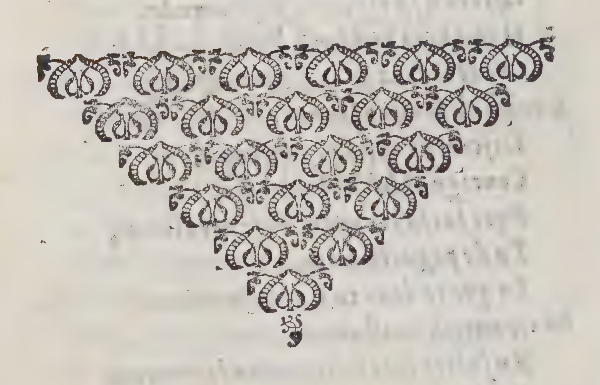
En

En tan estraña, y singular conquista,
Y ya tuuiera vista,
Esta historia milagrosa, y rara,
Dixera al Indio rudo,
De cuerpo, y casi de razon desnudo.
No huyas no, la espada,
De Villagran, ô Baruaro mançebo,
Antes con gusto nueuo,
Ofrece â su rigor, tu vida amada,
Que quien te da essa herida,
Auctor será de tu perpetua vida.
Enuidio à los que fueron,
Discreto Capitan, y belicoso,
Contigo al hecho honrroso,
Pues los suyos por ti no se perdieron,
Ya de pagarte trate,
Lo que te deue tu Caudillo Oñate.
Su espantosa constancia,
En sufrir los trabajos que la guerra,
Causa en remota tierra,
La hambre, y sed, peligros de importancia,
A tu lengua los deue,
Que sin ella su fin llegára en breue.
Salga tu libro al mundo,

Ad.

Admiracion de ingenios ſuperiores,
Freno de detractores,
Y Maron tenga ſu lugar ſegundo,
Que ſi el canto, tu ſolo
Cantas à Marte, y das batalla à Apolo.

F I N.



Impresso en Alcala de
Henares, por Luys
Martinez Grãde.
Año. 1610.

